NORA ROBERTS

LA LLAVE DE LA SABIDURÍA

Trilogía de las Llaves, II



Tres mujeres atraviesan una situación laboral adversa. Ellas no se conocen entre sí, pero una misteriosa pareja las invita a su mansión en la montaña y les propone un extraño encargo: Encontrar tres llaves mágicas. Cada una de las mujeres dispondrá de un plazo de 28 días, un ciclo lunar. La recompensa es una buena cantidad de dinero con la que poder iniciar una nueva vida, pero si una sola de las tres fracasa todo se habrá perdido. Tendrán que poner en juego su inteligencia y su fuerza de voluntad para vencer el peligro y las dificultades, aunque eso no será suficiente: También deberán abrir sus mentes y sus corazones a lo desconocido, si es que quieren tener alguna posibilidad de éxito.

En el primer libro de esta trilogía, Malory ya ha conseguido la llave de la belleza. Ahora es el turno de Dana. La sabiduría se aproxima a su contrario, la ignorancia. Dana debe encontrar la «verdad en sus mentiras, y lo que es real dentro de la fantasía». Esta experiencia cambiará su vida por completo.



Nora Roberts

La llave de la sabiduría

Trilogía de las llaves - 2

Para Ruth y Marianne,
que representan el más precioso de los dones:
La amistad

Se necesitan dos para decir la verdad:
uno que hable, otro que escuche.

THOREAU

1

Dana Steele se consideraba una mujer flexible y libre de prejuicios, con una ración considerable de paciencia, tolerancia y humor.

Bastantes personas no estarían de acuerdo con este autorretrato.

Pero ¿qué sabían?

En un mes, y sin que se debiera a nada que se hubiera propuesto, su vida había dado un giro que la había sacado de su curso habitual y había entrado en un territorio tan extraño e inexplorado que no podía explicarse la ruta ni el motivo ni siquiera a sí misma.

¿No se dejaba llevar?

Había encajado el golpe cuando Joan, la maligna directora de la biblioteca, promocionó a su propia sobrina política, descartando a otras candidatas más cualificadas, más responsables, más astutas y por cierto más atractivas. Lo había asimilado, ¿no era verdad?, y había hecho su trabajo.

Cuando esa promoción totalmente inmerecida causó unas restricciones que hicieron que se redujeran al mínimo las horas de trabajo y la nómina de cierta empleada más cualificada, ¿acaso había dado una paliza brutal a la despreciable Joan y a la siempre coqueta Sandi?

No, no lo había hecho, lo que a juicio de Dana demostraba su extremo autocontrol.

Cuando la sanguijuela de su ávido casero le aumentó el alquiler coincidiendo con la disminución de su salario, ¿lo cogió con ambas manos por su flaco cuello y apretó hasta que los ojos se le salieran de las órbitas?

Una vez más había demostrado un autocontrol de proporciones heroicas.

Estas virtudes podían haber sido su recompensa, pero Dana disfrutaba de unos beneficios más tangibles.

Quien dijo aquello de que una puerta se abre cuando una ventana se cierra no conocía demasiado a los dioses celtas. La puerta de Dana no se había abierto: había explotado con tal violencia que se había salido de sus goznes.

Después de todo lo que había visto y hecho en las últimas cuatro semanas, tras haberse visto envuelta en tantos acontecimientos durante ese tiempo, resultaba difícil creer que Dana se encontrara tumbada en el asiento trasero del coche de su hermano recorriendo otra vez el abrupto y serpenteante camino que

llevaba a la enorme mansión del Risco del Guerrero. ¡Y lo que la esperaba allí!

La primera vez que había visitado el Risco había sido después de recibir una invitación para « tomar cócteles y conversar» . La misteriosa invitación provenía de Rowena y Pitte, y, además de ella, solo la habían recibido otras dos mujeres. En esta ocasión el tiempo no era tormentoso, como entonces. En aquel momento se encontraba sola. En cambio, esta vez sabía exactamente a lo que se enfrentaba.

Con indiferencia, abrió una libreta que llevaba consigo y leyó el resumen que tenía escrito de la historia que había escuchado en su primera visita al Risco del Guerrero.

El joven dios celta que se convertiría en rey se enamora de una joven de raza humana durante su estancia tradicional en la dimensión de los mortales (lo que relaciono con el descanso primaveral). Los padres del joven semental lo consienten, se saltan las normas y le permiten que lleve a la doncella consigo al reino de los dioses, al otro lado de lo que recibe el nombre de Cortina de los Sueños o Cortina del Poder.

Algunos de los dioses aceptan la situación, pero otros se enfadan. Surgen guerras, rencillas e intrigas políticas.

El joven dios se proclama rey y corona reina a su esposa humana. Tienen tres hijas.

Cada una de las hijas —eran semidiosas— tiene un talento o don específico: una, el arte y la belleza; otra, la sabiduría y la verdad; y la tercera, la valentía y el coraje.

Las hermanas crecen juntas y felices y llegan a la adolescencia, tra-la-la, bajo la mirada vigilante de la maestra y el guerrero guardián, a quienes el dios rey ha asignado esa tarea.

La maestra y el guerrero se enamoran, lo que hace que se debilite la vigilancia que ejercen sobre las muchachas.

En el ínterin, los malvados diseñan sus planes. No les complace que seres humanos o semihumanos habiten su mundo enrarecido, en especial si ostentan posiciones de poder. Las fuerzas oscuras se ponen a trabajar. Un brujo de mente especialmente perversa —quizá relacionado con Joan, la de la biblioteca— asume el mando. Un hechizo cae sobre las tres hermanas mientras la maestra y el guerrero se miran con arrobo. Sus almas han sido robadas y encerradas bajo llave en un cofre de cristal conocido como la Urna de las Almas. Esta solo puede ser abierta con tres llaves utilizadas por manos humanas. Si bien los dioses saben

dónde encontrar las llaves, ellos no pueden romper el hechizo ni liberar las tres almas.

Se destierra a la maestra y al guerrero y son enviados a través de la Cortina de los Sueños al mundo humano. Allí, en cada generación nacen tres mujeres de raza humana que tienen los medios para encontrar las tres llaves y poner fin a la maldición. La maestra y el guerrero tienen que encontrar a esas mujeres, y ellas deben tener la posibilidad de aceptar la búsqueda o rechazarla.

Cada una de esas tres mujeres debe encontrar una llave en el plazo de una fase lunar. Si la primera de ellas fracasa, el juego termina, lo que entraña un castigo: cada una perderá un año no determinado de su vida. Si la primera mujer tiene éxito, la segunda prosigue la búsqueda, y de igual manera la tercera de ellas. Al comienzo de cada ciclo de cuatro semanas la maestra y el guerrero les revelan una pista irritantemente críptica: la única ayuda que se les permite dar a las tres mujeres elegidas.

Si se completa la búsqueda, la Urna de las Almas se abrirá y las Hijas de Cristal recuperarán su libertad. Y cada una de las tres mujeres recibirá la bonita suma de un millón de dólares.

Una bonita historia, reflexionó Dana. Bonita mientras ignoraba que no era ficción, sino realidad. Bonita mientras no sabía que ella misma era una de las tres mujeres que tenían los medios de abrir la Urna de las Almas.

En el momento en que lo supo, todo se complicó.

Añadamos un dios hechicero, moreno y poderoso llamado Kane que realmente quiere que una fracase y que puede hacer que veas algo que no está presente —o que no veas lo que sí lo está—, y todo se vuelve más difícil todavía.

Aunque también tiene aspectos positivos. Esa primera noche Dana había conocido a dos mujeres que habían resultado ser dos personas muy interesantes, y pronto sintió que las conocía de toda la vida. Dana pensó que eso estaba muy bien, puesto que las tres trabajarían en el mismo asunto.

Además, una de las mujeres resultó ser para su hermano el amor de su vida.

Malory Price, una mujer ordenada con corazón de artista, no solo había ganado la partida a un brujo milenario, sino que también había encontrado la llave y abierto la cerradura de la Urna de las Almas.

Y todo en menos de cuatro semanas.

Sería muy difícil para Dana y su compañera Zoe igualar esa hazaña.

Por suerte, reflexionó Dana, tanto ella como Zoe no vivían un romance que las distrajera. Y ella no tenía un hijo del que preocuparse, como Zoe.

De ninguna manera. Dana Steele era libre como el viento, no había nada que la apartara de su objetivo: el premio.

Si era a ella a quien le tocaba jugar, sería mejor que Kane preparara sus

cartas.

No es que estuviera en contra de un pequeño romance, pensó mientras cerraba el cuaderno y observaba los árboles a través de la ventanilla del coche: le gustaban los hombres. Bueno, la mayoría de ellos. Hasta había estado enamorada, hacía un millón de años. Por supuesto, se trataba del resultado de la estupidez juvenil. Ahora era mucho más sensata.

Jordan Hawke había vuelto temporalmente a Pleasant Valley hacía unas semanas y había podido engatusar a sus compañeros para formar parte de la búsqueda; pero ya no formaba parte del mundo de Dana.

En su mundo, Jordan no existía. Excepto si se retorciera de dolor o sufriera algún accidente anómalo y horrible o una enfermedad que lo discapacitara o lo desfigurara.

Lamentaba que su hermano Flynn tuviera el mal gusto de ser su amigo; pero se lo podía perdonar, incluso podía otorgar algún mérito a su amistad y lealtad, porque Flynn, Jordan y Bradley Vane eran compañeros desde la infancia.

De una u otra forma, tanto Jordan como Brad estaban relacionados con la búsqueda. Era algo que Dana tendría que tolerar mientras esta durara.

Cuando Flynn torció para entrar por la verja abierta, ella giró la cabeza para contemplar uno de los dos guerreros de piedra que custodiaban la entrada de la mansión.

«Enorme, guapo y peligroso», pensó Dana. Siempre le habían gustado los hombres así, aunque fueran estatuas.

Se incorporó, pero dejando sus largas piernas apoyadas sobre el asiento, pues para ella era la única forma de viajar con comodidad en la parte de atrás de un coche.

Era una mujer alta, con la figura de una amazona: habría hecho buena pareja con el guerrero de piedra. Se peinó con los dedos su larga cabellera morena. Desde que Zoe, la estilista en paro que era su mejor amiga, le había cortado el pelo y le había puesto reflejos, este caía con las puntas hacia dentro de forma natural y sin ningún esfuerzo. Le ahorraba tiempo por las mañanas, lo que era de agradecer, ya que esas horas del día no eran su mejor momento. El corte de pelo le quedaba muy bien y halagaba su vanidad.

Sus ojos, de un marrón oscuro profundo, se fijaron en la elegante mansión de piedra negra que era el Risco del Guerrero. En parte castillo, en parte fortaleza, en parte fantasía, se extendía sobre la elevación y se levantaba hasta el cielo, translúcido como un cristal.

En sus numerosas ventanas brillaban algunas luces, pero Dana adivinaba numerosos secretos ocultos por las sombras.

Había vivido en el valle que se encontraba a sus pies la totalidad de sus veintisiete años, y siempre le había fascinado el Risco. Por su forma y por estar construido sobre una colina que se elevaba por encima de su pequeña y bonita

ciudad, siempre le había parecido como salido de un cuento de hadas, y no en una versión edulcorada.

A menudo se había preguntado cómo sería vivir allí, pasear por las habitaciones, caminar a lo largo del parapeto u observar el valle desde la torre. Vivir tan alto, en una soledad tan magnífica, con la majestad de las montañas y el encanto de los bosques a solo unos pasos de la puerta.

En ese momento se dio la vuelta, de manera que su cabeza quedó entre la de Flynn y Malory.

¡Hacían tan buena pareja!, pensó. Flynn con su modo de ser aparentemente tan fácil de llevar; Malory con su necesidad de orden. Flynn con sus ojos verdes y perezosos; Malory con los suyos de color azul, brillantes y atrevidos. Por un lado Mal con sus trajes elegantes y conjuntados, y por otro Flynn, que alababa su suerte si podía encontrar un par de calcetines iguales.

Sí, decidió Dana, eran el uno para el otro.

Ahora consideraba a Malory como una hermana otorgada por las circunstancias y el destino. En realidad, esa era también la forma en que Flynn se había convertido en su hermano cuando el padre de Dana y la madre de Flynn se habían casado, uniendo sus familias.

Cuando su padre enfermó, se había apoyado mucho en Flynn. Suponía que se habían apoyado mutuamente más de una vez: cuando los médicos recomendaron que su padre se mudara a un clima más cálido, cuando la madre de Flynn había dejado la responsabilidad de dirigir *El Correo del Valle* en manos de su hijo, quien se encontró de repente al frente del periódico de un pequeño pueblo en lugar de realizar su sueño de desarrollar sus habilidades periodísticas en Nueva York.

Cuando el chico que amaba la dejó.

Cuando la mujer con la que quería casarse lo dejó a él.

Sí, se tenían el uno al otro, en las duras y en las maduras. Ahora, cada uno a su manera, tenían a Malory. Era una forma adecuada de equilibrar la balanza.

—Bueno —dijo Dana poniendo sus manos en los hombros de ambos—, allá vamos otra vez.

Malory se volvió y le dedicó una sonrisa fugaz.

—¿Nerviosa?

—No demasiado.

—Esta noche te toca a ti, o a Zoe. ¿Quieres que te elijan?

Ignorando las mariposas que revoloteaban en su estómago, Dana se encogió de hombros.

—Solo deseo seguir con el juego. No sé por qué debemos soportar toda esta ceremonia. Ya sabemos cuál es el trato.

—Sí, una cena gratis —le recordó Flynn.

—Así es. Me pregunto si Zoe habrá llegado ya. Podremos averiguar lo que nuestros anfitriones, Rowena y Pitte, han conseguido en la tierra de la leche y la

miel, y luego seguiremos con el espectáculo.

En cuanto el coche se detuvo, salió de él y, con las manos apoyadas en las caderas, se quedó mirando hacia la mansión mientras un anciano de pelo blanco se apresuraba a coger las llaves del coche.

—Quizá tú no estés nerviosa. —Malory se puso a su lado y la tomó del brazo —. Pero yo sí que lo estoy.

—¿Por qué? Ya mojaste tu bizcocho.

—Todavía estamos todos involucrados. —Miró la bandera blanca con el emblema de la llave que ondeaba sobre la torre.

—Intenta pensar en positivo. —Dana respiró hondo—. ¿Estás lista?

—Sí, si tú lo estás.

Malory cogió la mano de Flynn. Caminaron hacia las enormes puertas de entrada, que se abrieron en cuanto se acercaron.

Rowena se encontraba bajo las luces encendidas y su cabello parecía una tormenta de fuego cayendo sobre el vestido de terciopelo color zafiro. Sus labios se curvaban en una sonrisa de bienvenida; sus exóticos ojos verdes brillaban.

Sus orejas, muñecas y dedos ostentaban piedras preciosas. Una cadena larga y trenzada le caía hasta la cintura y sostenía un cristal tan claro como el agua y tan grueso como el puño de un bebé.

—Bienvenidos. —Su voz, grave y musical, parecía traer acentos de bosques y grutas donde podrían morar las hadas—. Me alegra mucho veros. —Cogió las manos de Malory y luego se agachó para besarla en las dos mejillas—. Tenéis una apariencia magnífica.

—Como la que tienes tú, siempre.

Con una leve risa, Rowena alargó su mano para coger la de Dana.

—Y tú, qué chaqueta tan preciosa. —Pasó los dedos por la manga de suave piel; pero mientras hablaba sus ojos miraban por encima de ellos, hacia la puerta —. ¿No habéis traído a *Moe*?

—No nos ha parecido oportuno traer un perro tan grande y torpe —dijo Flynn.

—*Moe* siempre es bienvenido. —Rowena se puso de puntillas para darle a Flynn un beso rápido en la mejilla—. Debéis prometerme que la próxima vez lo traeréis. —Se agarró del brazo de Flynn—. Venid, estaremos más cómodos en el salón.

Cruzaron el enorme vestíbulo con suelo de mosaico y atravesaron un ancho arco que daba paso al salón, un cuarto espacioso iluminado por el fuego de la gran chimenea y por la luz de docenas de velas blancas.

Pitte se hallaba junto a la repisa de la chimenea sosteniendo en la mano un vaso lleno con un líquido ambarino. «El guerrero de la entrada», pensó Dana. Era alto, moreno, peligrosamente guapo, con una figura musculosa y trabajada que el elegante traje negro no podía disimular.

Resultaba fácil imaginarlo con una armadura liviana y una espada en la mano, o montado en un gran caballo negro con una capa que ondeara mientras galopaba.

Cuando entraron en la sala, hizo una inclinación leve y cortesana.

Dana iba a comenzar a hablar, cuando observó un movimiento con el rabillo del ojo. La amistosa sonrisa desapareció de su rostro, sus cejas se juntaron y sus ojos brillaron de irritación.

—¿Qué está haciendo aquí este individuo?

—Recibió una invitación —contestó Jordan secamente mientras elevaba su copa.

—Desde luego. —Con suavidad, Rowena colocó una copa de champán en la mano de Dana—. Pitte y yo estamos encantados de teneros a todos esta noche. Por favor, siéntete como en tu casa. Malory, tienes que contarme cómo van los planes de tu galería.

Con otra copa de champán y un pequeño empujón, Rowena hizo que Malory se dirigiera a una silla. Después de echar una mirada a la cara de su hermana, Flynn decidió reservar su valor para otra ocasión y las siguió.

Poco predispuesta a dar marcha atrás, Dana tomó un sorbo de champán y miró a Jordan por encima del borde de la copa con el entrecejo fruncido.

—Tu parte en esto ha terminado.

—Quizá sí, quizá no. De todos modos, cuando recibo una invitación para cenar de parte de una hermosa mujer la acepto, y más si se trata de una diosa. Buena tela —comentó mientras rozaba con los dedos el puño de la chaqueta de Dana.

—No me toques. —Con un movimiento alejó el brazo, y luego cogió un canapé de una bandeja—. No te cruces en mi camino.

—No estoy en tu camino —dijo con voz tranquila, y tomó un largo sorbo de su bebida.

Aunque Dana llevaba botas con tacones, el hombre era unos veinte centímetros más alto. Eso constituía otra razón para encontrarlo irritante. Como Pitte, podría haber posado como modelo de uno de los guerreros de piedra de la entrada. Su metro noventa de estatura estaba bien estructurado. El pelo oscuro se hubiera beneficiado con una visita al peluquero, pero ese estilo algo revuelto y algo descuidado, un poco demasiado largo, se adecuaba a la fuerza de su rostro.

Era, siempre lo había sido, extremadamente guapo, con unos brillantes ojos azules bajo las cejas negras, nariz larga, boca amplia y unos músculos bien trabajados que se combinaban en un aspecto que podía ser encantador o intimidatorio, según sus propósitos.

Dana pensó que lo peor era que poseía una mente ágil e inteligente dentro de ese cráneo tan duro como una roca, y un talento innato que lo había convertido en un novelista de éxito arrollador antes de cumplir los treinta.

Hubo una época en la que Dana creyó que podrían construir una vida juntos; pero, al parecer, Jordan había preferido su fama y su fortuna antes que a ella.

En el fondo de su corazón, nunca lo había perdonado por ello.

—Hay otras dos llaves —le recordó el hombre—. Si encontrarlas es importante para ti, debes agradecer todo tipo de ayuda. Sin que te importe de quién proviene.

—No necesito tu ayuda, de manera que puedes volverte a Nueva York cuando quieras.

—Quiero ver qué pasa. Será mejor que te hagas a la idea.

Dana resopló y comió otro canapé.

—¿Por qué te interesa tanto?

—¿De verdad quieres saberlo?

La mujer se encogió de hombros.

—No me importa en absoluto; pero pensaba que incluso con tu limitada sensibilidad te darías cuenta de que si te alojas en casa de Flynn estás destruyendo el nido de dos tortolitos.

Jordan miró hacia donde le señalaba y observó a Flynn sentado junto a Malory jugando distraídamente con un rizo de su pelo rubio.

—Sé cómo mantenerme apartado de su camino. Malory es buena para él —agregó Jordan.

A pesar de todo lo que podía decir en contra de Jordan —y tenía mucho en su contra—, Dana no podía negar que él sentía afecto por Flynn. De manera que se tragó su amargura y enjuagó su boca con un sorbo de champán.

—Sí, lo es. Forman una buena pareja.

—Malory no quiere irse a vivir con él.

Dana parpadeó.

—¿Flynn se lo ha pedido? ¿Le ha pedido que se fuera a vivir con él? ¿Y ella se ha negado?

—No exactamente; pero ella puso condiciones.

—¿Cuáles son?

—Que ponga algunos muebles en el salón y reforme la cocina.

—¿Bromeas? —La idea hizo que Dana se sintiera risueña y sentimental a la vez—. Así es nuestra Mal. Antes de que Flynn se dé cuenta, habitará un hogar verdadero, y no un edificio con puertas y ventanas y un montón de cajas de embalaje.

—Ha comprado platos. De esos que se lavan y no se tiran a la basura.

Se estaba divirtiendo, y unos hoyuelos aparecieron en sus mejillas.

—No me lo creo.

—También tenedores y cuchillos que no son de plástico.

—Oh, cielos, ahora será el turno de las copas de cristal.

—Eso me temo.

Dana soltó una carcajada, provocada por los cambios de su hermano.

—Se ha tragado el anzuelo por completo.

—Echaba de menos escucharte —murmuró Jordan—. Es la primera vez que te oigo reír con ganas desde que regresé.

Dana se controló al instante.

—No tiene nada que ver contigo.

—¡Demasiado bien lo sé!

Antes de que Dana pudiera contestarle, Zoe McCourt entró en el salón caminando deprisa algunos pasos por delante de Bradley Vane. Parecía aturdida, irritada y molesta. «Como una sexy ninfa de los bosques que ha tenido un día especialmente malo», pensó Dana.

—Lo lamento. Lamento mucho llegar tan tarde.

Llevaba un vestido ajustado de color negro, con largas mangas ceñidas y una falda muy corta que resaltaba su delgadez y sus sinuosas curvas. Lucía un pelo corto, negro y brillante, que caía lacio, con un largo flequillo que acentuaba sus ojos color ámbar.

A su espalda Brad, con su traje italiano, parecía un príncipe salido de un cuento de hadas.

Al verlos juntos, Dana pensó que formaban una pareja notable, si no se tenía en cuenta la frustración que emanaba de Zoe ni la rigidez poco habitual en la postura de Brad.

—No seas tonta. —Rowena ya se acercaba hacia ellos—. No llegáis tarde en absoluto.

—Sí, lo sé. Es por mi coche. He tenido problemas con él. Se supone que lo habían reparado, pero… Bueno, le estoy muy agradecida a Brad, que me ha visto y se ha ofrecido a traerme.

No parecía agradecida, notó Dana. Parecía cabreada, y el acento de Virginia en la voz proporcionaba un tono de crispación a su enfado.

Rowena emitió unas frases de conmiseración mientras ofrecía una silla a Zoe y le servía champán.

—Pienso que podía haberlo solucionado —murmuró Zoe.

—Quizá sí. —Con gratitud manifiesta, Bradley aceptó un trago—. Pero habrías acabado toda llena de grasa. Entonces habrías necesitado volver a tu casa para cambiarte, y habrías llegado más tarde aún. No es una ofensa aceptar que alguien te traiga en su coche, si es alguien que conoces y que va al mismo lugar y a la misma hora.

—Ya te he dicho que te lo agradecía —contestó Zoe, y después respiró profundamente—. Lo siento —añadió dirigiéndose a todos en general—. Es uno de esos días. Además, estoy muy nerviosa. Espero no haberos retrasado.

—En absoluto. —Rowena le pasó una mano por los hombros, y en ese momento un sirviente apareció bajo el arco y anunció la cena—. ¿Lo ves? Justo a

tiempo.

No todos los días te encontrabas comiendo costillar de cordero en un castillo situado en la cima de una montaña de Pensilvania. El que el comedor tuviese unos techos de más de cuatro metros de altura, arañas destellantes con lágrimas de cristal blanco y rojo y una chimenea de granito color rubí que podría albergar a toda la población de Rhode Island añadía majestuosidad a la escena.

La atmósfera debería haber sido intimidante y formal, pero era acogedora. Dana se dijo que aquel no era el típico lugar en el que te zamparías una pizza de *pepperoni*, sino un bonito sitio para compartir una comida exquisitamente preparada con gente interesante.

La conversación fluía: viajes, libros, trabajo… Eso le mostró a Dana el poder de sus anfitriones. No era lo habitual que una bibliotecaria de un pequeño pueblo situado en el valle se sentase a cenar a la misma mesa con un par de dioses celtas, pero Rowena y Pitte lograban que aquello pareciera normal.

Lo que había de llegar, el siguiente paso de la búsqueda, era un tema que nadie mencionaba.

Como estaba sentada entre Brad y Jordan, Dana se dedicó a Brad y pasó la mayor parte de la cena ninguneando a su otro compañero de mesa.

—¿Qué has hecho para que Zoe esté furiosa contigo?

Brad lanzó una breve mirada al otro lado de la mesa.

—Al parecer, he respirado.

—Vamos —dijo Dana dándole un leve codazo—, Zoe no es así. ¿Qué has hecho? ¿Has intentado ligar con ella?

—No he intentado ligar con ella. —Después de años de entrenamiento, pudo mantener la voz baja, pero se percibía un tono agrio en ella—. Quizá le haya molestado que no haya querido hurgar en el motor de su coche, y que tampoco la haya dejado hurgar a ella, porque los dos íbamos arreglados para la cena y ya era tarde.

Dana alzó las cejas.

—Bueno, bueno, diría que ella también te ha mosqueado a ti.

—No me gusta que me llamen prepotente y mandón solo por señalar algo que es obvio.

Dana sonrió y se agachó para pellizcarle la mejilla.

—Pero, cielo, tú eres prepotente y mandón. Y yo te quiero por esa razón.

—Ya, ya, ya. —Sus labios querían sonreír—. Entonces, ¿cómo es que entre tú y yo nunca ha habido sexo loco y salvaje?

—No lo sé. Recuérdame que retomemos ese tema otro día. —Pinchó otro pedazo de cordero—. Me imagino que habrás estado en montones de cenas distinguidas como esta, en lugares distinguidos como este.

—No hay ningún lugar como este.

A Dana le resultaba fácil olvidar que su viejo amigo Brad era Bradley Charles Vane IV, heredero forzoso de un imperio maderero que había creado una de las cadenas más grandes y accesibles de venta de muebles y accesorios para el hogar: Reyes de Casa; pero ver lo bien que encajaba en aquel ambiente sofisticado le había recordado que Brad era mucho más que un chico sencillo.

—¿Tu padre no compró un enorme castillo en Escocia hace unos años?

—Una casa solariega en Cornualles; pero sí, es un lugar increíble. No está comiendo mucho —murmuró señalando a Zoe con un leve movimiento de la cabeza.

—Es solo que está nerviosa. Igual que yo —comentó Dana, y luego cortó otro trozo de cordero—; pero no hay nada que me quite el apetito. —Oyó reír a Jordan, y aquel sonido profundo y masculino reptó por su piel. Con parsimonia, se comió la carne—. Absolutamente nada.

Estaba empleando la mayor parte del tiempo en actuar como si él no existiera, y el resto lo empleaba en atacarlo. Jordan pensó que esa era la conducta habitual de Dana en lo que se refería a él.

Debería estar acostumbrado.

Así que el hecho de que le fastidiase tanto era problema suyo. Al igual que era su misión encontrar la forma de que volviesen a ser amigos.

Tiempo atrás habían sido amigos. Y mucho más. Era culpa de él que ya no lo fuesen, y tendría que cargar con eso. Pero ¿durante cuánto tiempo se suponía que un hombre había de pagar por haber finalizado una relación? ¿No prescribía esa culpa?

Cuando todos se dirigieron al salón para tomar café y coñac, se dijo que Dana tenía un aspecto magnífico. Aunque lo cierto es que a él siempre le había gustado su aspecto, incluso cuando era una cría, demasiado alta para su edad y mofletuda, recuerdo del bebé rollizo que había sido.

Ya no quedaban evidencias de aquel bebé rollizo. Solo había curvas, montones de curvas espléndidas.

Reparó en que se había hecho algo en el pelo, un arreglo de esos de chicas que añadía una luz misteriosa a su densa melena castaña, y que hacía que sus ojos pareciesen más oscuros y profundos. Dios, ¿cuántas veces había sentido que se ahogaba en aquellos ojos de un intenso color chocolate?

¿No tenía derecho a salir a tomar aire?

En cualquier caso, había sido claro al hablar con Dana. Había regresado y ella tendría que acostumbrarse a eso. Y también tendría que acostumbrarse a que él fuera parte de aquel lío en el que se había metido.

Debería relacionarse con él. Y sería un placer tener la seguridad de que

tendría que relacionarse con él tan a menudo como fuese posible.

Rowena se puso en pie. Hubo algo en su movimiento, en su aspecto, que despertó en Jordan un recuerdo lejano. Luego ella siguió adelante, sonrió, y el momento pasó.

—Si estáis preparadas, deberíamos empezar. Creo que es más adecuado que continuemos en la otra sala.

—Yo estoy preparada. —Dana se levantó y miró a Zoe—. ¿Y tú?

—Sí. —Aunque había palidecido un poco, cogió con fuerza la mano de Dana —. La primera vez todo lo que podía pensar era que no quería ser la primera. Ahora ya no lo sé.

—Yo tampoco.

Recorrieron el gran vestíbulo hasta la siguiente sala. Jordan sabía que era inútil que se preparara para lo que iba a ver. El cuadro lo abrumó, como había ocurrido la primera vez que lo había contemplado. Los colores, su extraordinario brillo, la alegría y la belleza del tema y su ejecución. Y la conmoción de ver el cuerpo de Dana, el rostro de Dana…, los ojos de Dana que le devolvían la mirada desde el lienzo.

Las Hijas de Cristal.

Las jóvenes tenían nombres, y ahora Jordan los conocía: Niniane, Venora y Kyna; pero cuando contemplaba el retrato las veía y pensaba en ellas como si fueran Dana, Malory y Zoe.

El mundo que las rodeaba era un paraíso en el que resplandecía la luz del sol y las flores.

Malory, ataviada con un vestido de color azul lapislázuli, con sus bucles dorados que le llegaban casi hasta la cintura, tenía un arpa en el regazo. Zoe estaba de pie, esbelta y erguida, con un traje de un verde fulgurante, un perrito en brazos y una espada al cinto. Dana, con los ojos risueños y luminosos, iba vestida de un rojo intenso. Estaba sentada y sujetaba un rollo de pergamino y una pluma.

Había unidad en ese instante en aquel resplandeciente mundo que se escondía tras la Cortina de los Sueños; pero era solo un momento, y el final ya estaba al acecho.

En la espesura más profunda del bosque, la sombra de un hombre. Sobre las baldosas plateadas, una serpiente se deslizaba sinuosa.

Al fondo, debajo de las gráciles ramas de un árbol, se abrazaban dos amantes. La maestra y el guardián, demasiado absortos para percibir el peligro que acechaba a sus pupilas.

Y ocultas de manera astuta e ingeniosa en el cuadro, las tres llaves. Una con la forma de un pájaro que surcaba un cielo increíblemente azul; otra reflejada en el agua de la fuente que había detrás de las hermanas, y la tercera camuflada entre las ramas del bosque.

Jordan sabía que Rowena lo había pintado de memoria…, y que su memoria era amplia.

También sabía, por lo que Malory había descubierto y experimentado, que unos instantes después de aquel momento inmortalizado las almas de las tres jóvenes habían sido robadas y encerradas en una urna de cristal.

Pitte alzó una caja tallada y abrió la tapa.

—Aquí dentro hay dos discos, uno de ellos con el emblema de la llave. Quien elija el disco con el grabado será la encargada de encontrar la segunda llave.

—Como la otra vez, ¿vale? —Zoe apretó la mano de Dana—: Miramos las dos al mismo tiempo.

—De acuerdo. —Dana respiró lentamente. Mientras, Malory se acercó y posó una mano en su hombro y otra en el de Zoe—. ¿Quieres ser la primera?

—Caramba, creo que sí.

Zoe cerró los ojos, metió la mano en la caja y cogió un disco. Con los ojos abiertos y fijos en el cuadro, Dana tomó el otro.

Después cada una mostró el suyo.

—Bueno —Zoe se quedó mirando su disco y después el de Dana—, parece que me ha tocado el último turno.

Dana deslizó el pulgar por la llave grabada en su disco. Era algo pequeña aquella llave, una barra recta con una espiral en uno de los extremos. Tenía un aspecto sencillo, pero Dana había visto la auténtica…, había visto la primera llave en la mano de Malory, como oro ardiente, y sabía que no tenía nada de sencilla.

—De acuerdo, estoy lista. —Necesitaba sentarse, pero en vez de eso juntó las rodillas, que le temblaban. «Cuatro semanas», pensó. Contaba con cuatro semanas a partir de la luna nueva para hacer, si no lo imposible, al menos lo fantástico—. Ahora me daréis una pista, ¿verdad?

—Exacto. —Rowena cogió un pergamino y leyó—: «Conoces el pasado y buscas el futuro. Lo que fue, lo que es y lo que será está entretejido en el tapiz de toda vida. Con la belleza hay fealdad, con la sabiduría hay ignorancia, con el valor hay cobardía. Uno queda menguado sin su opuesto. Para conocer la llave, la mente debe reconocer al corazón, y el corazón debe celebrar a la mente. Halla tu verdad en sus mentiras, y lo que es real dentro de la fantasía. Donde una diosa camina, otra espera, y los sueños son solo recuerdos que han de llegar».

Dana cogió una copa de coñac y bebió un trago largo para deshacer el nudo que se había formado en su estómago.

—Es pan comido —dijo.

2

—McDonald's lanzó el *big mac* en 1968. —Dana giró perezosamente en su silla, detrás del mostrador de información de la biblioteca—. Sí, señor Hertz, estoy segura. El *big mac* se difundió en el mundo entero en 1968, y no en 1969; por tanto, ha disfrutado de su salsa secreta un año más de lo que suponía. Parece que el señor Foy le ha vencido esta vez, ¿no es cierto? —Rio y sacudió la cabeza—. Que tenga más suerte mañana.

Colgó el auricular y tachó la apuesta diaria Hertz contra Foy de su lista. Luego apuntó meticulosamente el vencedor del día en la hoja de recuento que llevaba.

El señor Hertz había ganado por poco al señor Foy al final de la partida del mes anterior, lo que le proporcionó una comida en el restaurante de Main Street pagada por su contendiente. Sin embargo, Dana advirtió que en el recuento total de todo el año el señor Foy llevaba dos puntos de ventaja, de forma que estaba a punto de conseguir una cena y unos tragos en el Mountain View Inn, el ambicionado premio anual.

Ese mes competían codo con codo, así que cualquiera de los dos podía ganar. Dana tenía el encargo de anunciar oficialmente al ganador del mes, y luego, con mucha más ceremonia, al campeón de las banalidades a fin de año.

Los dos ancianos habían seguido con su pequeño torneo durante casi veinte años. Dana se sentía parte del acontecimiento desde que había comenzado a trabajar en la biblioteca de Pleasant Valley, cuando acababa de obtener su título universitario.

Echaría de menos el rito diario cuando presentara su renuncia.

Entonces entró Sandi con su paso ágil; llevaba el pelo rubio sujeto en una coleta que se agitaba y ostentaba una sonrisa digna de un concurso de belleza. Dana pensó que había cosas que no echaría de menos en absoluto.

Lo cierto era que debería haber avisado de que iba a dejar el trabajo con dos semanas de antelación. Aunque su jornada se había reducido a apenas veinticinco horas por semana, ese tiempo sería muy provechoso empleado de otra forma.

Dentro de dos meses iba a abrir un negocio con Zoe y Malory, ConSentidos, donde ella llevaría su propia librería. Tenía que terminar de organizar y decorar

su espacio en la casa que habían comprado, así como dedicarse a conseguir un depósito de libros.

Había solicitado todos los permisos necesarios, había examinado los catálogos de los editores, había fantaseado sobre las actividades paralelas que podría desarrollar allí. Pensaba servir té por las tardes y vino por las noches. En ocasiones, organizaría pequeños actos elegantes: lecturas, firmas de ejemplares, conferencias.

Era algo que siempre había querido hacer, pero nunca había creído que pudiera llevarlo a cabo.

Suponía que Rowena y Pitte lo habían hecho posible. No solo con los veinticinco mil dólares que le habían dado a cada una como incentivo para iniciar la búsqueda, sino por ponerla en contacto con Malory y Zoe.

De alguna manera, las tres se encontraban en una encrucijada la noche que se conocieron en el Risco del Guerrero. Y las tres adoptaron un rumbo, eligieron un camino que transitarían juntas.

No temía demasiado la incertidumbre de abrir un negocio, porque tenía dos amigas —dos socias— que estaban en lo mismo.

También estaba el asunto de la llave. Obviamente, no podía olvidar la llave. A Malory le había llevado casi todo el plazo de cuatro semanas encontrar la primera. Y no todo había sido diversión y juego, más bien al contrario.

Sin embargo, ahora tenían más datos: conocían mejor a lo que se enfrentaban y sabían más sobre el riesgo que corrían. Esta vez contaban con esa ventaja.

A menos que se pudiera considerar que no tenía ningún valor saber de dónde provenían las llaves, lo que hacían y quiénes querían que no las encontraran.

Se apoyó en el respaldo del asiento, cerró los ojos y reflexionó sobre la pista que Rowena le había proporcionado. Tenía que ver con el pasado, el presente y el futuro.

¡Una gran ayuda!

Sabiduría, naturalmente. Mentiras y verdades. Corazón y mente.

Por donde camina una diosa.

Había una diosa, una diosa cantora, en la pista de Malory. Malory, la amante del arte que había soñado con ser artista, había encontrado su llave en una pintura.

Si las otras dos llaves seguían la misma lógica, la razón dictaba que Dana, la amante de los libros, podría encontrar la suya dentro de un libro o a su alrededor.

—¿Qué, Dana, recuperando el sueño perdido?

Los ojos de Dana se abrieron de repente y observaron la mirada de desaprobación de Joan.

—No. Me estaba concentrando.

—Si no tienes nada mejor que hacer, puedes ayudar a Marilyn con esas pilas de libros.

Dana dibujó una sonrisa deslumbrante.

—Con mucho gusto. ¿Tengo que pedirle a Sandi que se haga cargo del mostrador de información?

—No pareces abrumada de pedidos y preguntas.

« Y tú no pareces abrumada con el papeleo y las tareas administrativas —pensó Dana—, ya que tienes tanto tiempo para venir a fastidiarme» .

—Acabo de terminar un asunto que atañe a la empresa privada y al capitalismo; pero si lo prefieres, yo…

—Perdón.

Una mujer se detuvo frente al mostrador. Tenía la mano posada sobre el hombro de un chico de aproximadamente doce años. La forma en que lo llevaba hizo pensar a Dana en cómo Flynn sostenía la correa de *Moe*, con la esperanza de mantenerlo bajo control y la certidumbre de que se escaparía a la primera oportunidad.

—Quería saber si podía ayudarnos. Mi hijo tiene que presentar un trabajo… justo mañana —dijo subrayando la última palabra, lo que hizo que el muchacho bajara la vista—. El trabajo es sobre el Congreso Continental. ¿Me puede decir qué libros son los más apropiados, a estas alturas?

—Por supuesto. —Como si fuera un camaleón, el rostro de pescado frío de Joan se iluminó con una sonrisa—. Me gustará mostrarle algunos ejemplares de nuestra sección de Historia de Estados Unidos.

—Perdona —incapaz de contenerse, Dana dio unos golpecitos en el hombro del chico enfurruñado—, ¿séptimo curso? ¿La señora Janesburg, de Historia de Estados Unidos?

La expresión de mal humor del muchacho se acentuó.

—Sí.

—Sé exactamente lo que quiere. Le dedicas un par de horas completas al tema, y te queda bordado.

—¿De verdad? —La madre estrechó con fuerza la mano de Dana, se agarró a ella como si fuera una tabla de salvación—. Sería un milagro.

—Tuve a la señora Janesburg en Historia mundial y de Estados Unidos. —Dana guiñó un ojo al chico—. Conozco sus gustos.

—Los dejo en las hábiles manos de la señorita Steele —dijo Joan sin dejar de sonreír, pero hablando a través de los dientes apretados.

Dana se acercó al muchacho y con un susurro conspirativo le preguntó:

—¿Todavía se le llenan los ojos de lágrimas cuando lee la arenga de Patrick Henry?

El chico se animó.

—Sí. Tuvo que dejar de hablar y sonarse la nariz.

—Algunas cosas no cambian nunca. Bien, aquí tienes lo que necesitas.

Quince minutos más tarde, mientras su hijo sacaba los libros con su nueva

tarjeta de socio de la biblioteca, la madre se detuvo ante el mostrador de Dana.

—Quiero darte nuevamente las gracias. Soy Jeanne Reardon, y acabas de salvarle la vida a mi hijo mayor.

—Oh, la señora Janesburg es severa, pero no lo habría asesinado.

—No, lo habría hecho yo. Has animado a Matt a hacer ese trabajo, simplemente haciéndole pensar que podría congraciarse con su profesora.

—No importa la razón, mientras funcione.

—Pienso lo mismo. De todos modos, te lo agradezco. Eres estupenda en tu trabajo.

—Gracias. Buena suerte.

Dana estaba de acuerdo en que era estupenda en su trabajo. ¡Maldita sea, lo era! La maligna Joan y su sobrina dentuda iban a lamentar no tener a Dana Steele para maltratarla.

Al final del turno, ordenó su espacio, reunió unos pocos libros que había comprobado y cogió su portafolios. Dana se dijo que echaría de menos esa rutina al final de la jornada de trabajo: antes de dirigirse a casa, poner todo en orden y echar una última mirada a las hileras de libros y las mesas de lectura, todo lo que hacía de ese lugar un pequeño santuario levantado al material escrito.

También echaría en falta esa caminata corta pero placentera desde la biblioteca a su apartamento. Constituía solo una de las razones por las cuales se había negado a vivir con Flynn cuando este compró su casa.

Recordó que podría ir andando hasta ConSentidos. Si le apetecía caminar tres kilómetros. Como eso era difícil que ocurriera, decidió que disfrutaría de lo que tenía en ese momento, mientras lo tuviera.

Le gustaba la previsibilidad de su habitual camino de regreso, ver lo mismo de estación en estación, de año en año. Ahora, en pleno otoño, las calles estaban llenas de luces doradas que se filtraban a través del follaje de los árboles. Y las montañas del entorno se elevaban como una fabulosa tapicería tejida por los dioses.

Escuchó las voces de los niños que habían salido de la escuela y todavía no habían llegado a sus casas. Gritaban corriendo alrededor del pequeño parque situado entre la biblioteca y su edificio de apartamentos. Había suficiente brisa como para esparcir ese aroma especioso que surgía del arriate de crisantemos que había en el jardín del Ayuntamiento.

El gran reloj de la plaza anunció que eran las cuatro y cinco.

Luchó contra una ola de resentimiento cuando recordó que antes de que llegara Joan salía a las 6:35 hacia su casa.

«¡Al diablo! Limítate a disfrutar del tiempo libre y del agradable paseo en una tarde soleada».

A pesar de que todavía faltaban semanas para Halloween, ya había calabazas en los portales y duendes colgados en las ramas de los árboles. Pensó que las ciudades pequeñas valoran sus fiestas. Los días eran más cortos y más fríos, pero aún había bastantes horas de luz y el clima era agradable.

Se dijo que en el otoño el valle estaba en su mejor momento. Tan cercano a la perfección como cualquier otro lugar del país.

—Hola, cariño. ¿Te ayudo?

Su pequeña burbuja de placer explotó. Antes de que pudiera impedirlo, Jordan cogió de sus manos la pila de libros y se los colocó bajo el brazo.

—Dámelos.

—Ya los tengo yo. Una tarde preciosa, ¿verdad? Nada como el valle en octubre.

Le fastidiaba que las palabras del hombre coincidieran con las que habían surgido dentro de su mente.

—Creía que el nombre de la canción era *Otoño en Nueva York*.

—Es muy buena.

Giró los libros para leer los títulos impresos en el lomo. Dana había sacado uno que hablaba de tradiciones celtas, otro de yoga y la última novela de Stephen King.

—¿Yoga?

Iba de acuerdo con su manera de ser, exactamente con su manera de ser, poner el acento en lo único que Dana consideraba ligeramente embarazoso.

—¿Y qué?

—Nada. Solo que no puedo imaginarte en la posición de la libélula ni en cualquier otra. —Entrecerró sus ojos azules y algo de atrayente picardía cruzó por ellos—. Pensándolo bien…

—¿No tienes nada mejor que hacer que merodear cerca de la biblioteca para abordarme e irritarme?

—No estaba merodeando, y llevar tus libros no es acoso. —Adaptó sus pasos a los de la mujer con la facilidad que otorga una larga familiaridad—. No es la primera vez que paseo contigo hasta tu casa.

—De alguna manera, en los últimos años he logrado encontrar el camino sin ti.

—Has logrado muchas cosas. ¿Cómo está tu padre?

Dana reprimió un comentario malicioso, porque sabía que, con todos sus defectos, Jordan hacía la pregunta con sincero interés. Joe Steele y Jordan Hawke congeniaban.

—Está bien. Se encuentra bien. Lo que necesitaba era trasladarse a Arizona. Él y Liz tienen una casa bonita y una vida agradable. Se dedica a la pastelería.

—¿A la pastelería? ¿Hace pasteles? ¿Joe hace pasteles?

—Y bollos, y también panes exóticos. —No pudo reprimir una sonrisa.

Pensar en su padre, el grande y masculino Joe, con un delantal y batiendo la masa de una tarta siempre le hacía sonreír—. Me manda un paquete con dulces cada dos meses. Al principio algunas de sus creaciones me servían de tope para las puertas, pero desde hace un año más o menos ha mejorado. Le salen muy buenos.

—Salúdale de mi parte la próxima vez que hables con él.

Dana se encogió de hombros. No tenía ninguna intención de mencionar el nombre de Jordan Hawke, a menos que formara parte de una maldición.

—Fin del camino —dijo cuando llegaron a la puerta de su casa.

—Quiero entrar.

—No en esta vida, ni en ninguna otra. —Intentó coger los libros y él los puso fuera de su alcance—. Termina con esto, Jordan. No tenemos diez años.

—Tenemos asuntos de los que hablar.

—No, no es así.

—Sí lo es, y deja de tratarme como a un niño. —Resopló, y rezó para conservar la paciencia—. Mira, Dana, tenemos una historia. Enfoquémosla como adultos.

Le irritó que sugiriera que se portaba como una inmadura. Idiota.

—De acuerdo, así es como lo enfocaremos. Dame mis libros y vete.

—¿Oíste lo que dijo Rowena anoche? —Ahora en su tono había algo que le advertía de que se preparaba una buena y calurosa discusión—. ¿Prestaste atención? Tu pasado, presente y futuro. Soy parte de tu pasado. Soy parte de esto.

—En mi pasado es justo donde permanecerás. He perdido dos años de mi vida contigo, pero ya pasó. ¿Lo puedes asimilar, Jordan? ¿Tu enorme ego puede soportar el hecho de que te haya olvidado? Sin ninguna duda.

—No tiene que ver con mi ego, Dana. —Le devolvió sus libros—. En cambio, sí tiene que ver con tu ego. Sabes dónde encontrarme cuando estés dispuesta.

—No quiero encontrarte —murmuró Dana mientras él se alejaba.

Maldición, no era su estilo evitar una pelea. Dana vio la irritación en su cara, la escuchó en su voz. ¿Desde cuándo mantenía a raya a la bestia y la hacía desaparecer?

Se había preparado para la discusión y ahora no tenía nada con lo que desahogarse. Era muy, muy desagradable.

Dentro de su apartamento, arrojó los libros sobre la mesa y se dirigió al lugar en el que guardaba los dulces. Pronto pudo consolarse con unas galletas.

—Bastardo. Maldito bastardo, me hace enfadar y se va. Estas calorías son por su culpa.

Comió las últimas migas y se relamió.

—Joder, están realmente buenas.

Más tranquila, se cambió, se puso un chándal y luego se acomodó en su silla favorita con el nuevo libro de tradiciones celtas.

No podía contar la cantidad de libros con ese tema que había leído durante el último mes. Hay que decir que para Dana la lectura resultaba tan placentera como los dulces y tan esencial para la vida como el aire que respiraba. Se rodeaba de libros en el trabajo y en el hogar. Su espacio vital era un testimonio de su primer y más importante amor, y tenía estantes llenos de libros y mesas cubiertas con ellos. Los consideraba no solo una fuente de sabiduría, entretenimiento, comodidad y hasta salud, sino también una especie ingeniosa de decoración.

Para un ojo inadvertido, los libros que llenaban las estanterías y se repartían en rincones y mesas podrían parecer un batiburrillo azaroso y desordenado; pero la bibliotecaria que existía en Dana se esforzaba por instaurar un sistema.

Podía, por capricho o por una petición, encontrar cualquier título que estuviera en cualquier lugar de su piso.

No podía vivir sin libros, sin las historias, la información, los mundos que vivían en su interior. Incluso ahora, con la tarea que tenía que cumplir y el reloj que contaba los minutos, se ensimismaba con las páginas que estaban en sus manos y se identificaba con las vidas, las guerras, los pequeños rencores de los dioses.

Absorta, pegó un bote al escuchar que llamaban a la puerta. Parpadeando, volvió a la realidad y percibió que el sol se había puesto mientras ella visitaba a Dagda, Epona y Lug.

Con el libro en la mano, fue a abrir y levantó las cejas al ver a Malory.

—¿Qué pasa?

—Pensé que podía pasar y ver lo que estabas haciendo antes de volver a casa. Todo el día he estado hablando con unos artistas y artesanos locales. Pienso que tengo suficientes piezas para comenzar en mi galería.

—Bien. ¿Traes algo de comer? Estoy muerta de hambre.

—Una lata de caramelos de menta y medio bollo.

—No sirven —decidió Dana—. Voy a buscar otro alimento. ¿Tienes hambre?

—No, no te preocupes. ¿Tienes alguna idea brillante? ¿Algo que quieras que Zoe y yo hagamos? —preguntó Malory mientras seguía a Dana hasta la cocina.

—No sé si es una idea brillante: espaguetis, ¡qué buenos! —Dana sacó de la nevera una cazuela con pasta—. ¿Quieres?

—No.

—Tengo un Cabernet para acompañar.

—Eso te lo acepto. Tomaré una copa. —Malory encontró unos vasos—. ¿Cuál es la idea, brillante o no?

—Libros. Ya sabes, todo lo que se relaciona con la sabiduría. Y el pasado, presente y futuro. Si hablamos de mí, todo se refiere a libros. —Sacó un tenedor y comenzó a comer la pasta directamente de la cazuela—. La cuestión es saber qué libro o qué clase de libro.

—¿No quieres calentarlos?

—¿Qué? —Desconcertada, Dana miró los espaguetis en la cazuela—. ¿Por qué?

—Por nada. —Malory dio a Dana un vaso de vino; luego cogió el suyo y se sentó a la mesa—. Un libro o unos libros. Tiene sentido, al menos en parte. Y te proporciona un camino a seguir, pero… —Examinó el apartamento de Dana—. Con los que ya tienes, tendrías semanas de trabajo para repasarlos. Luego están los que tienen los habitantes del valle, la biblioteca, la librería del centro comercial, etcétera.

—Aparte del hecho de que, incluso si estoy bien encaminada, eso no significa que la llave se encuentra literalmente en un libro. Podría ser figuradamente. O podría significar que algo en un libro señala el camino hacia la llave. —Dana se encogió de hombros y siguió comiendo los espaguetis fríos—. Ya te he dicho que no era una idea brillante.

—Es un buen punto de partida. Pasado, presente y futuro. —Malory apretó los labios—. Abarca un terreno bastante extenso.

—Histórico, contemporáneo, futurista. Y eso solo en las novelas.

—Podría ser algo más personal. —Malory se echó hacia delante y miró con atención la cara de Dana—. En mi caso lo fue. Mi camino hacia la llave incluía a Flynn, mis sentimientos hacia él y mis sentimientos conmigo misma, dónde terminaría, adónde quería ir. Las experiencias que tuve —no puedo llamarlas sueños— eran muy personales.

—Y espeluznantes. —Por un momento, Dana puso una mano sobre la de Malory—. Lo sé. Pero lo superaste. Lo mismo haré yo. Quizá sea personal. Un libro que tiene un significado específico y personal para mí. —Examinó la habitación pensativamente mientras cogía de nuevo el tenedor—. Eso es algo que también abarca un territorio bastante extenso.

—Estaba pensando en otra posibilidad. Estaba pensando en Jordan.

—No entiendo qué puede tener que ver en esto. Mira —continuó cuando Malory abrió la boca—, él ha formado parte de la primera partida, es cierto. Las pinturas de Rowena que habían comprado él y Brad. Volvió a la ciudad con esa pintura porque Flynn le pidió que lo hiciera. Así entró en el juego, si bien su parte debería haber terminado con tu búsqueda. Y su conexión con Flynn, que lo conectó contigo.

—Y contigo, Dana.

La muchacha giró el tenedor en la pasta, pero su entusiasmo por la comida se estaba desvaneciendo.

—Ya no.

Al reconocer su mirada obcecada, Malory asintió con la cabeza.

—De acuerdo. ¿Qué me dices del primer libro que leíste? ¿El primero que te capturó y te convirtió en lectora?

—No creo que la llave mágica de la Urna de las Almas se encuentre en *Huevos verdes, jamón verde*, de Dr. Seuss. —Con una sonrisa de satisfacción, Dana levantó su vaso—. Pero le echaré un vistazo.

—¿Qué me dices de tu primer libro de adulta?

—Es obvio que no has apreciado el ingenio agudo y la sátira punzante de Sam-I-Am, el protagonista del libro. —Se echó a reír, pero se quedó pensativa, tamborileando con los dedos sobre la mesa—. De todas formas, no recuerdo cuál fue el primero. Siempre estuve rodeada de libros. No recuerdo un tiempo en que no haya leído. —Estudió su vaso de vino un momento y luego tomó un trago rápido—. Me dejó plantada. Sobreviví.

« Volvemos a Jordan» , pensó Malory, y asintió:

—Muy bien.

—Eso no significa que no lo odie con toda mi alma, pero ese odio no es importante en mi vida. Solo lo he visto unas pocas veces en los últimos siete años. —Se encogió de hombros, pero el movimiento pareció un gesto dubitativo—. Tengo mi vida, él tiene la suya, y ya no se entrecruzan. Sucede que es amigo de Flynn, nada más.

—¿Lo amaste?

—Sí. Fue maravilloso. ¡Bastardo!

—Lo lamento.

—Son cosas que pasan. —Tenía que recordarlo. No fue algo a vida o muerte, no la mandó directamente a un valle de lágrimas. Si un corazón no podía romperse, entonces no se trataba de un corazón—. Éramos amigos. Cuando mi padre se casó con la madre de Flynn, Flynn y yo hicimos buenas migas. Pienso que resultó bien. Flynn tenía a Jordan y a Brad: eran como un cuerpo con tres cabezas la mitad del tiempo. De manera que también se convirtieron en mis amigos.

Malory casi dijo que todavía lo eran, pero logró permanecer callada.

—Jordan y yo éramos amigos. A ambos nos encantaba leer, y eso era otro punto de unión. Luego crecimos y todo cambió. ¿Quieres otro poco de vino? —preguntó mientras cogía su vaso vacío.

—No.

—Bueno, yo sí. —Dana se puso de pie y fue a la cocina a por la botella—. Se marchó a la universidad. Obtuvo una beca parcial para la Universidad de Pensilvania, y tanto él como su madre trabajaron como esclavos para conseguir el resto del dinero con el cual pagar sus estudios y los gastos de manutención. Su madre, bueno, estuvo magnífica. De alguna manera, Zoe me la recuerda.

—¿De veras?

—No en cuanto a su apariencia, si bien la señora Hawke también era muy guapa, aunque más alta y delgada. Recordaba a una bailarina.

—¿Era joven cuando murió?

—Sí, estaba en la cuarentena. —Hablar de ello todavía le producía una punzada en el pecho—. Fue terrible lo que padeció, y lo que sufrió Jordan. Al final, estábamos prácticamente de acampada en el hospital, y aun así… —Se estremeció y suspiró—. No es eso lo que quería contarte. Creo que Zoe me recuerda la forma de ser de la señora Hawke. La tendencia maternal de Zoe. La clase de mujer que sabe qué hacer y no se lamenta de hacerlo, y que consigue apreciar su trabajo y querer a su hijo. Ella y Jordan estaban muy unidos, igual que Simon y Zoe. Siempre los dos. Su padre no entraba en escena, al menos hasta donde puedo recordar.

—Debe de haber sido muy difícil para él.

—Lo hubiera sido de no ser su madre quien era. Podía coger un bate de béisbol y unirse a un juego tan fácilmente como preparaba unas galletas. Llenaba los huecos.

—Tú también la querías —apuntó Malory.

—Sí. Todos la queríamos. —Dana se sentó y bebió su segundo vaso de vino—. De manera que Jordan se va a la universidad y consigue dos empleos a media jornada para pagar sus gastos. El primer año no lo vimos mucho. Volvía durante el verano y trabajaba en el taller de coches de Tony. Es muy buen mecánico. Salía con Flynn y Brad cuando tenía oportunidad. Cuatro años más tarde obtuvo su título.

» Hizo un postrado de un año y medio y empezó a publicar algunos cuentos cortos. Luego volvió a casa. —Emitió un largo suspiro—. ¡Dios santo, nos miramos y fue como si explotara una bomba! Pensé: « ¿Qué demonios es esto? Es mi amigo Jordan. Se supone que no debo querer hincar los dientes en mi buen amigo Jordan» . —Soltó una risa y bebió un sorbo—. Más tarde él me contó que le había ocurrido lo mismo. « Tranquilo, contrólate, es la hermana pequeña de Flynn. Saca de ahí las manos» . De manera que bailamos alrededor de la bomba y de nosotros mismos durante un par de meses. Nos pasábamos el tiempo riñendo o siendo muy corteses.

—¿Y después? —la animó Malory cuando Dana se quedó callada.

—Una noche pasó por casa para ver a Flynn, pero Flynn había salido porque tenía una cita. Y mis padres no estaban en casa. Empecé a pelear con él. Tenía que hacer algo con todo ese ardor. Lo próximo que sé es que rodamos sobre la alfombra del salón. Queríamos más y más. Desde entonces no he experimentado nada parecido a esa… desesperación. Fue increíble.

» Imagina nuestra desazón cuando el humo se disipó y los dos nos encontramos desnudos sobre la hermosa alfombra oriental de Liz y Joe.

—¿Cómo te las arreglaste?

—Bueno, según creo recordar nos quedamos como muertos durante un minuto y luego nos miramos. Un par de supervivientes de una guerra muy intensa. Después nos moríamos de risa y empezamos de nuevo.

Levantó su vaso en un brindis fingido.

—Es así como empezamos a salir. Jordan y Dana, Dana y Jordan. Se convirtió en una sola palabra, independientemente de cómo comenzaras.

¡Oh, Dios, echaba en falta ese lazo tan íntimo!

—Nadie me ha hecho reír como él. Y es el único hombre de mi vida que me ha hecho llorar. De manera que sí, maldita sea, amé a ese hijo de perra.

—¿Qué sucedió?

—Cosas pequeñas, cosas grandes. Su madre murió. ¡Dios, nada ha sido tan monstruoso como eso! Ni siquiera cuando mi padre se puso enfermo fue lo mismo. Cáncer de ovarios, y lo descubrieron demasiado tarde. Las operaciones, los tratamientos, las oraciones…, nada funcionó. Siguió poniéndose peor. Es terrible que un ser querido muera, pero verlo morir poco a poco es mucho peor —dijo en voz baja.

—No me lo puedo imaginar. —Los ojos de Malory se llenaron de lágrimas—. Nunca he perdido a nadie.

—Cuando perdí a mi madre no lo recuerdo, era demasiado pequeña; pero recuerdo cada día de la agonía de la señora Hawke. Quizá rompió algo en el interior de Jordan. No lo sé, no me lo dejó saber. Después de que muriera, vendió su pequeña casa, todos los muebles, todo lo que había en ella. Me dejó y se fue a Nueva York a hacerse rico y famoso.

—Tú lo simplificas demasiado —comentó Malory.

—Quizá lo haga; pero es como lo siento. Dijo que tenía que irse, que necesitaba algo que no había aquí. Si se iba para dedicarse a escribir, y tenía que hacerlo, lo haría a su manera. Tenía que salir del valle. Eso es lo que hizo, como si los dos años que estuvimos juntos fueran un pequeño interludio en su vida. —Apuró el último trago de su vaso—. A la mierda con él y con los *best seller* que publicó.

—Quizá no quieras escucharlo, al menos no ahora, pero parte de la solución puede residir en resolver esta situación con él.

—¿Resolver qué?

—Dana —Malory puso ambas manos sobre las de su amiga—, todavía lo quieres.

Las manos de Dana se apartaron con un movimiento brusco.

—No es así. Me he hecho una vida. He tenido amantes. Tengo una carrera… Bueno, por el momento está en el retrete, pero tengo un fénix que surgirá de las cenizas de la biblioteca. —Se calló al escuchar la forma en que sonaban sus propias palabras—. No beberé más vino si voy a utilizar las metáforas tan lastimosamente. Las viejas novedades de Jordan Hawke —dijo con más calma—. Que sea el primer hombre que he amado no significa que tenga que ser el último. Antes me quemo la cara con ácido que darle esa satisfacción.

—Lo sé. —Malory rio un poco y dio un apretón a las manos de Dana antes de

soltarlas—. Es por lo que me doy cuenta de que todavía lo amas. Por eso y por lo que acabo de ver en tu cara y escuchar en tu voz cuando me has contado lo que habéis hecho juntos.

¡Qué terrible! ¿Qué impresión le había dado? ¿Cómo había sonado lo que había contado?

—Es el vino, que me pone sentimental. Eso no significa…

—Significa lo que significa —sentenció Malory con brusquedad—. Tienes que pensar en ello, Dana. Es algo que debes sopesar cuidadosamente si realmente quieres tener éxito en la búsqueda. Porque, de una manera u otra, Jordan es parte de tu vida y es parte de este asunto.

—No quiero que lo sea —balbuceó Dana—; pero si lo es, lo superaré. La apuesta es demasiado alta para que me raje antes de empezar.

—Así debes pensar. Tengo que irme a casa.

Se puso de pie y luego pasó su mano por los cabellos de Dana, como para consolarla.

—Me puedes contar todo lo que pienses o sientas. Y a Zoe. Y si hay algo que necesites decir o si necesitas a alguien solo para que te acompañe cuando no tengas nada que decir, todo lo que tienes que hacer es llamarnos.

Dana asintió y esperó a que Malory estuviera junto a la puerta.

—¿Mal? Cuando se fue sentí que me desgarraban el corazón. Una sola vez que te rompan el corazón debería ser suficiente en la vida de una persona.

—¿Tú crees? Te veré mañana.

3

Las posibilidades de encontrar una llave mágica escondida en uno de los miles de libros de la biblioteca de Pleasant Valley eran mínimas y se requería tiempo e ingenio; pero Dana decidió que valía la pena echar un vistazo.

En todo caso, le gustaba estar entre las estanterías, rodeada de libros. Con la disposición de ánimo adecuada, podía oír las palabras que le murmuraban al oído. Todas esas voces de personajes que vivían en mundos tanto fantásticos como cotidianos. Con la simple acción de coger uno de esos libros de su estante, Dana se podía deslizar dentro de uno de esos mundos y convertirse en alguien que vivía en su interior.

«Llaves mágicas y hechiceros que roban almas», pensó Dana. Tan increíbles como podían parecer, para ella no tenían mayor relevancia que el poder de las palabras escritas en una página.

Pero no se encontraba allí para jugar, se recordó a sí misma mientras comenzaba a ordenar prolijamente las estanterías al mismo tiempo que vigilaba el mostrador de información, que se hallaba a unos pasos. Era un experimento. Quizá pudiera poner su mano sobre un libro y sentir algo: un hormigueo, una sensación de calor. ¿Quién sabe?

Sin embargo, recorrió todos los estantes dedicados a la mitología sin sentir ningún estremecimiento.

Sin desanimarse, se dirigió a la sección de libros sobre civilizaciones antiguas. «El pasado», se dijo. Las Hijas de Cristal habían surgido de la Antigüedad. ¿Y qué no lo había hecho?

Trabajó diligentemente un rato poniendo en su sitio los libros que estaban mal colocados. Sabía que no debía coger el volumen de la Bretaña antigua, pero de repente apareció en sus manos abierto por la sección de los círculos de piedra, y se trasladó a los páramos azotados por el viento a la salida de la luna.

Druidas y salmodias, piras funerarias y el murmullo que constituía la respiración de los dioses.

—Hola, Dana. No sabía que librabas hoy.

Apretando los dientes inconscientemente, Dana trasladó su mirada del libro que tenía en la mano a la cara abiertamente alegre de Sandi.

—No libro. Estoy ordenando los libros.

—¿De verdad? —Los grandes ojos azules la miraron con asombro. Las largas pestañas doradas aletearon—. Me había parecido que estabas leyendo. Pensé que quizá estabas en tu tiempo libre y seguías con tus investigaciones. Últimamente has estado investigando mucho, ¿no es cierto? ¿Terminarás tu doctorado por fin?

Con un movimiento lleno de malhumor, Dana volvió a colocar el libro en su lugar. Se preguntó si no sería divertido coger las grandes tijeras plateadas del cajón de su escritorio y cortar de una vez esa detestable coleta móvil. Estaba dispuesta a apostar que si lo hacía desaparecería esa sonrisa brillante y dentuda de la cara de Sandi.

—Has logrado un ascenso y un aumento de sueldo, así que ¿cuál es tu problema, Sandi?

—¿Mi problema? No tengo ningún problema. Todos sabemos que no se puede leer en horas de trabajo. Así que estoy segura de que solo parecía que estabas leyendo en lugar de ocupar tu puesto en el mostrador.

—Mi trabajo en el mostrador está garantizado. —« Cuando se te ha acabado la paciencia, debes terminar» , pensó Dana—. Pasas mucho tiempo preocupándote por lo que hago, acechándome por las estanterías a mi espalda y escuchando a escondidas cuando hablo con un cliente.

La sonrisa alegre de Sandi se convirtió en un gesto de desdén.

—No suelo escuchar a escondidas.

—¡Chorradas! —replicó Dana en un tono tranquilo y agradable que hizo que los ojos de muñeca de Sandi brillaran por el impacto—. Me has estado dando pisotones durante semanas. Has conseguido el ascenso y yo que me recortaran las horas de trabajo; pero no eres mi supervisor ni eres mi jefa. Por tanto, vete a tomar por saco.

Aunque no le resultó tan gratificante como hubiera sido cortarle la coleta, se sintió estupendamente bien al alejarse y dejar a Sandi farfullando.

Se puso detrás del mostrador y atendió a dos clientes con tan buena voluntad y alegría que ambos se fueron radiantes. Cuando contestó al teléfono, pareció que cantaba al decir:

—Biblioteca de Pleasant Valley. Servicio de información. ¿En qué le puedo ayudar? Hola, señor Foy. Llama temprano. ¡Ja, ja, ja! Es una buena pregunta. —Rio mientras anotaba la pregunta de las banalidades del día—. Me llevará un minuto. Lo llamaré.

Fue a buscar el libro adecuado, lo hojeó rápidamente y luego se lo llevó hasta el mostrador para devolver la llamada.

—Lo tengo. —Recorrió la página con el dedo índice—. La golondrina de mar del Ártico migra anualmente y recorre las distancias más largas. Hasta veinte mil millas, ¡guau!, entre el Ártico y el Antártico. Hace que te preguntes qué tiene dentro de su cerebro de ave, ¿verdad? —Movió el auricular cuando percibió que Sandi avanzaba, como una maldita *majorette*, hacia el mostrador—. No, lo

lamento, señor Foy, no ha ganado hoy el conjunto completo de maletas American Tourister. La golondrina de mar del Ártico le saca al *Stercorarius* de cola larga un par de miles de millas por año. Mejor suerte la próxima vez. Lo llamaré mañana. —Colgó, cruzó las manos y luego levantó las cejas para mirar a Sandi—. ¿Puedo hacer algo por ti?

—Joan quiere verte. —Elevó la barbilla y su mirada se deslizó por la nariz, pequeña y perfecta—. Inmediatamente.

—Muy bien. —Dana se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja mientras estudiaba a Sandi—. Apuesto a que tenías una sola amiga en el colegio, y era tan repugnante como tú.

Se bajó de la banqueta.

A propósito del colegio, Dana, mientras cruzaba la planta principal y subía las escaleras hacia la administración, pensó que se sentía como si la hubieran mandado a hablar con la directora. Una sensación denigrante en una mujer adulta. Decidió que estaba harta de experimentar lo mismo.

A la puerta del despacho de Joan, Dana respiró hondo y alzó los hombros. Podía sentirse culpable como una niña de seis años, pero no lo iba a parecer.

Golpeó con fuerza con los nudillos en la puerta y después abrió sin esperar respuesta.

—¿Querías verme?

Detrás de su mesa, Joan se reclinó. Su pelo entrecano estaba sujeto en un moño estricto que, por extraño que parezca, le sentaba bien.

Llevaba una chaqueta oscura sobre una blusa blanca abotonada hasta el cuello. La tela estaba muy planchada y apenas se apreciaba un leve abultamiento que indicaba que debajo había pechos.

De una cadena dorada que le rodeaba el cuello colgaban unas gafas de leer sin montura. Dana sabía que usaba unos zapatos de tacón bajo tan resistentes y formales como el peinado.

La joven juzgó que su aspecto era descarnado y soso, idéntico a la imagen tópica que mantenía alejados a los niños de las bibliotecas.

Puesto que la boca de Joan ya formaba un gesto de desaprobación, Dana no esperaba que la entrevista fuera agradable.

—Cierra la puerta, por favor. Dana, parece que sigues teniendo dificultades para adaptarte a las nuevas normas y al protocolo que he establecido.

—Así que Sandi ha venido corriendo a contarte que estaba leyendo un libro, el peor de todos los horrores que se pueden cometer en una biblioteca pública.

—Tu actitud rebelde es solo uno de los problemas con los que tengo que lidiar.

—No voy a defenderme por hojear un momento un libro mientras estaba ordenando las estanterías. Forma parte de mi trabajo estar informada sobre los libros que hay para no limitarme a señalar a los clientes una zona y desearles buena suerte. Cumplo con mi tarea, Joan, y las evaluaciones que realizó el

anterior director sobre mi trabajo nunca resultaron menos que sobresalientes.

—Yo no soy el anterior director.

—Tienes toda la razón. En menos de seis semanas desde que te has hecho cargo, has recortado mis horas de trabajo y las de dos antiguas empleadas, lo que ha significado que nuestro sueldo se ha reducido a la mitad. Y tu sobrina ha obtenido un ascenso y un aumento.

—Me han contratado para sacar a esta institución de un deterioro financiero, y es lo que estoy haciendo. No se me exige que te explique mis decisiones administrativas.

—No, no tienes que hacerlo. No te gusto, y tú no me gustas; pero no me tiene que gustar toda la gente para quien trabajo ni toda con la que trabajo. A pesar de ello, puedo cumplir lo mismo con mi tarea.

—Es tu tarea acatar las normas. —Joan abrió una carpeta—. No lo es hacer ni recibir llamadas privadas. Tampoco usar los materiales de la biblioteca para propósitos personales. Ni pasar veinte minutos cotilleando con un cliente mientras descuidas tus deberes.

—Espera —la rabia contenida subía por su garganta como un géiser—, espera un minuto. ¿A qué se dedica Sandi? ¿A realizar informes diarios sobre mis actividades?

Joan cerró la carpeta.

—Eres una engreída.

—Ahora lo comprendo. No me espía solo a mí. Es tu topo personal, y anda investigando por todos lados buscando infracciones. —Dana pensó que cuando estás harta es mejor terminar de una vez por todas—. Quizá el presupuesto de este lugar tenga sus variaciones, pero la biblioteca siempre ha sido un lugar agradable y familiar. Ahora es solo un rollo administrado por un comandante de la Gestapo y su sabandija personal. Por tanto, te haré un favor a ti y otro a mí: me voy. Tengo derecho a una semana por enfermedad y otra por vacaciones. Las consideraremos el plazo de dos semanas para avisar de que me voy.

—Muy bien. Puedes dejar tu dimisión sobre mi mesa al final de tu jornada.

—¡A la porra! Dimito ahora. —Respiró profundamente—. Soy más lista que tú, y soy más joven, más fuerte y más guapa. Los clientes de siempre me conocen y les caigo bien. La mayoría no te conoce, y el resto no te quiere. Esas son algunas de las razones por las cuales me persigues desde que te hiciste cargo de la biblioteca. Me voy de aquí, Joan, pero lo hago por mi voluntad. Apuesto a que no tardando mucho te irás tú también, solo que a ti te echarán los de la junta.

—Si esperas que dé referencias…

Dana se detuvo en la puerta.

—Joan, Joan, ¿quieres terminar nuestra relación con lo que te diga de por dónde te puedes meter tus referencias?

Su enfado la condujo directamente escaleras abajo al vestuario, donde cogió

su chaqueta y un puñado de objetos personales. No se detuvo a hablar con ninguno de sus compañeros. Si no se iba, si no se iba muy rápido, temía que estallaría en sollozos histéricos o que acabaría dando puñetazos contra la pared.

Cualquiera de las dos opciones fortalecería a Joan.

Salió sin volver la cabeza. Siguió caminando. Se negaba a permitirse pensar que esa era la última vez que caminaría desde el trabajo a casa. No era el final de su vida, solo se trataba de doblar una esquina.

Cuando sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas de ira, buscó sus gafas de sol. No iba a humillarse llorando en la maldita acera.

Pero su respiración era entrecortada cuando llegó a la puerta del piso. Cogió las llaves, entró a trompicones y se sentó en el suelo.

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! ¿Qué he hecho?

Había quemado sus naves. No tenía empleo. Y pasarían semanas antes de que pudiera inaugurar su librería. ¿Por qué pensaba que podría regentar una librería? Su inteligencia y su amor por los libros no la convertían en comerciante. Nunca había trabajado en el comercio en toda su vida, ¿y de repente iba a dirigir una tienda?

Había creído que estaba preparada para dar ese paso. Ahora, enfrentada a la cruda realidad, Dana se dio cuenta de que no lo estaba en absoluto.

En un ataque de pánico, se levantó de un salto y se precipitó sobre el teléfono.

—¿Zoe? Zoe…, acabo de…, tengo que… ¡Mierda! ¿Puedes encontrarte conmigo en la casa?

—De acuerdo. Dana, ¿qué pasa?

—Acabo de…, he dejado mi trabajo. Creo que tengo un ataque de ansiedad. Necesito… ¿Puedes conseguir las llaves? ¿Puedes localizar a Malory para reunirnos las tres?

—Muy bien, cariño. Respira hondo. Vamos, respira. Toma un poco de aire. Así. Veinte minutos, estaremos allí en veinte minutos.

—Gracias. De acuerdo. Gracias, Zoe.

—Limítate a seguir respirando tranquila. ¿Quieres que pase a buscarte?

—No. —Se enjugó las lágrimas de rabia—. No. Me reuniré con vosotras.

—Veinte minutos —repitió Zoe, y colgó.

Se sentía más calmada, al menos aparentemente, cuando entró en la calle de dos sentidos en la que estaba la bonita casa de madera que había comprado con sus amigas. En cuestión de semanas, firmarían el contrato. Entonces las tres empezarían…, bueno, lo que fuera.

Zoe y Malory ya tenían ideas sobre qué ambiente crear y sobre la elección de colores, pinturas y plantas. Ya se habían reunido y hojeado folletos de pintura para elegir el color del porche y del vestíbulo. Y sabía que Zoe había estado

recorriendo mercadillos para conseguir los trastos que milagrosamente convertía en tesoros.

No es que Dana no tuviera ideas. Las tenía. A grandes rasgos, podía imaginar el aspecto que tendría su sección de la planta principal cuando la hubiera transformado en una pequeña librería y cafetería. Confortable y hogareña, quizá con algunas sillas cómodas y unas pocas mesas. Pero no podía ver los detalles. ¿Qué aspecto tendrían las sillas? ¿Qué tipo de mesas conseguiría?

Había al menos una docena de detalles que no había tomado en consideración cuando se entusiasmó con el sueño de poseer su propia librería. Se vio obligada a admitir ante sí misma que también había aspectos que no había tenido en cuenta cuando le dijo a Joan que se fuera a hacer puñetas.

«Arrebatos, orgullo y mal carácter», pensó con un suspiro. Una combinación peligrosa. Ahora tendría que vivir con el resultado de haber sucumbido a ella.

Salió del coche. Su estómago todavía le molestaba, de manera que se lo frotó con una mano mientras observaba la casa.

Era un buen lugar. Resultaba importante recordarlo. Le había gustado desde el primer momento en que había traspasado la puerta con Zoe. Ni siquiera la terrible experiencia que habían sufrido en su interior —por cortesía de su enemigo, Kane— apenas una semana antes, cuando Malory consiguió encontrar su llave mágica, había echado a perder la sensación que le producía aquel lugar.

Nunca había poseído una casa, ni ninguna otra propiedad. Debería concentrarse en esa sensación tan adulta de poseer un tercio de un edificio de verdad, junto con el terreno sobre el cual se levantaba. No temía la responsabilidad; era bueno saberlo. No temía el trabajo, ni mental ni físico.

Sin embargo, se dio cuenta de que temía mucho el fracaso.

Caminó hacia el porche, se sentó en el escalón y se regodeó en sus problemas.

Estaba tan sumergida en ellos que no pudo hacer nada más que quedarse sentada hasta que llegaron Malory y Zoe. Malory salió del coche y giró la cabeza.

—Un día chungo, ¿eh?

—Uno de los peores. Gracias por venir. De verdad.

—Hemos hecho algo más.

Hizo un gesto apuntando a Zoe y a la caja blanca de pastelería que esta llevaba. Asombrada, Dana olfateó.

—¿Chocolate?

—Somos chicas, ¿no es cierto? —Zoe se sentó a su lado, le pasó el brazo por los hombros apretando con fuerza y abrió la caja—. Relámpagos de chocolate. Hay uno para cada una, grande y con mucho relleno.

Esta vez casi se le caen las lágrimas de la emoción.

—Sois las mejores.

—Dale unos bocados, espera el efecto y luego cuéntanos todo.

Malory se sentó al otro lado y les dio servilletas. Dana se consoló con el pastelito de chocolate y nata y contó la historia entre bocado y bocado.

—Quería que me fuera. —Con las cejas fruncidas, se pasó la lengua por la comisura de los labios y lamió un poco de crema bávara—. Entre nosotras hubo una animosidad visceral desde el momento en que nos conocimos. No lo sé, pero como si hubiéramos sido enemigas mortales en una vida pasada. O como si, ¡Dios santo!, hubiéramos estado casadas o algo así. No se trata solo de que maneje la biblioteca como si fuera un campamento militar —lo que ya es malo de por sí—, sino que además iba a por mí, personalmente me refiero. Lo mismo que su perrito faldero: Sandi.

—Sé que es muy triste, Dana. ¡Vaya si lo sé! —Malory acarició el hombro de su amiga con un gesto cariñoso—; pero de todos modos pensabas dimitir dentro de unas semanas.

—Lo sé, lo sé, pero quería irme de buena manera: hacer una pequeña fiesta de despedida con los compañeros y que todo terminara cordialmente. Además es que, a pesar del recorte del salario, ese dinero me venía muy bien. Mejor que muy bien. Podría haberme gastado las pagas extra antes de irme.

—Mandar al diablo a Joan merece perder esas pagas. Es una zorra, y la odiamos —dijo Zoe con espíritu de compañerismo—. Cuando hayamos abierto ConSentidos y esté a plena producción, cuando la librería sea la comidilla del valle, Joan se cocerá en su propio jugo de envidia.

Reflexionando sobre estas palabras, Dana frunció los labios.

—Es una buena idea. Me parece que me había entrado un ataque de pánico. Siempre he trabajado en una biblioteca: en la biblioteca del instituto, en la biblioteca de la universidad y luego en esta. De repente me he dado cuenta de que este trabajo se terminaba y que voy a ser la propietaria de una tienda. —Se secó las manos húmedas en las rodillas—. Ni siquiera sé cómo funciona una caja registradora.

—Te enseñaré —prometió Zoe—. Estamos juntas en esto.

—No quiero estropear nuestro futuro. Tampoco quiero estropear el asunto de la llave. Todo esto se me ha venido encima de repente.

Malory ofreció a Dana el último trozo de su relámpago de chocolate.

—Toma un poco más de chocolate. Luego entraremos y empezaremos a hacer algunos planes en serio.

—Tengo dos horas antes de tener que volver a casa —dijo Zoe—. Cuando nos dio las llaves, le pregunté al agente inmobiliario. Me dijo que podíamos comenzar con los arreglos, si queremos arriesgar tiempo y dinero. Podríamos pintar el porche, bueno, a menos que nos preocupe que no nos salga la compra.

Dana terminó el relámpago de chocolate.

—De acuerdo, de acuerdo —dijo más animada—. Entremos y miremos los folletos de pinturas.

Después de discutirlo un poco, se pusieron de acuerdo en pintar de color azul océano. Pensaban que el color haría que la casa resaltara entre las otras y le daría un toque de clase.

Ya que estaban de humor, se dirigieron a la cocina para hablar de la decoración y el espacio.

—Nada demasiado rústico —apuntó Zoe mientras tamborileaba con los dedos sobre la cadera—. Queremos que sea cómoda y hogareña, pero también lujosa, ¿verdad? Entonces, que no sea aparatosa y tampoco demasiado simple.

—Como tu elegante y al mismo tiempo rústica cocina. —Afirmando con la cabeza, Malory intentó imaginársela—. Quizá un verde menta para las paredes: es un color agradable y cordial. Los armarios, de blanco crema. Dana, tú serás quien más utilice este cuarto.

—Estoy de acuerdo, seguid. Vosotras sois mejores que yo en estos temas.

—Bien. ¿Y si pintamos de rosa los mostradores? No digo rosado, sino algo más fuerte. Después decoraremos todo con objetos artísticos. Estos tienen que venir de la galería. Luego estableceremos algunas de las pautas sobre las que habló Zoe para organizar su salón de belleza. Los productos de aromaterapia, las velas. Y haremos algo como lo que hizo Dana en la cocina de su piso.

—¿Lo llenaremos de comida basura?

Malory miró a Dana y se rio.

—No, de libros. Vamos a poner una estantería y colocaremos libros, algunas piezas de artesanía de mi galería y algunos productos del salón de belleza —cremas para las manos y jabones con bonitos envoltorios—. Unificará el espacio común.

—Eso está muy bien. —Dana lanzó un suspiro—. Me siento animada otra vez.

—Será estupendo. —Zoe deslizó un brazo por la cintura de Dana—. Podríamos poner esos botes de tés y cafés exóticos sobre el mostrador.

—Quizá podamos poner una mesa —apuntó Dana—. Una de esas mesas pequeñas y redondas, con un par de sillas. Bien. Apuntemos las pinturas que tenemos hasta ahora y veamos si podemos decidirnos por las que faltan. Me acercaré hasta Reyes de Casa y compraré todo.

—Creo que la pintura estará de oferta la semana que viene —comentó Zoe.

—¿Sí? —Los hoyuelos de Dana se acentuaron—. Bueno, por casualidad tengo un contacto en Reyes de Casa. Llamaré a Brad y conseguiré un descuento hoy.

La ayudó tener una meta, un objetivo. Aunque consistiera en conseguir unos

litros de pintura.

Dana pensó que si en ese momento la biblioteca y su trabajo eran su pasado, ConSentidos y el local eran su presente. En cuanto al futuro, no tenía ni la menor idea; pero tenía la intención de pensar en ello e intentar encontrar una conexión con el paradero de la llave.

No le resultó difícil que Brad le hiciera un treinta por ciento de descuento. Mientras Dana deambulaba por los amplios salones de Reyes de Casa, reflexionó sobre qué más podría comprar con el visto bueno de su viejo amigo.

Brochas, naturalmente, y rodillos. O quizá pudieran probar esas pistolas para pintar. Examinó una de ellas y se arrodilló para estudiar sus ventajas.

¿Sería difícil de usar? Seguro que les ahorraría tiempo y trabajo, comparado con la antigua manera de pintar con brocha.

—A menos que estés pensando en convertirte en una pintora profesional, creo que es demasiado para ti.

«Jordan Hawke», pensó mientras un músculo de su mentón se contraía. También pensó que ese día no podía ser peor.

—¿Así que Brad ha tenido piedad de ti y te ha dado trabajo? —preguntó sin elevar la vista—. ¿Vas a tener que usar uno de esos uniformes azules con una casita estampada en la pechera de la camisa?

—Estaba en su oficina cuando le has llamado para hacerle la pelota y que te hiciera un descuento. Brad me ha pedido que viniera y te echara una mano, porque está ocupado con una llamada telefónica.

Dana se puso hecha una furia.

—No necesito ayuda para comprar pintura.

—La necesitas si estás considerando seriamente comprar esa pistola para pintar.

—Solo la estaba mirando. —Su boca hizo un mohín cuando señaló el aparato con un dedo—. Además, ¿tú qué sabes de esto?

—Lo suficiente como para saber que si te explico su funcionamiento la comprarás solo para molestarme.

—Me tienta la idea, pero resistiré —contestó.

Jordan se agachó y le colocó una mano bajo el codo para ayudarla a levantarse.

—Parece que por un día ya has tenido demasiado. Me he enterado de que has dejado tu trabajo.

Había solidaridad en sus ojos. Ni engreída ni pegajosa, sino una comprensión tranquila que consolaba.

—¿Qué ocurre? ¿Sandi te pasa información a ti también?

—Lo lamento, pero ese nombre no está en mi lista de amigos. —Acarició distraídamente el brazo de Dana, con un gesto inconsciente que ambos reconocieron al momento. Y los dos dieron un paso atrás—. Aquí se sabe todo,

Stretch. Ya sabes cómo son las cosas en el valle.

—Ya. Lo sé. Me sorprende que te acuerdes.

—Recuerdo muchas cosas. Una de ellas es cuánto te gustaba trabajar en la biblioteca.

—No quiero que seas amable conmigo. —Se giró y miró la pistola para pintar—. Me exaspera.

Jordan asintió, porque sabía que la joven soportaría mejor su pena si estaba enfadada u ocupada.

—De acuerdo. ¿Por qué no me permites que te ayude a aprovechar el descuento que has obtenido como amiga del dueño? Siempre me divierte arrancarle los cuartos a Brad. Después me puedes insultar todo lo que quieras. Eso siempre te pone de buen humor.

—Sí, así es. —Frunció un poco las cejas y golpeó la pistola con la punta del zapato—. Este aparato no parece tan imponente.

—Déjame enseñarte otras opciones.

—¿Por qué no estás en casa de Flynn construyendo una historia rancia con personajes acartonados?

—¿Lo ves? Ya te sientes mejor.

—Tengo que admitirlo.

—Aquí tenemos un sistema de pintura con rodillo automático —comenzó a explicarle mientras la llevaba hacia el aparato que Brad le había recomendado—. Es pequeño, fácil de usar y eficiente.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque cuando Brad me dijo que te lo mostrara usó esos mismos adjetivos. Personalmente, solo he pintado un cuarto, y fue con brocha, a la antigua. De eso hace… —vaciló un momento—, mucho tiempo.

Dana se acordaba. Había pintado el cuarto de su madre la primera vez que estuvo hospitalizada. Dana le había ayudado: había cuidado los detalles y lo había animado. Pintaron las paredes con un azul suave y cálido para que el dormitorio pareciera fresco y tranquilo.

Menos de tres meses después, su madre murió.

—Le gustó mucho —dijo Dana con suavidad—. Le gustó mucho lo que hiciste por ella.

—Ya. —Como el recuerdo era muy doloroso por diferentes motivos, volvió al tema principal—. Bien, Brad posee una lista de productos y herramientas prácticas que harán más divertido vuestro proyecto de mejoras.

—De acuerdo. Dejémoslo pelado.

Dana tuvo que admitir que la presencia de Jordan añadía diversión e interés a la expedición. Y resultaba fácil, un poco demasiado fácil, recordar que una vez habían sido amigos, que habían sido amantes.

Poseían la cualidad de adaptarse fácilmente, de comprenderse con pocas

palabras y expresiones que provenían de toda una vida en común, así como de los dos años de intimidad física que habían compartido.

—¿Este es el color? —Jordan se acarició el mentón mientras miraba la lista de Dana—. ¿Isla? ¿Qué clase de color es el isla?

—Azul verdoso, o algo parecido. —Le pasó la muestra de pintura—. ¿Ves? ¿Qué tiene de malo?

—No he dicho que tuviera nada de malo. Solo que es un color que no me hace pensar en una librería.

—No será solo de una librería, será… ¡Joder! —Levantó la muestra, la bajó. La examinó atentamente, y sin embargo no pudo imaginar el color en las paredes de su local—. Lo ha escogido Malory. Yo prefería este blanco roto, pero ella y Zoe se me han echado encima.

—El blanco siempre queda bien.

Dana suspiró con un silbido.

—Mira, han dicho que yo pensaba como un hombre. Los hombres no eligen el color: temen el color.

—No es así.

—¿De qué color es el salón de tu casa en Nueva York?

Jordan le echó una mirada anodina.

—Eso no tiene nada que ver.

—A mí sí que me lo parece. No sé por qué, pero me lo parece. Elegiré este azul verdoso. Es una pintura, nada más. No es un compromiso de por vida. Malory dijo que eligiera un marrón y un amarillo para los detalles.

—¿Marrón y amarillo? Cariño, quedará muy feo.

—No, el conjunto tiene un color rosado profundo. Una especie de rosa, un rojo pardusco…

—Rosa, rojo pardusco —repitió Jordan con una sonrisa—. Muy descriptivo.

—Cállate. El otro es una especie de crema. —Ojeó las muestras que Zoe y Malory habían marcado—. ¡Ostras, no lo sé! Creo que también temo un poco el color.

—No eres un hombre, eso seguro.

—¡Doy gracias a Dios! Mal quiere este tono, el panal de miel. El de Zoe es el begonia, y no lo entiendo, porque las begonias son rosas o blancas, y este color tiende más al púrpura.

Se tapó con la mano el ojo derecho.

—Creo que todos estos colores me dan dolor de cabeza. De todos modos, Zoe ya ha calculado los metros cuadrados y los litros que necesitamos. ¿Dónde está mi lista?

Jordan se la entregó.

—Brad se preguntaba por qué Zoe no ha venido contigo.

—¿Hum? Ah, tenía que volver a su casa porque ya había llegado Simon. —

Estudió la lista, comenzó a hacer cálculos y luego levantó la vista del papel—. ¿Por qué?

—¿Qué?

—¿Por qué se lo preguntaba Brad?

—¿Tú por qué crees?

Miró la lista por encima del hombro de Dana y se sorprendió cuando le dio la vuelta y vio que continuaba por el otro lado.

—¡Dios, necesitarás un camión! Bueno, Brad ha tenido una regresión a sus tiempos del instituto y me ha pedido que te preguntara si Zoe había dicho algo sobre él.

—No, no lo ha hecho, pero puedo pasarle una notita de su parte mañana en el recreo.

—Se lo haré saber.

Cargaron la pintura, los materiales y el equipo. Dana bendijo a Brad cuando tuvo que pagar, porque aun con el descuento el importe de la factura la dejó helada. Cuando se encontró fuera se dio cuenta del verdadero problema.

—¿Cómo diablos voy a meter todo esto en mi coche?

—Espera, llevaremos una parte en el mío.

—¿Por qué no me has avisado de que estaba comprando más de lo que podría llevar?

—Porque lo estabas disfrutando. ¿Dónde quieres dejar todo esto?

—¡Caray! —Confundida, se pasó una mano por el pelo—. No lo había pensado. Me he hecho un lío. —Jordan pensó que había sido todo un placer verla meterse en un problema, y así olvidar que lo odiaba—. No puedo guardar todo esto en mi casa, y no he previsto quedarme con unas llaves para llevarlo al nuevo local. ¿Qué diablos voy a hacer ahora?

—Flynn tiene bastante espacio en su casa.

—Ya. —Suspiró—. Sí, así es. Supongo que esa será la solución. No creo que se enfade, porque Malory movería sus largas pestañas y lo convertiría en un muñeco.

Se repartieron los bultos y los cargaron en los coches. El camino de ida a la casa de Flynn le dio tiempo para preguntarse cómo habían conseguido estar juntos casi una hora sin reñir.

Concluyó que Jordan no se había comportado como un imbécil, lo que era bastante extraño. Se vio obligada a admitir que ella también había estado amable, lo que era doblemente extraño cuando Jordan estaba de por medio.

Quizá, apenas quizá, pudieran lograr coexistir, incluso cooperar en el corto plazo. Todos repetían que Jordan formaba parte de la búsqueda, y si era así lo necesitaba cerca.

Además, tenía una fina inteligencia y una imaginación fluida. Podría usarlas, y él dejaría de ser una molestia. Hasta podría llegar a ser una ventaja.

Cuando llegaron a la casa de Flynn, tuvo que admitir que era una ventaja tener un hombre a su lado dispuesto a hacer de burro de carga con unos cuantos litros de pintura y los demás artículos.

—Al comedor —dijo, resoplando un poco por la carga que llevaba—. Nunca lo utiliza.

—Lo utilizará. —Jordan se abrió camino a través de la casa y se dirigió al comedor—. Malory tiene grandes planes.

—Siempre los tiene. Le hace feliz.

—No lo cuestiono en absoluto. —Volvió para buscar el resto de la pintura—. Lily le hizo unos cuantos agujeros en su ego —añadió, refiriéndose a la antigua novia de Flynn.

—No solo le destruyó el ego. —Dana sacó una bolsa llena de rodillos, pinceles y brillantes recipientes de metal—. Lo hirió. Cuando alguien te deja y huye, duele.

—Es lo mejor que podría haberle pasado.

—Esa no es la cuestión. —Podía sentir el resentimiento, el dolor y la ira que comenzaban a formarse en su vientre. Luchó por ignorarlos, y cargó con más botes—. La cuestión es dolor, traición y pérdida.

Jordan no dijo nada mientras llevaban el resto de los materiales al comedor. Nada hasta que los colocaron, entonces se dio la vuelta para mirarla.

—Yo no te abandoné.

Dana pudo sentir cómo se le erizaban los pelillos de la nuca, y no figuradamente.

—No todas las afirmaciones que hago tienen que ver contigo.

—Tuve que irme —siguió diciendo el joven—. Tú tenías que quedarte. Todavía estabas en el instituto, ¡por el amor de Dios!

—Eso no te detuvo cuando me metiste en tu cama.

—No, es cierto. Nada podría haberme detenido. Tenía hambre de ti, Dana. Había veces en las que pensaba que moriría de inanición si no podía darte un bocado.

Dana dio un paso atrás y lo miró de arriba abajo.

—Parece que has estado comiendo bien estos últimos años.

—Eso no quiere decir que haya dejado de pensar en ti. Significaste algo en mi vida.

—¡Oh, vete a la mierda! —No lo dijo de forma explosiva, sino monótona, lo que le dio más énfasis—. ¿Signifiqué algo para ti? Un maldito par de zapatos podrían significar algo para ti. Yo te amaba.

Si le hubiera asestado un puñetazo en la cara, Jordan no se hubiese sentido tan conmocionado.

—Tú… nunca me lo habías dicho. Nunca me dijiste que me amabas.

—Porque se supone que tú debías decirlo primero. Se supone que es el

hombre el primero en decirlo.

—Espera un minuto, ¿es una norma? —El pánico se deslizaba por su garganta como si fuera un ácido—. ¿Dónde está escrita?

—Simplemente lo es, estúpido, imbécil. Te amaba y hubiera esperado, o me hubiera ido contigo. Pero tú apenas me dijiste: «Escucha, Stretch, estoy apostando fuerte y me voy a Nueva York. Ha sido divertido salir juntos».

—Eso no es cierto, Dana. No fue así.

—Bastante parecido. Nunca nadie me ha hecho tanto daño. Nunca tendrás la posibilidad de herirme otra vez. ¿Sabes qué, Hawke? He hecho un hombre de ti.

Se dio la vuelta y salió.

4

Jordan se sentía muy cómodo estando solo en cualquier circunstancia. Cuando se hallaba trabajando, pensando sobre el trabajo o pensando acerca de no trabajar, le gustaba aislarse en la soledad de su ático del Soho.

En esos casos, la vida, el ruido, el movimiento y el color que había en la calle y que podía ver desde su ventana se transformaban en una especie de película que podía mirar o ignorar según su estado de ánimo.

Le gustaba ver todo a través de los cristales, mucho, mucho más de lo que le gustaba tomar parte en la función.

Nueva York lo había salvado, en el sentido literal de la palabra. Le había obligado a sobrevivir, a cambiar, a vivir como un hombre, y no como el hijo o el amigo de alguien, un estudiante más, sino como un hombre que solo podía confiar en sí mismo. Lo había empujado y pinchado con sus dedos impacientes y finos, recordándole todos los días durante el primer año de residencia que no le importaba un bledo si se hundía o nadaba.

Había aprendido a nadar.

Había aprendido a apreciar de la ciudad el ruido, la acción, el empuje de su humanidad.

Le gustaba su egoísmo y su generosidad, y su propensión a asombrar al resto del mundo.

Cuánto más aprendía, observaba y se adaptaba, más se daba cuenta de que en el fondo era un joven pueblerino.

Siempre le estaría agradecido a Nueva York.

Cuando el trabajo lo abrumaba, podía refugiarse en ese mundo. No en el que se agitaba fuera de sus ventanas, sino en el que bullía dentro de su propia cabeza. Entonces no era en absoluto una película, sino tan real como la vida misma, durante el tiempo que estaba escribiendo.

Había aprendido la diferencia entre esos dos mundos, había llegado a apreciar sus sutilezas y territorios de una manera que sabía que nunca hubiera conseguido si no se hubiera despojado de las redes de seguridad del viejo y se hubiera arrojado de cabeza en el nuevo.

La escritura nunca había supuesto una rutina para él, sino que seguía siendo una sorpresa constante. Siempre le sorprendía lo divertida que era, una vez que se

comenzaba su camino. Y nunca dejaba de sorprenderse ante su terrible dificultad. Era como mantener un romance intenso y frustrante con una mujer caprichosa, estupenda, y a menudo fatal.

Disfrutaba de cada momento en el que escribía.

Con la escritura había superado lo peor de su pena cuando perdió a su madre. Le había proporcionado una dirección, un propósito, y la motivación suficiente para salir de la ciénaga.

Le había proporcionado alegrías y amarguras, y una gran satisfacción personal. Además, le había dado una seguridad económica que nunca había conocido ni esperado conocer.

Quien diga que el dinero no es importante es porque nunca ha tenido que andar contando las monedas que se pierden entre los cojines del sofá.

En ese momento se encontraba solo, con el eco de las palabras de Dana todavía sonando en el aire. No podía disfrutar de su soledad ni podía refugiarse en ella, ni en su trabajo.

Un hombre nunca se siente más solo que cuando lo rodea su pasado.

No tenía sentido salir a dar un paseo. Lo conocía demasiada gente que se detendría para hablarle, hacerle preguntas y comentarios. No podía perderse en el valle, como hacía en Nueva York.

Era una de las razones por las cuales se había ido. Y una de las razones por las que había vuelto.

Más bien prefería salir en el coche y alejarse de los ecos que todavía rebotaban en las paredes. « Te amaba» . ¡Dios! ¡Dios! ¿Cómo no se había dado cuenta? ¿No había comprendido las señales o Dana se había mostrado demasiado tímida?

Salió de la casa, se montó en su Thunderbird y encendió el motor. Necesitaba la velocidad, hacer un recorrido largo y veloz a cualquier parte.

Encendió el equipo de música y subió el volumen. No le importaba lo que sonara, siempre que lo hiciera muy fuerte. La guitarra frenética de Clapton viajó con él hasta salir de la ciudad.

Durante todos esos años sabía que le había hecho daño a Dana; pero suponía que era un golpe a su ego, exactamente adonde pensó que había apuntado. Sabía que la había hecho enfadar —Dana lo dejó muy claro—; pero suponía que era una cuestión de orgullo.

Si hubiera sabido que lo amaba, habría encontrado la forma de cortar con más suavidad. ¿O no? ¡Diablos, esperaba que sí! Habían sido amigos. Hasta en los momentos de mayor ardor, habían sido amigos. Nunca heriría deliberadamente a un amigo.

No había sido bueno para ella, en resumidas cuentas. No había sido bueno para nadie en ese momento de su vida. Había sido mejor para Dana que hubieran terminado.

Se dirigió a las montañas y comenzó el abrupto y sinuoso ascenso.

Sin embargo, ella lo había amado. Ahora era muy poco, casi nada, lo que podía hacer al respecto. Tampoco estaba seguro de que pudiera haber hecho algo en su momento. Entonces no estaba preparado para el gran amor. No hubiera sabido definirlo ni tener una opinión al respecto.

¡Diablos! En lo referente a Dana, no había sido capaz de pensar en absoluto. Después de mirarla un día al volver de la universidad, todo lo que había reflexionado antes desapareció bajo el impacto del deseo.

Lo dejó aterrorizado.

Ahora podía sonreír ante aquel recuerdo. Ante la conmoción que sintió cuando constató su reacción y la sobrecogedora culpa que lo invadió cuando se dio cuenta de sus fantasías con la hermana de su mejor amigo.

Se había sentido horrorizado, fascinado, y al final obsesionado por la alta y curvilínea Dana Steele, con su lengua puntiaguda, su risa sonora, su mente inquisitiva y su carácter endiablado.

Todo lo que era Dana lo atraía.

¡Maldición, todavía lo atraía!

Cuando la había visto nuevamente en esta vuelta al valle, cuando le había abierto la puerta de la casa de Flynn y se quedó allí gruñéndole, se había sentido traspasado por el deseo de poseerla.

Igual que había enloquecido al enterarse de que lo odiaba tanto.

Si ambos pudiesen elaborar un método para ser amigos otra vez, para encontrar esa conexión, ese afecto que siempre había existido entre ellos, quizá pudieran conseguir algo más.

No podía definir qué sería ese algo más; pero quería tener a Dana de nuevo formando parte de su vida.

Tampoco había razones para negar que la quería de nuevo en su cama.

Se habían acercado a algo parecido a la amistad yendo de compras. Se habían sentido cómodos el uno con el otro durante un momento, como si los años no hubieran pasado.

Pero, como es natural, ese momento había pasado. Y tan pronto como él y Dana recordaron aquellos años, el acercamiento había girado bruscamente y se había evaporado.

De manera que Jordan decidió que ahora tenía una misión. Tenía que encontrar la manera de ganársela. Amiga o amante, en el orden que les viniera mejor a los dos.

La búsqueda de la llave, entre otras posibilidades, le proporcionaba una oportunidad. Tenía intención de utilizarla.

Cuando se dio cuenta de que había conducido hasta el Risco del Guerrero se detuvo y aparcó en la cuneta.

Recordó haber escalado ese alto muro de piedra con Brad y Flynn cuando

eran adolescentes. Habían acampado en el bosque con un paquete de seis botellas que ninguno de los tres tenía edad para beber.

Entonces el Risco estaba deshabitado y era una mansión grande, fantástica y atemorizadora. El lugar perfecto para fascinar a tres chicos que habían ingerido un par de cervezas.

Mientras salía del automóvil recordó que aquella noche había una enorme luna llena sobre un cielo como de cristal negro y suficiente viento como para mover las hojas y hacerlas susurrar.

Ahora podía verlo todo con tanta claridad como entonces. «Quizá más claramente», pensó divertido. Era mayor, estaba absolutamente sobrio y había añadido unos cuantos detalles a la historia.

Le gustaba imaginar la escena con una capa de niebla que se levantaba del suelo y una luna tan redonda y blanca que parecía grabada en el cristal del cielo; estrellas tan puntiagudas como la punta de unos dardos; el ulular suave y evocador de un búho y el sonido de animales nocturnos ocultos por la hierba. En la distancia, con un eco que resonaba a través de la noche, el ladrido de un perro.

Añadió esos detalles cuando utilizó la mansión y esa noche en su primer libro importante.

En cambio, cuando escribió *El vigía fantasma* hubo un elemento que no había tenido que imaginar. Porque sucedió. Porque lo había visto.

Incluso ahora, que era un hombre de más de treinta años, sin nada de la ingenuidad del chico que fue, lo creía.

La mujer había caminado a lo largo del parapeto bajo la luz fría y blanca de la noche. Entraba y salía de las sombras como un fantasma y su pelo flotaba en el aire, lo mismo que su capa.

Poseía la noche. Jordan lo pensó entonces y lo pensaba ahora. Ella era la noche.

Jordan recordó, mientras caminaba hacia la verja de hierro forjado, que ella lo había mirado, como ahora él miraba la mansión de piedra en lo alto de la colina. No había podido ver su cara, pero se dio cuenta de que la mujer lo miraba directamente a los ojos.

Había sentido su fuerza, su poder, como un golpe que no tenía la intención de herir, sino de despertar.

Su mente había chisporroteado ante la visión y nada —ni la cerveza, ni su juventud, ni siquiera la conmoción— fue capaz de desvanecer su encanto.

Lo había mirado, recordó Jordan de nuevo mientras oteaba el parapeto. Y lo había conocido.

Flynn y Brad no la vieron. Cuando su cerebro volvió a la normalidad y les gritó que miraran, la aparición ya había desaparecido.

Los había asustado, por supuesto. Con gran deleite…, de la manera que lo suelen hacer las apariciones de fantasmas y criaturas fantásticas.

Aunque años más tarde, cuando escribió sobre ella, la describió como un fantasma, supo entonces, como lo sabía ahora, que estaba tan viva como él.

—Seas quien seas —murmuró—, me has ayudado a dejar huella, a distinguirme. Gracias.

Permaneció de pie con las manos en los bolsillos, mirando a través de las rejas. La mansión ya formaba parte de su pasado, y, por extraño que parezca, había pensado hacer que también formara parte de su futuro. Había estado considerando la idea de visitarla para ver si se encontraba disponible algunos días antes de que Flynn lo llamara para preguntarle por el retrato del joven Arturo de Bretaña. Llevado por un impulso, había comprado ese cuadro cinco años antes en la galería en la que trabajaba Malory, aunque entonces no la había conocido a ella. No solo se convirtió en un elemento primordial en la búsqueda de Malory, sino que habían descubierto que Rowena había pintado ese cuadro varios siglos antes, junto al de las Hijas de Cristal y otro que Brad había adquirido por su cuenta.

Nueva York, su presente, le había ayudado a cumplir con sus propósitos. Ya estaba preparado para un cambio; preparado para volver a casa. Flynn se lo había facilitado mucho. Antes de volver, le había dado la oportunidad de probar la temperatura del agua y de sus propios sentimientos. Tan pronto como vio la mole majestuosa de los Apalaches supo, esta vez lo supo enseguida, que quería tenerlos cerca.

¡Sorpresa!, esta vez volvía para quedarse.

Adoraba esas colinas. Su color rojo en el otoño, el verde lustroso en el verano. Quería quedarse y ver cómo se cubrían de blanco, tan tranquilas y solemnes, o florecían en la primavera.

Amaba el valle, con sus calles limpias y sus turistas. La familiaridad de las caras que lo habían conocido desde la infancia, el olor de las barbacoas en los patios traseros y el rumor de los cotilleos locales.

Quería a sus amigos, sentirse cómodo con ellos y disfrutarlos. Una pizza en una caja, una cerveza en el porche, bromas antiguas de las que nadie se reía igual que un viejo amigo de la infancia.

Y todavía quería esa maldita mansión, se confesó Jordan con una sonrisa que nació con lentitud. La quería ahora con la misma fuerza que cuando era un muchacho soñador de dieciséis años con mundos enteros por explorar.

Así es que esperaría el momento propicio —ahora era más cauteloso que a los dieciséis años—. Descubriría lo que Rowena y Pitte pensaban hacer con la casa cuando se mudaran.

A donde fuese que se mudaran.

Quizá la mansión fuera tanto su pasado como su futuro.

Analizó algunas partes de la pista que Rowena le había dado a Dana. Él era parte del pasado de Dana y, le gustara o no, también formaba parte de su

presente. Muy probablemente, de una manera u otra, sería parte de su futuro.

Entonces, ¿qué tenían que ver él y el Risco del Guerrero con la búsqueda de la llave?

¿No resultaba increíblemente egocéntrico pensar que él tenía algo que ver en aquel asunto?

« Quizá sí —se dijo—, pero de momento no veo nada de malo en ello» .

Con una última mirada a la mansión, se dio la vuelta y se subió al coche. Volvería a casa de Flynn y pasaría algún tiempo reflexionando y sopesando todos los puntos de vista. Luego presentaría sus conclusiones a Dana, aunque ella no le quisiera escuchar.

Brad tenía sus propios planes. Zoe lo dejaba perplejo. Quisquillosa y peleona en algunas ocasiones, y escrupulosamente amable en otras. Golpeaba a su puerta y obtenía acceso a su vida. Podía detectar destellos de humor y dulzura, pero luego recibía un portazo en la cara con una ráfaga de aire frío.

Nunca le había pasado que una mujer sintiera aversión hacia él a primera vista. Le molestaba especialmente que con la primera que le sucedía fuera con aquella por la que sentía una atracción tan enorme.

Durante tres años no había podido sacarse su cara de la cabeza, desde que la había visto por primera vez en *Después del hechizo*, el cuadro que había comprado, el segundo de las Hijas de Cristal de los que Rowena había pintado.

La cara de Zoe en la diosa que llevaba durmiendo tres mil años en un ataúd de cristal. A pesar de ser ridículo, Brad se había enamorado a primera vista de la mujer del cuadro.

En la realidad, esa mujer era un hueso muy duro de roer. Sin embargo, a los Vane se los conoce por su tenacidad. Y por su voluntad de victoria.

Si Zoe hubiera ido a la tienda a comprar la pintura esa tarde, Brad hubiera cancelado sus compromisos y la hubiera acompañado. Le habría dado la oportunidad de pasar un rato juntos amigablemente y con una finalidad práctica.

Cuando el coche de Zoe se estropeó y él pasaba casualmente por allí, se ofreció a llevarla. También podría pensarse que habrían pasado un rato como amigos y con un objetivo práctico.

Ocurrió al contrario: la mujer se enfadó porque Brad le llevó la contraria explicándole los inconvenientes de intentar arreglar el coche cuando ya estaban vestidos para la cena, por lo que se negó, justificadamente, a revisar el motor.

Se había ofrecido para llamar a un mecánico, ¿no es cierto? Brad se irritó al evocar ese recuerdo. Había estado junto al coche averiado discutiendo con ella durante diez minutos, por lo que los dos llegaron tarde al Risco del Guerrero.

Cuando por fin aceptó, a regañadientes, que la llevara, se quedó todo el tiempo enfurruñada.

Brad estaba absolutamente loco por ella.

«Enfermo —murmuró mientras doblaba la esquina de la calle donde vivía Zoe—. Eres un enfermo, Vane».

La casita de la mujer se asentaba a cierta distancia de la calle, sobre un cuidado terreno cubierto de hierba. Había plantado flores otoñales en la parte más soleada de la izquierda. La misma casa ostentaba un alegre color amarillo con detalles blancos. La bicicleta roja de un muchacho se encontraba en el patio delantero, lo que le recordó que Zoe tenía un hijo al que debería conocer.

Brad detuvo su Mercedes nuevo detrás del viejo coche de Zoe. Se dirigió al maletero y sacó un regalo que esperaba que cambiara las cosas a su favor.

Lo llevó a la puerta de entrada, y entonces se dio cuenta de que continuamente se estaba pasando una mano por el pelo para calmar los nervios.

Las mujeres nunca lo ponían nervioso.

Enfadado consigo mismo, golpeó la puerta.

El chico fue quien le abrió, y por segunda vez en su vida Brad se vio deslumbrado por una cara. Se parecía a su madre: pelo negro, ojos castaños, rasgos bonitos y marcados. El pelo estaba despeinado y los ojos miraban con recelo, pero eso no estropeaba su exótica belleza.

Brad tenía los suficientes primos y sobrinos como para calcular que el chico tendría ocho o nueve años. Pensó que el muchacho con diez años más tendría que espantar a sus compañeras de curso con un palo.

—¿Simon, verdad? —Brad le ofreció una sonrisa que decía que era inofensivo y que se podía confiar en él—. Soy Brad Vane, un amigo de tu madre. O algo así. ¿Está en casa?

—Sí está. —A pesar de que el chico solo le echó un rápido vistazo, Brad tuvo la sensación certera de que lo había estudiado con esmero y rigurosidad, y que no había llegado a un veredicto todavía—. Debes esperar aquí, porque no me permite que deje entrar a nadie si no sé quién es.

—No hay problema.

Le cerró la puerta en la cara. «De tal madre tal hijo», pensó Brad, y luego escuchó el grito del muchacho.

—¡Mamá, hay un tipo en la puerta! Parece un abogado o algo así.

—¡Oh, Dios mío! —musitó Brad, y elevó los ojos al cielo.

Un momento después la puerta volvió a abrirse. La expresión de Zoe mudó desde perpleja a sorprendida y luego a levemente irritada, en tres etapas bien definidas.

—Oh, eres tú. Hum… ¿Qué puedo hacer por ti?

«Para empezar, puedes dejar que te mordisquee el cuello hasta llegar a la parte posterior de la oreja», pensó Brad, pero mantuvo su cordial sonrisa.

—Dana ha estado en la tienda esta tarde y se ha llevado algunos artículos.

—Sí. Lo sé. —Se colgó un trapo de cocina en la cintura de los vaqueros

dejando que le cayera por la cadera—. ¿Se ha dejado algo?

—No exactamente, pero he pensado que podríais utilizar esto.

Levantó el regalo, que había apoyado contra la pared de la casa. Inmediatamente tuvo el placer de ver que la mujer parpadeaba sorprendida un instante antes de echarse a reír.

Reía con ganas. Le gustó cómo sonaba su risa y la forma en que bailaba por su cara y sus ojos.

—¿Me has traído una escalera de mano?

—Una herramienta esencial para un proyecto de mejoras en el hogar o el comercio.

—Es verdad. Ya tengo una. —Se dio cuenta enseguida de que sonaba muy descortés, se sonrojó y se apresuró a agregar—: Pero es muy vieja. Seguro que podemos utilizar otra. Te agradezco que lo hayas pensado.

—Nosotros, en Reyes de Casa, apreciamos vuestro trabajo. ¿Dónde quieres que la ponga?

—Oh, bien… —Miró a su alrededor y luego pareció suspirar—. ¿Por qué no la dejas por aquí? Más tarde pensaré dónde ponerla.

Dio un paso atrás y chocó con el niño, que estaba detrás de ella.

—Simon, este es el señor Vane. Es un viejo amigo de Flynn.

—Dijo que era amigo tuyo.

—Pronto lo seré. —Brad dejó la escalera dentro de la casa—. Hola, Simon. ¿Cómo te va?

—Muy bien. ¿Por qué vas con traje si estás repartiendo escaleras?

—Simon…

—Buena pregunta. —Brad ignoró a Zoe y se concentró en el chico—. He tenido un par de reuniones antes. Los trajes intimidan más.

—Es un asco llevarlos. Mamá me hizo ponerme uno para la boda de la tía Joleen el año pasado. Con una corbata. Horrible.

—Gracias por el informe sobre lo que se lleva con el traje. —Zoe enganchó un brazo alrededor del cuello de Simon y le hizo reír.

Luego los dos sonrieron y los ojos de Brad quedaron deslumbrados.

—¿Los deberes?

—Hechos. Tiempo para videojuegos.

—Veinte minutos.

—Cuarenta y cinco.

—Treinta.

—¡Qué amable!

Se soltó y salió corriendo hacia el televisor.

Ahora que sus manos estaban libres del muchacho, Zoe no supo qué hacer con ellas. Puso una sobre la escalera.

—Es una escalera de mano verdaderamente bonita. Las de fibra de vidrio son

tan livianas y prácticas para trabajar…

—« Calidad con valor» , el lema de Reyes de Casa.

Los sonidos del ambiente de un estadio de béisbol llenaron abruptamente el pequeño salón que se veía detrás de Zoe.

—Es su juego favorito —alcanzó a decir Zoe—. Simon preferiría jugar al béisbol, virtual o en la vida real, antes que respirar. —Se aclaró la garganta y pensó en qué diablos hacer a continuación—. Ah…, ¿puedo traerte algo para beber?

—Sí. Lo que tengas a mano.

—De acuerdo. —¡Maldición!—. En fin, siéntate. Volveré en un minuto.

Mientras se dirigía deprisa a la cocina, se preguntó qué podía hacer con Bradley Vane. En su casa. Como caído del cielo en su salón con sus zapatos caros. Una hora antes de la cena.

Se detuvo y se apretó los ojos con las manos. Estaba bien, estaba perfectamente bien. Brad había hecho algo muy considerado y ella se lo agradecería ofreciéndole algo de beber y dándole unos minutos de conversación.

Nunca sabía lo que se suponía que tenía que decir. No comprendía a los hombres que eran como Brad. La clase de hombres que provenían de un entorno con mucho dinero. Alguien que había hecho cosas y que tenía cosas y había ido a otros lugares para conseguir más cosas.

Y la ponía tan estúpidamente nerviosa y a la defensiva…

¿Le llevaría un vaso de vino? No, no, tenía que conducir, y de todos modos no tenía ningún buen vino. ¿Café? ¿Té?

¡Joder!

Desesperada, abrió la nevera. Tenía zumo, tenía leche.

« Bradley Charles Vane IV, de los realmente ricos e importantes Vane de Pensilvania, bebe un buen vaso de zumo de vaca y luego vete» .

Lanzó un suspiro y después sacó una botella de *ginger-ale* de un armario. Buscó su vaso más bonito, se fijó en que no tuviera manchas y echó hielo. Agregó el *ginger-ale* con cuidado, llenándolo hasta dejarlo a unos centímetros del borde.

Se colocó la camiseta que llevaba sobre los vaqueros y miró con resignación los gruesos calcetines grises que se había puesto en lugar de zapatos. Confió en no oler al limpiador de metales que había estado usando para sacar brillo a un paragüero que había comprado en un mercadillo.

Trajeada o no, pensó mientras elevaba los hombros, no se dejaría intimidar en su propia casa. Le llevaría la bebida, conversaría cortésmente, era de esperar que durante poco tiempo, y luego lo despediría.

Sin duda alguna Brad tendría cosas más interesantes que hacer que estar sentado en su salita bebiendo *ginger-ale* y viendo a un chico de nueve años con un videojuego de béisbol.

Llevó el vaso por el pasillo, se detuvo y observó asombrada.

Bradley Charles Vane IV no estaba viendo cómo jugaba Simon. Para su sorpresa, estaba sentado en el suelo, con su lujoso traje, jugando con su hijo.

—Dos *strikes*, tío. Estás perdido.

Con una risita, Simon meneó su trasero y se preparó para el próximo lanzamiento.

—Sigue soñando, chico. ¿Ves a mi hombre en la tercera base? Le falta un pelo para hacer una carrera.

Zoe avanzó unos pasos, pero ninguno de los dos se dio cuenta, porque la pelota ya había salido zumbando y el bate golpeaba el cuero.

—Lo tienes, lo tienes, lo tienes —dijo Simon en una especie de sonsonete susurrado—, sí, sí, machaca a ese idiota.

—Y el corredor sigue en la pista —dijo Brad—. Mira cómo vuela hacia el plato. Aquí viene lanzado…, se desliza, y…

« ¡Carrera!» , decretó el arbitro principal.

—¡Oh, sí! —Brad le dio a Simon un leve codazo—. Uno más y te gano.

—No está mal, para un anciano. —Simon rio—. Ahora prepárate para la humillación.

—Perdonad, te he traído un poco de ginger-ale.

—Se terminó el juego. —Brad se volvió y sonrió—. Gracias. ¿Te importa que juguemos otro poco?

—No. Por supuesto que no. —Dejó el vaso sobre una mesita baja y se preguntó qué podía hacer—. Estaré en la cocina. Necesito empezar a preparar la cena.

Los ojos de Brad la miraron con tanta confianza y sinceridad que escuchó, algo horrorizada, como su boca pronunciaba las siguientes palabras:

—Quédate si quieres. Hay pollo.

—Estupendo.

Se dio la vuelta para seguir jugando.

« Toma nota —se dijo Brad—: Olvida las rosas y el champán. Las herramientas para la mejora del hogar son la llave para abrir la cerradura de esta dama en concreto» .

Mientras Zoe estaba en la cocina preguntándose cómo diablos convertiría su humilde pollo en algo digno de un paladar más sofisticado, Dana consolaba su ego con una pizza que había comprado ya preparada.

No había pensado decírselo. Nunca. ¿Por qué proporcionarle un dato más para que se riera de ella?

Sin embargo, mientras bajaba la pizza con un trago de cerveza fría, admitió que Jordan no se había burlado. En realidad dio la impresión de que Dana había

acertado con un tiro en plena frente.

Tampoco podía decir que pareciera complacido ni engreído al saber que Dana había estado enamorada de él. Realmente pareció conmocionado, y luego triste.

¡Oh, Dios, eso era peor!

Comió la pizza de mal humor. Aunque su libro estaba abierto sobre la mesa, a su lado, no había leído ni una palabra. Se dijo que tendría que arreglar esa situación. No podía permitirse estar obsesionada por Jordan. No solo porque tenía otros asuntos para ocupar su tiempo y sus pensamientos, sino porque no era saludable.

Puesto que era evidente que él iba a quedarse en la ciudad unas cuantas semanas y no había forma de eludirlo, a menos que también evitara a Flynn y a Brad, se verían con cierta asiduidad.

Si aceptaba todo lo que había pasado en el último mes, todo lo que había aprendido, iba a tener que aceptar que algo había hecho volver a Jordan. Formaba parte de todo el proceso.

¡Maldición, Jordan podía ser útil!

Tenía una mente superior, que seleccionaba y archivaba los detalles. Esa habilidad era una de las que lo habían hecho tan buen escritor. Dana odiaba admitirlo. Esperaba que su lengua se secara antes de confesárselo.

Jordan tenía mucho talento. Había elegido su talento antes que a ella, y eso todavía le dolía. Pero si podía ayudarla a encontrar la llave, tendría que olvidar ese dolor. Al menos durante un tiempo.

Siempre podría darle una patada en el culo después.

Más serena, comió otro poco de pizza. Al día siguiente comenzaría de nuevo. Tenía el día entero, la semana entera, el mes entero para hacer lo que sentía que debía hacer. No era necesario poner el despertador ni vestirse para ir a trabajar.

Si quería, podía pasar todo el día en pijama, trabajando en su investigación, esbozando un plan, navegando por la red para obtener datos.

Llamaría a Zoe y a Malory y organizaría otra reunión. Trabajaban bien juntas.

Quizá comenzaran a arreglar la casa que habían comprado. El trabajo físico podía ayudar a su agudeza mental.

La primera llave estaba escondida, es un decir, en esa casa. Malory tuvo que pintar la llave para que existiera antes de poder sacarla del cuadro.

Quizá la segunda, o al menos la pista que llevara a la segunda, estuviera también en la casa.

En todo caso, era un plan. Algo sustancioso con lo que empezar.

Puso la pizza a un lado y se levantó para telefonear a Malory. Cuando concretó un plan para trabajar todo un día pintando la casa, habló con Zoe.

—Hola, soy Dana. Acabo de hablar con Mal. Mañana vamos a comenzar la

gran transformación de la casa. A las nueve en punto. Malory votó porque quedáramos a las ocho, pero no hay nada que logre hacerme despertar tan temprano cuando no trabajo a cambio de un salario.

—A las nueve está bien. Dana —su voz se convirtió en un susurro sibilante—, Bradley está aquí.

—Oh, muy bien. Entonces te dejo. Mira…

—No, no. ¿Qué se supone que tengo que hacer con él?

—Vamos, Zoe, no lo sé. ¿Qué quieres hacer con él?

—Nada. —Su voz se elevó un poco antes de volver al susurro—. No sé cómo ha pasado. Está en el salón jugando con Simon, vestido de traje.

—¿Simon tiene un traje? —preguntó Dana con ironía—. Chica, sois muy formales en tu casa.

—No sigas. —Pero se rio un poco—. Él lleva un traje, Bradley. Ha llegado a la puerta con una escalera de mano y antes de que me diera cuenta…

—¿Con una qué? ¿Para qué? ¿Para limpiar tus canalones? Por cierto, no era un eufemismo; pero, ahora que lo pienso, sería muy bueno.

—Me dio la escalera…, la trajo para nosotras —se corrigió rápidamente—. Para pintar, y todo eso. Pensó que nos sería útil.

—Qué considerado. Es un buen tipo.

—¡Ese no es el tema! ¿Qué se supone que puedo hacer con este pollo?

—¿Brad te ha llevado un pollo?

—No. —Se le escapó la risa—. ¿Por qué me iba a traer un pollo?

—Yo me pregunto lo mismo.

—He descongelado unas pechugas de pollo para cenar. ¿Qué puedo hacer con ellas?

—Yo intentaría cocinarlas. Venga, Zoe, relájate. ¡Es Brad! Echa el pollo en una cazuela, prepara algo de arroz y patatas, lo que tengas, añade algo verde y ponlo en un plato. Brad no es nada quisquilloso con la comida.

—No me digas que no es quisquilloso. —Volvió a hablar en un susurro—. En esta casa no se cocina *cordón bleu*. Ni siquiera sé con exactitud qué significa *cordón bleu*. Lleva un Audemars Piguet. ¿Piensas que no sé lo que es un Audemars Piguet?

Resultaba fascinante de verdad, pensó Dana, observar cómo su viejo amigo Brad convertía a una mujer sensata como Zoe en una loca de atar.

—De acuerdo, dímelo tú. ¿Qué es un Audemars Piguet? ¿Es realmente sexy?

—Es un reloj. Un reloj que cuesta más que mi casa. O casi. No importa. —Suspiró profundamente—. Me estoy volviendo loca, y es una tontería.

—No te lo discuto.

—Te veré mañana.

Dana sacudió la cabeza y colgó. Ahora había algo más para esperar con impaciencia el día siguiente: oír cómo se las habían arreglado Zoe y Brad en una

cena con pollo.

Pero por el momento apagaba el motor. Iba a coger su libro, llevarlo a la bañera y sumergirse en agua caliente y abundante.

5

Decidió hacer de su baño todo un acontecimiento. El primer lujo del desempleo. « Es mejor que lo celebre —se dijo Dana— en vez de ponerme a llorar» .

Eligió aroma de mango para conseguir una sensación tropical y echó una cantidad generosa de sales de baño perfumadas en la bañera. Encendió velas y consideró que una botella de cerveza no concordaba con el resto de la ambientación.

Desnuda, se dirigió a la cocina y vertió la cerveza en un vaso.

Nuevamente en el baño, se recogió el pelo en un moño en lo alto de la cabeza; después se untó con un poco de la crema facial hidratante que le había recomendado Zoe. No le haría mal.

Al darse cuenta de que le faltaba un elemento importante, fue a revisar sus CD y encontró uno de Jimmy Buffet. « Es tiempo de ir a las islas» , se dijo, y cuando Jimmy empezó a sonar se sumergió con un largo suspiro en el agua fragante y cálida.

Durante los primeros cinco minutos se limitó a disfrutar y dejó que el agua caliente, los aromas y el bienestar absoluto hicieran su trabajo.

Un gran balón blanco con la cara irritada de Joan bajaba botando por una ladera empinada, chocando contra las piedras y levantando polvo. La cara adquirió una expresión de horror cuando se dirigía directamente hacia el borde de un acantilado. Una coleta rubia y saltarina la siguió.

La tensión se desvaneció, gota a gota.

—Adiós —murmuró Dana satisfecha.

Salió de su ensimismamiento para quitarse la crema facial con una toalla y recordó que debía ponerse un hidratante cuando saliera de la bañera.

Frunció las cejas cuando observó los dedos de los pies, y negó moviendo la cabeza a ambos lados. Quizá era el momento de hacerse una pedicura que terminara con un esmalte de uñas de color fresco y liberador, adecuado para una desempleada reciente y futura empresaria.

Resultaba tremendamente práctico contar con una experta en belleza como amiga y socia.

« Lista para la segunda parte» , pensó, y cogió el libro del borde de la bañera. Dio un trago de cerveza, pasó la página y se enfrascó en la lectura.

El ambiente tropical, el romance y la intriga se adecuaban perfectamente a sus necesidades. Se dejó llevar por las palabras, comenzó a ver el profundo brillo azul del agua y el resplandor de las arenas blancas. Sintió el aire tibio y húmedo que acariciaba su piel y olió el mar, el calor, el fuerte perfume de los lirios plantados en tiestos sobre la amplia galería.

Pasó de un bosque dorado por el sol a unas arenas resplandecientes. Las grullas gritaban mientras planeaban sobre su cabeza y el eco de sus gritos era una especie de canto.

Sintió el roce de la arena bajo sus pies desnudos y la manera caprichosa en que el pareo de seda flotaba alrededor de sus piernas.

Caminó hacia el agua, paseó por la orilla y gozó de la belleza de la soledad.

Podría ir a donde quisiera, o quedarse donde estaba.

Todos esos años de responsabilidades y trabajo, de puntualidad y obligaciones, quedaban atrás.

¿Por qué se le había ocurrido pensar que tenían tanta importancia?

Las olas corrían hacia la playa con un encaje de espuma en sus bordes y luego volvían deslizándose hacia el mar con un suspiro. Dana vio el destello plateado y los saltos de los delfines que jugaban, y por detrás, muy lejos, la delicada línea del horizonte.

Perfecto, lleno de paz y belleza. También era liberador saber que estaba completamente sola.

Dana se preguntó por qué siempre se había sentido obligada a trabajar tan duro, a preocuparse con lo que se debía hacer, cuando todo lo que realmente quería era estar sola en un mundo elegido por ella.

Un mundo —comprendió sin ningún atisbo de sorpresa— que podía cambiar a su capricho con solo pensarlo.

No existiría la nostalgia si ella no quería, ni la compañía si ella no la creaba. Su vida podía desplegarse —color y movimiento y silencio y sonido— como las páginas de un libro que no tenía por qué terminar.

Si quería un compañero, solo tenía que imaginarlo. Amante o amigo.

En realidad no necesitaba a nadie más que a sí misma. La gente traía problemas, responsabilidades, equipaje, necesidades que no eran las propias. La vida era mucho más simple en soledad.

Sus labios hicieron una mueca de satisfacción mientras paseaba por esa curva cerrada de la playa donde las únicas huellas eran las suyas y se dirigía hacia la frondosa sombra de las palmeras y de los árboles cargados de frutos.

Ese lugar era más fresco, porque ella lo quería así. Blanda hierba bajo sus pies, rayos de sol que atravesaban la espesura y el vuelo fugaz y directo de los pájaros con plumas del color brillante de las joyas.

Cogió una fruta de una rama —un mango, por supuesto— y dio el primer bocado, dulce y jugoso.

Estaba frío, casi como el hielo, que era como a Dana le gustaba, y no recalentado por el sol.

Levantó los brazos, vio que estaban bronceados con un color dorado oscuro y cuando miró hacia abajo sonrió al notar que las uñas de los pies estaban pintadas de un color rosa llamativo y alegre.

« Perfecto —se dijo—. Exactamente como quería» .

Su mente comenzó a vagar mientras deambulaba por el claro del bosque observando unos peces de colores que bailaban en un charco de agua azul y transparente. Quería que los peces fueran rojos como rubíes, y así fue. Verdes como esmeraldas, y también lo fueron.

El maravilloso destello de colores brillantes en el agua provocó su risa y, con el ruido, los pájaros, que también eran joyas, se desvanecieron en la perfecta esfera del cielo.

Pensó que este podría ser su lugar para siempre. Solo lo cambiaría cuando quisiera. Aquí nunca sufriría de nuevo, ni necesitaría nada, ni se decepcionaría. Todo sería siempre como ella quería que fuese…, hasta que quisiera que fuera distinto.

Levantó el mango nuevamente y un pensamiento atravesó su mente: « Pero ¿qué haré aquí, día tras día?» .

Le pareció oír voces, apenas un murmullo en la lejanía. Cuando se levantó una brisa que se llevó los sonidos, Dana se dio la vuelta y miró hacia atrás.

Las flores se enredaban en plantas de un brillante verdor. Las frutas colgaban, resplandecientes como gemas, de las delicadas ramas de los árboles. El sonido del oleaje, un susurro seductor, temblaba en el aire.

Se hallaba sola en el paraíso que había creado.

« No. —Lo dijo en voz alta, como si fuera una prueba—. No está bien. No es lo que soy, no es lo que quiero» .

El mango que sostenía se le escapó entre los dedos y cayó a sus pies con un sonido desagradable. El corazón de Dana dio un vuelco cuando vio que estaba podrido por el centro.

Notó que los colores que la rodeaban eran demasiado vivos y las texturas demasiado planas. Todo parecía un decorado, se sentía como dentro de un decorado barroco construido para una obra interminable.

—Es una trampa. —Avispas agresivas comenzaron a zumbar alrededor del fruto podrido—. ¡Es una mentira!

Nada más gritar, el cielo azul se volvió negro. El viento aulló y movió las ramas, desparramando las flores y las frutas. El aire adquirió un frío intenso.

Dana corrió, y la lluvia helada le azotó la cara y adhirió a su cuerpo la seda del pareo.

En ese mundo salvaje y malvado, con o sin trampa, sabía que ya no estaba sola.

Corrió. Atravesaba las corrientes huracanadas de la tormenta entre las ramas, cuyos filos de navaja la azotaban y, como dedos sarmentosos, parecían querer atraparla brazos y piernas.

Sin aliento, aterrorizada, volvió a la playa. El mar era una pesadilla: murallas de agua negra y aceitosa se levantaban para volver a caer con estruendo y devoraban poco a poco la playa. Las palmeras se derrumbaban a su espalda y la arena blanca desaparecía. Era como si el mundo entero se colapsara.

Hasta en la oscuridad y el frío sintió la sombra que se cernía sobre ella. El dolor hizo que se pusiera de nuevo de pie y se tambaleara hacia adelante, mientras sentía que algo se desgarraba en su interior.

Y salía de ella.

Juntó todas sus fuerzas, toda su voluntad, y optó por zambullirse en el mar voraz.

Se irguió. Apenas podía respirar, temblaba y un grito le quemaba la garganta.

Se encontró sentada en la bañera, sumergida en agua fría. El libro estaba flotando y las velas se acababan de consumir en su propia cera.

Atemorizada, salió de la bañera y por un instante permaneció temblando, encogida sobre la alfombrilla de baño.

Mientras sus dientes castañeteaban, se obligó a ponerse de pie, cogió una toalla y se envolvió con ella. De repente, la conciencia de estar desnuda aumentó su temor. Salió del baño a trompicones, con el corazón latiendo con fuerza, y buscó una bata en el armario.

Le parecía que nunca recuperaría el calor.

La había engañado. Kane, el oscuro hechicero que había desafiado al rey de los dioses y había robado las almas de sus hijas. « Porque eran mitad humanas —pensó Dana—, y eso había ofendido su sensibilidad. Y porque quería gobernar» .

Había conjurado la Urna de las Almas con su triple cerradura y había forjado las tres llaves que ningún dios podía utilizar. « Una especie de broma desagradable —pensó mientras se esforzaba por recobrar el aliento—. Una grosera burla al dios que había tenido el mal gusto de enamorarse de una mortal» .

El hechizo que Kane había lanzado detrás de la Cortina de los Sueños se había mantenido durante tres mil años. Eso significaba que gozaba de mucho poder, y acababa de demostrárselo brutalmente para recordarle que la vigilaba. Se había deslizado dentro de su cabeza y la había llevado a vivir una de sus propias fantasías. « ¿Cuánto tiempo ha durado?» , se preguntó mientras se frotaba el cuerpo con los brazos para entrar en calor. ¿Cuánto tiempo había permanecido desnuda, inerme, fuera de su propio cuerpo?

Había oscurecido completamente y encendió la luz por temor a lo que

pudiera acechar en la oscuridad. Pero el cuarto se encontraba vacío. Estaba sola, como había estado sola en la ilusión de la playa.

Escuchó un fuerte golpe en la puerta de la calle, y de nuevo comenzó a formarse un grito en su garganta. Intentó controlarlo y salió corriendo a abrir la puerta.

Quienquiera que fuera, era preferible a estar sola. O eso pensaba hasta que vio a Jordan. ¡Oh, Dios, él no! ¡Ahora no!

—¿Qué quieres? —le espetó—. Vete, estoy ocupada.

Antes de que pudiera cerrar la puerta con un golpe, Jordan interpuso una mano.

—Quiero hablarte de… ¿Qué te pasa? —Dana estaba blanca como un folio y sus ojos oscuros estaban muy abiertos y brillantes por el susto pasado—. ¿Qué ocurre?

—No pasa nada. Estoy bien. —Empezó a temblar de nuevo, esta vez con más intensidad—. No quiero… A la mierda con todo. Tú eres mejor que nada.

Se apretó contra él.

—¡Tengo tanto frío! Estoy helada.

Jordan la levantó en brazos y a continuación cerró la puerta.

—¿Al sofá o a la cama?

—Al sofá. Me ha entrado un tembleque muy fuerte. No puedo parar.

—De acuerdo. Está bien. —Se sentó y la mantuvo en su regazo mientras arreglaba los cojines—. Entrarás en calor en un instante. —La consoló y la abrigó con unas mantas—. Abrázame.

Le frotó la espalda y los brazos, y luego la apretó contra su cuerpo. Esperó a que su temperatura corporal hiciera el resto.

—¿Por qué estás mojada?

—Estaba en la bañera. Luego no estaba aquí. No sé cómo lo hace. —Sus manos se agarraban con fuerza a la chaqueta del joven e intentaba calmarse—. El muy hijo de puta se ha metido en mi cabeza. Ni siquiera te enteras cuando sucede, pero es así. Durante un par de minutos no podré hablar con sensatez.

—Está bien. Creo que te comprendo. —Sus manos encontraron la cinta que le sujetaba el cabello. Sin pensar, se la quitó y la peinó con los dedos—. ¿Ha sido Kane? ¿Ha estado aquí?

—No lo sé. —Exhausta, apoyó la cabeza en el pecho de Jordan. Por fin había recobrado el aliento. La opresión en el pecho había desaparecido—. Como te he dicho, no sé cómo lo hace. Yo quería tomar un baño y relajarme.

Para obligarla a pensar en otra cosa, el hombre le olió deliberadamente el cuello.

—Tienes un aroma exquisito. Apetitoso. ¿Qué es?

—Mango. ¡Acaba ya! —Pero no hizo ademán de salir de su regazo—. He seguido la rutina de un baño de espuma. He encendido velas y he llevado mi

libro. La historia sucede en el Caribe. Eso explica lo del mango y lo de Buffet. He puesto un CD de Jimmy Buffet.

Desvariaba, pero Jordan dejó que se desahogara.

—Entonces me pongo cómoda: burbujas calientes, Buffet, cerveza y un libro. El libro es una novela romántica con un ritmo bastante rápido y diálogos inteligentes. El capítulo que estaba leyendo está narrado desde el punto de vista de la heroína, y trascurre durante uno de sus descansos. Se encuentra en la terraza de su habitación, en un complejo turístico tropical que en realidad es una tapadera para… No interesa, no es importante. —Cerró los ojos, tranquilizada por la constante caricia de la mano de Jordan en su pelo—. Entonces ella está allí, mirando el agua. Están las olas, la brisa, las grullas. El escritor describe tan bien la escena que puedo verla.

» Luego no estoy precisamente viéndola en mi cabeza, en las palabras escritas de la página. Pero no me doy cuenta del cambio, de que estoy dentro de la imagen formada en mi mente. Es la parte más espeluznante. No te lo imaginas. —Se frotó la cara con las manos—. Debo levantarme. —Se quitó las mantas y se puso de pie. Por si acaso, se anudó el cinturón de la bata—. Estaba en la playa. No me limitaba a pensar en la playa, ni a verla. Estaba allí. Podía oler el agua y las flores. Lirios, había tiestos con lirios blancos. No me parecía raro en absoluto estar de repente caminando por la arena, sintiendo el sol y la brisa en mi piel. Mis pies están desnudos, las uñas están pintadas, estoy bronceada y llevo algo largo de seda: un pareo. Puedo sentir que aletea alrededor de mis piernas.

—Apuesto a que estabas estupenda.

Dana lo miró y por primera vez desde que Jordan había entrado aparecieron los hoyuelos en sus mejillas.

—Estás intentando evitar que desvaríe otra vez.

—Definitivamente sí, pero aun así apuesto a que estabas estupenda.

—Seguro que lo estaba. Era mi fantasía. Mi propia y personal isla tropical. Tiempo perfecto, mar azul, arena blanca y soledad. Hasta pensaba, mientras andaba por la playa, que había sido muy tonta en preocuparme por mis responsabilidades. Podía hacer o tener todo lo que hubiera querido.

—¿Qué es lo que quieres, Dana?

—¿En ese momento? Únicamente estar sola, creo, sin preocuparme por nada. Sin pensar en lo alterada que estaba porque la maligna Joan me había obligado a dejar un empleo que realmente me gusta ni en que estoy un poco asustada por tener que empezar el acto segundo de *La vida de Dana*.

—Eres humana. Es normal.

—Lo es. —Le devolvió la mirada. El alto y guapo Jordan Hawke la observaba con sus grandes y profundos ojos azules. Comprendía que ella no buscaba estúpidas palabras de consuelo o solidaridad—. Lo es —repitió, sosegada por su

comprensión tanto como por sus manos—. Me dirigí a un bosquecillo de palmeras y árboles frutales. Cogí un mango. Lo podía saborear. —Hizo una pausa y se tocó los labios con los dedos—. En resumen, deambulaba pensando: «¡Ostras, esto es la vida!». Pero no era la vida, no era mi vida. Y no es lo que quiero, de ninguna manera. —Volvió al sofá por miedo a que sus piernas no la sostuvieran cuando contara el resto—. Ese es el pensamiento que surgió en mi cabeza. Luego oí voces. Lejanas, en la distancia, pero familiares. Y pensé: «Esto no es real. Es una trampa». Entonces sucedió. ¡Oh, Dios! —Su corazón se aceleró nuevamente y apretó los puños entre sus pechos—. ¡Oh, Dios!

—Tranquila. —Jordan puso sus manos sobre las de la mujer y las apretó hasta que ella levantó la vista—. Tómate tu tiempo.

—Se desató una tormenta. Ni te la puedo describir. Cuando me di cuenta de que no era real, todo ese mundo se convirtió en un infierno: viento, lluvia, oscuridad y frío. ¡Cielo santo, Jordan, hacía tanto frío! Comencé a correr. Sabía que tenía que huir, porque no me hallaba sola después de todo. Él estaba allí y venía a buscarme. Volví a la playa, pero el mar estaba enloquecido. Murallas de agua negra de quince o veinte metros de altura.

» Caí. Lo sentí sobre mí, a mi alrededor. El frío. Y el dolor. Un dolor horrible y desgarrador. —Su voz se quebró. No podía evitarlo—. Me estaba arrancando el alma. Supe que podía enfrentarme a lo que fuera menos a eso, y me zambullí en el mar.

—Ven, ven aquí. Estás temblando otra vez.

La abrazó.

—Me desperté, o volví, no sé bien cómo explicarlo. Estaba en la bañera, y me faltaba el aire. El agua se había enfriado. No sé cuánto tiempo he estado fuera, Jordan. No sé cuánto tiempo Kane me ha tenido consigo.

—No te ha tenido. No te ha tenido en absoluto —insistió cuando Dana negó con la cabeza. Suavemente la reclinó para poder verle la cara—. Una parte de ti, eso es todo. No te puede tener entera, porque no te puede ver entera. Una fantasía, como has dicho. Así es como obra. No puede obligarte a llegar a mayores profundidades sin que una parte de tu mente emerja y lo cuestione. Y se entere.

—Quizá no, pero seguro que sabe cómo encandilarte. Nunca he estado tan asustada.

—En cuanto pases del susto a la rabia te sentirás mejor.

—Ya, probablemente tengas razón. Quiero un trago —decidió, y se separó de un empujón.

—¿Quieres agua?

Jordan se dio cuenta de que la muchacha se estaba recuperando rápidamente cuando al escuchar la pregunta hizo un mohín de desagrado.

—Quiero una cerveza. No me he bebido la que tenía en la bañera. —Se

levantó y pareció vacilar—. ¿Quieres otra?

Mientras la observaba, Jordan se puso los dedos en la muñeca, como si se estuviera tomando el pulso.

—Sí.

Le gustó la forma en que se rio disimuladamente antes de desaparecer. Era una reacción normal en Dana. No había habido nada normal desde que había llegado.

Si él no hubiera aparecido…, pero lo hizo, se recordó. Estaba allí, no estaba sola. Y lo había superado.

Jordan se puso de pie y por primera vez se fijó en cómo era la casa de Dana. « Igual que ella —pensó—: Colores fuertes, muebles cómodos y libros» .

Se fue tras ella y se apoyó en la pared. « Más libros —pensó—. ¿Quién, aparte de Dana, pondría a Nietzsche en la cocina?» .

—Es la primera vez que vengo a tu casa.

Dana siguió de espaldas mientras abría dos cervezas.

—Esta vez tampoco hubieras entrado si yo no hubiera estado tan desequilibrada.

—A pesar de no ser bien recibido, me gusta. Te sienta bien, Stretch. Y por ser así no creo que aceptes alojarte en casa de Flynn durante un tiempo. Yo puedo trasladarme a casa de Brad y quedarme con él si eso facilita algo.

Dana se dio la vuelta lentamente.

—¿Estás siendo amable porque me he puesto histérica?

—Estoy siendo amable porque quiero que te sientas a salvo. Que estés a salvo.

—No es necesario que te mudes.

—Me preocupo por ti.

Se movió y bloqueó la salida antes de que Dana pudiera pasar al salón. En su cara apareció un destello de rabia, que controló enseguida.

Dana se preguntó dónde escondía esa rabia. Y cómo conseguía ocultarla tan rápido.

—Me preocupo, Dana. Por un minuto, un maldito minuto, deja de lado cómo terminó nuestra relación. Nos queríamos, y si te sientes más segura en casa de Flynn yo me apartaré de tu camino.

—¿Volverás a Nueva York?

Apretó los labios mientras cogía su botella de cerveza.

—No.

Quizá resultara injusto pincharlo; pero ¿qué diablos le importaba la justicia cuando se trataba de Jordan?

—No me sentiré a salvo en casa de Flynn, tanto si estás como si no estás. A pesar de mi estado cuando has llamado a la puerta, puedo cuidar de mí misma. Ya lo he hecho antes. Salí de mi depresión sin tu ayuda. Y nadie, ni tú ni ese

bastardo de Kane, me va a sacar de mi apartamento.

—Bien. —Jordan bebió un trago de cerveza—. Veo que has entrado en la fase de la irritación.

—No me gusta que me manipulen. Kane ha usado mis propios pensamientos en mi contra y tú utilizas viejos sentimientos. ¿Nos queríamos? —gritó—. Quizá fuera cierto, pero recuerda que eso ya pasó. Si quieres ser un buen tipo y apartarte de mi camino, entonces hazlo ahora. Me estás agobiando.

—Tengo cosas que decirte, y si tengo que amarrarte para que las oigas, lo haré. No sabía que me amabas. No sé en qué hubiera cambiado la situación, pero lo que sí sé es que hubiera cambiado… algo. Como también sé que no estaba preparado para ese amor. No era lo suficientemente inteligente y estable.

—Sí que eras lo suficientemente inteligente y estable para hacer lo que querías.

—Totalmente cierto. —Con sus ojos fijos en los de ella, asintió—. Estaba metido en mí mismo; me encontraba melancólico e intranquilo. De todas formas, ¿qué diablos querías de mí?

—Idiota. —Como ya no le apetecía, puso la cerveza a un lado—. Acabas de describir la clase de tío del que toda chica se enamora al menos una vez en su vida. Aparte, agrega esos toques de temeridad, la inteligencia, lo apuesto que eras y la química, y verás que no tuve la menor posibilidad de resistir. ¿Cómo puedes ganarte la vida escribiendo acerca de las personas cuando no comprendes de ellas ni la mitad?

Cuando intentó abrirse paso con un empujón, Jordan la agarró de un brazo. La mirada que le lanzó Dana hubiera derretido el acero.

—Date cuenta de la indirecta, Hawke. He dicho que las chicas se enamoran «una vez». Las chicas generalmente evolucionan y se convierten en mujeres listas y equilibradas que dejan de lado los problemas infantiles, como los memos ensimismados.

—Eso está bien. Prefiero las mujeres. —Dejó su cerveza sobre la encimera —. Siempre te he preferido a ti.

—¿Piensas que tus palabras hacen que mi corazón lata más rápido?

—Las palabras no, Stretch; pero esto puede que sí.

Le cogió la cara con la mano que tenía libre, se permitió el placer perverso de ver que la furia se desvanecía en sus ojos y le cubrió la boca con la suya.

Gracias a Dios, pensó, gracias a Dios que Dana estaba tan enfadada que él pudo hacer lo que no había podido antes, cuando se encontraba pálida y conmovida.

Nunca había existido un sabor que hubiera deseado tanto como el de Dana. Nunca lo había podido comprender. Nunca se había preocupado por intentarlo tampoco. Simplemente era así. Dana podría arrancarle la piel a tiras, pero tenía algo que demostrar. A ambos.

Jordan no obró con suavidad. Dana nunca había esperado ni necesitado que fuera suave. Se limitó a empujarla contra la pared y besarla.

El calor la invadió, tan enervante y casi tan terrorífico como el frío que había experimentado antes. No tenía sentido que se engañara, quería sentirse abordada de esta manera, ser tan consciente de sí misma y tan necesitada.

En cambio, engañar a Jordan era otro asunto completamente distinto, de manera que le dio un empujón, luchó consigo misma y se negó a dejarse vencer.

Jordan puso una mano sobre el corazón de la mujer y, con la boca a solo un milímetro de la suya, la miró a los ojos.

—Sí. Empezamos bien.

—Entiéndelo: no sucederá. Nunca sucederá de nuevo.

—Alguien dijo una vez: « Lo pasado es un prólogo» .

—Shakespeare, bruto ignorante. En *La tempestad*.

—Correcto. —Su rostro mostró una admiración risueña—. Siempre eras mejor que yo para recordar esas cosas; pero en todo caso no busco repetirme. Aunque somos los mismos, también somos muy distintos. No somos las mismas personas que antes, Dana. Quiero una oportunidad para ver cómo estaríamos juntos.

—No tengo ningún interés.

—Sí que lo tienes. Posees una mente curiosa, y te lo estás preguntando, igual que yo. Quizá temas que tenerme cerca sea una prueba demasiado difícil para tu autocontrol.

—¡Por favor! Cerdo arrogante.

—Bueno, entonces, ¿por qué no comprobamos tu autocontrol y satisfaces mi curiosidad y salimos un día juntos?

Había logrado desconcertarla.

—¿Qué?

—Tú recuerdas lo que es salir juntos, Dana. Dos personas se citan en un lugar designado previamente. —Distraídamente, acarició la solapa de la bata con sus dedos—. Oh, ya veo, has pensado que quería que nos fuéramos directamente a la cama y todo eso. Bien, si es lo que quieres…

—Basta. —Perpleja, irritada y bastante divertida, lo apartó con el codo—. No estaba pensando en sexo. —Como no era más que una mentira como una casa, mantuvo una actitud distante—. No habrá nada de eso que has dejado entrever. Y la idea de tener una cita me parece ridícula.

—¿Por qué? Consigues una cena gratis. Y el placer añadido de poder ponerme en mi lugar cuando comience a acosarte y de mandarme a casa sexualmente frustrado.

—El plan me parece atractivo.

—El sábado por la noche. Te vendré a buscar a las siete y media.

—¿Cómo sabes que no tengo otra cita el sábado por la noche?

Sonrió.

—Le pregunté a Flynn si estabas saliendo con alguien. Sé cómo investigar, Stretch.

—Flynn no lo sabe todo —contestó mientras Jordan se alejaba—. Espera un maldito minuto. —Corrió hacia el salón y lo alcanzó en la puerta—. Hay algunos requisitos básicos: la cena tiene que ser en un verdadero restaurante, no quiero comida rápida ni el Main Street Diner; y cuando dices que vendrás a buscarme a las siete y media, ni sueñes con llegar a las ocho menos cuarto.

—De acuerdo. —Hizo una pausa—. Sé que no tiene sentido que te pregunte si quieres que me quede y pase la noche en el sofá; pero podrías llamar a Malory, y me puedo quedar hasta que llegue.

—Estoy bien.

—Siempre lo estás, Stretch. Nos vemos.

Pensativa, cerró la puerta con llave y luego se dirigió a la cocina para arrojar por la pila la cerveza, que se había quedado caliente. Parecía que iba a ser la noche de la cerveza desaprovechada.

No sabía si alguna de ellas la acercaba a la llave, pero había aprendido algunas cosas nuevas esa noche. Kane ya sabía que estaba buscando la segunda llave, y no había perdido un momento para echar sobre ella su mala sombra. Kane quería que Dana supiera que la vigilaba.

¿No significaba eso que estaba preocupado porque ella tenía probabilidades de ganar?

Sí, tenía sentido. Malory lo había paralizado una vez. Quizá esta vez se mostrara menos arrogante. « Y más malvado» , pensó.

Había descubierto que Jordan mantenía ese núcleo de decencia que siempre la había atraído. Había estado aterrada, casi enferma de miedo, y él le había dado exactamente lo que necesitaba para serenarse sin que se sintiera tonta ni débil. Le reconocía ese mérito.

Cuando fue a limpiar el desarreglo que había dejado en el baño, admitió que también tenía que reconocerle el mérito de ser lo suficientemente honesto como para confesar que había sido egoísta.

Lo podía odiar por lo que había hecho, pero tenía que respetarlo por haber reconocido su falta.

Tuvo que esforzarse para entrar de nuevo en el baño. Le ponía la carne de gallina ver el libro todavía flotando en la bañera, empapado.

Resultaba simbólico, pensó, que Kane hubiera invadido la habitación más íntima. Le advertía que no habría lugar en el que estuviera a salvo hasta que encontrara la llave o terminara su mes.

Quitó el tapón y observó cómo la bañera se vaciaba.

« Debo controlarme —se ordenó—. La próxima vez no le será tan fácil asustarme. Debo encargarme de Kane. De Jordan. De mí. Porque esta noche he

aprendido algo más. ¡Maldita sea, todavía estoy enamorada de ese imbécil!».

No hizo que se sintiera mejor decirlo en voz alta, pero la ayudó conseguir que el baño estuviera en condiciones otra vez. Su apartamento, sus objetos, su vida, pensó al entrar al dormitorio.

En lo concerniente a Jordan, quizá fuera más probable que estuviera enamorada de su recuerdo. Del chico, del hombre joven y herido que había sido su primer amor. ¿No era verdad que toda mujer sentía debilidad por su primer amor?

Se tumbó en la cama y sacó un libro del cajón de la mesilla de noche. La sobrecubierta con la que estaba encuadernado no era la suya, se la había puesto solo para despistar. El que abrió de verdad era *Caso abierto*, de Jordan Hawke.

¡Cómo se jactaría Jordan si supiera que estaba leyendo su último libro! Y lo que era peor, si supiera que estaba disfrutando de cada palabra.

Quizá seguía enamorada del recuerdo del joven, pero preferiría comer gusanos vivos antes de que el hombre descubriera que había leído uno de sus libros.

Dos veces.

6

Empezaron a trabajar en el porche, aprovechando el buen tiempo y la experiencia de Zoe.

Por acuerdo unánime, Dana y Malory la habían elegido diosa de la remodelación. Con sus ropas más viejas y con nuevas herramientas para Dana y Malory, trabajaron bajo la dirección de Zoe preparando el porche para pintarlo.

—No me pareció que iba a costar tanto trabajo. —Malory se sentó sobre los talones y se examinó las uñas—. He arruinado mi manicura. Y me la has hecho hace solo un par de días —le dijo a Zoe.

—Te haré otra. Si no raspamos y sacamos con arena la pintura vieja, la nueva no quedará bien. Necesitamos una superficie en buenas condiciones, lisa y porosa, o la próxima primavera tendremos que volver a pintar.

—Nos inclinamos ante ti —bromeó Dana mientras observaba cómo manejaba la pequeña pulidora eléctrica—. Siempre creí que uno se limitaba a aplicar la pintura sobre la pared y luego esperar a que se secara.

—Te inclinas ante mí porque hay muchas cosas que necesitas saber.

—Ya se lo ha creído —gruñó Dana mientras atacaba la pintura vieja con su raspador.

—No me importaría tener una pequeña corona, algo delicado y de buen gusto. —Mientras hablaba, Zoe vigilaba a sus discípulas—. Va a quedar precioso, ya lo veréis.

—¿Por qué no nos entretienes mientras hacemos el trabajo pesado? —sugirió Malory—. Cuéntanos lo de la cena de anoche con Brad.

—No fue nada del otro mundo. Brad se limitó a echar algunas partidas en el videojuego con Simon, cenó y luego se fue. No debería haberme preocupado tanto. Lo que pasa es que hace mucho que no viene ningún tío a casa. Y no estoy acostumbrada a cocinar para millonarios. Tenía la sensación de que necesitaba otro tipo de vajilla, más sofisticada.

—Brad no es así —protestó Dana—. Un tipo con dinero puede ser normal. Brad antes estaba todo el tiempo comiendo en nuestra casa. Y casi nunca poníamos la vajilla de gala.

—No es lo mismo. No hemos crecido juntos, por una parte. Y tu familia y la suya tienen mucho en común. Una peluquera que ha crecido en una caravana en

el oeste de Virginia no tiene mucho que decirle al heredero de un imperio americano.

—No eres justa con él, ni contigo misma —le dijo Malory.

—Quizá no, pero soy realista. De todos modos, me pone nerviosa. Creo realmente que no es solo el dinero. Jordan tiene dinero, lo debe de tener con tantos libros como vende; pero él no me pone tan nerviosa. Pasamos un rato agradable juntos cuando vino a arreglarme el coche.

Dana perdió el ritmo y terminó con una astilla clavada en el pulgar.

—¿Tu coche? —Frunció el ceño y se chupó ansiosamente el dedo—. ¿Jordan te ha arreglado el coche?

—Sí. No sabía que había trabajado con coches. Realmente sabe cómo arreglar un motor. Apareció la otra tarde con todas las herramientas y me preguntó si le dejaba echar un vistazo al coche. Fue muy amable de su parte.

—Oh, es un gran bombón —dijo Dana con una sonrisa, y luego apretó los dientes.

—Dana, no seas así. —Zoe apagó la lijadora y volvió la cabeza—. No tenía por qué haberse molestado, y pasó más de dos horas con la avería, y no aceptó nada más que dos vasos de té frío.

—Apuesto a que te miró el trasero cuando fuiste a la casa a buscarlos.

—Quizá. —Zoe se esforzó para que su cara transmitiera tranquilidad—. Pero solo de una manera amistosa y casual. Un pequeño precio a pagar por ahorrarme otro viaje al taller. La verdad es que el coche no andaba tan bien desde que lo compré. En realidad, cuando lo compré tampoco andaba muy bien.

—Sí, se da maña con los coches. Y es generoso con su tiempo —se vio obligada a admitir Dana—. Tienes razón: fue muy considerado por su parte.

—Y cariñoso —añadió Malory con una mirada significativa.

—Y cariñoso —murmuró Dana.

—También dejó que Simon se quedara a su lado cuando llegó de la escuela. —Zoe encendió de nuevo la pulidora y se concentró en su trabajo—. Es divertido ver a Simon hacer buenas migas con un hombre. Creo que debo reconocer que Bradley también se portó bien con Simon, y se lo agradezco.

—Entonces, ¿ninguno de los dos intentó ligar con la madre de Simon? —quiso saber Dana.

—No. —Con una risa forzada, Zoe se fue a la parte más alejada del porche —. Por supuesto que no. Jordan solo estaba haciendo un favor a una amiga, y Bradley…, las cosas no fueron así.

La opinión de Dana fue un largo «hum», y volvió al trabajo.

A la hora de comer el porche estaba preparado para pasar la inspección de Zoe. Dieron un descanso a sus músculos cansados y se sentaron sobre unas tablas pulidas a comerse un bocadillo de atún.

Como ya habían trabajado toda la mañana, el sol brillaba y estaban de buen

humor, Dana pensó que era un buen momento para contarles su experiencia de la noche anterior.

—Anoche tuve un pequeño encontronazo con Kane.

Malory se atragantó y cogió su botella de agua.

—¿Qué? ¿Qué? ¿Llevamos juntas más de tres horas y nos lo cuentas ahora?

—No quería que empezáramos la mañana con esa noticia. Sabía que ibais a alucinar.

—¿Estás bien? —Zoe puso una mano sobre el brazo de Dana—. ¿Te ha hecho daño?

—No, pero os lo tengo que contar. El pequeño desencuentro que había tenido con él antes no fue nada en comparación con este. Sabía lo que había pasado contigo, Mal, pero no lo comprendía. Ahora sí.

—Cuéntanos. —Malory se cambió de lugar para estar cerca de Dana.

Esta vez resultó más fácil. Pudo relatar la experiencia con más calma y con más detalles que cuando se la había contado a Jordan. Sin embargo, su voz tembló varias veces y tuvo que coger su termo de café y beber lentamente para aclararse la garganta.

—Podrías haberte ahogado. —Zoe pasó su brazo alrededor de los hombros de Dana—. En la bañera.

—Lo pensé, pero no creo que fuera posible. Si Kane pudiera eliminarnos con tanta facilidad, ¿por qué no hacernos caer por un acantilado o arrojarnos al paso de un camión? O algo parecido.

—Chica, cómo me animas. —Zoe miró a la calle y casi se echó hacia atrás cuando pasó un coche—. Me alegra tanto que lo hayas mencionado…

—Vamos, hablemos en serio. Me parece que Kane tiene un límite en sus acciones. Como sucedió en el caso de Malory. Todo se reduce a que hagamos una elección, a que profundicemos en nosotras mismas y nos aferremos a la parte de nosotras que quede incólume, que reconozcamos la fantasía y la rechacemos.

—Pero de todas formas te hizo daño —señalo Zoe.

—¡Oh, cielos! —Al recordar, Dana se frotó con una mano encima del corazón—. Es cierto. Aunque el dolor era una ilusión, resultó efectiva. Peor que el dolor mismo era lo que este significaba, y luego el miedo a que me lo quitara todo.

—Tendrías que habernos llamado. —En la voz de Malory había tanta exasperación como interés—. Dana, deberías habernos telefoneado a mí o a Zoe. O a las dos. Sé lo que es estar atrapada en una de esas fantasías. No tendrías que haber estado sola.

—No lo estaba, en realidad. Quiero decir después. Iba a llamaros. De hecho, pienso que iba a quedarme en el dormitorio y a gritar para que vinierais; pero en ese momento Jordan llamó a la puerta.

—¡Oh!

Dana miró a Malory.

—No digas «¡oh!» con tanto retintín. Lo que pasó fue que llegó en un momento en el que yo hubiera aceptado la visita de un enano de dos cabezas si hubiera podido alejar al coco.

—Extraña coincidencia, sin embargo —dijo Malory con un movimiento de pestañas—. Me refiero a si tienes en cuenta los elementos suerte, destino y sus conexiones.

—Mira, porque tú hayas perdido la cabeza por Flynn no pienses que el resto del mundo tiene que hacer algo parecido. Llegó y se comportó muy bien. Al principio.

—Escuchemos un poco más entonces —pidió Zoe.

—Al contrario que Brad, aparentemente Jordan pocas veces duda en dar el primer paso. Me acorraló en la cocina.

—¿En serio? —Malory emitió un suspiro—. La primera vez que Flynn me besó fue en la cocina.

—De todos modos, voy a salir con él el sábado por la noche. —Esperó y frunció el ceño cuando ninguna dijo nada—. ¿Bien?

Zoe se apoyó un codo en la cadera y el mentón en un puño.

—Estaba pensando que estaría bien que los dos pudierais al menos ser amigos otra vez. Quizá, desde una perspectiva completamente diferente, el hecho de que seáis amigos de nuevo pueda ser parte de lo que debes hacer para encontrar la llave.

—Creo que necesito pensarlo un poco más antes de comenzar a plantear preguntas. No sé si puedo ser amiga de Jordan de nuevo, porque… de cierta forma estoy enamorada de él.

—Dana.

Malory le cogió la mano, pero Dana se soltó y se alejó un poco.

—Más o menos, el problema es que todavía no sé si estoy enamorada del Jordan de ahora o del que me sedujo tiempo atrás. Ya me entendéis, el que vive en mi recuerdo. Puede ser que ya no exista. Pero tengo que descubrirlo, ¿verdad?

—Sí. —Zoe desenvolvió las galletas de chocolate que había traído y le dio una a Dana—. Necesitas investigar.

—Si estoy enamorada de él, puedo superarlo. —Mordió un buen trozo de galleta—. Ya lo superé una vez. Si no estoy enamorada de él, todo volverá a la normalidad. O a la normalidad dentro de lo posible hasta que no encuentre la llave.

—¿Y los sentimientos de Jordan? —le preguntó Malory—. ¿No son un factor a tener en cuenta?

—Una vez hizo lo que quiso. Esta vez es mi turno. —Movió los hombros contenta, porque el peso que la oprimía pareció desaparecer con su confesión—.

Terminemos con el porche.

Mientras las tres mujeres empuñaban rodillos y pinceles, Jordan contaba a Flynn y a Brad la experiencia sufrida por Dana.

Estaban sentados en el salón de Flynn, reunidos en una especie de improvisado gabinete de emergencia.

Jordan caminaba mientras hablaba, y el perro de Flynn, *Moe*, observaba cada movimiento suyo con la esperanza de que se dirigiera a la cocina y le trajera galletas. Una y otra vez, cuando Jordan se acercaba al pasillo, la gran cola negra de *Moe* se movía rítmica y alegremente. Por el momento no había conseguido ninguna golosina, pero el pie de Flynn le había acariciado el lomo varias veces.

—¿Por qué diablos no la trajiste a casa? —preguntó Flynn.

—Creo que podría haberlo hecho. Si la hubiera dejado inconsciente de un golpe y la hubiera atado. ¡Estamos hablando de Dana!

—De acuerdo, de acuerdo, tienes razón; pero me lo podrías haber contado anoche.

—Si lo hubiera hecho, habrías salido corriendo a buscarla. Y Dana se hubiera enfadado mucho. Hubieras intentado conseguir que viniera a tu casa, lo que hubiera significado que habríais terminado discutiendo. Pensé que ella ya había tenido demasiado para una noche. Además, quería contároslo a los dos al mismo tiempo, sin que estuviera Malory delante.

—Ahora que lo sabemos —intervino Brad—, ¿qué hacemos al respecto?

—Esa es la cuestión. —Jordan volvió al sofá y destruyó las fantasías de *Moe* cuando se sentó en la caja que servía de mesita de centro—. No podemos lograr que ninguna deje la búsqueda. Aunque pudiéramos, no sé si sería conveniente. Hay mucho en juego.

—Tres almas —murmuró Brad—. No creo que lo hayamos asimilado todavía. Aun sabiendo lo que le pasó a Malory, no me entra en la cabeza; pero seguiré adelante. No podemos alejarlas de este asunto. Entonces el problema tiene dos partes: qué podemos hacer para mantenerlas a salvo y cómo las ayudamos a conseguir la llave.

—Nos aseguraremos de que ninguna de ellas esté sola más tiempo del absolutamente necesario —empezó a decir Flynn—. Aun cuando sabemos que Kane llegó a Malory mientras estaba con Dana y Zoe, es una precaución que debemos tomar.

—Dana no vendrá a tu casa, Flynn. Le he ofrecido irme a otro sitio, y tampoco la he convencido. —Jordan se acarició distraídamente el mentón y recordó que no se había afeitado—. Pero uno de nosotros puede ir a su casa. Al menos a quedarse con ella por las noches.

—Oh, sí, eso le encantará. —La voz de Flynn rezumaba sarcasmo—. En el mismo instante en que le diga que me voy a dormir a su casa se pondrá hecha un basilisco y me golpeará en la cabeza con el instrumento más pesado que tenga a mano. Y es más que seguro que no dejará que tú vayas a su casa, ni tampoco Brad.

—Estaba pensando en *Moe*.

La irritación que expresaba la cara de Flynn se transformó en desconcierto.

—*¿Moe?*

Al sonido de su nombre, *Moe*, alegre, se levantó, y tiró al suelo las revistas que se encontraban sobre la mesita con un entusiasta movimiento de cola antes de intentar subirse al regazo de Flynn.

—Tú dijiste que *Moe* notaba la presencia de Kane, o al menos el peligro, cuando fuiste a la casa donde Kane había separado a Malory de Dana y Zoe.

—Sí. —Al recordarlo, Flynn acarició la enorme cabeza de *Moe*—. Y subió por las escaleras preparado para desgarrar gargantas de una dentellada. ¿No es cierto, perrito?

—Podría servir como sistema de prevención. Si se comporta como dices que hizo esa vez, alertaría a los vecinos. Posiblemente, mantendría a Dana con los pies en la tierra.

—Es una buena idea —convino Brad, y comenzó a quitarse algunos pelos de *Moe* del pantalón—; pero ¿cómo convencerás a Dana para que acepte a *Moe* como compañero de piso?

—Puedo hacerlo —dijo Flynn con suficiencia—. Le diré que me voy a trasladar a su casa y tendremos la discusión prevista. Cederé y le preguntaré si no está dispuesta a hacer un trato y aceptar a *Moe* para que yo pueda dormir por la noche. Sentirá pena por mí y estará de acuerdo para no parecer mezquina.

—Siempre he admirado tus métodos tortuosos y maquiavélicos —comentó Brad.

—Solo hay que mantener la vista fija en el objetivo. Lo que nos devuelve al asunto de la llave.

—Todavía mi agenda sigue siendo la más flexible —apuntó Jordan—. Puedo tomarme todo el tiempo necesario para ocuparme de este asunto. Investigar, intercambiar ideas, caminar mucho. Cuentas con tus recursos de periodista —le dijo a Flynn—. Además, Malory está dispuesta y puede trabajar contigo, y Dana y Zoe ya te han incluido en su grupo tanto como las mujeres permiten a los hombres integrarse. Brad tiene las ventajas de Reyes de Casa. Puede caer por la nueva casa cuando quiera. « ¿Cómo va eso, señoras? Parece que bien. ¿Puedo echarles una mano?» .

—Puedo hacerlo. Quizá puedas mencionar casualmente a Zoe que no soy ni he sido el asesino del hacha.

—Veré si puedo incluir ese dato en nuestra próxima conversación —prometió

Flynn.

Dana se dijo que ya era hora de arremangarse y ponerse a trabajar. De hacer algo positivo, algo que contrarrestara la desagradable semilla de impotencia que Kane había plantado en su interior.

Ni pensar en dejar que echara raíces.

Si su llave era la sabiduría, entonces aprendería. ¿Y qué mejor lugar para buscar sabiduría que la biblioteca?

Odiaba volver como lectora y no como la empleada que fue, pero conseguiría tragarse la bilis y cumpliría con su cometido.

No se molestó en ir a su casa a cambiarse, sino que se dirigió directamente, con la ropa manchada de pintura, al lugar que había sido tan importante en su vida.

El olor la atrapó inmediatamente. Libros, un mundo de libros. Pero renunció a todo vestigio de sentimentalismo. « Dentro de los libros —reflexionó mientras se dirigía a uno de los ordenadores— están las respuestas» .

Había leído todo el material disponible sobre las Tradiciones y la mitología celta, de manera que decidió ampliar el temario. Hizo una búsqueda de títulos relacionados con la brujería. « Conoce a tu enemigo» , pensó. La sabiduría no es solo una defensa, también es poder.

Apuntó los textos encontrados e hizo otras búsquedas empleando las que pensaba que eran las palabras más importantes de la pista de Rowena. Satisfecha por el buen comienzo, se fue a las estanterías.

—¿Has olvidado algo?

Mostrando su irritante sonrisa dentuda, Sandi se interpuso en su camino.

—Intento olvidar, pero resulta difícil si te empeñas en no quitarte de en medio. Vete a tomar por saco, Sandi —dijo empleando su tono más dulce.

—No nos gusta que se use ese lenguaje en la biblioteca.

Dana se encogió de hombros, la rodeó y siguió andando.

—A mí no me gusta tu perfume empalagoso, pero me aguanto.

—Ya no trabajas aquí.

Sandi fue tras ella y la cogió del brazo.

—Este es un edificio público y resulta que tengo mi carné. Ahora quita tu mano de mi brazo o te romperé esos dientes tan monos que a tu padre le habrán costado tan caros.

Respiró hondo para calmarse. Quería encontrar sus libros y luego se largaría tan rápido como pudiera.

—¿Por qué no subes y le cuentas a Joan que estoy aquí, buscando entre los libros? A menos que se encuentre en Oz molestando a un espantapájaros.

—Puedo llamar a la policía.

—Hazlo, por favor. Resultará interesante leer lo que mi hermano escriba en *El Correo del Valle* sobre el trato dispensado a los lectores con carné en la biblioteca municipal.

Agitó la mano cerca de la cara de Sandi y se dirigió a los estantes.

—No te preocupes. Me aseguraré de que escriba bien tu nombre.

Mientras buscaba los libros, Dana admitió que la bilis era un poco más difícil de tragar de lo que había imaginado. La apenaba, tanto como la enervaba, no poder asistir a la biblioteca ni siquiera como lectora sin que la acosaran.

Pero no iba a dejar que la echara la princesita de la coleta. Y tampoco dejaría que la acobardara ningún endemoniado hechicero.

En lo que a Dana se refería, ambos tenían bastante en común. Los dos estaban invadidos por unos celos mezquinos que agredían y causaban dolor.

« Celos» , pensó, y apretó los labios. En cierta forma, eran lo opuesto al amor. Como las mentiras eran lo opuesto a la verdad y la cobardía al valor. « Otro aspecto» , pensó, y se desvió para coger una copia de Otelo, cumbre de las historias de celos.

Se dirigió con su carga de libros a la sección de préstamos y logró sonreír a las mujeres con las que había trabajado durante años. Dejó los libros sobre el mostrador y sacó el carné.

—Hola, Annie. ¿Cómo estás?

—Bien.

Con un movimiento exagerado, Annie miró de reojo a su derecha y se aclaró la garganta. Siguiendo la dirección de su mirada, Dana vio como Sandi, con los brazos cruzados y los labios apretados, la observaba.

—¡Oh, por Dios! —exclamó Dana en voz baja.

—Lo lamento, Dana. Lamento todo esto —murmuró Annie mientras registraba los libros y los apilaba.

—No te preocupes.

Después de guardar el carné en el bolso, Dana recogió los libros. Dirigió a Sandi una sonrisa muy amplia y se marchó.

Uno de los beneficios de mantener una relación adulta con una mujer, en opinión de Flynn, consistía en volver a casa del trabajo y encontrarla allí.

Su aroma, su aspecto, su simple presencia hacía que todo fuera un poco más claro.

Y cuando sucedía que esa mujer, esa mujer guapa, sexy y fascinante, estaba cocinando, el día le regalaba una delicia más.

No sabía qué se estaba asando en el horno, y tampoco le importaba. Era más que suficiente verla batir algo en un recipiente mientras *Moe* yacía desparramado debajo de la mesa roncando como un tren de mercancías.

Su vida, pensó Flynn, había encontrado su verdadero ritmo cuando Malory Price se incorporó a ella.

Se acercó por detrás, la abrazó por la cintura y la besó en el cuello.

—Eres lo mejor que me ha sucedido nunca.

—Es cierto. —Volvió la cabeza para juntar los labios con los suyos—. ¿Cómo va todo?

—Todo va bien. —Le dio un beso más largo y más satisfactorio—. Mejor que nunca. No tienes por qué cocinar, Mal. Sé que has estado trabajando todo el día.

—Me he limitado a calentar un poco de salsa de bote para los espaguetis.

—Es igual, no tienes por qué hacerlo. —Le cogió las manos y frunció el ceño cuando les dio la vuelta—. ¿Qué es esto?

—Solo unas ampollas. Intento convencerme de que son buenas para mí. Demuestran que hago mi parte.

Flynn se las besó.

—Sabes que si hubieras esperado hasta el fin de semana podría haberos echado una mano.

—En realidad queríamos hacerlo nosotras; al menos ser nosotras las que empezáramos los arreglos. He conseguido algunas ampollas y casi me he arruinado un par de vaqueros, pero tendremos el porche mejor pintado de todo el valle. Con todo, no me quejaré si me sirves un vaso de vino.

Flynn buscó una botella de vino y dos de las copas que Malory había comprado. Le pareció que había más copas en la alacena que la última vez que había mirado.

Malory estaba todo el rato trayendo cosas: copas, toallas esponjosas, jabones sofisticados que Flynn no estaba seguro de ir a utilizar. Constituían una de las rarezas y alicientes de tener una mujer en casa.

—Jordan me ha contado lo que le pasó a Dana.

—Pensé que lo haría. —A pesar de que no estaba oscuro, encendió la larga vela ovalada que había elegido para la mesa—. Los dos sabemos lo horrible que debe de haber sido para ella. Sé cuánto la quieres, Flynn. Yo también la quiero; pero no podemos protegerla, ni estar cerca.

—Quizá no, pero Jordan ha tenido una idea que puede ayudar a conseguir ambas cosas.

Sirvió el vino y le contó la idea de usar a *Moe*.

—Es una idea brillante —declaró Malory, y luego rio al ver a *Moe*, que todavía roncaba—. Dana la aprobará seguro, y si no sirve para otra cosa, al menos no se sentirá sola por las noches. —Después de un trago de vino, se fue a la pila y llenó una cazuela con agua para cocer la pasta—. Supongo que Jordan te ha contado que saldrán juntos el sábado por la noche.

Flynn estaba observando la vela mientras pensaba que resultaba extraño verla arder sobre la antigua mesa de picnic que tenía en la cocina.

—¿Quiénes van a salir? —Cuando lo pilló, Flynn bebió un trago largo de vino —. ¿Jordan y Dana? ¿Saldrán?

—Así que no te lo contó.

—No, no surgió el tema.

—No te gusta demasiado la idea —concluyó Malory mientras ponía la cazuela sobre el fuego.

—No lo sé. No quiero meterme. Maldición, no quiero que se hagan daño otra vez. —Como sabía que Jordan estaba trabajando en la planta superior, Flynn miró al techo—. La persona que queda en medio, que en este caso pudiera ser yo, es la que recibe las patadas en el culo de ambas partes.

—Dana sigue enamorada.

—¿De quién? —Los ojos de Flynn expresaban sorpresa—. ¿Lo ama? ¿A Jordan? ¿Dana lo ama? Mierda. ¡Mierda! ¿Por qué me cuentas esto?

—Porque es lo que hace la gente enamorada, Flynn. —Sacó tres manteles individuales bordados de un cajón que Flynn no estaba seguro de reconocer y los puso con esmero sobre la mesa—. Se cuentan cosas. Y espero que no vayas corriendo a comentar con Jordan esta información.

—Cielos. —Mientras caminaba de un lado a otro se pasó una mano por el cabello—. Mira, si no me lo hubieras contado, no tendría que pensar en no decirles nada a Jordan ni a Dana. Me limitaría a existir en una hermosa burbuja de ignorancia.

—Y pienso que Zoe está interesada por Brad, aunque no le guste reconocerlo.

—Detente. Detén esta ola de información ya mismo.

—Eres un periodista. —Risueña, sacó la ensalada que había preparado y comenzó a aliñarla—. Se supone que vives de las informaciones.

Flynn nunca había visto esa ensaladera antes, ni los cubiertos de madera que usaba para mezclarla.

—Me está entrando dolor de cabeza.

—No, no es cierto. Quieres que tus amigos sean felices, ¿verdad?

—Cierto.

—Nosotros somos felices, ¿verdad?

Con cautela, respondió:

—Sí.

—Somos felices y estamos enamorados. Por tanto, quieres que tus amigos sean felices y estén enamorados también. ¿Correcto?

—Es un argumento tramposo. De manera que antes de contestarte prefiero distraerte un poco.

—No haré el amor contigo mientras se cocina la cena y Jordan esté arriba.

—No era esa la idea, aunque la verdad es que me gusta. Voy a distraerte contándote que los obreros vendrán el lunes para comenzar la reforma de la cocina.

—¿De verdad? —Como Flynn había supuesto, todo otro pensamiento abandonó la cabeza de Malory—. ¿De verdad? —repitió, y se arrojó en sus brazos—. ¡Estupendo! ¡Maravilloso!

—He pensado que era lo más conveniente. Entonces, ¿vas a venir a vivir conmigo?

Malory le rozó los labios con los suyos.

—Pídemelo otra vez cuando esté acabada la cocina.

—Eres una tía dura, Malory.

Después de un día de trabajo físico, Dana ansiaba un baño caliente antes de sumergirse en la lectura de los libros que había sacado de la biblioteca. Pero no tenía valor para bañarse.

Cuando se dio cuenta del problema, se sintió mortificada y se embarcó en una fantasía sobre la casa que compraría un día. Una mansión grande y apartada. Con una biblioteca del tamaño de un granero.

« Y *jacuzzi*» , añadió mientras se masajeaba la parte inferior de la columna, que le dolía.

Pero hasta ese feliz día, se conformaría con su piso. En cualquier caso, con todas las habitaciones de su piso, lo que incluía a la que tenía la bañera.

Podría asistir a un gimnasio, pensó mientras se acomodaba junto a los libros para pasar una noche de investigaciones.

Odiaba los gimnasios. Estaban llenos de gente. Gente sudorosa. Gente desnuda que insistiría en compartir su tiempo de *jacuzzi*.

No valía la pena esa molestia. Mejor esperaría a que pudiera permitirse un espacio propio. Por supuesto, cuando pudiera permitirse su propia casa, con *jacuzzi*, era poco probable que se pasara ocho horas raspando y pintando hasta que le doliera la espalda.

Se obligó a concentrarse y empezó con *Otelo*. Tenía su propio ejemplar, como era natural. Tenía todo lo que Shakespeare había escrito, pero quería un volumen diferente. « Una especie de mirada fresca» , pensó.

Los celos y la ambición eran lo que había impulsado a Yago, reflexionó. Había plantado « el monstruo de ojos verdes que se burla de la carne que lo alimenta» en *Otelo*, y después había observado cómo lo devoraba.

Los celos y la ambición eran lo que había impulsado a Kane, y también observó mientras su monstruo devoraba.

Podría aprender de esa obra, pensó, lo que hacía perder el alma a un hombre, o a un dios.

Apenas había comenzado cuando un golpe en la puerta la interrumpió.

—¿Qué pasa ahora?

Gruñendo, fue a abrir la puerta. Su irritación creció cuando vio que era

Jordan.

—Esperemos que no se convierta en una costumbre.

—Vamos a dar un paseo.

La respuesta de Dana consistió en cerrar la puerta de golpe, pero Jordan se anticipó interponiendo una mano y abriendo de nuevo.

—Déjame decirlo de otra forma: me voy al Risco del Guerrero. ¿Quieres venir?

—¿Para qué vas? Eres un espectador en este asunto.

—Eso es opinable. Voy a ir porque tengo algunas preguntas que hacer. En realidad, he decidido irme de la casa de Flynn después de la cena. Para dejar un poco tranquilos a los tortolitos. —Se apoyó cómodamente en la jamba de la puerta mientras hablaba, pero con la mano firmemente apoyada para evitar que cerrara—. Me he encontrado saliendo de la ciudad y subiendo por el camino de la montaña. Pensaba que podía seguir hasta la mansión y tener una buena charla con Pitte y Rowena. Luego he pensado que te podrías enfadar si iba a verlos sin ti. Por tanto, me he dado la vuelta y he vuelto. He venido a buscarte.

—Supongo que quieres obtener alguna recompensa por tu actitud.

Jordan sonrió.

—Si conservas un registro de mis buenas acciones.

—No veo de qué tienes que hablar con Rowena y Pitte.

—Veamos si te lo explico otra vez: voy a ir, contigo o sin ti. —Se enderezó y quitó la mano de la puerta—. Pero si quieres venir, puedes conducir.

—¡Vaya propuesta!

—En mi coche.

En la mente de Dana apareció la imagen del lujoso, fuerte y clásico T-Bird. Tuvo que hacer un esfuerzo para evitar que se le cayera la baba.

—Juegas sucio.

Jordan sacó las llaves del bolsillo. Las agitó.

El conflicto interno de Dana duró alrededor de tres segundos antes de que le arrancara las llaves de la mano.

—Déjame coger una chaqueta.

Independientemente de sus defectos, Jordan Hawke sabía de coches. El Thunderbird escaló las colinas como un gato montés, un prodigio de gracia y poderío. Se aferraba a las curvas y rugía en los tramos rectos.

Unos podrían considerarlo un vehículo y otros un juguete; pero Dana sabía que era toda una « máquina» . De primera clase.

Hallarse detrás del volante no le produjo solo placer físico. Le permitió modificar la situación con tanta facilidad como cambiar de marcha. Ahora era ella quien conducía. El paseo al Risco podía haber sido idea de Jordan, pero ¡por

Dios bendito!, era ella la que conducía.

La noche era fresca y la temperatura bajaba más a medida que subían por la colina, pero habían bajado la capota del coche. A Dana le compensó contrarrestar el frío de sus dedos y la mordedura del viento helado con la alegría de acelerar al aire libre.

Los árboles estaban en su mejor momento. El sol, en su ocaso, los teñía con una pátina dorada que hacía más brillantes sus colores. Las hojas caídas danzaban y se arremolinaban en el camino, donde se alternaban la luz y las sombras.

Era como conducir hacia un cuento de hadas, pensó Dana, donde cualquier cosa podía surgir en el siguiente recodo.

—¿Qué te parece el coche? —preguntó Jordan.

—Tiene estilo. Y fuerza.

—Siempre he pensado eso mismo de ti.

Dirigió al hombre una mirada torva y luego se concentró en la carretera. Aunque lo estaba pasando muy bien, eso no quería decir que iba a dejar de pincharlo.

—No comprendo por qué necesitas un coche como este cuando vives en un medio urbano donde el transporte público no solo es accesible, sino también eficiente.

—Por dos razones: primero, por las veces que no estoy en un medio urbano, como ahora; y segundo, porque estaba loco por tener un coche así.

—Ya. —No se lo podía echar en cara—. En 1957 aparecieron los T-Bird por primera vez.

—Así es. Yo tengo un Stingray del 63.

Los ojos de Dana se abrieron como platos.

—No es verdad.

—Cuatro marchas, 327. Motor de inyección.

Dana sintió que algo se derretía en su interior.

—Cállate.

—Lo puedo poner a 220. Podría ir más rápido, pero todavía nos estamos conociendo. —Esperó un segundo—. Le he echado el ojo a un convertible Caddy. Del 59.

—Te odio.

—Vamos, un hombre puede tener alguna afición.

—El Stingray del 63 es el coche de mi vida. El que tendré un día, cuando se realicen todos mis sueños.

Jordan esbozó una sonrisa.

—¿De qué color?

—Negro. Formal y serio. Cambio manual de cuatro marchas. No necesito que sea el 327, aunque ese es lo mejor de lo mejor. Sin embargo, tiene que ser un

convertible. El cupé no me gusta. —Se quedó callada unos segundos, disfrutando del paseo—. Zoe me ha contado que le habías arreglado el coche.

—Pasé por su casa. Estaba fuera de punto y el carburador necesitaba unos retoques. Nada demasiado importante.

Se obligó a contestar:

—Muy amable por tu parte.

—Tenía tiempo. —Encogió los hombros y estiró un poco más las piernas—. Pensé que Zoe necesitaba que le echaran una mano.

Dana comprendió sus motivos y se sintió avergonzada por su primera reacción cuando supo que Jordan había ido a casa de Zoe. La madre soltera trabajadora que criaba a su hijo.

Como la madre de Jordan.

Por supuesto que había ido a ayudarla.

—Zoe te estaba muy agradecida —le dijo, pero sin demasiado énfasis—. En especial porque no la pones nerviosa, como Brad.

—¿No? Me siento insultado, y ahora me esforzaré en ponerla nerviosa por mi orgullo herido.

—¿Qué tipo de reloj llevas?

—¿Reloj? —Desconcertado, se miró la muñeca—. No sé. Me marca la hora.

Dana sacudió sus cabellos y rio.

—Eso es lo que pensaba que dirías. Lo lamento, pero nunca la pondrás nerviosa.

Sin ganas, redujo la velocidad cuando llegaron a la verja. Luego se detuvo y miró hacia la mansión a través de las rejas mientras sacaba un cepillo del bolso.

—Qué lugar —comentó mientras se cepillaba los nudos y enredos que el viento había formado en su pelo—. Si vives en un lugar como este podrías tener ese Corvette clásico. Guardarlo en un garaje amplio y con calefacción, como merece. Me pregunto si Pitte y Rowena conducen.

—Una cuestión irrelevante.

—No, de verdad. Piensa en ello. Son lo que son, y están en este mundo mucho antes de que alguien pensara en un motor a combustión. Pueden hacer lo que hacen, pero ¿habrán dado clases de conducir, habrán guardado cola en la inspección técnica de vehículos y se habrán sacado un seguro? —Guardó el cepillo en el bolso y miró a Jordan. Estaba tan despeinado como antes Dana. Sin embargo, no parecía desaliñado. Solo sexy—. ¿Cómo viven? —continuó—. No sabemos nada de lo que hacen, en lo que a la vida cotidiana se refiere. Actividades humanas. ¿Ven la televisión? ¿Juegan a la canasta? ¿Pasean por el centro comercial? Y en cuanto a amigos, ¿tienen alguno?

—Si los tienen, los cambiarán constantemente. Los amigos, al ser humanos, tendrían la irritante costumbre de morirse.

—Es cierto —dijo en voz baja mientras volvía a mirar la mansión—. Se

sentirán solos. Dolorosamente solos. Todo su poder no les permite ser como nosotros. Vivir en esa mansión no significa que sea su hogar. Qué extraño, ¿verdad? Sentir lástima por unos dioses.

—No. Es intuitivo. Es la clase de sentimiento que te ayudará a encontrar la llave. Cuanto mejor los conozcas y los comprendas, más cerca estarás de resolver tu parte del puzzle.

—Quizá. —De repente, la verja se abrió—. Supongo que nos invitan a pasar.

Condujo bajo el crepúsculo hasta la gran mansión de piedra.

El anciano que pensaban que era el mayordomo se acercó corriendo para abrir la portezuela del automóvil.

—Bienvenidos. Me haré cargo del coche, señorita.

—Gracias. —Dana lo estudió mientras intentaba calcular su edad. ¿Setenta? ¿Ochenta? ¿Tres mil dos?—. Nunca me acuerdo de su nombre —le dijo.

—Me llamo Caddock, señorita.

—Caddock. ¿Es un apellido escocés o irlandés?

—Galés. Soy de Gales, señorita.

« Como Rowena» , pensó Dana.

—¿Trabaja desde hace mucho para Pitte y Rowena?

—Realmente sí. —Sus ojos parecieron hacerle un guiño malicioso—. Hace años que estoy a su servicio. —Su mirada se perdió en el espacio y asintió con la cabeza—. Es un hermoso espectáculo, ¿verdad?

Dana se dio la vuelta y contempló un enorme ciervo que se encontraba entre la hierba y el bosque. Su grupa parecía tener un brillo blancuzco a la suave luz del crepúsculo y su cornamenta lanzaba destellos plateados.

—Simbolismo tradicional —dijo Jordan, que también estaba muy impresionado por la magnificencia del ciervo—. El buscador siempre ve un venado blanco o una liebre al comenzar su empresa.

—Malory también lo vio —murmuró Dana con un nudo en la garganta—. La primera noche que vinimos aquí, pero ni yo ni Zoe lo vimos. —Caminó hasta ponerse al lado de Jordan—. ¿Significa que ya estaba establecido que Malory buscaría la primera llave? ¿Que no tuvo nada que ver el sorteo? ¿Era solo un espectáculo?

—O de un ritual. Todavía teníais que elegir si meteríais la mano en la caja para sacar un disco. Tú decides si sigues al ciervo o te alejas de él.

—Pero ¿es real? ¿Ese ciervo está ahí o nos lo estamos imaginando?

—Eso es algo que tendrás que decidir tú.

Jordan esperó hasta que el ciervo se confundió con las sombras antes de darse la vuelta.

El anciano y el coche habían desaparecido. Después de la sorpresa inicial, Jordan se metió las manos en los bolsillos.

—Debes admitirlo, es muy guay.

Las puertas de la entrada se abrieron. Rowena se hallaba en el centro. Las luces del candelabro brillaban sobre su pelo rojo y lanzaban destellos en el largo vestido de seda gris que llevaba puesto.

—¡Qué alegría veros a los dos! —Tendió una mano para saludarlos—. Estaba deseando tener compañía.

7

Pitte ya estaba en el vestíbulo, vestido con una camisa y un pantalón negros, en armonía con la elegancia informal de Rowena.

Dana se preguntó si todo el tiempo estarían tan guapos y bien vestidos. Supuso que era algo más en lo que pensar, como por ejemplo: ¿tendrían algunos días el pelo despeinado, indigestión o los pies doloridos? ¿O estas circunstancias eran demasiado mundanas para dioses que vivían en el mundo de los mortales?

—Estábamos disfrutando del fuego y de un vaso de vino. ¿Nos acompañáis? —preguntó Rowena.

—Claro. Gracias. —Atraída por el calor de la chimenea, Dana se dirigió al fuego crepitante—. ¿Vosotros pasáis el rato de esta manera todas las noches?

Pitte, que estaba sirviendo el vino, se detuvo y frunció el ceño.

—¿Pasar el rato?

—Ya sabes, pasar el tiempo vestidos con ropas lujosas, bebiendo buenos vinos en copas de… ¿Qué es eso, Baccarat?

—Creo que sí. —Pitte terminó de servir y ofreció una copa a Dana—. A menudo nos reservamos alrededor de una hora para relajarnos juntos al final del día.

—¿Qué hacéis el resto del tiempo? ¿Os entretenéis haciendo un poco de todo?

—¡Ah, te preguntas lo que hacemos para mantenernos ocupados! —Rowena se sentó y palmeó el cojín que estaba a su lado—. Yo pinto, como sabéis. Pitte dedica su tiempo a las finanzas. Disfruta con el juego del dinero. Leemos. Nos gustan tus libros, Jordan.

—Gracias.

—A Pitte le gustan las películas —dijo Rowena dirigiendo una mirada cariñosa a su amante—. En particular aquellas en las que multitud de objetos estallan con grandes explosiones.

—¿Así que vais al cine? —preguntó Dana.

—Por lo general, no. Preferimos quedarnos cómodamente en casa y ver las películas cuando nos viene bien.

—Multicines —murmuró Pitte—. Así los llaman. Son como pequeñas cajas puestas una al lado de otra. Es una pena que las salas grandes se hayan pasado de moda.

—Vosotros debéis saber mucho sobre los cambios de la moda. En un par de milenios se deben de haber producido cantidad.

Rowena levantó una ceja al contestar a Dana.

—Sí, ciertamente.

—Sé que puede parecer una banalidad —continuó Dana—, pero estoy intentando saber cómo lidiar este asunto. Se me ha ocurrido que vosotros sabéis todo sobre mí. Habéis podido observar toda mi vida. ¿Lo habéis hecho?

—Por supuesto. Desde el momento en que naciste has tenido mucho interés para nosotros. No nos hemos entrometido —añadió Rowena mientras rozaba con sus dedos la cadena enjoyada que llevaba alrededor del cuello—. Ni hemos interferido. Comprendo tu curiosidad por nosotros. Nos parecemos más de lo que crees y al mismo tiempo somos más diferentes de lo que puedes imaginar. Podemos gozar de los placeres humanos, como tú los llamas, y lo hacemos. Comida, bebida, calor, vanidad. Sexo. Amamos… —cogió la mano de Pitte— con tanto ardor como vosotros. Lloramos y reímos. Disfrutamos mucho de lo que ofrece vuestro mundo. Valoramos la generosidad y resistencia del espíritu humano, y lamentamos sus facetas más sombrías.

—Pero mientras estáis aquí no pertenecéis ni a un mundo ni al otro, ¿no es cierto? —Jordan pensó que había algo en la forma en que se tocaban, como si se pudieran marchitar y morir sin ese pequeño contacto—. Podéis vivir como elijáis, pero con algunas limitaciones. Dentro de las fronteras de esta dimensión. Aun así, no pertenecéis a ella. Podéis sentir el calor, pero no os quemáis. Podéis dormir por la noche, pero cuando os despertáis por la mañana no habéis envejecido. El paso de las horas no os cambia. Millones de horas no podrían hacerlo.

—¿Y tú consideras esta clase de… inmortalidad —inquirió Pitte— un don?

—No, en absoluto. —Jordan sostuvo la mirada de Pitte—. La considero una maldición. Realmente un castigo, porque no os está permitido regresar a vuestro mundo y pasáis todos esos millones de horas en el nuestro.

La expresión de Pitte no cambió, pero sus ojos se hicieron más profundos, más expresivos.

—Lo comprendes perfectamente.

—También veo muy claramente algo más. El castigo para Dana, si no logra encontrar la llave, consiste en que pierde un año de su vida. También un año de las vidas de Malory y Zoe. Desde vuestro punto de vista, no supone nada; pero para un humano, que tiene una vida limitada, es algo muy distinto.

—¡Ah! —Pitte apoyó un brazo sobre la repisa de la chimenea—. Entonces, ¿habéis venido a renegociar nuestro contrato?

Antes de que Dana pudiera hablar y decirle a Jordan que se ocupara de sus asuntos, el joven la hizo callar con una mirada.

—No, porque Dana va a encontrar la llave, y no habrá ningún problema.

—Tienes confianza en tu chica —dijo Rowena.

—No soy su chica —contestó Dana rápidamente—. ¿Kane también ha estado observándonos? ¿Desde el comienzo de nuestras vidas?

—No lo puedo decir —respondió Rowena, y agitó una mano impaciente frente a la cara de Dana—. No puedo. Como ha dicho Jordan, hay algunas fronteras que no podemos cruzar. Algo ha cambiado. Lo sabemos porque se ha metido en los sueños de Malory y de Flynn y ha podido hacer daño a Flynn. Antes no podía, o quizá no quería.

—Diles lo que te ha hecho a ti.

Sonó como una orden más que como una petición, y esta vez Dana se enfadó en serio; pero antes de que pudiera decir nada, Rowena la agarró del brazo.

—¿Kane? ¿Qué ha pasado?

Se lo contó y notó que esta vez su voz permanecía firme durante todo el relato. « A mayor distancia —pensó—, menos miedo» .

Al menos así fue hasta que vio un destello de temor en la cara de Rowena. No se atrevió a pensar en lo que podía llegar a atemorizar a un dios.

—No hubo ninguna amenaza real, ¿verdad? —La piel le escocía y pequeñas hormigas heladas bajaban por su espalda—. Quiero decir que no podía ahogarme cuando me sumergí en el mar, porque ese mar no existía realmente.

—Sí, existió —la corrigió Pitte.

Su cara reflejaba una sombría determinación. « Es la cara de un soldado —pensó Dana— que observa la batalla desde una colina y espera el momento apropiado para desenvainar la espada» .

Dana comprendió que quien estaba en el campo de batalla era ella misma, en medio de una guerra despiadada.

—Lo conjuró primero tu fantasía y después tu miedo. Eso no hace que sea menos real.

—No tiene sentido —insistió Dana—. Cuando apresó a Malory en esa fantasía en la que estaba pintando, la podíamos ver. Todos la vimos de pie en el desván.

—Su cuerpo y quizá parte de su conciencia, porque tiene una mente poderosa, estaban allí. El resto… —Rowena lanzó un suspiro—, el resto de lo que Malory es había pasado al otro lado. Y si hubiera sufrido cualquier daño en su cuerpo —explicó Rowena extendiendo una mano— o en lo que vosotros llamáis su esencia —extendió la otra mano—, en cualquiera de los dos lados, lo hubiera sufrido en su totalidad.

—Si en una existencia se corta una mano —dijo Jordan—, sangraría en la otra.

—Kane lo puede evitar. —A todas luces preocupada, Rowena se levantó para servir más vino—. Por ejemplo, si yo quisiera daros un regalo, una fantasía inofensiva, podría enviaros sueños y cuidaros para protegeros de todo riesgo. Pero lo que Kane hace no es inofensivo. Lo hace para tentar y para atemorizar.

—¿Por qué no se limitó a mantenerme la cabeza debajo del agua de la bañera cuando estaba adormilada?

—Porque, a pesar de todo, hay límites. Para mantener la ilusión no puede tocar tu cuerpo real. Como es tu mente la que forma la textura de la ilusión, tampoco te puede obligar a que te hagas daño a ti misma. Mentirte, sí. Engañarte y amedrentarte, quizá persuadirte, pero no puede obligarte a hacer algo contra tu voluntad.

—Es la razón por la cual pudo zafarse de sus redes. —Era la respuesta que Jordan necesitaba ver confirmada—. Primero, al elegir considerarlo una trampa Dana cambió la textura, como acabas de decir, del mundo. En lugar de paraíso, pesadilla.

—Su percepción y temor, y la cólera de Kane, sí —aceptó Pitte—. El fruto que dejaste caer —le dijo a Dana— tu mente lo percibió como podrido en el centro. No era tu paraíso, sino tu prisión.

—Y cuando prefirió lanzarse al mar antes que dejar a Kane que tomara lo que ella es, antes que aceptar la Fantasía o la pesadilla, se escapó de ambas —concluyó Jordan—. Por tanto, el arma contra Kane consiste en permanecer fiel a uno mismo, sea cual sea el peligro.

—Lo has expresado muy bien —comentó Pitte.

—Ha simplificado demasiado. —Rowena sacudió la cabeza—. Kane es astuto y seductor. Nunca debéis subestimarlo.

—Fue él quien la subestimó a ella. ¿No es cierto, Stretch?

—Puedo controlarme. —La serena confianza del joven contribuía mucho a calmarle los nervios—. ¿Cómo se puede evitar que ataque a Zoe mientras nos concentramos en impedir que lo haga conmigo?

—Zoe no es todavía un problema para Kane, pero se pueden tomar precauciones. —Rowena reflexionó mientras golpeaba con un dedo el borde de su copa—. Podemos protegerla, en cierta medida, hasta que llegue su turno.

—Si llega —la corrigió Pitte.

—Es pesimista por naturaleza. —Rowena sonrió—. Yo tengo más fe.

Se dirigió al sofá, se sentó en uno de los brazos con esa gracia natural con la que nacen algunas mujeres y cogió entre sus manos la cara de Dana.

—Sabes reconocer la verdad cuando la escuchas. Puedes hacer que no oyes y cerrar tu mente. Así como mi hombre es pesimista, tú eres tozuda por naturaleza.

—Tienes toda la razón —murmuró Jordan.

—Pero cuando eliges escucharla, la verdad te aparece con claridad. Es tu don. Kane no puede engañarte a menos que le dejes hacerlo. Cuando aceptes lo que ya sabes, tendrás todo lo demás.

—¿No puedes ser un poco más concreta?

La boca de Rowena esbozó una sonrisa.

—Ya tienes bastante en lo que pensar, por el momento.

Más tarde, cuando estuvieron solos, Rowena se acurrucó en el sofá al lado de Pitte, apoyó la cabeza en su hombro y observó el fuego de la chimenea. En las llamas estudió a Dana, cuyas manos conducían diestramente el volante. Se dirigía, a través de la noche, hacia el valle tranquilo que yacía bajo el Risco.

Admiraba la aptitud, en dioses y mortales.

—Le preocupa —dijo suavemente.

Pitte observó el fuego y también las imágenes que contenía.

—¿A quién preocupa? ¿Al que roba almas o al que inventa ficciones?

Distraídamente, Rowena frotó su mejilla contra el hombro de Pitte.

—En realidad a los dos. Y los dos la han hecho sufrir, aunque solo uno adrede. Pero el cuchillo del amor hiere más profundamente que el de cualquier enemigo. Preocupa a Kane —dijo—, pero el joven está enamorado.

—Están excitados. —Pitte volvió la cabeza para rozar con sus labios el pelo de Rowena—. Jordan debería llevarla a la cama y dejar que la pasión cure antiguas heridas.

—Como todo hombre, piensas que la cama es siempre la solución.

—Lo es, y muy buena.

Le dio un empujoncito, y cuando Rowena cayó, lo hizo sobre la gran cama que compartían.

Lo miró con picardía. Su vestido plateado había desaparecido, de manera que solo ostentaba su desnudez. Sabía que esas bromas eran uno de los hábitos más juguetones e interesantes de Pitte.

—La pasión no lo es todo. —Extendió los brazos y docenas de velas se encendieron—. Mi amor, mi único amor, el cariño es lo que cura a un corazón herido.

Con los brazos todavía abiertos, se enderezó y lo recibió en ellos.

Nada más llegar a casa, después de despedir a Jordan, Dana se preparó de nuevo para leer *Otelo*, cuando otra vez llamaron a la puerta.

Se imaginó que era Jordan que volvía con alguna excusa nueva para conseguir que le dejara entrar, e ignoró la llamada.

Por todos los santos, iba a pasar dos horas trabajando sobre las ideas que le proporcionara el libro y luego se dedicaría a pensar en el paseo al Risco del Guerrero y en lo que allí se había dicho. Y en lo que no se había dicho en el viaje de vuelta.

Si tenía que pensar en Jordan, estaba decidida a hacerlo cuando estuviera sola. De otra forma, él se lo leería en los ojos.

Llamaron de nuevo, esta vez más insistentemente. Se limitó a sonreír y siguió con el libro; pero los ladridos llamaron su atención. Cuando se dio cuenta de que no podría seguir hasta que no contestara, se levantó y abrió la puerta.

—¿Qué diablos estás haciendo aquí? ¿Qué hacéis aquí los dos? —Miró a Flynn sorprendida y se agachó para acariciar las orejas caídas de *Moe* y lanzarle unos besitos—. ¿Malory te ha echado de casa? Pobre chico. —Su tono amable se enfrió al enderezarse y mirar a su hermano—. No vas a dormir aquí.

—No pienso hacerlo.

—Entonces, ¿qué traes en la bolsa?

—Cosas. —Se metió en la casa y se puso al lado de su hermana y del perro —. Me han contado que lo pasaste mal anoche.

—Fue una experiencia fea, y no tengo ánimos para revivirla. Son las diez pasadas. Estoy trabajando y luego me iré a dormir.

Pensó que dejaría todas las luces del piso encendidas, como la noche anterior.

—Bien. Aquí están sus cosas.

—¿Las cosas de quién?

—De *Moe*. Mañana te traeré una bolsa bien grande con su comida, pero con esto tienes suficiente para el desayuno.

—¿De qué demonios estás hablando? —Miró dentro de la bolsa que Flynn había dejado en sus brazos y vio una pelota de tenis mordisqueada, una soga deshilachada y una caja con más de un kilo de bizcochos para perro.

—¿Qué mierda es esto?

—Sus cosas —repitió Flynn alegremente, y gruñó cuando *Moe* saltó para plantarle las patas delanteras en los hombros—. *Moe* es tu compañero de piso temporal. Bien, tengo que irme. Te veré mañana.

—No, no te irás. —Tiró la bolsa sobre una silla, se adelantó unos pasos hacia la puerta y le cerró el paso—. No te vas a ir sin tu perro.

Flynn esbozó una sonrisa que era al mismo tiempo burlona y completamente inocente.

—Acabas de decir que no puedo dormir aquí.

—No puedes. Ninguno de los dos puede.

—Mira, le has ofendido. —Contempló con pena a *Moe*, que intentaba meterse en la bolsa—. Tranquilo, tío. Dana te quiere.

—¡Déjame en paz!

—No te imaginas todo lo que entienden los perros. Las pruebas científicas no son concluyentes. —Dio a Dana una palmadita amistosa en una mejilla—. De todos modos, *Moe* se queda durante un par de semanas. Será tu perro guardián.

—¿Perro guardián? —Notó que *Moe* estaba mordisqueando la bolsa—. Te digo en serio que me dejes en paz.

Como el papel marrón no era de su gusto, *Moe* se alejó para buscar algún

trozo de pan y Flynn se sentó y estiró las piernas. Había reconsiderado su estrategia y decidió emplear un argumento que con Dana resultaría decisivo.

—Está bien. Me quedo y seré yo el perro guardián, ya que no tienes confianza en *Moe*. Echemos a suertes quién duerme en la cama.

—Yo seré la única que duerma en mi cama, y tengo menos confianza en ti que en ese trasto de perro que justo ahora está intentando cazarse su propia cola. ¡*Moe*, deja de dar vueltas antes de que me destroces la casa!

Pensó en arrancarse un mechón del pelo cuando *Moe* chocó contra una mesa en un intento desesperado por cogerse la cola con los dientes y provocó que se cayera un montón de libros sobre su cabeza.

El perro ladró asustado y corrió hacia Flynn para buscar protección.

—Flynn, vete y llévate contigo ese perro patoso.

Flynn se limitó a levantar los pies y a usar a *Moe* de escabel.

—Estudiemos las opciones que se nos presentan —comenzó.

Veinte minutos después Dana entró en la cocina. Se detuvo de golpe y silbó entre los dientes apretados cuando vio los desperdicios del cubo de basura diseminados de una punta a otra de la cocina y a *Moe* felizmente despatarrado sobre ellos, mordiendo un fajo de toallas de papel.

«¿Cómo lo hace? ¿Cómo diablos puede convencerme?». Esa facultad constituía el misterio de Flynn Hennessy. Nunca se sabía la manera en que lograba llevar el agua a su molino.

Se arrodilló y puso su nariz contra la de *Moe*.

El perro miró para otro lado, evitando los ojos de Dana. La mujer juró que si los perros pudieran silbar, hubiera escuchado el sonido de «no fui yo» saliendo del hocico de *Moe*.

—Está bien, tío: tú y yo repasaremos las normas de esta casa.

El perro contestó lamiéndole la cara, y luego se echó en el suelo para mostrarle la tripa.

Se despertó cuando el sol le dio en la cara; tenía las piernas paralizadas. Lo del sol se explicaba fácilmente: otra vez se había olvidado de cerrar las cortinas. Y no se había quedado paralítica, notó después de un momento de pánico: tenía las piernas atrapadas bajo el peso de *Moe*.

—Bien, esta no es la forma de empezar. —Se sentó y empujó con fuerza al perro—. He dicho que no se permitían perros en la cama. Lo he dejado bien claro.

Moe gimió con un sonido extrañamente humano que hizo temblar los labios de Dana. Después abrió un ojo. Después ese ojo se iluminó con una alegría tremenda.

—¡No!

Pero era demasiado tarde. De un salto, cayó no solo sobre las piernas de Dana, sino sobre su cuerpo entero. Sus patas se agitaban sobando su vientre, sus pechos, su pubis. La lengua del perro lamió su cara con un amor desesperado.

—¡Para! ¡Abajo! ¡Santa Madre de Dios! —Empezó a reír histéricamente y a luchar con *Moe* hasta que consiguió bajarse de la cama, y salió corriendo de la habitación.

—¡Caramba!

Se colocó el cabello. Por regla general, no era esa la forma en que le gustaba despertarse; pero un día podía hacer una excepción.

Ahora necesitaba café. Inmediatamente.

Antes de que pudiera quitar las mantas, *Moe* entró de nuevo en la habitación dando saltos.

—¡No! ¡No lo hagas! No traigas esa pelota horrible y asquerosa a esta cama.

La velocidad que Dana desplegaba por las mañanas se aproximaba a la de un caracol que hubiera tomado un Valium, pero una mirada a la pelota de tenis que *Moe* traía en la boca hizo que se moviera como un velocista olímpico.

Dio un taconazo en el suelo e hizo que *Moe* cambiara de dirección dando un patinazo. Chocó contra las patas de la cama y luego, impertérrito, escupió la pelota a los pies de la mujer.

—En esta casa no jugamos a ir a buscar la pelota. No jugamos a ir a buscar la pelota cuando estoy desnuda, que, como ves, es lo que pasa ahora. No jugamos a ir a buscar la pelota antes de que tome mi café.

El perro ladeó la cabeza y levantó una pata.

—Vamos a hacer un pacto. Primero me visto. —Dana se dirigió al armario para buscar la bata—. Luego me tomo mi primera taza de café. Después de eso te llevaré a dar un paseo muy, muy corto durante el cual podrás vaciar tu vejiga y jugar a buscar la pelota durante exactamente tres minutos. Tómalo o déjalo.

No sabía de qué forma actuaba el perro —suponía que de tal amo tal perro—, pero terminó jugando con *Moe* en el parque sus buenos veinte minutos.

Su rutina mañanera no era así, y si había algo sacrosanto para Dana era su rutina mañanera. Podía admitir que se sentía más dinámica y alegre después del paseo con el perro patoso; pero no se lo confesaría a *Moe* ni a ningún otro.

El perro devoró su desayuno mientras Dana hacía lo propio, y después, por suerte para todos los involucrados, se tumbó para echarse un rápido sueñecito mientras ella sustituía Otelo por su libro de las mañanas.

Para mantenerse fresca y dejar que toda la información se procesara en su cabeza, después de treinta minutos cambió de lectura y eligió uno de los libros de hechicería. Si bien Yago era astuto e inmoral, Kane lo era más aún, y tenía

poderes. Quizá encontrara la forma de debilitarlo o eludirlo mientras buscaba la llave.

Leyó acerca de la magia blanca, y de la negra. De brujería y necromancia. Mientras tomaba notas, se dio cuenta de que todo era muy distinto cuando se sabía que la materia fantástica sobre la que estaba leyendo era real.

No eran imaginaciones. No eran mentiras, sino la verdad.

Tenía que recordarlo, pensó al cerrar el libro. Resultaba esencial que recordara la verdad.

Cuando estuvo inmersa en el trabajo en ConSentidos, Dana descubrió que sentía una gran satisfacción al recubrir la aburrida pared con pintura blanca fresca.

« Nuestro local» , pensó.

Mientras pintaban, informó a Malory y a Zoe de su visita al Risco del Guerrero y de lo que había descubierto allí.

—Entonces Kane puede hacernos daño. —Frunciendo el ceño, Zoe agregó más pintura al rodillo automático que tenía Malory—. O nos podemos hacer daño nosotras mismas. Creo que eso es lo que significa realmente.

—Pero no nos puede hacer daño a menos que se lo permitamos —intervino Malory—. La cuestión reside en no permitírselo, lo que no es tan fácil como parece.

—No tenéis que decírmelo. —El recuerdo de su encuentro con Kane todavía le producía escalofríos—. No se trata solo de encontrar las dos últimas llaves, sino también de protegernos.

—Y de proteger a la gente que nos rodea —le recordó Zoe—. También atacó a Flynn. Si intenta hacerle algo a Simon, cualquier cosa, pasaré el resto de mi vida buscándole hasta que le encuentre.

—No te preocupes, mamá. —Dana alargó el brazo para posarlo sobre el hombro de Zoe—. Cuando llegue tu turno, todos cuidaremos de Simon. Siempre podremos enviar a *Moe* para que lo proteja —añadió para aligerar la conversación. Lanzó una mirada acerada a Malory—. Una verdadera amiga me hubiera llamado y me habría avisado de que iba a llegar un perro a mi casa.

—Una verdadera amiga sabría que dormirías mejor por la noche con un perro roncando a tu lado en la cama.

—A mi lado, ni de coña. Se subió a la cama cuando estaba dormida. Lo que significa que anoche no me hubiera despertado ni con un terremoto, y el perro no es precisamente lo que llamaríamos sigiloso. Dejadme añadir que la vigilancia canina de *Moe* no es una gran solución. Sin mencionar, en primer lugar, que en mi edificio no admiten perros.

—Será durante unas pocas semanas, y principalmente de noche —le recordó Malory—. Es cierto que has dormido mejor. Me doy cuenta por tu estado de

ánimo.

—Quizá haya sido así. De todos modos, debería contaros lo que pienso hacer para encontrar la llave.

Cuando terminaron la primera habitación, continuaron con la siguiente y se enfrentaron a la tediosa tarea de prepararla antes de comenzar a pintar.

—Celos, brujería, meterse en la piel de Kane. —De pie en la nueva escalera de mano, Malory se puso a pintar el techo—. Es muy inteligente.

—Así lo pienso. La respuesta está en un libro. Tiene que estarlo. Tu respuesta tenía que ver con el arte, y una de las Hijas de Cristal, la que se te parece, es artista. Bueno, música, pero también es arte.

Zoe las miró.

—Espero con toda mi alma que no signifique que me tengo que dedicar a la esgrima porque mi diosa lleve una espada.

—También tiene ese precioso cachorrito —comentó Malory.

—Por el momento no puedo tener un perro. A Simon le gustaría mucho, pero… Tú lo que no quieres es que piense en la espada.

—Lo que tú digas.

Dana se sentó sobre los talones y estiró la espalda.

—Cachorro, espada, metáforas de algo. Lo pensaremos cuando llegue el momento. Pero si seguimos con este tema, la llave de Malory tenía que ver con la pintura. El sueño de Malory consistía en ser una artista, pero no tenía talento para ello… —Se detuvo y pensó que tenía que haberse mordido la lengua—. Lo lamento. He sido una grosera.

—No, en absoluto. Has dicho la verdad. —Malory miró el techo. Parecía tener un don especial para ese tipo de trabajo—. No tenía talento para pintar, por eso dirigí mis energías hacia un trabajo en el que pudiera formar parte del mundo artístico de otra forma. No me siento ofendida, Dana.

—Está bien, pero más tarde puedes darme un puntapié si quieres. Kane utilizó el deseo de pintar de Malory para apartarla de la búsqueda; pero nuestra heroína resultó mucho más lista que él y dio la vuelta a la tortilla.

Malory inclinó la cabeza como si fuera una reina.

—Me gusta esa parte.

—Es una de mis favoritas —confesó Zoe—. ¿Tú quieres escribir, Dana?

—No. —Durante un momento apretó los labios y lo pensó—. No, no quiero; Pero tengo que tener libros a mi alrededor, tenerlos cerca. Me fascina la gente que puede escribirlos y lo hace bien.

—¿Incluyendo a Jordan?

—No hablemos de eso, al menos no todavía. Lo que digo es que los libros son algo personal para mí, como el arte lo es para Mal. Por eso pienso que mi llave

está relacionada con libros. Mi instinto me dice que tiene que ver con un libro que he leído. Otra vez algo personal.

—Voy a investigar otra vez títulos que tengan la palabra «llave» y veré qué libros aparecen. —Sus cejas se juntaron mientras reflexionaba—. Puede que sea una solución demasiado simple, demasiado obvia, encontrar un libro con la palabra «llave» en el título, pero me proporciona algo donde buscar.

—Podríamos dividirnos —sugirió Malory—. Si haces una lista con los libros entre los que piensas que se encuentra el que vale, podríamos dividirlos en tres y cada una coger una parte.

—Me ayudaría. No sabemos lo que estamos buscando —siguió Dana—, pero tenemos que creer que lo reconoceremos cuando lo veamos.

—Quizá debas hacer también otra lista con la palabra «diosa» en el título —le aconsejó Malory—. Mi llave tenía que ver con la diosa cantora, según la pista de Rowena. La tuya puede estar relacionada con la diosa que camina, o espera, según tu pista.

—Buen razonamiento. —Como había terminado con su trozo de pared, Dana se puso de pie—. Por Dios, nuestros ojos van a sangrar. Hay algo más. —Queriendo mantenerse ocupada, fue a buscar su rodillo—. Tu llave estaba relacionada con este lugar, Mal, con la manera en que Kane, o tu cabeza, lo transformó en una fantasía de hogar feliz, con una familia y la posibilidad de pintar en tu estudio. Hasta ahora, la mía ha sido una isla tropical desierta. No creo que encuentre su origen aquí en el valle.

—No sabes adónde irás la próxima vez.

Dana dejó el rodillo y la miró asombrada.

—Bueno, qué bien. Qué feliz me siento al pensarlo.

8

A pesar de no tener empleo, Dana nunca había trabajado más ni se había ido tan tarde a la cama.

Tenía que ocuparse de *Moe*, lo que era tanto como tener en sus manos un bebé de cuatro kilos en edad de aprender a andar. Necesitaba alimentarlo, sacarlo a pasear, regañarlo, entretenerlo y observarlo en todo momento.

También se enfrentaba a la pura necesidad física de tener que pintar varias horas al día, lo que había incrementado bastante su respeto por las personas que lo hacían para ganarse la vida; pero así como *Moe* le proporcionaba seguridad y diversión, el trabajo en la nueva casa la llenaba de satisfacción y orgullo.

Quizá todavía no se podía apreciar el resultado —habían decidido pintar de blanco todas las paredes antes de darles una mano de color—, pero cuando tres mujeres decididas y perseverantes trabajaban unidas, se realizaban progresos considerables.

Debía pensar en la planificación y la estrategia a seguir con el negocio en el que debutaría en cuestión de meses. Tenía listas muy largas de libros, actividades paralelas divertidas, posibles estilos de estanterías, mesas, copas y tazas.

Una cosa era fantasear con tener una librería y otra muy distinta solucionar los miles de detalles que suponía su instalación.

Debía añadir la cantidad de horas nocturnas que dedicaba a buscar la llave. La lectura siempre había sido su pasión, pero ahora constituía una misión. En algún lugar de un libro se hallaba la respuesta. O al menos la próxima pregunta.

¿Qué pasaría si la respuesta, o la pregunta estaban en uno de los libros que había asignado a sus amigas? ¿Qué sucedería si la pasaban por alto, si solo ella la podía descubrir?

«Si sigo pensando así me volveré loca», se dijo.

Además de todo lo que tenía que hacer y pensar, tenía que prepararse para la cita. «Una cita —pensó—, que nunca tendría que haber aceptado».

Si lo pensaba bien, estaba camino de la locura.

Si cancelaba la cita, Jordan le daría la lata y le haría discursos hasta que ella lo cortara en pedacitos con un cuchillo de cocina y pasaría el resto de sus días en la cárcel.

Por otro lado, él también podía poner una expresión engreída de «ya te lo

había dicho» y alegar que de esa manera se comprobaba que Dana tenía miedo de salir con él.

En los dos casos, se terminaba con un cuchillo de cocina y sus huesos en una cárcel de mujeres.

La única opción que le quedaba era ir, e ir armada hasta los dientes. No solo quería demostrar que le importaba un rábano pasar algunas horas con él, sino que además lo volvería loco.

Sabía que a Jordan le gustaban los perfumes, así que se cubrió con una perfumada crema corporal antes de ponerse la que pensó que era la ropa interior para la noche de las noches. No pensaba darle a Jordan la ocasión de verla, pero ella sabría que llevaba un sexy sostén negro, bragas de encaje, liguero a juego y medias muy finas.

Harían que se sintiese poderosa.

Se observó en el espejo: de frente, de espaldas, de lado.

«Oh, sí, estoy estupenda. ¡Chúpate esa, Hawke!».

Cogió el vestido que estaba extendido sobre la cama. Tenía un aspecto engañosamente simple, una larga y fluida línea negra; pero cuando estaba sobre un cuerpo, todo cambiaba.

Dana se deslizó en su interior, dio unos pequeños tirones y luego se miró nuevamente al espejo.

El escote drapeado tomaba una dimensión muy distinta con unos pechos que lo llenaran y aparecieran juguetonamente por el borde. El vestido se hacía muy seductor cuando el menor movimiento abría la larga raja lateral y revelaba una pierna bien torneada.

Se puso los zapatos, encantada de que los tacones de aguja añadieran unos centímetros a su ya impresionante estatura. Nunca le molestaba ser tan alta. En realidad le encantaba.

Debía agradecer a Zoe lo que había hecho con su cabello. Se lo había dejado liso y suelto, con una pequeña hebilla adornada con piedras preciosas ubicada entre la coronilla y el borde de la oreja izquierda. «Otro detalle coqueto», pensó Dana. La hebilla no servía para nada más que para brillar.

Se puso perfume en el cuello, en el canalillo entre los pechos y en las muñecas. Después ladeó la cabeza.

«Eres hombre muerto, tío. Estás perdido».

Se le ocurrió que en realidad estaba ilusionada con la cita. Hacía semanas que no se vestía para una. Además, admitió que tenía curiosidad. ¿Cómo se comportaría Jordan? ¿Cómo se comportarían los dos? Se preguntó cómo se sentiría al estar con él dentro del ritual de una cita, ahora que ya eran adultos, y no los jóvenes de antaño.

Tuvo que admitir que resultaba excitante. Particularmente excitante, porque estaba segura de que Jordan intentaría seducirla y ella no tenía intenciones de

dejarle hacer.

Se inclinó hacia el espejo, se puso un rojo furioso en los labios y después guardó el lápiz de labios en el bolso. Apretó los labios y los abrió de nuevo con un sonido burlón.

« Que empiece el juego» .

Cuando Jordan llamó a la puerta y ella le abrió, exactamente a las siete y media, su reacción fue la que Dana había previsto.

Sus ojos se abrieron deslumbrados. Los latidos que se apreciaban en su cuello se aceleraron. Cerró la mano en un puño y se golpeó dos veces el corazón como para calmarse.

—Estás intentando que me dé un infarto, ¿verdad?

Dana ladeó la cabeza.

—Por supuesto. ¿Cómo estoy?

—De muerte. ¿Estoy babeando?

Dana sonrió y se dio la vuelta para buscar su abrigo. Jordan dio unos pasos hacia ella, se inclinó un poco y la olió.

—Si me pongo a gemir, tú…

No completó la frase al ver los libros. Pilas, montones de libros al lado del sofá, otra pila sobre la mesita para el café, un mar de libros sobre la mesa del comedor.

—Dios mío, Dana, necesitas tratamiento.

—No los voy a leer todos, a pesar de que me gustaría. Los tengo para trabajar e investigar. He tenido una idea acerca de la llave, y también me estoy preparando para abrir una librería.

Se puso el abrigo e intentó no enfadarse, porque Jordan parecía más interesado por los libros que por su extraordinario aspecto.

—*La llave de Rebeca, La llave del destino, Una casa sin llave*. Veo adónde apuntas. ¿*La llave de la satisfacción sexual*? —preguntó mientras le lanzaba una mirada larga y apreciativa.

—Cállate. ¿Vamos a cenar?

—Sí, sí. Tu trabajo te va como anillo al dedo. —Se arrodilló y comenzó a hojear un libro—. ¿Quieres que te eche una mano?

—Ya me he repartido el trabajo con Malory y Zoe. —Sabía que en cualquier momento Jordan comenzaría a leer; no lo podría evitar. En ese tema eran como dos hermanos gemelos—. Ya basta. Tengo hambre.

—¿Qué novedades hay? —Dejó el libro de nuevo en su montón, se enderezó y la miró otra vez con detenimiento—. Espléndida.

—¡Qué amable por tu parte! ¿Nos vamos?

Jordan se dirigió a la puerta y la abrió.

—¿Dónde está *Moe*?

—Brincando en el parque con su mejor amigo. Flynn lo traerá antes de

volver a su casa. ¿Adónde vamos a cenar?

—Sube al coche, señorita Idea Fija. Tendrás tu cena. ¿Cómo va la brigada de la pintura? —preguntó cuando estuvo tras el volante.

—Nos esforzamos. Seriamente. No puedo creer todo lo que hemos hecho. Me lo recuerdan las agujetas.

—Si quieres que te dé un masaje, házmelo saber.

—Qué ofrecimiento más amable y desinteresado, Jordan.

—Es que soy un buen tipo.

Dana cruzó las piernas con un movimiento deliberadamente lento que abrió la raja de su vestido hasta el muslo.

—Tengo a Chris para ayudarme en ese sentido.

Jordan bajó la mirada hasta el agudo tacón del zapato de Dana y luego subió por su cuerpo.

—¿Chris? —no ladró, pero le hubiera gustado hacerlo.

—Hum, hum.

—¿Y quién es Chris?

—Es masajista, con mucho talento, y unas manos mágicas.

Se estiró, como si se hallara bajo esas manos mágicas y añadió un pequeño gemido. « Oh, sí» , pensó al sentir la aceleración de la respiración de Jordan, esta vez poseía un armamento totalmente nuevo para probarlo con él.

—Una recomendación de Zoe —añadió—. Zoe ofrecerá una gran diversidad de tratamientos en su salón de belleza.

—¿Es Christine o Christopher?

Dana se encogió de hombros.

—Me ha hecho un tratamiento de cuello y hombros esta tarde, una especie de prueba. Chris la ha superado con creces. —Frunció el ceño cuando Jordan salió a toda velocidad de la ciudad—. ¿No cenamos en el centro?

Jordan no podía respirar sin oler el perfume que se había puesto Dana para volverlo loco. A propósito pensó que, en caso de que hubiera olvidado que Dana tenía unas piernas muy largas, ella hacía todo lo que podía para recordárselo.

Si su voz era un poco ronca, tenía buenas razones para ello.

—Te alimento y pago la cuenta. El sitio lo elijo yo.

—Espero que se merezca mi traje y mi apetito, o pagarás algo más que la cuenta.

—Recuerdo tu apetito.

Se propuso relajarse. Ella estaba jugando a un juego muy peligroso, pero todavía no le había llegado su turno.

—Dime entonces cual es la llave para la satisfacción sexual.

—Lee el libro. Dime: ¿qué te aparece en la mente cuando piensas en « llave» en relación con la literatura?

—Misterios tras puertas cerradas.

—Hum… Podría ser otro aspecto. ¿Que me dices de la palabra «diosa» fuera de la mitología?

—Tu carácter de mujer fatal. Como la mujer misteriosa de *El halcón maltés*.

—¿En qué sentido es una diosa?

—Tiene el poder de hechizar a un hombre con sexo, belleza y mentiras.

—Ajá. —Deliberadamente, rozó con sus dedos la larga curva de su cabellera—. No está mal. Es algo en lo que pensar.

Mientras reflexionaba, perdió la noción de la dirección que llevaban y del tiempo. Eran casi las ocho cuando volvió en sí y parpadeó al ver la mansión blanca edificada en la ladera de la colina.

«Tocada», pensó Jordan cuando vio que Dana abría mucho los ojos.

—¿Luciano's? —Se había quedado atónita—. Se necesita un edicto del Congreso para conseguir una reserva en Luciano's en esta época del año. Hay que reservar con semanas de anticipación fuera de temporada, pero en octubre no puedes conseguir una mesa ni pagando con sangre.

—Solo tendrás que donarles un cuarto de litro.

Salió del coche y entregó las llaves al aparcacoches.

—Siempre he querido cenar aquí. Está fuera de mi ambiente.

—Una vez intenté reservar una mesa para celebrar tu cumpleaños. No se rieron en mi cara, pero casi.

—No hubieras podido pagarlo… —No terminó la frase y, conmovida, se dirigió a la entrada. Era exactamente el estilo de Jordan, recordó. Algo inesperado y muy caro—. Has elegido bien —le dijo, y le dio un beso en la mejilla.

—Esta vez me lo puedo permitir. —La dejó sin habla cuando le besó la mano—. Feliz cumpleaños. Mejor tarde que nunca.

—Estás muy amable. ¿Por qué?

—Va a tono con tu vestido.

Sin soltarle la mano, la condujo escaleras arriba.

El restaurante había sido en otro tiempo el refugio de montaña de una familia de Pittsburgh de cierta riqueza e influencia. Dana no sabía si se podía calificar de mansión, pero con seguridad reunía todos los requisitos para ser una villa italiana, con sus columnas, balcones y pórticos.

Los jardines eran preciosos y en primavera y verano, hasta en otoño, se podía cenar al aire libre en un patio, donde los clientes podían disfrutar de la vista tanto como de la comida, exquisitamente elaborada.

El interior había sido restaurado y mantenía la elegancia y el ambiente de un hogar lujoso.

El vestíbulo ostentaba suelos de mármol, obras de arte italianas y zonas agradables para sentarse. Dana apenas tuvo tiempo de absorber la luz y el color antes de que el *maître* se apresurara a saludarlos.

—Señor Hawke, nos alegra mucho que haya podido venir esta noche. *Signorina*, bienvenida a Luciano's. Su mesa está lista, si quieren sentarse. Si lo prefieren, haré que los acompañen al salón.

—La señora tiene hambre, de manera que iremos a la mesa. Gracias.

—Naturalmente. ¿Le cojo el abrigo?

Pero Jordan se adelantó al *maître* y, rozándole los hombros con sus dedos, le quitó el abrigo. Se lo llevaron y los condujeron hacia una gran escalinata y luego pasaron a un cuarto privado que estaba preparado con una mesa para dos.

Un camarero se materializó con una botella de champán.

—Como usted pidió —dijo el *maître*—. ¿Está todo a su gusto?

—Está perfecto —contestó Jordan.

—*Bene*. Si quieren algo, solo tienen que pedirlo. Por favor, disfruten. *Buon appetito*.

Desapareció y los dejó solos.

—Cuando te esfuerzas —comentó Dana después de un momento—, te esfuerzas de verdad.

—No tiene sentido hacer las cosas a medias. —Levantó su copa y la golpeó suavemente contra la de Dana—. Brindemos por los momentos. Pasados, presentes y futuros.

—Parece un brindis bastante inofensivo. —Tomó un trago—. ¡Vaya! Tú sabes lo que el viejo Dom quiso decir acerca de beber las estrellas cuando bebió su primera copa de este líquido burbujeante. —Tomó otro trago y luego estudió al joven mirando sobre el borde de la copa—. De acuerdo, estoy impresionada. Ahora eres un pez muy gordo, ¿verdad, señor Hawke?

—Quizá, pero de lo que se trata es de saber qué funciona. Y el muchacho de pueblo que ha prosperado generalmente puede conseguir una mesa en un restaurante.

Dana miró alrededor de la estancia, con una luz tan tenue, tan íntima, tan romántica.

Vio flores y velas, no solo sobre la mesa, sino también sobre la bandeja antigua y el gran aparador tallado. Llenaban el cuarto de una fragancia sutil. La música —algo ligero con violines llorosos— impregnaba el aire.

Un fuego bajo chisporroteaba en la chimenea de mármol negro, que en su repisa mostraba más flores y más velas. En la parte superior, un gran espejo biselado reflejaba el ambiente, creando una fuerte sensación de intimidad.

—¡Qué mesa! —exclamó Dana por fin.

—Quería estar solo contigo. No lo eches a perder —dijo Jordan y puso una mano encima de la de Dana antes de que pudiera quitarla—. Solo es una cena, Stretch.

—Nada es tan sencillo en un lugar como este.

Jordan le dio la vuelta a la mano y rozó con el dedo el centro de su palma

mientras observaba su rostro.

—Entonces permíteme que pruebe mi habilidad para seducirte. Apenas por una noche. Puedo comenzar diciéndote que solo con mirarte siento que mi corazón va a detenerse.

El corazón de Dana dio un salto y luego latió con fuerza.

—Te sale muy bien, para ser un novato.

—Ponte cómoda. Acabo de empezar.

Dana no retiró la mano. Le parecía mal, un gesto pequeño y mezquino que no correspondía, cuando Jordan se había tomado tanto trabajo para ofrecerle algo especial.

—No te va a servir de nada, Jordan. Es una situación distinta a la que nos encontrábamos en el pasado.

—A mí me parece que, ya que los dos estamos aquí, ¿por qué no nos relajamos y disfrutamos? —Hizo una seña con la cabeza al camarero que se encontraba fuera del reservado—. Has dicho que tenías hambre.

Dana cogió el menú que le ofrecía.

—En eso tienes razón.

Dana descubrió que le costaba un gran esfuerzo y mucha fuerza de voluntad evitar relajarse y disfrutar. Le pareció mezquina esa actitud. Era cierto, que Jordan la había presionado para que aceptara la cita, pero se había empeñado en hacer de ella una ocasión memorable, incluso mágica.

Aparte estaba el hecho de que Jordan, a su manera, la estaba seduciendo. Resultaba algo nuevo. Con todo el tiempo que habían estado juntos, con todo lo que habían significado el uno para el otro, el galanteo de épocas pasadas nunca había formado parte de su relación.

Es cierto que Jordan podía mostrarse amable, si estaba de humor para ello. Y podía sorprender; pero nadie, ni su amigo más bienintencionado, podía considerar al Jordan Hawke que ella conocía una persona delicada ni un romántico tradicional.

Además, a ella le gustaban sus aristas. La atraían y la excitaban.

No se iba a quejar porque una noche le hiciera la corte un hombre encantador y divertido, que parecía tener la intención de proporcionarle un momento inolvidable.

—Dime lo que necesitas para la librería.

Dana se metió en la boca otro bocado de un róbalo realmente increíble.

—¿Cuánto tiempo tienes?

—Todo el que necesites.

—Bueno, lo primero quiero que sea accesible. Que sea un lugar en que la gente se sienta cómoda, que pueda entrar a dar una vuelta, mirar los libros, quizá

sentarse un poco a leer; pero al mismo tiempo no quiero que se sientan como en su biblioteca personal. Lo que me gustaría es instalar una librería de barrio, donde el servicio al cliente sea la prioridad, donde sea agradable reunirse.

—Me pregunto por qué nadie lo ha intentado antes en el centro de la ciudad.

—No quiero pensar sobre eso —admitió Dana—. Si nadie lo ha hecho, habrá una buena razón.

—No habías aparecido tú —dijo Jordan simplemente—. ¿Qué más deseas? ¿Vas a vender de todo o te vas a especializar?

—Un poco de todo. Quiero mucha variedad, pero he trabajado en la biblioteca municipal el tiempo suficiente para saber lo que prefiere la gente en esta zona. De manera que ciertas secciones —romance, misterio, libros relacionados con el valle y sus alrededores— predominarán sobre otros títulos. Quiero coordinarme con las escuelas, porque sé las lecturas que recomiendan los maestros, y veré si en los primeros seis meses se puede formar al menos un club de lectura. —Cogió su copa—. Y eso es solo para empezar. Mal, Zoe y yo trabajaremos juntas, y al menos hipotéticamente compartiremos la clientela. Ya sabes, alguien viene a buscar un libro y piensa: « Epa, mira qué jarrón de cristal tan precioso. Resulta perfecto para el cumpleaños de mi hermana» . O alguien va al salón de Zoe para cortarse el pelo y elige un libro de bolsillo para leer mientras espera. O vienen a mirar un cuadro y deciden que necesitan una manicura. —Levantó la copa para brindar y bebió unos sorbos—. Ese es el plan.

—Es muy bueno. Las tres parecéis congeniar bien. Os complementáis. Tenéis estilos diferentes, pero se combinan bien.

—Qué gracioso, pensé lo mismo el otro día. Si alguien hubiera sugerido que me dedicaría al comercio y que invertiría todo mi dinero en una empresa con dos mujeres que solo conozco desde hace un mes, me hubiera muerto de risa. Pero aquí estoy. Y es lo que me conviene. Es algo de lo que estoy absolutamente segura.

—En lo que respecta a la librería, apuesto por ti con los ojos cerrados.

—Ahorra tu dinero. Quizá deba pedirte algo prestado antes de la inauguración. Siguiendo con el tema, dime qué te gustaría encontrar en una buena librería de barrio. Desde la perspectiva de un escritor.

Como Dana, se reclinó en la silla e hizo una señal al camarero para que se llevara los platos.

—Me has llamado escritor sin emplear adjetivos despectivos.

—No seas engreído. Estoy colaborando a mantener el buen rollo de la noche.

—Entonces pidamos el postre y el café y te lo diré.

Cuando terminaron, Dana deseó haberse llevado una libreta. Tenía que admitir que Jordan era inteligente. Había abordado aspectos en los que ella no había

pensado, y había añadido detalles a otros que ya tenía previstos.

Cuando hablaban de libros propiamente dichos, Dana se dio cuenta de cuánto había echado en falta ese aspecto tan positivo de su relación, tener a su lado a alguien que compartía su absoluta devoción por la letra impresa; con él devoraba y analizaba hasta la saciedad los libros, los saboreaba y se deleitaba con ellos.

—Hace una hermosa noche —dijo Jordan mientras la ayudaba a levantarse —. ¿Por qué no paseamos por los jardines antes de emprender la vuelta?

—¿Es tu manera de decir que he comido tanto que necesito hacer un poco de ejercicio?

—No. Es mi manera de prolongar el tiempo que estoy a solas contigo.

—Realmente has mejorado mucho en tu forma de tratar a las mujeres — observó Dana al salir del cuarto privado en el que habían cenado.

Su abrigo apareció tan rápido como había desaparecido camino del guardarropa. Dana vio que cuando el *maître* trajo la cuenta, Jordan la firmó sin ningún sobresalto.

«Eso también lo hacía bien», pensó Dana. Jordan mantuvo una actitud tranquila, amistosa, dijo unas palabras casuales y dio las gracias por la cena.

—¿Cómo te sientes —preguntó la joven cuando ya habían salido— cuando alguien te pide que le firmes un libro?

—Muchísimo mejor que cuando les importa un bledo.

—No, en serio. No eludas la pregunta. ¿Cómo es?

—Satisfactorio. —Distraído, le acomodó el cuello del abrigo—. Halagado. Sorprendido. A menos que tengan una mirada extraviada en los ojos y un manuscrito inédito bajo el brazo.

—¿Suele suceder?

—A menudo; pero la mayoría de las veces te hace sentir bien. Vaya, aquí hay alguien que ha leído mi libro, o va a hacerlo, y piensa que resulta guay que yo se lo firme. —Se encogió de hombros—. ¿Qué hay de malo en eso?

—No demuestras demasiado carácter.

—No tengo un carácter fuerte.

Dana bufó.

—Antes lo tenías.

—Eras tú la discutidora y la terca. —Le ofreció una amplia sonrisa cuando Dana frunció las cejas—. ¿Ves cómo hemos cambiado?

—Voy a pasar por alto tus palabras porque he disfrutado de este momento. — Respiró hondo mientras caminaban por un sendero de ladrillos, y miró hacia la luna creciente—. Entramos en la segunda semana.

—Lo estás haciendo muy bien, Stretch.

Dana sacudió la cabeza.

—No tengo la sensación de estar llegando al meollo de la cuestión. Todavía no. Los días pasan muy rápido. No es que me entre el pánico ni nada parecido —

añadió con rapidez—, pero tengo serias dudas. ¡Tantas cosas dependen de mí! Gente que me importa. Tengo miedo de defraudarlos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí. No estás sola en esto. La mayor parte del peso recae sobre ti, pero no lo llevas tú sola. —Puso sus manos sobre los hombros de Dana y la atrajo hacia sí, hasta que el cuerpo de la mujer se apoyó en el suyo—. Quiero ayudarte, Dana.

Encajaban bien. Siempre había sido así. Cuando se dio cuenta, unas campanillas de advertencia comenzaron a sonar en alguna parte distante de su mente.

—Siempre hemos sabido que estabas relacionado con nuestra búsqueda, de una forma u otra.

—Quiero más. —Inclinó la cabeza para rozar el hombro de Dana con sus labios—. Y te quiero a ti.

—Por el momento tengo demasiados asuntos de los que preocuparme.

—Que te preocupen o no, no va a cambiar las cosas. —Hizo que se volviera para verle la cara—. En cualquier caso seguiría queriéndote. Y tú lo sabrías lo mismo. —Sus labios se curvaron mientras le acariciaba los brazos—. Siempre me ha gustado esa mirada.

—¿Qué mirada?

—Esa mirada levemente irritada que tienes siempre que alguien te plantea un problema que hay que solucionar. La que te forma esta pequeña arruga aquí —añadió mientras le besaba la frente, en medio de las cejas.

—Creía que íbamos a dar un paseo.

—Ya lo hemos dado. Ahora yo diría que esta noche pide algo más.

Le gustaba la forma en que sus labios se curvaron, casi tanto como el gesto de sorpresa que esbozó su cara cuando en lugar de besarla la condujo en una danza lenta y oscilante.

—Muy listo —murmuró Dana; pero estaba emocionada.

—Siempre me ha gustado bailar contigo, la forma en que nos complementamos, la forma en que puedo oler tu pelo y tu piel. La forma, si me aproximo lo bastante y te miro de cerca, en que me veo reflejado en tus ojos. Tus ojos siempre me han hecho polvo. Nunca te lo he dicho, ¿verdad?

—No.

Se sintió estremecer y las campanillas de advertencia quedaron ocultas por el estruendo de su propio corazón.

—Pues es cierto. Todavía me pasa. A veces, cuando lográbamos pasar la noche juntos, me gustaba despertarme temprano para verte dormir. Para poder ver cómo abrías los ojos.

—No es justo. —La voz de Dana tembló—. No es justo que me cuentes eso ahora.

—Lo sé. Te lo tendría que haber dicho entonces; pero este momento es todo lo

que tenemos.

Le tocó los labios con los suyos, los frotó con suavidad y se los mordisqueó despacio. Sintió que el cuerpo de ella se deslizaba hacia la entrega y luchó contra sus deseos de posesión.

Procedió con dulzura, pensando en ambos, saboreando lo que una vez devoraron y deteniéndose cuando antes se precipitaban. A la luz de las estrellas, con los brazos de Dana alrededor de su cuello, Jordan no se permitió exigir, más bien la seducía.

Todavía bailaban en círculos. ¿O era que la cabeza le daba vueltas a Dana? Los labios del hombre eran tibios y pacientes, la excitaban con las connotaciones de pasión y urgencia que sentía latir en el interior de Jordan.

Dana suspiró y se arrimó más a él. Dejó que su beso se hiciera más profundo.

Suave, lento, húmedo. El aire frío contra su piel ardiente, el perfume de la noche, el murmullo de su nombre entre esos labios que se movían sobre los suyos.

Si los años pasados habían abierto un vacío entre ellos, este beso único en un jardín desierto comenzó a levantar un puente.

Fue el hombre quien se separó y luego la conmocionó hasta la médula al coger sus manos y llevárselas a los labios.

—Dame una oportunidad, Dana.

—No sabes lo que pides. No, no lo sabes —dijo ella antes de que Jordan pudiera replicar—. Y todavía no sé la respuesta. Si quieres que pueda pensar con claridad, tienes que darme tiempo.

—Está bien. —No soltó sus manos, pero retrocedió un paso—. Esperaré; pero mantengo lo que te he dicho antes sobre ayudarte: no tiene nada que ver con esto.

—También tendré que pensar sobre ello.

—Muy bien.

Sin embargo, al volver al coche, Dana se dio cuenta de que había algo que sí sabía. No era que siguiera enamorada. Como había apuntado Jordan, ahora eran personas diferentes. Lo que sentía por él en ese momento hacía que el amor que había sentido antes pareciera pálido y frágil como la niebla de la mañana.

Jordan abrió la puerta de la casa y apagó la luz del porche. Reflexionó sobre que había pasado mucho tiempo sin que nadie dejara la luz encendida esperándolo.

Lo había elegido así. Todo se resumía en esa elección. Había elegido abandonar el valle, dejar a Dana y a sus amigos y todo lo que le era familiar.

Había sido la elección correcta, lo podía afirmar con convencimiento; pero ahora podía ver que el problema estaba en el método utilizado. Había dejado una grieta en su relación. ¿Cómo podía un hombre crear algo nuevo sobre cimientos

defectuosos?

Empezó a subir los escalones y se detuvo al ver que Flynn bajaba.

—¿Me estabas esperando, papi? ¿Llego a la hora fijada?

—Veo que tu cita te ha puesto de buen humor. ¿Por qué no vamos a mi estudio?

Sin esperar su asentimiento, Flynn se dirigió a la cocina. Echó un vistazo alrededor. Bueno, era un cuarto horrible, lo podía entender. Los antiguos apliques color cobre, los feos armarios y un linóleo que posiblemente tuviera apariencia de nuevo en los tiempos de su abuelo.

Sin embargo, todavía no podía visualizar lo que resultaría cuando Malory terminara con la reforma. Como tampoco podía entender por qué la perspectiva de cambiarlo todo la hacía tan feliz.

—Los albañiles llegarán el lunes para destruir este lugar.

—Cuanto antes mejor —comentó Jordan.

—Iba a arreglarlo en algún momento, más tarde o más temprano. Lo que pasa es que no lo utilizaba casi nunca; pero desde que está Malory, aquí se guisa. —Dio un puntapié a la cocina—. Malory tiene un profundo y violento odio a este artefacto. Me asusta.

—¿Me has traído aquí para hablarme de la obsesión de Malory con los muebles de la cocina?

—No. Quería galletas. Malory ha puesto la norma de no comerlas en la cama. Eso tampoco lo puedo entender —continuó mientras cogía una caja de Chips Ahoy del armario—; pero soy un hombre fácil de llevar. ¿Quieres leche?

—No.

Su amigo llevaba unos pantalones deportivos grises y una camiseta que probablemente había sido nueva cuando entró en el instituto. Estaba descalzo y su expresión era de alegría.

« La apariencia —pensó Jordan— puede ser muy engañosa» .

—Tú no eres fácil de llevar, Hennessy. Simulas serlo para salirte con la tuya.

—No estoy comiendo las galletas en la cama, ¿verdad?

—Es un pequeño sacrificio, amigo. Tienes a la mujer en tu cama.

—Así es. —Sonriendo, Flynn se sirvió un vaso de leche, luego se sentó y estiró las piernas—. Así es. Por supuesto, está leyendo en lugar de ofrecerme exóticos y variados favores sexuales; pero puedo esperar.

Jordan se sentó. Sabía por experiencia que Flynn iría al grano en algún momento.

—¿Entonces quieres hablar de tu vida sexual? ¿Vamos a tener una sesión de fanfarronadas o buscas consejo?

—Prefiero hacer a fanfarronear, y no necesito consejos; pero gracias por el ofrecimiento. —Se comió una galleta—. ¿Cómo está Dana?

« Ya surgió el tema» , pensó Jordan.

—Yo diría que un poco ansiosa por la tarea que la aguarda, pero tirándose a la piscina de cabeza. Habrás visto la montaña de libros que está leyendo cuando has ido a dejar a *Moe*.

—Sí, me duelen los ojos solo de pensar en leer la mitad. ¿Y en lo demás?

—Parece que se ha calmado después de lo que le pasó la otra noche. Puede estar un poco atemorizada, pero también tiene curiosidad. Ya sabes cómo es.

—Hum, hum.

—¿Por qué no me preguntas cómo están las cosas entre nosotros?

—¿E inmiscuirme en vuestras vidas íntimas y personales? ¿Yo?

—Que te follen, Hennessy.

—¡Guau, qué respuesta más original y escueta! Veo inmediatamente por qué eres un novelista de tanto éxito.

—Más o menos. —Aunque no tenía hambre, Jordan sacó una galleta de la caja—. Arruiné todo cuando me fui. « Me voy, resultó divertido, ya te veré» . —Recordarlo le producía ardor de estómago—. Quizá no fue exactamente así, pero las palabras fueron parecidas. —Mordió la galleta mientras estudiaba la cara de su amigo—. ¿También me porté mal contigo?

—Un poco. —Flynn puso a un lado la bonita vela que había traído Malory para colocar la caja de galletas entre los dos—. No puedo decir que no me haya sentido un poco abandonado cuando te fuiste, pero entendía por qué debías hacerlo. ¡Demonios, yo estaba planeando hacer lo mismo!

—El ejecutivo de negocios, el escritor novel y el reportero apasionado, un trío infernal.

—Sí, todos logramos nuestros éxitos, ¿verdad? De una manera u otra. Nunca he dejado el valle para conseguirlo, pero pensé en hacerlo. Así que puedo considerar que tú y Brad fuisteis la avanzadilla. La diferencia está en que yo no me acostaba contigo.

—Dana estaba enamorada de mí.

Flynn esperó un segundo y absorbió la frustración desconcertada de la cara de Jordan.

—¿Qué pasa? ¿Esa bombilla acaba de encenderse? Hay algo en el circuito de cables que no va, compañero.

—Sabía que me quería. —Disgustado, Jordan se levantó para servirse un vaso de leche—. Diablos, Flynn, todos nos queríamos. Éramos tan familia como quienes comparten lazos de sangre. Yo no sabía que Dana era el amor de mi vida. ¿Cómo se supone que un tío tiene que saber ese tipo de cosas? A menos que la chica lo mire a los ojos y le diga: « Te quiero, gilipollas» . Eso era —continuó, hecho una furia— lo que se podía esperar de Dana. Es justo la forma que tiene de hacer las cosas. Pero no lo hizo, y yo no me enteré. Y me convertí en un insecto.

A Flynn le había preocupado la fría tranquilidad que había mostrado Jordan, y

su súbito acceso de ira lo alivió.

—Ya, pero eres un insecto por muchas más razones. Podría escribir una lista.

—La que yo escribiría de ti sería más larga —murmuró Jordan.

—Grandioso, una competición. —Flynn, al observar la cara de Jordan, notó que no solo estaba enfadado, sino también triste. Sin embargo, tenía que terminar, tenía que decírselo—. Mira, cuando Lily me dejó y se fue a buscar fama y fortuna en la gran ciudad me dolió mucho. Y no estaba enamorado de ella. Tú y Brad teníais razón. Pero yo pensaba que sí que lo estaba, que estaba listo para sentir amor, y cuando ella me dejó a un lado me descolocó. Dana estaba enamorada de ti. Tienes que entender que tu partida, justificada o no, la machacó.

Jordan se sentó de nuevo y, pensativo, partió en dos una galleta.

—Me estás pidiendo que no le arruine la vida otra vez.

—Sí, es lo que te estoy diciendo.

9

Dana probó a desahogar en los libros sus frustraciones emocionales y sexuales. Se concentró en su objetivo y pasó la mitad de la noche examinando datos, palabras, notas y sus propias especulaciones acerca de la ubicación de la llave.

Tuvo como recompensa principal un monumental dolor de cabeza.

El breve sueño que logró conciliar le procuró poco descanso y bienestar. Cuando por la mañana hasta *Moe* fracasó en su intento de animarla un poco, decidió probar con algo de trabajo físico.

Dejó a *Moe* en casa de Flynn con el simple trámite de abrirle la puerta con la llave que su hermano le había dado y hacer que entrara de un salto. Como todavía no eran las nueve y era un domingo por la mañana, se imaginó que todos estarían durmiendo.

Con el humor que la invadía, la traca de ladridos que estalló en el silencio cuando *Moe* subió las escaleras le hizo curvar los labios en una sonrisa oscura y maligna.

—Haz lo que te corresponde, *Moe* —animó al perro, cerró la puerta y se volvió al coche.

Condujo directamente al nuevo local. «ConSentidos», se corrigió cuando aparcaba. Se llamaría ConSentidos, así que necesitaba usar ese nombre en lugar de llamarlo «la casa» o «el local».

Al abrir la puerta y entrar, un fuerte olor a pintura fresca la recibió. Decidió que era un buen olor. El olor del progreso, de lo nuevo, del éxito.

Quizá el encalado blanco no fuera bonito, pero proporcionaba una agradable luminosidad y al mirarlo Dana se daba cuenta de todo lo que habían trabajado ya.

«Sigamos con la tarea».

Se arremangó y se dirigió a donde estaban los materiales y los útiles.

Pensó que era la primera vez, la única, que se encontraba sola en aquel lugar. A continuación se le ocurrió que quizá estaba buscándose problemas estando sola en un sitio en el que Kane ya había mostrado sus poderes de hechicero.

Miró con inquietud escaleras arriba y se acordó de aquella niebla azul y fría. Se estremeció como si su piel sintiera otra vez esa frialdad.

«No puedo asustarme por estar aquí». El eco de su voz le hizo desear haber

traído una radio. Cualquier cosa que llenara el silencio con sonidos normales.

«No me asustaré por estar aquí», se corrigió mientras abría un bote de pintura. ¿Cómo iba a poder ella, o cualquiera de las otras dos mujeres, instalarse allí y hacer suyo el sitio si les daba miedo venir solas?

Habría momentos en los que una de ellas llegaría más temprano o se quedaría hasta más tarde. Las tres no podían estar tan ligadas entre sí. Deberían acostumbrarse al silencio del lugar y a los ruidos esporádicos. «Silencio y ruidos normales», pensó. Mierda, le gustaba estar sola y tener toda la casa, grande y vacía, para ella. Disfrutaría del momento.

El recuerdo de los desagradables trucos de Kane no iba a atemorizarla.

Y como estaba sola, no tenía que competir por la súper máquina de pintar.

Sin embargo, cuando comenzó a trabajar deseó poder escuchar, como en otras ocasiones, las voces de Malory y Zoe llenando todas esas habitaciones vacías con su alegría y su luz.

Se consoló pensando que ya habían terminado con la parte de Malory y habían hecho bastante de la que le correspondía a ella. Sería muy agradable acabarla con sus propias manos.

Podía empezar a imaginarse distintas decoraciones. ¿Debería colocar allí los libros de misterio o en ese lugar era mejor poner la sección de no ficción, la de asuntos relacionados con el valle y sus alrededores?

¿No sería divertido colocar libros para la mesilla de noche justamente sobre una pequeña mesa?

Quizá pudiera encontrar en algún lugar una vieja estantería para la cafetería. Podría colocar en ella botes de té, tazones y libros. ¿Debería decantarse por esas mesas redondas tan majas que le recordaban a una heladería o por unas mesas cuadradas más sólidas? ¿Esta habitación no sería el lugar ideal para instalar un acogedor rincón para leer, o sería más práctico reservarla para poner juegos infantiles?

Resultaba terapéutico observar cómo la limpia pintura blanca iba cubriendo el sucio beige, cómo pincelada a pincelada iba dejando su impronta en la habitación. Nadie podría echarla de ese lugar, como habían hecho en la biblioteca. Esta vez trabajaba para sí misma y era ella quien imponía sus propias normas.

Nadie podría apartarla de este sueño, de este amor, como ya le había sucedido en otras ocasiones.

—¿Piensas que es importante? ¿Una pequeña tienda en una pequeña ciudad? ¿Trabajarás, lucharás, te preocuparás, dedicarás tu mente y tu corazón a algo tan insignificante? ¿Y por qué? Porque no tienes nada más. Pero podrías tenerlo todo.

Dana sintió el frío sobre su piel. Se le aceleró la respiración y los músculos del vientre se contrajeron dolorosamente. Siguió pintando, deslizando el rodillo sobre la pared, oyendo el tenue ruido del motor del aparato. No podía aparentar

que se detenía.

—Me importa a mí. Sé lo que quiero.

—¿Lo sabes?

Estaba allí, en algún rincón. Podía sentirlo en el aire helado. Quizá él era el mismo aire helado.

—Un lugar propio. Ya has pensado antes que lo tenías, con todos esos años de trabajo sirviendo a los demás. Sin embargo, ¿le importa a alguien que te hayas ido?

Esa flecha había dado en el blanco. ¿Había notado alguien que ella ya no estaba en la biblioteca? ¿Alguno de todos los compañeros con los que había trabajado, por los que había trabajado? ¿Alguno de los usuarios a los que había ayudado? ¿Se la reemplazaba tan fácilmente que su ausencia no había provocado ni la más mínima consecuencia? ¿No le había importado a nadie su despido?

—Le diste a ese hombre tu corazón y tu fidelidad, pero te dejó sin pensárselo dos veces. ¿Cuánto le importas?

« No lo suficiente» , pensó Dana.

—Yo puedo cambiar la situación. Puedo darte a ese hombre. Puedo darte mucho más. ¿Éxito?

La librería estaba llena de gente. Los estantes se encontraban repletos de libros. Alrededor de las bonitas mesas, los clientes tomaban té y conversaban. Vio a un niño pequeño en un rincón sentado con las piernas cruzadas leyendo una copia de *Donde están las cosas salvajes*.

En esa escena, todo le era agradable, esa combinación de atmósfera relajada y actividad comercial.

Pensó que las paredes estaban pintadas con el matiz exacto. Malory había tenido razón en su elección. La luz era buena, hacía que todo pareciera cordial, y lo mejor eran esos maravillosos libros, colocados para tentar a los clientes.

Deambuló como un fantasma, pasando a través de los cuerpos de la gente que hojeaba libros o los compraba, que estaba sentada o de pie. Vio caras familiares, vio caras de desconocidos, escuchó sus voces, olió sus perfumes.

Aquí y allá aparecían objetos atractivos y curiosos. Sí, sí, esas eran las tarjetas que había decidido exponer. Y los marca páginas, y los sujeta libros. ¿Esa no era la silla de lectura perfecta? Amplia, mullida, acogedora.

Había sido muy inteligente que la cocina fuera el eje de las tres empresas, donde se juntaban libros, velas, lociones de belleza y objetos de arte para ilustrar lo bien que se complementaban.

Dana se dio cuenta de que era lo que había soñado. Todo lo que esperaba.

—Lo disfrutarás, por supuesto, pero no será suficiente.

Se dio la vuelta. Estaba allí. No le sorprendió lo más mínimo ver a Kane a su lado mientras la gente se movía alrededor.

Distante, se preguntó quiénes serían los fantasmas.

Kane era moreno y guapo, con un aspecto casi romántico. El pelo negro enmarcaba un rostro fuerte y atractivo. Sus ojos le sonrieron, pero aun en ese instante Dana pudo ver que algo atemorizador acechaba en ellos.

—¿Por qué no será suficiente?

—¿Qué harás al final del día? ¿Sentarte sola, con la única compañía de tus libros? ¿Sola, cuando todos los demás se reúnen con sus familias? ¿Alguno de ellos te dedicará algún pensamiento después de haber salido por la puerta?

—Tengo amigos. Tengo una familia.

—Tu hermano tiene a su mujer, y esa mujer lo tiene a él. No formas parte de esa relación, ¿verdad? La otra tiene un hijo y nunca formarás parte de su círculo más íntimo. Te abandonarán, como lo han hecho todos.

Sus palabras dolían como dardos en el corazón, y mientras sangraba por estas heridas lo vio sonreír de nuevo. Casi con bondad.

—Puedo hacer que se quede. —Ahora hablaba con suavidad, como se habla a un herido—. Puedo hacerle pagar por lo que te hizo, por su negligencia, por haberse negado a saber lo que tú necesitabas de él. ¿No te gustaría que te amara como a ninguna otra? ¿Y luego, según tu capricho, poder conservarlo o abandonarlo?

Se encontraba en una habitación que no reconocía, y sin embargo ya había estado antes ahí. Un amplio dormitorio, saturado de color; las paredes, de un azul profundo; una cama enorme cubierta por un edredón color rubí, con varios cojines de distintos tonos. Había una amplia zona con dos sillones de orejas frente a un fuego crepitante. Allí estaba sentada Dana, con Jordan arrodillado a sus pies. Se agarraban las manos.

Las de Jordan temblaban.

—Te amo, Dana. Nunca pensé que pudiera sentir lo que siento, como si no tuviera sentido respirar si tú no estás conmigo.

No le gustaba. No le gustaba en absoluto. La cara de Jordan nunca había expresado tanta debilidad ni había parecido tan suplicante.

—¡Basta!

—Tienes que oírme. —Había urgencia en su voz, y escondió la cara en el regazo de Dana—. Tienes que darme la oportunidad de demostrarte cuánto te quiero. El mayor error de mi vida ha sido dejarte. Nada de lo que he hecho o tocado desde entonces tiene el menor sentido. Haré todo lo que quieras. —Levantó la cabeza y Dana observó con horror que en sus ojos brillaban las lágrimas—. Seré todo lo que quieras. Perdóname y déjame pasar todos los minutos de todos los días del resto de mi vida adorándote.

—¡Vete, por todos los diablos!

Conmocionada, presa del pánico, lo empujó y lo tiró hacia atrás cuando se levantó del sillón.

—Patéame, golpéame. Me lo merezco. Pero permite que me quede contigo.

—¿Crees que esto es lo que quiero? —gritó mientras giraba en círculos—. ¿Tú crees que puedes controlarme formando imágenes que salen de mis pensamientos? No comprendes lo que quiero, y esa es la razón por la que te venceré. No hay trato, gilipollas. Lo que haces no solo es falso, sino patético.

Aún estaba flotando en el aire la furia de su voz, cuando se encontró de pie en la habitación vacía con el rodillo de pintar en el suelo.

Garrapateado en negro sobre la blanca pared había un mensaje:

« ¡Ahógate!»

—Eso es lo que tú deseas, bastardo.

A pesar de que sus manos temblaban, cogió el rodillo y pintó de blanco sobre las letras negras.

Después se calmó y sus dedos se hundieron en el mango del rodillo.

« ¡Espera un momento, espera un momento!» .

Su cabeza daba vueltas y dejó caer el rodillo, salpicando la pintura. Cogió el bolso y corrió como si los dioses la persiguieran.

Minutos después entraba en su piso. Arrojó a un lado el bolso y cogió la copia de *Otelo* que había pedido prestada en la biblioteca.

« "Ahógate, ahógate". Aquí está» .

Pasó las páginas intentando frenéticamente recordar la escena y su contexto mientras buscaba la cita.

Era una de las intervenciones de Yago, cuando estaba jugando a Rodrigo una de sus malas pasadas. Conocía el verso.

Cuando lo encontró, se sentó en el suelo. « Es un deseo de la sangre y un permiso de la voluntad —leyó en voz alta—. Vamos, sé un hombre. ¡Ahógate! Ahoga gatos y perritos ciegos» .

Luchó por conservar la calma.

« Un deseo de la sangre y un permiso de la voluntad» . Sí, sí se podían describir los actos malvados de Kane.

Celos, astucia, traiciones y ambición. Lo que Yago sabía, Otelo lo ignoraba. ¿Kane era Yago? El dios rey sería Otelo. El rey no había matado, pero sin embargo había perdido a sus hijas, a las que amaba, a causa de las intrigas y la ambición.

Y el libro, sin duda, tenía belleza, verdad y valor. ¿Era la llave?

Se ordenó ser metódica. Hojeó el volumen y examinó la encuadernación. Dejó a un lado el ejemplar de la biblioteca municipal y buscó su propia edición. Se obligó a sentarse otra vez y a leer la escena en su totalidad.

Había más ediciones de esa obra. Iría a la librería del centro comercial y las examinaría. Podría ir de nuevo a la biblioteca el lunes. Se puso de pie y comenzó a dar vueltas por la habitación.

Probablemente, en el valle habría docenas de ediciones de *Otelo* de lo más diversas. Iría a los colegios y al instituto. Llamaría a todas las puertas que hiciera falta.

«"Ahógate", ni de coña», se repitió, y cogió el bolso. Conduciría hasta el centro comercial ahora mismo.

Ya había abierto la puerta, cuando se dio cuenta. Su propia furia hizo que retrocediera dos pasos antes de cerrar de un portazo.

Se estaba comportando como una tonta, como una idiota. ¿Quién había escrito esas palabras en la pared? Kane. Un mentiroso citando a otro mentiroso. No era una pista buena, sino de una información falsa, algo que la llevara a salir corriendo por la tangente. Que era exactamente lo que había hecho.

—¡Maldición! —Arrojó el bolso a través de la habitación—. ¿Mentiras directas o verdades retorcidas? ¿Qué son?

Resignada, atravesó el cuarto para recoger el bolso. Tenía que descubrir de qué se trataba, así que, después de todo, iría al centro comercial.

Cuando volvió a casa, Dana estaba probablemente tan tranquila como podía estarlo después de pasar la mañana en algo que estaba convencida de que era una investigación inútil. Seguro que se sentiría mejor cuando llegaran Malory y Zoe. Más que nada, una tarde con sus amigas podría animarla.

Comerían algo y charlarían. Cuando Dana las llamó y les dijo que necesitaba verlas, Zoe le había prometido arreglarle los pies.

No era un mal trato.

Llevó a la cocina la comida china que había comprado y la puso sobre la encimera. Después se quedó quieta un momento.

Muy bien, admitió, quizá no estaba tranquila, quizá no se había calmado. Todavía no. Y su cabeza estaba llena con los gritos del miedo que había pasado por la mañana y la frustración que lo siguió.

Se dirigió al baño, cogió un frasco de Tylenol Extra Fuerte del botiquín y tomó dos pastillas con agua del grifo.

Quizá debería haber optado por una siesta en lugar de tener invitadas; pero, a pesar del dolor de cabeza y las vagas náuseas, no era un momento en el que quisiera estar sola.

Casi voló hasta la puerta cuando escuchó la primera llamada.

—¿Estás bien? —Zoe entró, dejó en el suelo las bolsas que traía y luego abrazó a Dana—. Lamento haber tardado tanto en llegar.

—Estoy bien.

«No —decidió Dana—, esto es mucho mejor que una siesta».

—Estoy verdaderamente contenta de que hayas venido. ¿Dónde está Simon?

—Flynn se lo ha llevado. Ha sido muy amable. Él y Jordan se lo van a llevar

a casa de Bradley. Puede corretear con *Moe*, jugar con otros chicos, devorar comida basura y ver el partido de béisbol. Simon está encantado. ¿No ha llegado Mal todavía? Ha salido de su casa antes que yo.

—Justo detrás de ti. —Malory corrió por el descansillo y les mostró un paquete de bollería antes de entrar en el piso—. He hecho una parada para comprar pasteles, con doble chocolate.

—Os quiero, chicas. —La voz de Dana se quebró cuando lo dijo y, asustada, se llevó las manos a los ojos—. Oh, Dios, estoy peor de lo que imaginaba. Hasta ahora he tenido un día espantoso.

—Cielo, ven y siéntate. —Haciéndose cargo de la situación, Zoe la llevó hasta el sofá—. Debes relajarte un momento. Voy a prepararte algo de comer.

—Hay comida china en la cocina.

—Está bien. Tranquilízate, y Malory y yo nos ocuparemos de todo.

Pusieron los platos, prepararon té, le arroparon las piernas con una manta e hicieron todo lo que instintivamente hacen las mujeres para proporcionar comodidad.

—Gracias. Lo digo en serio. No me había dado cuenta de que estaba tan al límite de mis fuerzas. El muy bastardo realmente me ha afectado.

—Cuéntanos lo que ha pasado.

Malory acarició el pelo de Dana.

—He ido a nuestra nueva casa para pintar. Me he despertado estresada y tenía que hacer algo. —Miró de reojo a Malory—. Lamento haber llevado a *Moe* tan temprano.

—No hay ningún problema.

—Bueno. —Se aclaró la garganta con un sorbo de té—. Me he puesto a pintar. Me sentía bien y he empezado a imaginar cómo quedaría todo. Entonces ha aparecido.

Les contó lo sucedido con tanta coherencia como pudo. Zoe la interrumpió con una exclamación indignada:

—¡Chorradas! Es una mentira estúpida. Por supuesto que nos importas. No tiene ni idea de lo que pasa.

—Se aprovecha de mis debilidades. Lo sé. Me afectó mucho dejar la biblioteca, más de lo que estaba dispuesta a admitir. He estado pensando que todo lo que hice allí no le ha importado a nadie más que a mí. Kane utiliza ese tipo de pensamientos y los exagera, los hace más dolorosos.

Cogió nuevamente la taza de té y les contó cómo Kane había transformado las habitaciones vacías en la librería ya terminada.

—Era como me había imaginado —dijo Dana—, la idea que ya tenía en mi mente de la librería y que todavía no había expresado. No se trataba solo del aspecto del espacio, sino también del ambiente que transmitía. Y, por supuesto, estaba llena de clientes. —Los hoyuelos de sus mejillas hicieron una breve

aparición—. Presentó todo como si no pudiera ser así a menos que él me lo diera. En eso cometió un error, porque yo sé que puedo lograrlo sola. Está bien, quizá no con tantísimos clientes, pero con ese aspecto y con ese ambiente. Puede ser de esa forma porque es mi librería. Es nuestra. Y la haremos así.

—Por supuesto.

Sentada en el suelo a sus pies, Zoe le apretó una rodilla.

—Después la emprendió con Jordan. Ahora tengo que comerme un pastel. —Se inclinó hacia delante y cogió uno del plato que había preparado Malory—. Había un dormitorio fabuloso, la habitación de mis sueños. ¿Sabéis?, el que imaginas en tu cabeza si pudieras tener el dormitorio que deseas. Y Jordan estaba arrodillado a mis pies, en actitud de súplica. Estaba bañado en lágrimas diciéndome que me amaba y que no podía vivir sin mí. Eran sandeces que no diría ni en un millón de años. Todo lo que le he hecho decir en mi imaginación, para poder rechazarlo de un puntapié. Ojo por ojo. —Suspiró profundamente—. Incluso me decía que lo golpeara, que lo pateara. —Dejó de hablar al oír una risita y lanzó una mirada a Zoe. Después sus labios temblaron—. Está bien, quizá resulte cómico si lo piensas: Hawke llorando a mis pies y rogándome que le deje pasar la vida adorando mi persona…

Malory decidió que era el momento de comer un pastel.

—¿Qué llevaba puesto?

Después de una larga pausa, Dana estalló en una carcajada. Todos los dolores, la tensión y el malestar desaparecieron.

—Gracias. Desde luego, cuando pienso que estaba a punto de llorar como un bebé… Hasta me sentía culpable porque la escena con Jordan se parecía a una idea que había pasado por mi mente antes en la que él se daba cuenta de su terrible error y volvía a mí arrastrándose y suplicando. Parece satisfactorio cuando te lo imaginas, pero dejadme que os diga que cuando sucede realmente, o cuando lo parece, es horrible. En resumen, que le dije a Kane que se fuera a tomar por saco y me quedé como al principio.

Zoe le quitó los zapatos a Dana y le masajeó los pies.

—Has tenido una mañana horrible.

—Hay algo más. Había una palabra escrita en la pared, con color negro grasiento. « ¡Ahógate!» . Pinté de blanco encima.

—¡Qué horrible! Intentaba que recordaras la isla y la tormenta —murmuró Zoe—. Se ve que está muy enfadado, pero eso es todo. Ni siquiera ha podido hacerte creer que lo de esta mañana era real. Todo el tiempo has sabido que Kane estaba por medio.

—Creo que no pretendía lo contrario —reflexionó Dana—. Creo que ha ensayado otra línea de ataque. Aparte de eso, lo que ha escrito no tiene que ver con la isla, solo es un verso de *Otelo*. Lo he reconocido casi inmediatamente, como Kane ya suponía. He salido de la casa corriendo como una loca para

volver aquí y encontrar la cita original. He buscado la llave en el libro.

—¿Es de un libro? —Zoe se volvió para coger una de las ediciones que había sobre la mesita de café—. No sé cómo puedes acordarte de algo así. Tienes verdadero talento. Pero ¿por qué te iba a dar Kane una pista para encontrar la llave?

—Tú tienes una inteligencia rápida, y ese es el verdadero talento. —Dana suspiró—. Me ha engañado. Solo he podido pensar en que reconocía el verso y en que me había concentrado en ese libro porque Yago se parece a Kane en muchos aspectos. Entonces he salido disparada, creyéndome superior y con la seguridad de que la llave acabaría en mi manita. —Se reclinó en el asiento—. Hasta que por fin se ha hecho la luz, pero ya he tenido que seguir el juego. Así que he perdido medio día en una búsqueda inútil.

—No lo has perdido si has podido darte cuenta. Sabías que Kane mentía acerca de la librería —señaló Malory—. ¿Conoces la verdad de sus mentiras? ¿No es así como se hace? Tú has podido hacerlo. Y has descubierto que había escrito algo para desviarte de tu investigación; pero si no lo hubieras revisado no podrías estar segura.

—Creo que tienes razón. De todas formas, seguiré buscando todas las ediciones de la obra a las que pueda echar mano.

—Te diré algo importante que has descubierto hoy. —Malory se palmeó una rodilla—. Sabes que la verdad reside en que estamos las tres en esto, por eso nos has llamado. También sabes que, aunque una fantasía pueda ser muy gratificante cuando estás herida o furiosa, no quieres que Jordan se convierta en un perrito faldero.

—Bueno…, quizá por un par de días. En especial si Zoe le puede enseñar a hacer un masaje de pies. —Recostó la cabeza hacia atrás e intentó relajarse—. La cuestión es… que estoy enamorada de él. Menuda imbécil. —Suspiró muy profundamente—. No sé qué diablos voy a hacer.

Malory le ofreció el plato.

—Coge otro pastel.

Si tuvo algún sueño, Dana no lo recordaba cuando se despertó por la mañana. El sonido de la lluvia y la oscuridad del día hicieron que se quedara en la cama con la intención de seguir durmiendo.

Moe tenía otros planes.

Sin demasiadas opciones, la joven se vistió, se puso una gorra de béisbol y sus botas más viejas. Entre llevarse una taza de café y un paraguas, eligió lo primero y salió a pasear con *Moe* bajo la lluvia al mismo tiempo que terminaba de despertarse con una dosis de cafeína.

Los dos terminaron empapados cuando finalizó el paseo, y Dana se vio

obligada a arrastrar al perro hasta el cuarto de baño. *Moe* gimió, ladró, clavó sus garras en el suelo como si lo estuvieran llevando al matadero.

Cuando acabó de secarlo con una toalla, Dana olía a perro mojado.

Una ducha y otra taza de café mejoraron la situación. Estaba a punto de decidir con qué libro amenizaría una mañana lluviosa cuando sonó el teléfono.

Diez minutos después colgó el auricular y dedicó a *Moe* una sonrisa radiante.

—¿Sabes quién era? El señor Hertz. Quizá no conozcas al señor Hertz ni al señor Foy, que celebran el mayor torneo sobre asuntos triviales de nuestro bello condado. Aparentemente los participantes han supuesto que una servidora estaba de vacaciones y que por tanto no podía actuar de árbitro, como solía hacer. —Divertida, encantada, Dana se dirigió a la cocina para servirse la tercera taza de café—. Sin embargo, esta mañana el señor Foy ha ido a la biblioteca y le han informado de que yo ya no formaba parte del personal. —Se inclinó sobre la mesa y se bebió el café. *Moe* parecía escucharla con sumo interés—. Ha hecho preguntas, que han sido contestadas principalmente por la detestable Sandi. El señor Foy, de acuerdo con el señor Hertz, ha expresado su opinión de que mi dimisión suponía, cito textualmente, «una verdadera y repugnante vergüenza», fin de la cita, y se ha marchado de la biblioteca. —Como hipnotizado, *Moe* ladeó la cabeza y jadeó—. Poco tiempo después, los dos aficionados a los torneos han mantenido una reunión informal en el Main Street Diner y han decidido que si las autoridades de la biblioteca de Pleasant Valley no apreciaban a un tesoro como yo, no deseaban continuar obteniendo en esa institución sus informaciones diarias. Me acaban de preguntar si quiero seguir ayudándoles a título privado.

Como solo la escuchaba *Moe*, que a su modo le expresaba toda su solidaridad, Dana no se sintió avergonzada cuando una lágrima resbaló por sus mejillas.

—Sé que quizá sea estúpido sentirme tan emocionada, pero no lo puedo evitar. Me encanta saber que me echan de menos. —Reprimió las lágrimas—. De todos modos, tengo que buscar en Internet y descubrir cuándo Chef Boy-Ar-Dee fabricó su primera caja de pizza. —Se dirigió con la taza de café en la mano a su portátil—. ¿De dónde sacarán estos temas?

La llamada por teléfono la puso en marcha. Dana pensó que era un símbolo. Había recibido una evaluación positiva de su trabajo y había encontrado su lugar en la comunidad. La verdad es que el valle constituía algo esencial para Dana y esa etapa intermedia, después de la biblioteca y antes de la librería, había hecho que se sintiera desconectada.

No se trataba de la cantidad de trabajo que tenía que realizar, sino del hecho de que la tarea que había cumplido en el pasado parecía no tener ningún sentido para nadie, excepto para ella misma.

Se puso a trabajar con ímpetu: redactó listas para comprar libros, abrió una

cuenta bancaria, encargó muebles. Se encontraba tan animada que a pesar de estar enfrascada con los libros que contenían la palabra «llave» en el título cuando llamaron a la puerta interrumpiéndola, no se enfadó en lo más mínimo.

—De todos modos, ya me tocaba tomar un poco el aire. —Abrió la puerta y frunció el ceño al ver al joven con una sola rosa roja en un pequeño jarrón—. ¿Qué, a ver si pescas a alguna mujer? Eres muy guapo, pero demasiado joven para mí.

El chico se puso tan rojo como la rosa.

—Sí, señora. No, señora. ¿Dana Steele?

—Así es.

—Para usted.

Le dio el florero y desapareció. Todavía con el ceño fruncido, Dana cerró la puerta y luego arrancó la tarjeta que había pegada.

«Me ha traído tu recuerdo».
Jordan

En su imaginación, Jordan se encontraba en medio de una selva situada al noroeste del Pacífico. Lo estaban persiguiendo. Las únicas armas con las que contaba eran su talento, su voluntad y su necesidad de estar de nuevo con su mujer.

Si podía sobrevivir los próximos cinco minutos, podría sobrevivir otros diez. Después de esos diez, hasta una hora.

El perseguidor quería algo más que su vida: quería su alma.

La niebla se abrió y formó serpientes grises sobre el suelo. La herida en el brazo había sido vendada muy deprisa y la sangre ya empapaba el vendaje y goteaba. El dolor lo mantenía despierto y le recordaba que podía perder algo más que un poco de sangre.

Debería haber descubierto la trampa. Ese había sido su error; pero no tenía sentido volver atrás, ni lamentarse, ni rezar. Su única opción consistía en seguir adelante. Y sobrevivir.

Escuchó un sonido. ¿A su izquierda? Como el susurro que podía producir la niebla cuando la atravesaba un cuerpo. Se camufló entre los árboles y apretó la espalda contra un tronco.

«¿Huir? —se preguntó—. ¿O luchar?».

—¿A qué mierda estás jugando?

—¡Cielo santo!

Volvió de su mundo imaginario, que estaba viendo como un videojuego, mientras sus manos cogían las llaves. Lo brusco del cambio hizo que la sangre retumbara en sus oídos cuando miró fijamente a Dana.

La mujer estaba en la puerta con las manos en la cadera y los ojos llenos de

sospecha.

—Al pequeño juego que consiste en escribir para ganarme la vida. Vete y vuelve más tarde.

—Estoy hablando de la flor, y tengo tanto derecho como tú a estar aquí. Es la casa de mi hermano.

—De momento este es mi cuarto en la casa de tu hermano.

Dana lo inspeccionó con una mirada desdeñosa. Había una cama sin hacer, la cómoda de su infancia que había dejado a Flynn cuando este compró la casa, una maleta abierta sobre el suelo. El escritorio en el que estaba trabajando Jordan había sido de Flynn durante sus años de adolescencia y le faltaba uno de los tres cajones que tenía en un lateral. Encima había un ordenador portátil, algunas carpetas y libros, una cajetilla de tabaco y un cenicero de metal.

—Parece más bien un lugar para pesar las maletas —comentó la chica.

—No tiene que parecer bonito.

Resignado, buscó los cigarrillos.

—Ese es un hábito insensato.

—Ya, ya. —Encendió uno y deliberadamente exhaló el humo—. Media cajetilla al día, casi siempre cuando estoy escribiendo. Deja de molestarme. Además, ¿por qué estás enfadada? Al fin y al cabo, a la mayoría de las mujeres les gusta que les manden flores.

—Me has enviado una sola rosa roja.

—Así es.

La examinó más cuidadosamente. Tenía el cabello recogido, por tanto había estado trabajando. No se había molestado en maquillarse, de manera que no tenía la intención de salir de casa. Llevaba puestos unos vaqueros, una sudadera muy gastada y botas de cuero negro con tacón bajo y grueso. Jordan, conociéndola como la conocía, dedujo que eso significaba que había estado trabajando en su piso y que luego se había puesto el primer calzado que había encontrado porque tenía prisa.

Y eso significaba que la flor había dado resultado.

—Enviar una sola rosa roja es algo romántico.

Cuando lo dijo, sonrió con algo de suficiencia.

Dana entró en la habitación sorteando la maleta.

—Ponía que hacía que me recordaras. Exactamente, ¿qué quieres decir?

—La flor tiene un tallo largo, es atractiva y tiene un aroma agradable. ¿Cuál es el problema, Stretch?

—Mira, el sábado organizaste una salida espectacular. Buen trabajo; pero si crees que me pueden encandilar una cena preciosa y un capullo de rosa, estás muy equivocado.

Notó que Jordan no se había afeitado y que le vendría bien un corte de pelo. Maldición, siempre le había atraído ese aspecto descuidado.

También contaba la expresión de la cara del hombre cuando Dana había entrado en la habitación: medio soñadora y medio ausente, antes de que se diera cuenta de que ella estaba allí. Y su boca presentaba signos de seriedad y determinación.

Dana tuvo que aferrarse a la jamba de la puerta para evitar lanzarse a morder esa boca.

En esos momentos Jordan la estaba mirando con esa media sonrisa traviesa en su cara. Dana no sabía si golpearlo o echársele encima.

—Ahora ya no soy una chiquilla sentimentaloide, y… ¿Por qué sonríes?

—He conseguido que vinieras, ¿no es cierto?

—Bueno, me voy enseguida. Solo he venido para decirte que tus trucos no funcionan conmigo.

—Te echaba de menos. Cuanto más cerca estoy de ti más me doy cuenta de que me faltas.

El corazón de Dana palpitó con fuerza, pero la mujer lo ignoró sin piedad.

—Eso tampoco me emociona.

—Entonces, ¿qué puedo hacer?

—Puedes intentar comportarte con honestidad y franqueza, para variar. Decir tu verdad sin toques de tontería, que por lo demás son clichés —añadió mientras el hombre apagaba el cigarrillo y se acercaba.

«Ya, pero los clichés se convierten en clichés —pensó— porque dan resultado».

—Muy bien. —Jordan se detuvo delante de la mujer, agarró con las manos el cuello de su sudadera y la acercó hacia sí—. No puedo dejar de pensar en ti, Dana. Puedo guardarte en algún rincón de mi mente durante un tiempo, pero tú sigues ahí. Clavada como una astilla.

—Entonces, arráncame. —Levantó el mentón—. Adelante.

—Me gusta cómo eras en el pasado, lo que me hace desear ser castigado. Me gustas ahora que me provocas y hueles a lluvia. —Levantó las manos, le quitó la cinta que le recogía el pelo y la tiró a un lado. Cerró los puños donde había estado la cinta—. Quiero llevarte a la cama en este mismo momento. Quiero hundir mis dientes en ti. Quiero enterrarme en tu interior. Y cuando hayamos terminado, quiero repetir todo de nuevo. —Ladeó la cabeza y mantuvo sus ojos fijos en los de Dana—. ¿Te parece que estoy siendo muy honesto?

—No está mal.

10

Jordan la observó intentando descubrir cuál era su estado de ánimo.

—Si no es un sí —declaró—, es mejor que corras hacia la puerta. Rápido.

—Es…

El resto de las palabras se le quedaron en la garganta cuando Jordan la levantó y la hizo girar sobre sus talones.

—Demasiado tarde. Gano por abandono.

Dana se esforzó en fruncir el ceño, pero no era fácil con el mareo gozoso que la embargaba.

—Quizá te quiera porque eres uno de los pocos hombres que pueden alzarme del suelo y trasladarme como si fuera un peso pluma.

—Algo es algo. Me gusta tu figura, Stretch. Hay mucho territorio por explorar. ¿Qué talla usas ahora? —La miró, calculando—. ¿Una treinta y ocho?

Un destello peligroso iluminó los ojos de Dana.

—¿Crees que un comentario como ese puede ponerme tierna?

—Y cada kilo exquisitamente distribuido.

—¡Te has salvado por un pelo!

—Gracias. Me gusta tu cara, también.

—Si vas a decir algo acerca de que mi cara tiene mucho carácter, te haré daño.

—Esos ojos oscuros y profundos. —La tumbó en la cama mientras le miraba los ojos—. Nunca he podido quitarme de la cabeza la imagen de esos ojos. ¡Y esa boca! Suave, tierna y sabrosa. —Le mordisqueó el labio inferior y dio pequeños tirones—. Podría pasarme horas pensando en tu boca.

A decir verdad, Dana no se estaba poniendo cariñosa, pero tenía que admitir que algo en su interior aumentaba de temperatura.

—Te has perfeccionado con los años.

—Cállate. Estoy trabajando. —Le pasó los labios por las mejillas—. También están los hoyuelos: inesperados, caprichosos, extrañamente sexys. Siempre me ha gustado tu aspecto.

La besó nuevamente en los labios, un beso largo, lento y profundo que hizo que el placer se extendiera desde ese punto de contacto a través de su cuerpo hasta la punta de los pies.

« Oh, sí —pensó—, ha perfeccionado mucho su forma de hacer el amor» .

—¿Recuerdas nuestra primera vez?

Dana se arqueó un poco y se movió cuando Jordan le acarició el cuello.

—Como faltó poco para que prendiéramos fuego a la alfombra del salón, resulta difícil de olvidar.

—Toda esa pasión y energía reprimidas. Es un milagro que hayamos sobrevivido.

—Éramos jóvenes y resistentes.

—Ahora tenemos más años y somos más listos. Te voy a volver loca, y me llevará mucho, mucho tiempo.

Los músculos del vientre de Dana se estremecieron. Necesitaba que Jordan la acariciara. Necesitaba compartir, y con él —siempre con él—, tendría ambas cosas.

Había sabido que terminarían así cuando salió de su casa. Quizá había sabido, en lo más profundo de su ser, que terminarían así en el momento en que abrió la puerta de la casa de Flynn y vio a Jordan.

Ella lo deseaba, él la deseaba. A Dana solo le cabía esperar que satisficiera todos sus anhelos.

—Sucede que ahora dispongo de un poco de tiempo.

—Empecemos… desde aquí.

Los labios del hombre le atraparon los suyos con una clase de urgencia reprimida que disparó oleadas de deseo ardiente por todo su cuerpo. Cuando su corazón se aceleró, Jordan cambió el ritmo y lo suavizó hasta que los latidos frenéticos se convirtieron en lentos y fuertes.

Dana regresó como en un sueño a su relación pasada. A su fuego y ardor. Y volvió sobre lo que estaba pasando en ese instante. Una especie de deleite profundo.

El cuerpo de Jordan le era conocido. Los años no lo habían cambiado. Alto, ancho de espaldas y estrecho de caderas. El movimiento de músculos bajo las manos de Dana era exactamente el mismo. Su peso, la forma de su boca, sus manos, eran los mismos.

Cómo había echado en falta este conocimiento del otro. Y la fiebre del amor que se filtraba a través del placer de que él la conociera tan bien.

Cuando Dana retomó el antiguo ritmo, Jordan se apartó y se limitó a observarla.

—¿Qué? ¿Qué pasa?

—Solo quiero mirarte. —Le desabrochó la camisa, sin darse prisa y rozando con sus dedos la piel expuesta. Siempre con los ojos fijos en ella—. Quiero que me mires. Que comprendas quiénes éramos y quiénes somos y que no nos separa casi nada. —Todavía mirándola, pasó sus dedos por el fino algodón del sostén—. Lo poco que nos separa es suficiente para hacerlo más interesante, ¿no

crees?

—¿Ahora quieres que piense?

Se estremeció cuando sus dedos sabios le rozaron los pezones.

—Siempre estás pensado. —La levantó y le quitó la camisa—. Tienes una mente muy inquieta. Otra cualidad más de las que me atraen en ti.

Mientras las manos de Jordan le acariciaban la espalda, ella le echó los brazos alrededor del cuello.

—Estás muy charlatán, Hawke.

—Eso te proporciona otra cosa en la que pensar, ¿no es cierto?

Le desabrochó el sujetador y con los dedos deslizó los tirantes por los hombros. Sus labios tocaron los de Dana, retrocedieron, tocaron y retrocedieron hasta que los brazos de Dana se aferraron a su cuerpo, la mujer contuvo el aliento y sus bocas se soldaron.

Era lo que Jordan quería, ese rápido destello de deseo. Hacia él. Porque no quería que Dana pensara, sino que sintiera lo que podía pasar entre los dos. Aquí y ahora.

Los dedos de Jordan se enredaron en su pelo, luego las manos se cerraron alrededor de su cabeza para poder atacar la boca y el cuello de Dana. Para poder liberar el animal intranquilo que se agazapaba en su interior.

Podía haberla devorado de un solo bocado insensato; pero hubiera sido demasiado rápido y demasiado fácil. Por el contrario, dejó que el ardor los consumiera y atormentara a ambos.

Jordan se dio un banquete y después saboreó poco a poco. Sus manos la acariciaron con ansia incontenible y después se retardaron y permanecieron en algunos puntos. Cuando Dana tembló, él hizo lo mismo.

El cuerpo de Dana siempre le había procurado el más completo de los placeres. No solo su forma y textura, sino su disposición para el goce, su predisposición a la aventura del sexo. El latido del corazón de Dana al besar su pecho lo excitaba tanto como los senos turgentes.

Toda esa piel tan suave y adorable que se estremecía al paso de su lengua y al mordisqueo de sus dientes añadía una dosis de encanto que se acrecentó cuando la joven le urgió a que tomara más.

Las manos de Dana lo acariciaron y tiraron de la camisa. Y el ronco ronroneo de aprobación cuando las uñas arañaron su piel le hicieron hervir la sangre de tal forma que Jordan tuvo que luchar con denuedo para no sucumbir a la necesidad de apresurarse.

Pero no iba a apurar de un trago lo que podía paladear poco a poco.

¿De dónde salía esa paciencia? La podía volver loca con su lentitud. ¿Cómo podía tener tanta fiebre en sus labios mientras controlaba con tanto esmero sus manos? Los músculos de Jordan se estremecieron bajo las manos de Dana, ella lo conocía, lo conocía muy bien, lo suficiente para explotar sus deseos y

debilidades. Sin embargo, aun cuando el hombre satisficiera sus demandas y la empujara hasta el borde del volcán, se controlaba y la dejaba temblorosa.

—¡Por Dios, Jordan!

—Todavía no estás lo suficientemente excitada. —Su aliento salió con dificultad de los pulmones, pero le sujetó los brazos y siguió atizando el fuego con su boca—. Yo tampoco.

Necesitaba saborear todo lo que era Dana. Su cuerpo suntuoso, su mente inquisitiva, y esa parte del corazón que Jordan había perdido por negligencia. Necesitaba más que su deseo y su ardor. Necesitaba gozar de nuevo de su confianza, y se conformaría con un destello del afecto que antes habían compartido. Quería recuperar lo que había abandonado para sobrevivir.

Le liberó las manos para abrazarla, para apretarla fuerte, muy fuerte, mientras rodaban sobre la cama.

La piel de Dana estaba pegajosa de sudor, y la muchacha estaba ardiendo, húmeda y lista. Jordan solo tenía que tomarla para llevarla al clímax. La muchacha sollozó su nombre cuando su cuerpo estalló. Y cuando se relajó, Jordan supo que ella le había dado algo que buscaba sin saberlo. Su rendición.

—Dana.

Pronunció su nombre una y otra vez mientras sus labios le recorrían el rostro. Cuando los ojos de la mujer, tan oscuros e intensos, se abrieron y lo miraron, Jordan se deslizó suavemente en su interior.

Era como volver a casa y descubrir que lo que había dejado era más rico, verdadero y fuerte que antes. Muy emocionado, Jordan entrelazó sus dedos con los de Dana, los apretó fuerte y se dejó ir.

Dana se arqueó para recibirlo y luego levantó los labios para encontrar los del joven y besarlo. La dulzura del acto le produjo un nudo en la garganta, mientras el placer se erigía sobre el placer. Mantuvieron el mismo ritmo latido a latido, y después embestida a embestida cuando la dulzura se convirtió en desesperación.

Todavía estaban unidos, labios, manos y caderas, cuando sucumbieron.

Mientras yacía desmadejada sobre Jordan, Dana pensó que pudiera ser que hubiera experimentado el acto sexual más intenso y espectacular de su vida.

No tenía intenciones de mencionar esta evaluación. A pesar de la sensación de bienestar y la tenue niebla de amor, no quería alimentar el ego del joven.

Pero en el caso de que quisiera mencionarlo, tendría que decir que su cuerpo nunca se había sentido usado con tanto placer. No pondría objeciones a ser objeto de ese uso de forma regular.

En realidad, el sexo nunca había constituido un problema entre ellos. Su problema era que nunca había sabido cuál había sido el problema. O era. O podía ser.

Al diablo con todo.

—Otra vez estás pensando —murmuró Jordan, y le recorrió la columna lentamente con un dedo—. Casi piensas en alto. Supongo que no puedes esperar unos minutos hasta que regenere algunas neuronas, ¿no?

—Cuando están muertas, están muertas, tío listo.

—Era una metáfora, un delicado eufemismo.

—No hay nada delicado en ti, en especial tus eufemismos.

—Lo tomaré como un cumplido. —Le tiró del pelo hasta que ella levantó la cabeza—. Por cierto, Stretch, tienes buen aspecto, toda despeinada y arrugada. ¿Vas a quedarte?

Dana ladeó la cabeza.

—¿Me voy a despeinar y arrugar otra vez?

—Ese es el plan.

—Entonces creo que puedo aguantar el segundo asalto.

Se hizo a un lado, se sentó y se pasó los dedos por el pelo. Cuando Jordan hizo ademán de tocarla, movió las cejas con complicidad.

Jordan frunció el ceño y le acarició el pecho suavemente con los dedos.

—Te he raspado por todos los lados. —Se frotó el mentón con los nudillos—. Si hubiera sabido que ibas a venir, me hubiera afeitado.

—Lo tomo como otro de tus eufemismos. —Dana necesitaba seguir con esa charla insustancial o su corazón se derretiría en las manos de Jordan—. Además, esa apariencia bohemia y desaliñada también ayudó a que me metiera en tu cama.

Le acarició amistosamente la mejilla y después se desperezó.

—Bien, me muero de hambre.

—¿Quieres que pidamos una pizza?

—No puedo esperar tanto. Necesito un combustible inmediato. Tiene que haber algo que parezca comida en la cocina.

—No me arriesgo a afirmarlo. La cocina está en fase de ser arreglada. Es una zona en construcción.

—Un verdadero hombre iría a la cocina y buscaría provisiones.

—Odio cuando te comportas así. Me pasaba siempre.

—Lo sé. —La llenaba de ternura—. ¿Todavía funciona?

—Sí. Mierda. —Salió de la cama y se puso los vaqueros con esfuerzo—. Vas a comer lo que consiga. Sin caprichos.

—Trato hecho. —Satisfecha, volvió a acostarse en la cama y colocó bien la almohada—. ¿Hay algún problema? —preguntó cuando él se quedó mirándola.

—No. Las neuronas, que se regeneran.

Los hoyuelos de Dana resplandecieron.

—Comida.

—Ya me encargo yo.

Dana se sintió bastante orgullosa cuando el hombre salió de la habitación. Quizá resultara mezquino por su parte vanagloriarse —aunque solo fuera mentalmente— de saber todavía de qué pie cojeaba Jordan; pero si le producía una sensación tan agradable, ¿qué mal había en ello?

Era mejor que preocuparse y agitarse pensando en lo que ocurriría después. Esta vez sería más lista: disfrutaría del momento y se controlaría para no esperar mucho más.

Gozaban de la mutua compañía, aun cuando se picaban. Compartían amigos que les importaban mucho a ambos. Y sentían una fuerte atracción sexual.

Constituía la base de una relación buena y saludable.

Entonces, ¿por qué diablos tenía que estar enamorada de él? Si no fuera por ese pequeño detalle, todo sería perfecto.

Sin embargo, si enfocaba las cosas de forma realista, en realidad era problema de ella. Ya lo había sido así antes. Jordan no estaba obligado a corresponder a su amor, y todo lo que Dana añadiera o quitara era responsabilidad suya.

Jordan le tenía afecto. Dana cerró los ojos y reprimió un suspiro. Dios, eso la hería en carne viva. ¿Había algo más doloroso o denigrante que estar enamorada de alguien que te tiene un sincero afecto?

Mejor no pensar en ello, dejar de lado el tema tanto tiempo como pudiera. Esta vez no cobijaba ninguna ilusión de poder estar siempre juntos, de construir un hogar, de formar una familia, de forjar un futuro.

La vida de Jordan se encontraba en Nueva York, y la suya en Pleasant Valley. Y Dios sabía bien que ella tenía suficientes actividades en la vida que la satisfacían y la mantenían ocupada sin necesidad de hilar sueños que incluyeran a Jordan Hawke.

El joven la había herido en el pasado porque ella se había dejado. Ahora no solo era mayor, reflexionó. Ahora era más fuerte y más lista.

Mientras intentaba convencerse, echó un vistazo al ordenador portátil. Había aparecido el salvapantallas y no mostraba nada más que una espiral de colores efectuando unos giros que la estaba mareando.

¿Cómo podía soportarlo Jordan?

Tan pronto como lo pensó, obtuvo la respuesta. Lo irritaría lo suficiente como para impulsarlo a volver al trabajo.

Mientras lo pensaba, se sentó. Él no había apagado el ordenador después de que Dana lo interrumpiera. No había cerrado el documento… ¿o sí?

Se mordió un labio y miró hacia la puerta.

Eso significaba que lo que Jordan había estado escribiendo todavía estaba en la pantalla, y si Dana movía un poco el ratón aparecería enseguida. Y si Dana leía lo que Jordan había escrito, ¿qué problema había?

Se mantuvo alerta por si oía pasos. Salió de la cama y se dirigió de puntillas al

escritorio. Dio un pequeño golpecito al ratón con la punta de un dedo para que desapareciera el salvapantallas.

Tras una última mirada hacia la puerta, retrocedió dos páginas en el documento y comenzó a leer.

Se ubicó enseguida, a pesar de que había caído en medio de lo que, obviamente, era un párrafo descriptivo. Jordan tenía el don de colocar al lector en medio de la escena. De rodearte con ella.

Y esta escena era oscura, fría y suavemente terrorífica. Algo acechaba. Después de la primera página, Dana estaba dentro de la cabeza del héroe, con su sensación de urgencia y el miedo subyacente. Algo andaba a la caza y eso te hacía olvidar el dolor.

Cuando llegó al final de lo que había escrito Jordan, lanzó un juramento.

—¡Ostras! ¿Cómo sigue?

—¡Qué buen cumplido cuando lo hace una mujer desnuda! —comentó el hombre.

Dana pegó un salto. Se maldijo, pero sintió un escalofrío en su piel, que era todo lo que llevaba puesto. Y se ruborizó, lo que era aún peor. Sintió que el rubor se extendía mientras se daba la vuelta para mirar a Jordan, que estaba de pie en la puerta, con los vaqueros descuidadamente desabrochados, el pelo revuelto y en sus manos una bolsa de patatas fritas, una lata de refresco y una manzana.

—Solo estaba… —Dana comprendió que no había manera de justificarse, y entonces se limitó a contar la incómoda verdad—. Tenía curiosidad y he sido indiscreta.

—¡Vaya problema!

—No, de verdad, no tendría que haberme inmiscuido en tu trabajo; pero estaba ahí, y es culpa tuya por no haber cerrado el documento.

—En realidad es tu culpa por haberme interrumpido y después haberme distraído haciéndome el amor.

—Por cierto, no he utilizado el sexo solo para… —Se interrumpió y suspiró. Jordan la miraba sonriente y Dana no se lo pudo reprochar—. Dame las patatas.

En lugar de hacerlo, Jordan caminó hacia la cama y se sentó apoyándose en la almohada.

—Ven a buscarlas.

Metió la mano en la bolsa, sacó un puñado y comenzó a masticar.

—De todas formas, lo que me ha atraído ha sido el salvapantallas. Me estaba dejando bizca.

Con indiferencia, según le parecía a ella, se sentó en la cama y le quitó la bolsa de patatas.

—Odio a ese bastardo. —Jordan dio un mordisco a la manzana y le pasó el refresco—. Entonces, ¿quieres saber cómo continúa?

—Tengo un leve interés.

Abrió la lata y echó un trago largo. Comió algunas patatas fritas, las cambió por la manzana y volvió a las patatas. Pensó con desagrado que el hombre no le iba a contar nada.

—Está bien, ¿quién es? ¿Qué lo persigue? ¿Cómo ha llegado ahí?

Jordan cogió el refresco. Se preguntó si había algo más satisfactorio que contemplar cómo alguien con quien se comparte el amor por los libros está tan interesado por uno propio.

Si se añadía que la aficionada a la literatura era una mujer muy sexy y estaba muy desnuda, aquello estaba de maravilla.

—Es una larga historia. Digamos que trata sobre un hombre que ha cometido errores y que está buscando la manera de subsanarlos. Durante el proceso descubre que las respuestas fáciles no existen. Que toda redención —la que vale — tiene un precio. Que el amor, el que importa, hace que el precio merezca pagarse.

—¿Qué ha hecho?

—Ha traicionado a una mujer, ha matado a un hombre. —Jordan comió más patatas fritas y escuchó el sonido que hacía la lluvia sobre la ventana y en el bosque que había en su mente—. Pensó que tenía motivos para hacer ambas cosas. Quizá los tuviera. ¿Pero eran correctos los motivos?

—Tú escribes la historia, tú debes saberlo.

—No, él es quien tiene que saberlo. Es parte del precio de la redención. El no saberlo le angustia y lo persigue con tanta saña como lo que está con él en el bosque.

—¿Qué es lo que está con él en el bosque?

Jordan se rio.

—Lee el libro.

Dana mordió nuevamente la manzana.

—Tu método para vender es muy poco honesto.

—Un hombre tiene que ganarse la vida. Aunque sea con «ficciones comerciales mundanas y predecibles», según una de tus concisas críticas a mi trabajo.

Dana sintió un amago de culpa, pero lo desechó.

—Soy bibliotecaria. Fui bibliotecaria —se corrigió—. Y estoy a punto de convertirme en propietaria de una librería. Valoro todos los libros.

—Algunos más que otros.

—Son más gustos personales que una opinión profesional. —Ahora deseaba hacerle sufrir—. Por cierto, tu éxito comercial indica que escribes libros que satisfacen a las masas.

Jordan sacudió la cabeza y de repente deseó fumar.

—Nadie condena con elogios superficiales mejor que tú, Dana.

—No es eso lo que quería decir.

Se dio cuenta de que se estaba cavando su propia fosa; pero difícilmente podía confesar que era una adepta de sus libros cuando se encontraba sentada desnuda sobre su cama y comía patatas fritas. Seguro que ambos se sentirían ridículos. Cualquier elogio sincero parecería condescendencia.

—Haces lo que siempre has querido hacer, Jordan, y con mucho éxito. Debes sentirte orgulloso de ti mismo.

—No lo discutiré. —Terminó el refresco y puso a un lado la lata. Cogió a Dana por el tobillo—. ¿Todavía tienes más hambre?

El cambio de tema la alivió. Enrolló la bolsa de patatas y la tiró al suelo, junto a la cama.

—En realidad… —comenzó a decir, y se echó encima de Jordan.

No debería molestarle tanto, y le irritaba mucho que ocurriera así. No esperaba que le gustara su trabajo a nadie. Hacía mucho tiempo que había dejado de sentirse herido o deprimido por una mala crítica o un comentario poco halagador de un lector contrariado.

Jordan no era un artista temperamental y excitable que no pudiera soportar la más mínima crítica.

Pero la infravaloración de su obra que hacía Dana le afectaba mucho.

Ahora era peor, pensó Jordan mientras miraba por la ventana del dormitorio y le invadía la melancolía; peor porque Dana se había mostrado condescendiente. Hubiera sido más fácil escuchar opiniones mordaces y gratuitas sobre su trabajo, el rechazo presumido y elitista de su obra, antes que recibir una suave y gentil palmada.

Escribía novelas de suspense, a menudo con una pizca de algo más, y Dana las despreciaba como una forma comercial trillada que atraía al común denominador más bajo.

Lo podría soportar si fuera una intelectual engreída, pero Dana no era así. Amaba los libros. Su piso estaba lleno de libros, y en las baldas de sus estanterías había bastantes ejemplares de ficción de distintos géneros.

Aunque Jordan se había dado cuenta de que no había ninguno de los que él había escrito.

El hombre concluyó que el asunto le escocía.

Sintió una alegría ridícula cuando al volver al dormitorio se había encontrado a la mujer inclinada sobre su ordenador portátil, además demostrando lo que creyó que era un ávido interés por la historia que estaba creando.

Solo curiosidad, como le había dicho Dana. Nada más.

«Es mejor enterrar el asunto», se dijo. Encerrarlo con llave en una caja antes de que hiciera mella en su relación.

Habían hecho nuevamente el amor y había sido un momento grandioso.

También le parecía que estaban encaminados a ser amigos de nuevo. No quería perderla, amante y amiga, por no poder digerir el desinterés o desaprobación que Dana demostraba por su obra.

Dana no sabía lo que significaba para Jordan ser escritor. ¿Cómo podía saberlo? Ella sabía qué era lo que Jordan quería y esperaba; pero no sabía la razón por la cual era una actividad vital para él. Nunca había compartido con ella esa parte de sí mismo.

Admitió que había muchas cosas que no habían compartido.

Su trabajo, en primer lugar. A menudo le había pedido que leyera algo que había escrito y, como es natural, se había sentido complacido y satisfecho cuando Dana lo elogiaba, intrigada e interesada en discutir la historia y ofrecer su opinión.

En realidad, en un plano exclusivamente práctico, la opinión de Dana era una de las que más valoraba.

En cambio nunca le había comentado cuánto necesitaba ser alguien. Como hombre, como escritor. Por él mismo, naturalmente. Y por su madre. Era la única forma que Jordan conocía de devolverle algo de lo mucho que había hecho por él, todo a lo que había renunciado, todo lo que había trabajado.

Sin embargo, nunca había compartido estos sentimientos con Dana, ni con nadie más. Nunca había compartido ese dolor íntimo, esa culpa asfixiante, ni esa necesidad desesperada.

Dejaría todo eso de lado y se concentraría en reconstruir lo que pudiera y en comenzar de cero todo lo demás.

El héroe de su novela no era el único que buscaba la redención.

Dana esperó hasta que hubo pintado toda una pared en lo que sería la sala principal del salón de belleza de Zoe. Esa mañana se había mordido la lengua una docena de veces, se había convencido a sí misma de no decir nada y después había comenzado todo el proceso de nuevo.

Al final llegó a la conclusión de que sería un insulto a la amistad permanecer callada.

—Me he acostado con Jordan.

Lo dijo de repente y mantuvo los ojos fijos en la pared que estaba pintando. Esperó a que sus amigas estallaran en comentarios y preguntas.

Cuando pasaron cinco segundos de un profundo silencio, giró la cabeza y vio que Malory y Zoe se estaban mirando.

—¿Ya lo sabíais? ¿Lo sabíais? ¿Queréis decirme que ese arrogante y engreído hijo de puta corrió a vanagloriarse ante Flynn de que me había follado?

—No. —Malory a duras penas ahogó una carcajada—. Al menos que yo sepa. Y estoy segura de que si Jordan hubiera dicho algo a Flynn, Flynn me lo

hubiera contado. Realmente no lo sabíamos. Solo que…

Se interrumpió y miró el techo.

—Nos preguntábamos cuánto tiempo pasaría sin que vosotros dos os liarais —añadió Zoe—. En realidad, pensamos en hacer una apuesta, pero decidimos que quedaría un poco grosero. Hubiera ganado yo —comentó—. Creía que hoy sería el gran día. Malory pensaba que aguantaríais una semana más.

—Bien. —Dana se llevó las manos a las caderas—. ¡Qué detalle tan distinguido!

—No llegamos a apostar —intervino Malory—. Ya ves que somos buenas amigas, porque no subrayamos que tú nos estás contando lo que ha pasado y si Jordan hiciera lo mismo sería un arrogante y engreído hijo de puta.

—Me he quedado sin palabras.

—No, por favor. —Zoe sacudió la cabeza—. Al menos no antes de que nos cuentes cómo ha sido. ¿Quieres puntuar en una escala del uno al diez o hacer una descripción retrospectiva?

A Dana se le escapó la risa sin poder reprimirla.

—No sé por qué me gustáis.

—Por supuesto. Vamos —la conminó Zoe—, cuéntanos. Te mueres por hacerlo.

—Ha sido grandioso, y no solo porque yo estuviera lista para una combustión espontánea. Echaba de menos estar con él. Crees que se puede olvidar una conexión tan íntima con alguien, pero no es así. De verdad. Siempre nos lo hemos pasado bien en la cama, pero ahora es mejor.

Zoe emitió un largo suspiro.

—¿Ha sido romántico o enloquecido?

—¿Cuál de las veces?

—Ahora la que se jacta eres tú.

Con una carcajada, Dana comenzó a pintar nuevamente.

—Hace mucho que no tengo nada de lo que jactarme.

—¿Cómo tienes pensado manejarlo? —preguntó Malory.

—¿Manejar qué?

—¿Tienes pensado decirle que lo quieres?

La pregunta provocó una pequeña sombra en el extremo de su alegría.

—¿Qué sentido tiene? Jordan se echará para atrás o se sentirá culpable por no hacerlo.

—Si eres sincera con él…

—Esa es tu forma de actuar —la interrumpió Dana—. Fue la forma en que manejaste lo que sentías por Flynn. Está bien para ti, Mal, y para él; pero para mí… Bueno, esta vez no espero nada de Jordan, y estoy dispuesta a asumir la responsabilidad de mis propias emociones y sus consecuencias. A lo que no estoy dispuesta es a poner mi gran y tierno corazón en sus manos y obligarle a elegir.

Lo que ahora tenemos está bien para mí. Por el momento. Ya nos preocuparemos por el mañana cuando llegue.

—Hum…, no voy a llevarte la contraria —empezó a decir Zoe—. Quizá necesites tomarte un tiempo, dejar que el asunto se estabilice o evolucione. Además, quizá deba ser así. Es parte de la búsqueda.

El rodillo saltó en la mano de Dana.

—¿Que me acueste con Jordan es parte de la búsqueda? ¿Cómo diablos se relaciona?

—No hablo específicamente de sexo. Si bien el sexo es, digámoslo así, una magia muy poderosa.

—Ya. Bien, quizá los dioses cantaron y las hadas lloraron. —Dana pasó nuevamente el rodillo por la pared—. Pero no pienso que hacer el amor con Jordan me lleve a la llave.

—Hablo de la relación, la conexión, como lo quieras llamar. Lo que había entre vosotros, lo que hay y lo que habrá. —Zoe hizo una pausa mientras Dana bajaba el rodillo y se volvía con una mirada expectante—. ¿No concuerda con lo que te dijo Rowena acerca de la llave? —continuó—. ¿No puede ser parte de todo el asunto?

Por un momento Dana no dijo nada; luego sumergió el rodillo en la pintura.

—Bueno, es otro detalle a tener en cuenta. Tiene algo de lógica, Zoe; pero no veo en qué ayuda. No creo que vaya a encontrar la llave de la Urna de las Almas enrollada en las sábanas la próxima vez que Jordan y yo hagamos el amor, pero es un punto de vista interesante que será divertido explorar.

—Quizá sea más bien algo o algún lugar que, para ti, o para los dos, tuviera un significado especial en otro tiempo. Y ahora. Y más adelante. —Zoe alzó las manos—. No sé explicarlo.

—Sí que sabes —la corrigió Dana al tiempo que aparecía una arruga entre ambas cejas—. No puedo recordar nada de momento, pero me esforzaré. Quizá hable con Jordan sobre esto. No se puede negar que forma parte de este asunto, así que puede ser útil.

—Solo quiero decir algo más. —Malory enderezó los hombros—. El amor no es una carga, para nadie. Y si Jordan piensa algo diferente, no es digno de ti.

Después de un momento de sorpresa, Dana dejó el rodillo. Caminó hacia Malory, se agachó y le dio un beso en la mejilla.

—Eres un sol.

—Te quiero. Os quiero a las dos. Y cualquiera que no corresponda a vuestro amor es un retrasado mental.

—Anda, que también te mereces un abrazo. —Dana se lo dio—. Pase lo que pase, me alegro de teneros como amigas.

—Qué bonito suena. —Zoe echó a cada una un brazo por los hombros—. Estoy muy contenta de que Dana haya hecho el amor, así hemos podido vivir

este momento.

Con una carcajada, Dana les dio un pequeño codazo.

—Veré qué puedo hacer esta noche, y quizá mañana lo celebremos con una buena llantina.

11

Jordan durmió con un brazo enlazado a la cintura de Dana y una pierna enganchada a las suyas, como si quisiera mantenerla en aquel lugar. A pesar de que no había sido ella quien se había marchado, Jordan esta vez no tenía ninguna seguridad de que le permitiera permanecer junto a ella.

En su cama o en su vida.

Se aferró a ella mientras exploraba sus sueños. A través de la noche iluminada por la luna, con un fuerte calor estival donde todo olía a madurez, verdor y secreto.

Los bosques estaban sumidos en sombras y el vuelo de las luciérnagas los sembraba de resplandores dorados en las negras profundidades. En sus sueños Jordan supo, de alguna forma, que era un hombre en lugar de aquel muchacho que había sido cuando caminaba por las altas hierbas que crecen en el borde de esos bosques. Su corazón latía con… ¿miedo?, ¿anticipación?, ¿conocimiento?, mientras miraba la mansión oscura recortada majestuosamente contra la luna que surcaba el cielo.

Sus amigos no estaban cerca, como había ocurrido en aquella calurosa noche de verano de su pasado. Flynn y Brad no se encontraban allí con sus cervezas y cigarrillos de contrabando, el equipo de acampada o el valor y la imprudencia juveniles que conjuraban tres adolescentes juntos.

Estaba solo y los dos guerreros del Risco cuidaban la puerta que había a su espalda. La casa estaba tan exenta de vida y silenciosa como una tumba.

« No, no está vacía» , pensó. Era un error creer que las casas, las casas viejas, estaban vacías. Estaban llenas de recuerdos y del lejano eco de voces. Gotas de llanto, gotas de sangre, el sonido de risas, el filo de los disgustos que habían fluido y refluido entre las paredes a través de los años.

Después de todo, ¿no era eso una especie de vida?

Y sabía que había casas que respiraban. Llevaban en sus maderas y piedras, en sus ladrillos y argamasa, una especie de ego que parecía en gran medida humano.

Había algo, algo que necesitaba recordar acerca de esa mansión, de ese lugar. Esa noche. Algo que sabía pero que por alguna razón no podía ver claro. Aparecía y desaparecía, como una canción recordada a medias. Se burlaba de

él, y eso lo molestaba.

Era muy importante, casi vital, que enfocara lo que pasaba por su mente, como si estuviera enfocando la lente de una cámara hasta que la imagen apareciera con nitidez.

En el sueño cerró los ojos y respiraba con lentitud y profundidad mientras intentaba vaciar su mente para que se presentara lo que debía presentarse.

Cuando abrió los ojos, la vio. Estaba caminando a lo largo del parapeto bajo el blanco fulgor de la luna. Estaba tan sola como lo estaba el muchacho. Quizá soñando, como él mismo.

Su túnica flameó, a pesar de que no había viento. A Jordan le pareció que el aire contenía el aliento y que todos los sonidos de la noche —el roce sobre el suelo de los cuerpos de los animales, las aves que piaban y ululaban— habían cesado de repente y reinaba un silencio terrible.

En su pecho, el corazón empezó a latir con fuerza. Sobre el parapeto, la mujer comenzó a darse la vuelta. « En un instante» , pensó Jordan, en un instante se verían las caras.

Por fin…

El sol emitió unos rayos violentos que conmocionaron su cerebro y lo cegaron. Trastabilló al pasar de golpe de una noche oscura como la tinta a un día brillante.

Los pájaros cantaban con una especie de alegría desesperada y su música sonaba como miles de arpas, flautas y violines juntos. Jordan escuchó el ruido atronador que hace el agua cuando cae desde una gran altura y se une al caudal.

Luchó por orientarse. Aparecían algunos bosques, pero no podía reconocerlos. Las hojas eran verdes, con matices amarillentos, brillantes y azulados, y las ramas estaban cargadas de frutos del color de los rubíes y los topacios. El aire despedía una fragancia a ciruelas maduras, como si también se pudiera coger y saborear.

Caminó a través de los árboles sobre un suelo elástico de un marrón profundo y pasó por un salto de agua de un increíble azul donde pececillos dorados bailaban aprovechando el estanque que se formaba en su base.

Con curiosidad, hundió la mano en el agua. Sintió la humedad y el frescor. Cuando dejó que el agua cayera de su mano abierta, vio que no era más clara, sino que seguía teniendo el mismo color azul profundo.

Los sentidos casi no podían soportarlo. La belleza era demasiado intensa, demasiado vivida para que su mente la pudiera asimilar. Una vez contemplada, después de haberla experimentado, ¿cómo iba nadie a sobrevivir sin ella, en la pálida y sombría realidad?

La fascinación hizo que se inclinara nuevamente sobre el agua, cuando percibió un ciervo que bebía al otro lado del estanque.

El ciervo macho era enorme, con un pelo lustroso y dorado y los cuernos de

plata brillante. Cuando levantó su gran cabeza, miró a Jordan con sus ojos verdes y tan profundos como los bosques que los rodeaban.

Alrededor de su cuello había un collar de piedras preciosas que captaban el brillo del sol y lo devolvían en prismas de colores.

Pensó que el ciervo le hablaba, aunque no hubo ningún movimiento ni más sonido que los que se formaban en su cabeza.

—¿Los protegerás?

—¿A quiénes?

—Ve a ver.

El ciervo se dio la vuelta y se marchó hacia los bosques andando sobre unos cascos plateados que no hacían ruido.

« Esto no es un sueño» , pensó Jordan. Se enderezó, rodeó el estanque y siguió al ciervo.

Pero no, no había dicho « ven a ver» , sino « ve a ver» . Confiando en su instinto, Jordan cogió el sendero opuesto.

Salió de los árboles y llegó a un mar de flores tan saturadas de color que conmocionaban los sentidos. Escarlata, zafiro, amatista y ámbar brillaban bajo el radiante sol como si cada pétalo fuera una versión individual perfectamente tallada de cada gema. En el centro de ese mar, como las más preciosas de las flores, estaban las Hijas de Cristal, encerradas en sus ataúdes transparentes.

—No, no estoy soñando.

Habló en voz alta para comprobar que podía hacerlo y poder escuchar el sonido de su voz. Para concentrarse antes de atravesar el mar de flores y contemplar esos rostros que ya conocía.

Parecían dormir. Su belleza no sufría merma, pero era fría. Jordan contempló esa fría belleza que no podría cambiar nunca, que estaba atrapada para siempre en un instante del tiempo.

Sintió lástima e indignación y, mientras miraba la cara que se parecía tanto a la de Dana, un dolor desgarrador que no había experimentado desde la muerte de su madre.

—Esto es el infierno —dijo en voz alta—. Estar atrapado entre la vida y la muerte, sin pertenecer a ninguna de las dos instancias.

—Sí. Lo has expresado con exactitud. —Kane se hallaba al otro lado del ataúd de cristal. Elegante con sus ropas negras y una corona enjoyada sobre la melena oscura, sonreía a Jordan—. Tienes una agudeza mental de la que tristemente carecen muchos de tus iguales. El infierno, como tú lo llamas, consiste meramente en la ausencia sin fin de todo.

—Al infierno hay que ganarle.

—Pura filosofía. —Su voz poseía un deje de diversión y de cálculo astuto—. Estarás de acuerdo conmigo en que en ocasiones el infierno se hereda. En este caso, su padre y su perra mortal las condenaron. —Señaló los ataúdes—. Solo fui

un instrumento, por así decirlo, que… —levantó la mano y dobló la muñeca— giró la llave.

—¿Para conseguir la gloria?

—Sí. Por la gloria y el poder. Por todo esto. —Abrió los brazos como si quisiera abarcar todo su mundo—. Por todo esto que nunca puede ser, ni será, de ellas. Los corazones tiernos y las fragilidades mortales no tienen lugar en el reino de los dioses.

—Sin embargo, los dioses aman, odian, ambicionan, luchan, ríen, lloran. ¿Fragilidades mortales?

Kane ladeó la cabeza.

—Me interesas. ¿Quieres discutir conmigo, sabiendo quién y qué soy? ¿Sabiendo que te he traído aquí, detrás de la Cortina del Poder, donde no eres más que una hormiga que se puede aplastar con un dedo? Te puedo matar con el pensamiento.

—¿Lo harías? —Deliberadamente, Jordan caminó alrededor del ataúd de cristal. No quería tener ni la imagen de Dana entre los dos—. ¿Por qué no lo has hecho? Quizá sea porque prefieres acosar y ofender a las mujeres. Es algo distinto cuando se trata de un hombre, ¿no es cierto?

El golpe lo desplazó a tres metros de distancia. Sintió el gusto de la sangre en la boca y escupió sobre las flores aplastadas antes de levantarse. Notó que había algo más que altanería en la cara de Kane. Había furia. Y donde había cólera, había una debilidad.

—Humo y espejos, pero no tienes agallas para luchar como un hombre. Con los puños. Un solo asalto, hijo de puta. Un solo asalto a mi manera.

—¿A tu manera? No puedes imponer tus condiciones aquí. Conocerás el dolor.

Las garras heladas con uñas afiladas lo cogieron por el pecho. La agonía indescriptible lo hizo caer de rodillas y le arrancó un grito de la garganta que no pudo evitar.

—Suplica. —El placer se traslucía en la voz de Kane—. Suplica misericordia. Arrástrate por el suelo.

Con la energía que le quedaba, Jordan levantó la cabeza y fijó su mirada en los ojos de Kane.

—Bésame el…

Su vista se hizo turbia. Escuchó gritos por encima del clamor de sus oídos, sintió una ola de calidez sobre el frío espantoso.

Y la furia de la voz de Kane pareció gritar a través de su mente:

—¡No he terminado contigo!

Jordan se quedó inconsciente.

—¡Jordan! ¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios, Jordan, vuelve!

El hombre pensó que quizá estuviera en un barco que se mecía a trompicones en el mar. Suponía que podía haberse ahogado. El pecho le ardía, la cabeza latía embotada. Pero alguien lo rescataba y posaba unos labios tibios sobre los suyos. Lo devolvía a la vida, le gustara o no.

Pero ¿por qué había un perro ladrando como un loco en medio del mar?

Parpadeó, abrió los ojos y vio a Dana.

Estaba pálida como una muerta, pero le alegró verla. Le pasaba una mano temblorosa por la cara y por el pelo antes de cogerlo en sus brazos y acunarlo.

Fuera del dormitorio, *Moe* ladró y se arrojó contra la puerta cerrada.

—¿Qué diablos? —alcanzó a decir, y miró sin comprender cuando Dana se echó a reír.

—Has regresado. Bien, ya estás de vuelta. —En el pecho de la chica quedaban algunos restos de histeria—. Te sangra la boca. Te sangran la boca y el pecho, y estás muy…, estás muy frío.

—Dame un minuto.

No intentó moverse, todavía no, porque había descubierto que el solo gesto de girar la cabeza le provocaba una horrible oleada de dolor y náuseas.

Pero lo que veía le causaba un bendito alivio. Estaba en el dormitorio de Dana, tumbado sobre la cama y con parte de su cuerpo apoyado en el regazo de la joven, que lo apretaba contra su pecho como si fuera un bebé.

Si no se sintiera como si le hubiera pasado por encima un camión, aquello no estaría nada mal.

—Estaba soñando.

—No. —Dana juntó su mejilla con la de él—. No soñabas.

—Al principio…, o quizá no. Stretch, ¿tienes un poco de whisky por aquí? Necesito un trago.

—Tengo una botella de Paddy.

—Te daré mil dólares por tres dedos de Paddy.

—Hecho. —Su risa era demasiado parecida a un sollozo para que Jordan se sintiera tranquilo—. Bueno, túmbate. Ya lo traigo. Tienes que taparte, estás temblando. —Lo arropó con las mantas como si fuera un insecto en su capullo—. ¡Virgen santa! —La recorrió un escalofrío y puso su frente al lado de la del hombre.

—Dos mil si lo traes dentro de los próximos cuarenta y cinco segundos.

Dana salió corriendo del cuarto y Jordan pensó que no estaba tan mal si todavía podía apreciar la belleza de una Dana desnuda a la carrera.

Un instante después *Moe* saltó sobre la cama y multiplicó los dolores que sentía por todo el cuerpo. Jordan empezó a maldecir y después prefirió suspirar cuando el perro gruñó por lo bajo, olisqueó las mantas y le lamió la cara.

—Sí, eso nos enseñará a volver a echarte del dormitorio cuando queramos hacer el amor en privado.

Moe gimió, golpeó un hombro de Jordan con el hocico, lo rodeó tres veces por completo y se echó a su lado.

Dana apareció pronto con una botella en una mano y un vaso en la otra. Después de servir una cantidad de whisky que excedía en mucho los tres dedos, colocó un brazo detrás de la cabeza de Jordan y le acercó el vaso a los labios.

—Gracias. Ya me arreglo solo.

—Está bien.

Le puso la cabeza con cuidado sobre la almohada antes de coger la botella y tomar un buen trago.

Se imaginó que el calor invadía el estómago de Jordan con la misma intensidad que ella sentía. Más tranquila, se dirigió al armario y cogió una bata.

—¿Tienes que ponértela? Me gusta mirarte.

Dana no quería decirle que tenía la sensación de que le habían frotado la piel con hielo.

—No teníamos que haber dejado al perro fuera del dormitorio.

—Sí, *Moe* y yo lo estábamos discutiendo en este momento. —Puso una mano sobre el ancho lomo de *Moe*—. ¿Es lo que te despertó?

—El perro y tus gritos. —Se estremeció y luego se sentó en un lado de la cama—. Jordan, tu pecho.

—¿Qué? —Se miró el cuerpo cuando Dana le quitó las mantas. Había cinco surcos definidos, como hechos con una garra, sobre el corazón. Notó que no eran muy profundos y dio gracias a Dios; pero sangraban profusamente y le dolían mucho.

—Te estoy manchando las sábanas.

—Las lavaré. —Tragó con esfuerzo—. Será mejor que me ocupe de esos cortes. Mientras lo hago, me puedes contar qué demonios te ha hecho.

Fue al baño a buscar antisépticos y vendajes, puso sus manos en el lavabo y se ordenó respirar profundamente hasta que lo pudo hacer sin sentir hojas de afeitar raspándole la garganta.

Ahora sabía lo que era el miedo. Ya lo había sentido cuando la tormenta asoló la isla y el mar negro había querido atraparla; pero se dio cuenta de que ese terror profundo era una sombra del que había sentido cuando la terrible agonía del grito de Jordan la arrebató del sueño.

Se esforzó por contener las lágrimas. Cuando lo que se necesitaba era actuar, constituían un lujo inútil. Cogió lo necesario y volvió para curar las heridas de Jordan.

—Te he traído unas aspirinas. No tengo nada más fuerte.

—Será suficiente. Gracias. —Se tomó tres con el agua que Dana le ofrecía—. Mira, puedo arreglármelas solo. Recuerdo que la sangre te impresiona.

—No actuaré como un bebé si tú no lo haces. —Ignorando el malestar, se sentó para lavarle las heridas—. Si me hablas, será más difícil que me desmaye.

¿Qué ha pasado, Jordan? ¿Adónde te ha llevado?

—Todo ha comenzado en otro lugar. Me resulta difícil precisarlo, así que puede ser que estuviera soñando. Caminaba. Estaba oscuro, pero había luna llena. Creo que estaría por el Risco. No recuerdo con claridad. Está borroso.

—Sigue contando.

Dana se concentró en su voz, en sus palabras. En cualquier cosa que la distrajera de la manera en que la gasa que usaba enrojecía cuando la presionaba contra las heridas.

—Lo siguiente que recuerdo es que era pleno día. Era… el tipo de funcionamiento que siempre he imaginado que posee el transportador de *Star Trek*. Instantáneo y desorientador.

—No es mi medio de transporte favorito.

—¿Estás bromeando? Tiene una velocidad del demonio… ¡La madre que te parió!

—Lo sé. Lo siento. —Pero apretó los dientes y siguió aplicando el desinfectante sobre los cortes—. Sigue hablando. Queda poco.

Asustado, *Moe* abandonó la escena: bajó de un salto y se arrastró debajo de la cama.

Jordan hizo esfuerzos para respirar a pesar del dolor.

—Estuve detrás de la Cortina del Poder —dijo, y se lo contó todo.

—¿Le has provocado? ¿Deliberadamente? —Se reclinó y todo el interés y preocupación que había en su cara se transformaron en una impaciencia irritada —. ¿Tienes que comportarte siempre como un machote?

—Sí, siempre. Comprende que Kane estaba decidido a hacer lo que tenía en mente. ¿Por qué no podía atacar yo primero, aunque fuera verbalmente?

—No lo sé. Déjame pensar. —El sarcasmo se filtraba en cada palabra. Se golpeó la cabeza con un dedo—. Quizá porque… es un dios.

—¿Y tú te hubieras quedado tan tranquila, con las manos entrelazadas y manteniendo una conversación amable?

—No lo sé. —Lanzó un suspiro y terminó de vendarle—. Probablemente no. —Viendo que había hecho todo lo que podía, se inclinó y apoyó la cabeza sobre las rodillas—. No quiero tener que hacer esto nunca más.

—Los dos queremos lo mismo. —Agarrotado, todavía dolorido, se colocó de modo que pudiera masajear con su mano la espalda de Dana—. Te lo agradezco.

La mujer hizo un esfuerzo para asentir con la cabeza.

—Cuéntame el resto.

—Acabas de limpiar y vendar el resto. Lo que Kane me ha hecho era tan feo como ahora. En realidad, ha sido peor sufrirlo.

—Has gritado.

—¿Tienes que seguir repitiéndomelo? Me avergüenza.

—Si te hace sentir mejor, te diré que yo también he gritado. Me he

despertado y tú estabas…, me dio la impresión de que sufrías una convulsión. Tenías una palidez de muerto, sangrabas y temblabas. Yo no sabía qué mierda hacer. Supongo que me ha entrado un ataque de pánico. Te he abrazado y he empezado a gritar. Se te han ido las fuerzas. Casi en el momento que te toqué, te has quedado como un trapo. He pensado…, por un instante he pensado que estabas muerto.

—Te he oído.

Dana permaneció donde estaba, luchando por contener las lágrimas.

—¿Cuándo?

—Después de caerme al suelo por segunda vez. He oído que me llamabas, y ha sido como volver aspirado al viejo transportador. También he oído a Kane, justo en el momento en que he desparecido. Lo he oído, pero dentro de mi cabeza. « ¡No he terminado contigo!» . Estaba realmente furioso. No ha podido mantenerme allí. No había terminado conmigo, pero no ha podido impedir que me fuera.

—¿Por qué?

—Te has despertado. —Alargando la mano, Jordan pasó sus dedos por la mejilla de Dana—. Me has llamado. Me has tocado, y eso me ha hecho volver.

—¿El contacto humano?

—Quizá algo tan simple como eso —aceptó Jordan—. Quizá algo tan simple… cuando los seres humanos están conectados.

—¿Pero por qué tú? —Cogió una gasa y le limpió un corte en el labio—. ¿Por qué te ha llevado detrás de la Cortina?

—Eso es algo que tendremos que descifrar. Cuando lo hagamos… ¡Ay!

—Perdón.

—Cuando lo hagamos —repitió mientras le retiraba la mano—, habremos obtenido más piezas de este puzzle tan extraño.

Simples o complejas, Dana necesitaba respuestas. Condujo hasta el Risco del Guerrero para conseguirlas, con *Moe*, que, feliz, sacaba la cabeza por la ventanilla del copiloto. Las investigaciones y las especulaciones estaban bien, pero esta vez se había vertido la sangre de su chico. Ahora quería hechos, los hechos descarnados.

Los árboles todavía reflejaban el sol y su colorido se recortaba contra un cielo gris recorrido por escasas nubes; pero más hojas que otras veces cubrían el camino y el suelo del bosque.

Dana pensó que ya había pasado la mitad de su plazo. El tiempo pasaba con rapidez y sus cuatro semanas se reducían a dos.

¿Qué pensaba? ¿Qué sabía? Examinó todos los elementos que poseía mientras recorría los últimos kilómetros que faltaban y traspasaba la verja.

Rowena estaba en el jardín delantero recogiendo algunas de las últimas flores caídas. Llevaba un grueso jersey azul oscuro salpicado de motas doradas y, para sorpresa de Dana, unos vaqueros muy usados y botas desgastadas.

Tenía el pelo recogido en una coleta que caía entre sus omóplatos.

«La diosa rural en su jardín», pensó Dana, e imaginó que Malory podría verla como si fuera un cuadro.

Rowena levantó una mano para saludarla y después una sonrisa iluminó su rostro cuando descubrió a *Moe*.

—Bienvenidos. —Corrió hacia el coche mientras Dana aparcaba y abrió la puerta para que bajara el perro—. ¡Aquí está mi niño bonito! —Su risa resonó cuando *Moe* saltó para lamerle la cara—. Tenía la esperanza de que me hicierais una visita.

—¿Yo o *Moe*?

—Los dos sois una sorpresa encantadora. Ostras, ¿qué es esto? —Se llevó la mano a la espalda y después la sacó de nuevo. Sostenía una gran golosina para perros que hizo que *Moe* gimiera de placer—. Sí, es para ti, claro que sí. Ahora, si te sientas y me das la mano como un caballero…

Apenas habían salido estas palabras de su boca cuando *Moe* apoyó su trasero sobre el suelo y levantó una pata. Intercambiaron un apretón de manos con una larga mirada de admiración mutua. El perro cogió delicadamente la golosina de manos de Rowena y luego se tumbó a sus pies para masticarla.

—¿Es algo como lo que hace el doctor Doolittle? —preguntó Dana, y recibió una mirada perpleja por parte de Rowena.

—¿Perdón?

—Ya sabes. Hablar con los animales.

—Digamos que sí…, de cierta manera. ¿Qué te puedo ofrecer? —preguntó a Dana.

—Respuestas.

—Tan sobria, tan seria. Y tan atractiva esta mañana. Qué conjunto más maravilloso. Tienes una colección tan elegante de chaquetas… —comentó Rowena mientras le pasaba un dedo por la manga, hecha con una tela de tapicería de un dorado opaco—. Quisiera que fuera mía.

—Imagino que puedes hacer aparecer una chaqueta de la misma forma en que has hecho aparecer la golosina de *Moe*.

—Bueno, pero eso haría desaparecer toda la diversión y la aventura que se vive al ir de compras, ¿verdad? ¿Quieres entrar? Tomaremos el té al lado del fuego.

—No, gracias, no tengo demasiado tiempo. Vamos a hacer la mudanza a la nueva casa a primera hora de la tarde, por lo que tengo que volver pronto. Rowena, hay algunas cosas que necesito saber.

—Te diré lo que pueda. ¿Por qué no caminamos? Se acerca la lluvia —añadió

lanzando una mirada al cielo cubierto—; pero falta un poco todavía. Me gusta sentir el aire cargado antes de la lluvia.

Como *Moe* terminó de dos bocados con la golosina, Rowena abrió la mano y le mostró una pelota de goma de un rojo brillante. La lanzó a través de la hierba en dirección al bosque.

—Debo advertirte que *Moe* esperará que le sigas lanzando la pelota durante los próximos tres o cuatro años.

—No hay nada tan perfecto como un perro. —Rowena agarró amigablemente a Dana de un brazo y empezó a caminar—. Es un consuelo, un amigo, un guerrero, una diversión. Solo nos pide que lo amemos.

—¿Por qué no tienes uno?

—Ah, bueno…

Con una sonrisa triste, Rowena palmeó la mano de Dana y se inclinó para recoger la pelota que *Moe* había dejado a sus pies. Lo acarició y le arrojó la pelota para que fuera a buscarla.

—No puedes. —La idea la sacudió e hizo que se tocara la sien con un dedo—. Bueno, no quiero decir que no puedas, pero siendo realistas… la vida de un perro es mucho más corta todavía que la de un ser humano normal. —Recordó lo que Jordan había dicho acerca de que Rowena y su compañero estaban solos y que su inmortalidad en ese plano era más una maldición que un don—. Una longevidad tan espectacular como la tuya y la brevedad de la vida de un perro común no casan bien.

—Sí. He tenido perros. En casa, constituían uno de mis grandes placeres. —Cogió con sus elegantes manos la pelota, que ya estaba cubierta de marcas de colmillos y de saliva del perro, y se la lanzó al incansable *Moe*—. Cuando nos echaron, necesité creer que haríamos lo que era menester y volveríamos. Pronto eché de menos mi hogar y me consolé con un perro. El primero fue un lebrel irlandés. Era muy bonito, bravo y leal. Diez años. —Suspiró. Caminaban bordeando el bosque—. Fue mío durante diez años. Un instante. Hay cosas que no podemos cambiar, que se nos niegan mientras vivimos en este mundo. No puedo extender la vida de una criatura más allá de lo prescrito. Ni siquiera la de mi perro adorado.

Levantó la pelota de *Moe* y la envió en otra dirección.

—Yo también tuve un perro cuando era pequeña. —Como Rowena, Dana observó a *Moe* correr detrás de la pelota como si fuera la primera vez—. Bueno, en realidad era la perra de mi padre. La trajo un año antes de que yo naciera, de manera que crecí con ella. Murió cuando yo tenía once años. Lloré durante tres días.

—Entonces sabes lo que se siente. —Rowena sonrió un poco cuando *Moe* se acercó con la pelota en la boca como si fuera una manzana—. Lo lamenté tanto

que juré que nunca más tendría uno; pero no cumplí mi palabra; muchas veces. Hasta que tuve que aceptar que mi corazón se rompería si tenía que soportar la muerte de otro perro querido, y tan frecuentemente. Por eso me gusta tanto… —Se inclinó para coger la cabeza de *Moe* entre sus manos—. Te agradezco mucho que hayas traído al precioso *Moe* a visitarme.

—Todo no es tan maravilloso como lo pintan, ¿verdad? Ni el poder, ni la inmortalidad.

—En todo hay dolor, pérdidas y precios que pagar. ¿Es lo que querías saber?

—En parte. Hay limitaciones, al menos cuando estás en este mundo. Kane también tiene limitaciones cuando está aquí. Limitaciones cuando se relaciona con nuestro mundo. ¿No es verdad?

—Es una deducción muy exacta. Vosotros sois criaturas con libre albedrío. Así debe ser. Él puede atraer, mentir, engañar; pero no puede obligar.

—¿Puede matar?

Rowena lanzó nuevamente la pelota, esta vez más lejos para que *Moe* corriera más.

—No hablas de una guerra ni se trata de defenderse, ni de la protección de inocentes o seres queridos. El castigo de quitar la vida a un ser humano es tan terrible que no puedo creer que se arriesgue a hacerlo.

—El fin de la existencia —ratificó Dana—. He investigado. No la muerte, ni el paso a otra vida, sino un final.

—Hasta los dioses tienen miedos. Ese es uno. También lo es la extinción del poder, la prisión entre mundos que no permite la entrada a nadie. A eso se puede arriesgar.

—Ha intentado matar a Jordan.

Rowena se dio la vuelta y agarró a Dana por un brazo.

—Cuéntame exactamente lo que ha pasado.

Dana le relató todo lo que había sucedido en mitad de la noche.

—¿Se lo ha llevado detrás de la Cortina? —preguntó Rowena—. ¿Y allí ha derramado su sangre?

—Así es.

Comenzó a andar de un lado a otro, tan inquieta que *Moe* se sentó inmóvil con la pelota mordisqueada en la boca.

—Ni siquiera en esas ocasiones se nos permite ver, ni enterarnos de lo que ha pasado. ¿Dices que estaban solos? ¿No había nadie con ellos?

—Jordan dijo algo acerca de un ciervo.

—Un ciervo. —Rowena se quedó inmóvil—. ¿Qué clase de ciervo? ¿Qué aspecto tenía?

—Tenía aspecto de ciervo. —Dana levantó las manos—. Excepto que supongo que era de ese tipo que uno espera encontrarse en los lugares en que las flores parecen rubíes y todo lo demás. Jordan dijo que era de color oro y que

tenía unos cuernos plateados.

—Un macho, entonces.

—Sí. Ah, además tenía un collar de piedras preciosas.

—Es posible —susurró Rowena—. Pero ¿qué significa?

—Dímelo tú.

—Si era él, ¿por qué lo permitió? —Agitada, empezó a caminar por el límite que separaba la hierba del bosque—. ¿Por qué lo permitió?

—¿Quién permitió qué? —preguntó Dana mientras le sacudía el brazo a Rowena para llamar su atención.

—Si era el rey —dijo Rowena—, si era nuestro rey bajo la forma de un ciervo macho, si eso es cierto, ¿por qué iba a permitir que Kane llevara a un mortal detrás de la Cortina sin consentimiento? Y menos hacerle daño y derramar su sangre. ¿Qué guerra se está desarrollando en mi mundo?

—Lo lamento, pero no lo sé. El único herido, hasta donde yo sé, es Jordan.

—Hablaré con Pitte —informó Rowena—. Pensaré. ¿No ha visto a nadie más…? ¿Solo a esos dos?

—Solo al ciervo y a Kane.

—No tengo las respuestas que quieres. Kane ha intervenido antes, pero nunca había llegado tan lejos. El hechizo fue obra suya, y sus límites también; pero se los salta y nadie lo detiene. Puedo hacer más, y lo haré. Aunque ya no tengo certeza sobre la extensión de su poder o de su protección. No puedo estar segura de que el rey siga gobernando.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces es la guerra —dijo Rowena secamente—. Y seguimos sin volver a casa. Eso me dice que a pesar de lo que esté sucediendo o haya sucedido en mi mundo, mi destino sigue siendo terminar lo que me enviaron a hacer. Tengo que creer que tu destino es ayudarme. —Aspiró profundamente para calmarse—. Te voy a dar un bálsamo para las heridas de tu chico.

—Nos hemos acostado. No sé si eso lo convierte en mi chico.

Con un gesto indiferente, Rowena dejó de lado esa cuestión.

—Debo hablar con Pitte. La estrategia es su tema. Ven. Te daré el ungüento.

—Espera un minuto. Una pregunta: ¿Jordan es esencial para encontrar mi llave?

—¿Por qué preguntas lo que ya sabes?

—Quiero una confirmación.

Como respuesta, Rowena puso sus dedos sobre el corazón de Dana.

—También la tienes.

—¿Forma parte de esto porque yo lo amo?

—Es parte de ti porque lo amas. Y tú eres la llave. —Cogió la mano de Dana —. Ven, te daré el bálsamo para tu guerrero y luego te mandaré a casa. —Echó una mirada al cielo encapotado—. La lluvia está a punto de llegar.

12

Brad echó el hielo en un cubo de hierro y creó así un entorno frío, aunque humilde, para la botella de champán Cristal. Cubrió el gollete expuesto con un trapo limpio.

A su espalda, Flynn y Jordan montaban una mesa plegable.

—La tela para poner encima está en la bolsa.

Flynn echó un vistazo.

—¿La tela?

—El mantel.

—¿Para qué necesitan un mantel? La mesa está limpia.

—Por favor, pon encima el jodido mantel.

Jordan fue hacia la bolsa y la abrió de un tirón.

—Mirad, tiene un mantel con preciosos capullos de rosa.

—Y servilletas a juego —añadió Flynn mientras las sacaba de la bolsa.

—¡Qué tierno! No sabía que tenías tu lado femenino.

—Cuando hayamos terminado con esto, os daré un buen patadón en el culo únicamente para restablecer mi virilidad…, y porque lo voy a disfrutar. —Brad sacó las copas de champán que había traído y las observó con cuidado para comprobar que no estaban sucias—. Luego quizá les cuente a las mujeres que la idea de esta reunión ha sido mía para desacreditaros ante ellas.

—Eh, que yo dije lo de las flores —le recordó Flynn.

—Yo compré los dulces —añadió Jordan mientras sacudía la caja de galletas.

—Las ideas ganan más puntos que las galletas y las flores, amigos míos. —Brad estiró el mantel para alisarlo—. Lo fundamental está en las ideas y su presentación. Está demostrado que si uno está en contacto con su lado femenino puede seducir a más mujeres.

—Entonces, ¿cómo es que Flynn y yo somos los únicos que follamos?

—Dadme tiempo.

—Tendría que darte una hostia por referirte de esa forma a mi hermana y a mi chica. —Flynn estudió la sonrisa de Jordan—. Pero no solo es una afirmación cierta, sino que además se la restriegas a Brad por las narices, así que lo dejaré pasar. ¿Cuánto tiempo nos queda?

—Un rato todavía —dijo Jordan—. Las escrituras de propiedad deberían ser

bastante simples, pero intervienen abogados y empleados de banco y hay que firmar muchos papeles, así que tardarán el doble del tiempo que pensáis.

Retrocedió y miró la mesa colocada en el vestíbulo. Tuvo que admitir que era un detalle agradable entre los trapos sucios y los bártulos de pintar. Una nota de color y fiesta destacando contra las paredes recién blanqueadas.

Sabía que las chicas se derretirían como un helado en julio.

—Está bien, ha sido una buena idea, Brad.

—Tengo millones de ideas buenas.

—No entiendo por qué tenemos que irnos antes de que lleguen —se quejó Flynn—. Me gustan el champán y las galletas, sin mencionar los besos largos y húmedos que generará nuestra idea.

—Porque este momento es de ellas, esa es la razón. —Satisfecho, Brad se apoyó en la escalera de mano—. Si lo admitimos, a largo plazo se generarán más besos largos y húmedos.

—Me gustan las gratificaciones instantáneas. —Pero Flynn se detuvo y miró a su alrededor—. Es cierto que va a ser un lugar estupendo: una idea innovadora, una buena ubicación y un ambiente atractivo. Es bueno para el valle. Bueno para ellas. Deberíais ver algo de lo que Malory ha traído para su tienda. El fin de semana fuimos a ver a un par de artistas de los que va a representar. Muy buenos.

—La ha acompañado a ver cuadros —señaló Jordan, y con una sonrisa se metió un dedo en la boca e hizo que la mejilla se hinchara como si tuviera un anzuelo clavado—. ¿Faltará mucho para que vayan a la ópera?

—Ya veremos quién se ríe cuando estés sentado en la librería de Dana bebiendo té de hierbas.

—No está tan mal. Brad posiblemente tenga que hacerse una limpieza de cutis para conquistar a Zoe.

—Hay fronteras que no se pueden cruzar, sea cual sea el premio. —Pero Brad miró escaleras arriba—. Necesitan decidir qué tipo de iluminación quieren instalar. Y hay que reemplazar algunos rodapiés y algunos marcos de las ventanas. Vendría bien un nuevo lavabo en el piso de arriba.

—¿Planeas seducir a Zoe con aparatos sanitarios? —preguntó Flynn—. ¡Qué bastardo más astuto! Me enorgullezco de ser tu amigo.

—Seducirla puede tener beneficios secundarios muy interesantes… Después de todo, con la escalera de mano conseguí cenar pollo.

—¿Pollo? Puedes cenar pollo en el Main Street Diner. Es el menú especial de los martes. —Apenado, Flynn sacudió la cabeza—. El orgullo que sentía por ti está desapareciendo.

—Apenas he empezado. La verdad es que les vendría bien un poco de ayuda. Hay que hacer algunos arreglos en los techos y trabajos de carpintería, fontanería y electricidad. Tienen que hacer algunas reformas en las ventanas.

Podríamos intervenir con algo más que champán y galletas.

—Contad conmigo —se ofreció Jordan.

—Claro, ya estabas apuntado. —Flynn se encogió de hombros—. Coño, parece que mi casa se va a convertir en una central de reformas durante un tiempo. Hay para todos. Si ponemos unos clavos, evitaremos volvernos locos con el tema de las llaves.

—Ahora que lo mencionas —Jordan miró hacia las ventanas cuando la lluvia comenzó a golpearlas—, será mejor que os cuente lo que pasó anoche.

—¿Le ha pasado algo a Dana? —Flynn se separó de la pared—. ¿Se encuentra bien?

—A ella no le ha pasado nada. Está bien. Coño, necesito fumar. Salgamos al porche.

Permanecieron fuera mientras la lluvia tamborileaba sobre el alero. Les detalló toda su aventura: los colores, los sonidos, los movimientos, y construyó la historia como lo había hecho de niño cuando jugaban en tiendas de campaña montadas en un patio o alrededor de una fogata en el bosque.

Sin embargo, esta vez la historia no había surgido de su imaginación, que, por muy ágil y fecunda que fuera, no podía crear esos surcos sangrientos de su pecho. Sus amigos se quedaron de piedra cuando se levantó la camisa para mostrarles las heridas. Jordan se consoló algo al ver como Flynn retenía el aliento y el gesto de solidaridad de Brad.

—Mierda, qué aspecto más feo tienen. —Flynn estudió las heridas—. ¿No deberías haberte puesto un vendaje o algo así?

—Anoche Dana lo vendó, pero no es precisamente una enfermera experimentada. Esta mañana me he dado un mejunje. Lo importante es que nuestro amigo estaba muy cabreado, lo suficiente como para querer matarme. ¿En qué situación se quedan las chicas con esto?

Un destello iluminó los ojos de Flynn.

—Kane no tocó a Malory. Nunca la tocó físicamente. La forma en que la afectó psíquicamente resultó muy desagradable y aterradora; pero esto… Debemos frenarlo.

—Estoy abierto a recibir cualquier idea. —Jordan abrió los brazos—. El problema reside en que, en lo que a magia se refiere, no soy capaz ni de sacarme un conejo de la chistera.

—Algunas cosas de las que hace que parecen magia son solo triquiñuelas, ilusiones ópticas —musitó Brad.

—Déjame decirte, amigo mío, que cuando ese tío te clava las garras no es ninguna ilusión óptica.

—No me refería a eso, sino a cuál debe ser nuestra función —le dijo Brad a Jordan—. Si conseguimos que nos persiga a nosotros, les daremos más espacio a las chicas. Tiene algún motivo para ir a por ti. Si pudiéramos saber cuál es y

aprovecharlo, quizá pudiéramos distraer su atención y liberar a Dana durante las dos próximas semanas. Y a Zoe, cuando le llegue su turno.

—No recuerdo nada concreto. Me da la sensación de que sé algo, pero no sé qué. —Frustrado, Jordan se metió las manos en los bolsillos—. Algo que yo sé o que he sabido, esa es la respuesta. O una de las respuestas. Algo del pasado que entra en juego en el presente.

—Algo entre tú y Dana —sugirió Brad.

—Tiene que haber alguna conexión, ¿verdad? De otra forma, no se ajustaría al modelo. Y si no fuera importante, ¿por qué me iba a atacar?

—Quizá sea el momento de celebrar una reunión —empezó a decir Brad.

—A ti te conviene, para ti siempre es un buen momento para reunirse —le espetó Flynn.

—Me veo obligado a señalar que no llevo traje.

—Lo llevas dentro de ti. Quizá incluso con raya diplomática. Y apuesto a que también llevas corbata. Pero estoy desvariando. Quizá lo del traje esté bien —le dijo a Jordan—. Los seis debemos reunirnos y hacer planes. En tu casa —dijo mientras palmeaba a Brad en el hombro—. Tienes más muebles y mejor comida.

—Me viene bien. Cuanto antes, mejor. —Brad miró su reloj—. ¡Ja, ja, tengo una reunión! Arregladlo todo con las chicas y después me avisáis.

Entró en la casa para coger la chaqueta y después corrió hacia el coche bajo la lluvia.

Jordan se quedó observando cuando Brad se alejó.

—Si superamos esta prueba y llegamos a la siguiente, será su cabeza la que esté en juego.

—¿Crees que no lo sabe?

—No, me imagino que lo sabe. Me estaba preguntando si Zoe también lo sabe.

En ese momento, lo único que Zoe sabía era que estaba viviendo uno de los días más importantes de su vida. Apretó las llaves, sus llaves, dentro del puño. Eran nuevas, totalmente nuevas, a juego con las cerraduras recién compradas para reemplazar las viejas.

Ella misma pondría la cerradura en la puerta principal, sabía cómo hacerlo. Pensó que sería como una especie de rito, como una especie de declaración de derechos.

Aparcó, corrió bajo la lluvia hacia el porche delantero y después esperó a sus amigas, que venían detrás. Malory tenía las llaves antiguas. Además, lo suyo era que las tres entraran juntas.

¿No era todo un símbolo que Malory tuviera la llave vieja y que ella y Dana

esperaran mientras Malory abría la puerta? La primera puerta.

Malory había completado su parte en la búsqueda y había encontrado su llave. Ahora era el turno de Dana. Después, Dios mediante, vendría el suyo.

—La lluvia arrancará muchas hojas de los árboles —comentó Malory mientras se cobijaba bajo el alero—. Después no quedará mucho verde.

—Ha estado bien mientras ha durado.

—Sí, es cierto. —Malory empezó a abrir la puerta y se detuvo—. Se me acaba de ocurrir. La casa ya es nuestra ahora. Realmente nuestra. Quizá deberíamos decir algo profundo o hacer algo especial.

—No voy a cargar con ninguna de las dos en brazos para cruzar la puerta —dijo Dana echándose hacia atrás el pelo mojado.

—Un meneo de culos —decidió Zoe, haciendo reír a Dana.

—¡Meneo de culos! —aceptó—. De las tres.

Las pocas personas que paseaban en sus coches se sorprendieron un poco al ver a tres mujeres en un bonito porche azul meneando los traseros frente a una puerta cerrada.

Riendo, Malory giró la llave.

—Ha estado bien. Allá vamos. —Abrió la puerta con lo que consideró un ademán muy ostentoso, y después se quedó con la boca abierta—. ¡Oh, cielo santo, mirad!

—¿Qué? —Instintivamente, Zoe la cogió de un brazo, lista para ayudarla a retroceder—. ¿Es Kane?

—No, no. Mirad. ¡Oh, qué bonito! Mirad lo que han hecho. —Corrió al interior y por poco no aterrizó con la cara en las rosas colocadas sobre la mesa plegable—. Flores. Nuestras primeras flores. Flynn recibirá un gran premio por este detalle.

—Ha sido muy atento, es cierto. —Zoe olió las flores y luego abrió la caja de la pastelería—. Galletas. De las mejores. Qué buen chico tienes, Malory.

—No lo ha hecho solo. —Dana sacó el champán del cubo y arqueó las cejas al ver el marbete—. Esto tiene las huellas digitales de Brad por todas partes. No solo es champán, sino que es una marca estupenda.

Zoe frunció el ceño al ver el marbete.

—Es muy caro, ¿verdad?

—No solo caro, también muy elegante. La única vez que he visto una botella de estas fue cuando cumplí veintiún años y Brad me regaló una. Siempre ha tenido estilo.

—Los tres lo han preparado para nosotras. —Con un largo suspiro, Malory acarició con sus dedos los pétalos de las rosas—. Yo diría que los tres tienen estilo.

—No los defraudemos.

Dana quitó el corcho y sirvió el champán en las tres copas que había sobre la mesa.

—Tenemos que hacer un brindis.

Zoe cogió las copas y las repartió.

—No brindemos por nada que nos haga llorar. —Malory tranquilizó su respiración—. Las flores ya me han emocionado bastante.

—Ya lo tengo —Dana levantó su copa—: ¡Por ConSentidos!

Chocaron las copas y bebieron. También lloraron un poquito.

—Tengo algo que quiero enseñaros. —Malory dejó la copa sobre la mesa y cogió su cartera—. Es una idea con la que estaba jugando. No quiero que os sintáis obligadas. No heriréis mis sentimientos si no os gusta. Es solo…, solo una sugerencia.

—Deja de tenernos en suspense. —Dana cogió su cartera—. Habla.

—Bien. Estaba pensando en un logotipo, ya sabéis, algo que haga alusión a las tres actividades. Por supuesto, quizá queramos que funcionen separadas, pero podríamos usar un logotipo común para los membretes de las cartas, las tarjetas comerciales y la página web.

—Una página web… —Dana apretó los labios y asintió—. Vas muy por delante de mí.

—Merece la pena planificar. ¿Recuerdas a Tod?

—Claro. Un tío realmente listo que trabajaba contigo en La Galería —contestó Dana.

—Eso es. También es un buen amigo y un genio diseñando por ordenador. Podríamos pedirle que prepare algo para una página web. En realidad, tengo la esperanza de poder ofrecerle empleo con nosotras. Es un poco precipitado, pero soy optimista. Creo que voy a necesitar ayuda. Todas la vamos a necesitar.

—No me había anticipado tanto —admitió Dana—, pero es verdad que a mí también me hace falta al menos un vendedor a tiempo parcial que pueda preparar té y servir vino. Creo que necesitaré dos personas, en realidad.

—Yo he echado mis redes para encontrar una peluquera, una manicura y a alguien más. —Zoe, nerviosa, se presionó una mano contra el estómago—. ¡Joder, vamos a tener empleados!

—Me gusta esta parte. —Dana levantó nuevamente su copa de champán—. Me gusta ser la jefa.

—También necesitaremos un gestor, muebles de oficina, carteles, presupuesto para publicidad, una centralita telefónica… He hecho una lista —terminó Malory.

Dana se rio.

—Apuesto a que sí. Bueno, ¿qué más llevas en la cartera?

—Vale. El logotipo. Lo hice a partir de una idea que se me había ocurrido.

Sacó una carpeta, la abrió y puso un dibujo sobre la mesa.

Era una mujer sentada en una silla elegante que se encontraba reclinada sobre el respaldo. Transmitía una sensación de comodidad y relajación. En las

manos sostenía un libro abierto y en la mesita que había junto a ella se veía un vaso de vino y una rosa dentro de un florero. La imagen estaba bordeada por una cenefa muy elaborada que la enmarcaba como si fuera un retrato artístico.

Encima de la cenefa figuraba una palabra: « ConSentidos» .

Debajo decía: « Para el cuerpo, la mente y el espíritu» .

—¡Guau! —exclamó Zoe balbuciente mientras apoyaba una mano sobre el hombro de Malory.

—Es solo un esbozo —dijo Malory rápidamente—. Algo que represente y aúne las tres actividades, porque vamos a usar el mismo nombre para todas. Podemos poner el logo en nuestras tarjetas personales, en el membrete de las cartas, en las facturas, en lo que sea. Con algo que diga…, no lo sé bien…: « ConSentidos, para la belleza. ConSentidos, para la literatura. ConSentidos, para el arte» . Así especificaríamos la actividad de cada negocio y a la vez mantendríamos los tres bajo el mismo paraguas.

—¡Estupendo! —exclamó Zoe—. ¿No piensas lo mismo, Dana?

—Es perfecto. Absolutamente perfecto, Mal.

—¿De verdad? ¿Os gusta? No quiero presionaros solo porque…

—Hagamos un pacto —la interrumpió Dana—: En cuanto cualquiera de las tres se sienta presionada lo dirá. Somos mujeres, y no somos peleles. ¿Estáis de acuerdo?

—Trato hecho. Puedo pasarle este boceto a Tod —siguió diciendo Malory— para que haga un modelo de membrete. Lo hará como un favor. Maneja el ordenador mejor que yo.

—¡Ya no puedo esperar más! —Zoe emitió un chillido y dio unos pasos de baile alrededor del salón—. Mañana sin falta comenzaremos a trabajar en serio aquí.

—Espera. —Dana abrió los brazos abarcando con ellos las paredes—. Si mañana empezamos en serio, ¿cómo llamas a todo el trabajo que hemos estado haciendo hasta ahora?

—Eso es la punta del iceberg.

Sin dejar de bailar, cogió su copa de champán.

Dana nunca se había considerado perezosa. Estaba dispuesta a trabajar duro, insistía en hacer su parte y finalizaba las tareas. No hubiera aceptado hacer menos.

Siempre había pensado de sí misma que era una mujer con elevados valores morales, tanto en lo personal como en lo profesional, y tendía a despreciar a quienes se escaqueaban del trabajo y a quienes se quejaban de que la tarea que se habían comprometido a realizar era demasiado dura, demasiado comprometida o que les traía demasiados problemas.

Sin embargo, comparada con Zoe, pensaba Dana mientras corría al mercado a comprar algunas provisiones, era una enferma imaginaria. Un bebé llorón y debilucho. Su amiga la había agotado en las primeras veinticuatro horas.

Pintura, papeles pintados, muestrarios, artefactos de iluminación, herramientas, ventanas, recubrimientos para el suelo, y el presupuesto necesario para comprar todo eso y más. Mientras sopesaba en la mano unos plátanos, pensó que no era solo lo que pensaba y decidía Zoe lo que podía hacer que te explotara la cabeza. También estaba el trabajo.

Raspar, levantar, guardar, sacar, perforar, atornillar, martillar.

Bueno, no había duda alguna, reflexionó mientras elegía unas naranjas. Cuando se trataba de organizar, distribuir y mejorar una tarea, Zoe McCourt era la mujer ideal.

Entre el trabajo, las decisiones, la angustiosa búsqueda de la llave y su lucha por mantener bajo control sus sentimientos por Jordan, Dana estaba completamente agotada.

Pero ¿podía irse a casa, echarse en la cama y dormir durante diez horas? « Oh, no —pensó mientras se dirigía al pasillo de los lácteos—. No, de ninguna manera» . Tenía que asistir a una importante reunión en casa de Brad, junto al río.

En realidad necesitaba al menos dos horas completas de soledad absoluta y silencio; pero tenía que renunciar a parte de su tiempo de descanso para comer algo, si no quería morir de inanición la siguiente semana.

Además, había perdido la confianza en encontrar en la pila de libros que había acumulado la respuesta que la llevara a la llave. Había leído y leído, había seguido todas las pistas, pero no parecía haberse acercado a una hipótesis concreta, y mucho menos a la solución.

Si fracasaba, ¿qué podría ocurrir? No solo defraudaría a sus amigas, a su hermano y a su chico; no solo decepcionaría a Rowena y a Pitte, sino que su incapacidad condenaría a las Hijas de Cristal al menos hasta que se eligiera el próximo trío.

¿Cómo podría vivir con ese remordimiento? Deprimida, echó a la cesta de la compra un cuarto de litro de leche. Había contemplado la Urna de las Almas con sus propios ojos y le había dolido ver aquellas luces azules golpeando frenéticamente las paredes de la prisión.

Si no podía encontrar la llave y abrir la cerradura, como había hecho Malory con la primera, todo lo que habían pasado no serviría de nada.

Y Kane vencería.

—Sobre mi cadáver —aseguró, y se sobresaltó cuando alguien le tocó el brazo.

—Perdón. —La mujer rio—. Perdón. Parecía que estabas luchando contigo misma. Generalmente yo no llego a ese punto antes de encontrarme en la

sección de postres helados.

—Bueno, ya sabes: ¿leche entera, baja en grasas, dos por ciento? Es un caos.

La mujer apartó su carrito para permitir el paso de otro cliente.

«Guapa, morena, en la treintena…», observó Dana intentando recordar.

—Perdona, yo te conozco, ¿no es cierto? No consigo ubicarte.

—Nos ayudaste a mí y a mi hijo hace un par de semanas en la biblioteca. —Alargó el brazo para coger un litro de leche—. Tenía que entregar un trabajo al día siguiente para la clase de Historia de Estados Unidos.

—Ah, ya recuerdo. —Dana hizo un esfuerzo por alejar sus sombríos pensamientos y devolverle la sonrisa—. Un trabajo sobre la historia de Estados Unidos, con la señora Janesburg, séptimo curso.

—Eso mismo. Soy Joanne Reardon. —Le tendió la mano—. Y la vida que salvaste es la de mi hijo Matt. La semana pasada fui a la biblioteca para darte las gracias otra vez, pero me dijeron que ya no trabajas allí.

—Así es. —Los negros pensamientos aparecieron de nuevo con el recuerdo—. Se podría decir que me he retirado abruptamente del servicio de bibliotecas.

—Lo lamento mucho. Estuviste genial con Matt. Conseguiste que obtuviera una nota muy alta. Le faltó un poco para que le pusieran un diez, así que en casa le felicitamos.

—¡Cuánto me alegro! —Le gustaba escuchar eso, en especial después de un día tan largo—. Matt debe de haberse esforzado mucho. La señora Janesburg no pone notas altas con facilidad.

—Es verdad que se esforzó, pero no lo habría logrado si tú no lo hubieras colocado en la buena dirección. Es más, no lo habría hecho si no hubieras encontrado la llave adecuada para que se le abriera la mente. Me alegra haber tenido la oportunidad de decírtelo.

—Yo también. Me has alegrado el día.

—Lamento lo de tu empleo. No es asunto mío, pero si alguna vez necesitas una referencia personal, puedes tener la mía.

—Gracias. De verdad. En realidad, voy a poner una tienda con unas amigas. Abriré una librería más o menos dentro de un mes. Quizá tarde un poco más, ahora lo estamos arreglando todo.

—¿Una librería? —Los ojos castaños de Joanne brillaron con interés—. ¿En el centro?

—Sí. Una tienda múltiple. Una librería, una tienda de arte y artesanía y un salón de belleza. Estamos arreglando una casa en Oak Leaf.

—Parece una idea excelente. ¡Qué bien! Todo eso en un mismo lugar y en el centro. Vivo a solo dos kilómetros de allí. Prometo ser una de tus clientes habituales.

—Si todo va bien, estará todo abierto para las vacaciones.

—Estupendo. No necesitarás gente, ¿verdad?

—¿Gente? —Dana se echó hacia atrás y se lo pensó—. ¿Estás buscando trabajo?

—Estoy pensando en volver a trabajar, pero quiero algo cerca de casa, que sea divertido y con horarios flexibles. Es decir, un trabajo de ensueño. Especialmente si tienes en cuenta que hace diez años que no trabajo fuera de casa, que hace muy poco que he aprendido a usar el ordenador —quizá sea un poco arriesgado decir que lo domino— y que mi principal experiencia laboral se limita a haber trabajado, cuando terminé la facultad, como secretaria en un despacho de abogados de Filadelfia, donde no destaqué especialmente. —Se rio de sí misma—. No es una gran recomendación la que me estoy haciendo.

—¿Te gusta leer?

—Dame un libro y un par de horas de tranquilidad, y me siento en paz con el mundo. También se me da bien relacionarme con la gente y no busco un salario extraordinario. Mi marido tiene un buen empleo y estamos bien económicamente, pero me gustaría aportar algo al hogar. Y me gustaría hacer algo para ganar un sueldo que no tenga nada que ver con el lavado, la cocina o las amenazas a un niño de once años para que se ordene su cuarto.

—Pienso que son unas cualidades excelentes para una empleada potencial. ¿Por qué no vienes al local un día de estos? Es una casa con el porche pintado de azul. Puedes echar una ojeada al lugar y hablaremos un poco más.

—Perfecto. Iré. ¡Guau! —Soltó una carcajada—. Estoy muy contenta de haberte encontrado. Debe de haber sido el destino.

« El destino» , pensó Dana cuando se despidieron. Últimamente no le daba demasiado crédito al destino. La necesidad de llenar la despensa la había traído aquí, al pasillo de lácteos del supermercado más cercano.

« Una cosa pequeña» , pensó mientras seguía andando por los pasillos. Algo cotidiano. Pero ¿no la había llevado aquí justo en el momento oportuno? ¿No había encontrado a una mujer que podría convertirse en otro radio de la rueda de su vida?

Más que eso. Había encontrado a la mujer que le había dicho exactamente lo que necesitaba oír:

« Encontraste la llave adecuada para que se le abriera la mente» .

¿Había sido una mera coincidencia que Joanne utilizara esa frase? Dana no la iba a descartar de plano. No, su llave —la llave adecuada— era la sabiduría.

Dana se prometió que la encontraría. Lo conseguiría si mantenía la mente abierta.

13

En opinión de Dana, se podía decir mucho sobre Bradley Charles Vane IV.

Era un muchacho divertido, listo y muy guapo. Dependiendo de su estado de ánimo o de las circunstancias, podía presentar una imagen elegante y urbana que recordaba a James Bond pidiendo un vodka martini en Montecarlo, y poco después, visto y no visto, transformarse en un completo descerebrado dispuesto a empaparte los pantalones con un sifón.

Podía discutir sobre películas francesas de ensayo con la pasión de un hombre que no necesita subtítulos, y participar con el mismo fervor en un debate acerca del enemigo más digno del conejo Bugs.

Esas eran algunas de las características que le gustaban de Brad.

Otra era su casa.

Los habitantes del valle la llamaban la mansión Vane o la mansión del río, y había sido ambas cosas durante más de cuatro décadas.

La había construido el padre de Brad como homenaje a la madera, material que constituyó la base del imperio Vane. Usando madera y con una visión certera del terreno, B. C. Vane había levantado una vivienda simple y al mismo tiempo espectacular.

La casa de madera dorada se extendía a lo largo de la ribera del río, bordeándolo con amplias galerías y encantadoras terrazas. Tenía varios tejados y ángulos combinados en una armonía que resaltaba la belleza de la madera.

Ofrecía hermosas vistas del río, de los árboles y de la estudiada ubicación de los jardines.

No era el tipo de lugar que uno contempla y enseguida piensa en el dinero que habrá costado. Más bien llevaba a admirar su grandiosidad.

Dana había pasado algún tiempo en la mansión, acompañando a Flynn cuando era una niña y con Jordan cuando fue mayor. Era un lugar en el que siempre se había sentido a gusto. Le parecía que había sido construido buscando la comodidad como primera prioridad, seguida muy de cerca por su estilo elegante y sencillo.

Pensó que también se podía decir de Brad que no ahorraba en comida cuando celebraba una reunión.

No es que fuera ostentoso, al menos no lo presentaba de esa manera. Solo una

increíble ensalada de pasta que le hizo pensar en ir a servirse más, una buena cantidad de alimentos para tomar con las manos, tajadas de jamón y un pan denso y oscuro para hacer bocadillos.

Había un plato de queso Brie rodeado de gruesas y rojas frambuesas y galletas saladas tan finas que casi se podía ver a través de ellas y tan crujientes que cada bocado era una delicia.

Había cerveza, había vino, había refrescos y agua embotellada.

Dana sabía que no podría resistirse a los pequeños pasteles de nata que formaban una isla tentadora sobre una bandeja del tamaño de Nueva Jersey.

Todos estos alimentos estaban diseminados informalmente por el gran salón, donde ardía el fuego de una chimenea y los sillones eran de esos en los que uno puede hundirse y permanecer durante semanas cómodamente sentado.

Nada era aparatoso ni hacía sentir que no se pudieran poner los pies sobre una mesita baja. Solo tenía mucha clase.

Ese era Bradley Vane mostrándose abiertamente.

Las conversaciones zumbaban alrededor de Dana, que se estaba deslizando hacia un coma feliz provocado por la buena comida, la calidez y la alegría.

«Podría quedarme así —pensó Dana— si Zoe no estuviera moviéndose todo el rato a mi lado».

—Tienes que hacer algo con las hormigas que tienes dentro de los pantalones —le dijo.

—Lo siento. —Zoe lanzó otra mirada hacia la arcada—. Estoy preocupada por Simon.

—¿Por qué? Tenía un plato con suficiente comida como para alimentar a un batallón de hambrientos, y ha tomado posesión de la habitación de los juguetes, el sueño de cualquier niño de nueve años.

—Hay tantas cosas en esta casa… —susurró Zoe—. Objetos caros, artísticos, de cristal, de porcelana. No está acostumbrado a andar entre ellos. —«Yo tampoco», pensó, y se esforzó por no sentirse incómoda—. ¿Y si rompe algo?

—Bueno —con desgana, Dana se llevó otra frambuesa a la boca—, imagino que Brad le dará unos buenos azotes.

—¿Pega a los niños? —preguntó Zoe escandalizada.

—No, Zoe, cálmate. La casa ha sobrevivido a muchos niños de nueve años, al menos tres de ellos están vivos dentro de esta habitación. Relájate. Bebe un poco de vino. Y mientras lo haces, pásame más frambuesas.

«Medio vaso», pensó Zoe, y se puso de pie; pero cuando alargaba el brazo para alcanzar la botella, Brad la cogió antes.

—Pareces un poco preocupada. —Sirvió vino en una copa y se la pasó—. ¿Hay algún problema?

—No. —«Maldición, solo quería media copa. ¿Por qué no se quitará de en medio?»—. Estaba pensando que tengo que ir a ver a Simon.

—Está bien. Ya sabe dónde se encuentra todo en la habitación de los juguetes; pero te llevaré si quieres echarle un vistazo —añadió cuando Zoe frunció el ceño.

—No, estoy convencida de que está bien. Eres muy amable dejándole jugar ahí.

Sabía que su voz sonaba áspera y tensa, pero no lo podía remediar.

—Según los rumores que corren, para eso sirve una habitación de los juguetes.

Puesto que Brad había imitado su tono de voz, Zoe se limitó a asentir con la cabeza.

—Hum… Dana quería algunas de esas.

Mortificada por alguna razón que no podía entender, llenó un bol con frambuesas y se las llevó junto con la copa hasta el sofá.

—¡Asno pomposo! —exclamó entre dientes, lo que provocó que Dana la mirara asombrada.

—¿Brad? —Dana le quitó el bol de frambuesas—. Lo lamento, cariño, te has equivocado.

Jordan se acercó, se sentó en el brazo del sofá al lado de Dana y le robó un par de frambuesas antes de que ella se lo impidiera.

—Búscate otras para ti.

—Las tuyas están mejor. —Levantó una mano para jugar con el pelo de la mujer—. ¿Cómo es que tienes un color rubio tan bonito?

—Es asunto de Zoe.

Mordisqueando otra frambuesa, Jordan se inclinó hacia delante y le guiñó un ojo a Zoe.

—Buen trabajo.

—Cuando necesites un corte de pelo, te lo hago gratis.

—Lo recordaré. —Se sentó otra vez—. Bueno, estoy seguro de que os estáis preguntando por qué os hemos reunido a las tres aquí esta noche —empezó a decir, y Dana comenzó a reírse.

—Ahora sí que tenemos un asno pomposo. —Pero puso una mano sobre el muslo del joven—. Imagino que estamos aquí para hablar de la llave, y como se supone que soy quien debe encontrarla, debo comenzar yo.

Le dio a Jordan lo que quedaba de las frambuesas, se levantó del sofá y cogió su copa de vino de la mesita baja. Apenas se había puesto de pie, Jordan se deslizó hacia su sitio en el sofá. Le dirigió una rápida sonrisa y pasó el brazo por detrás de Zoe.

—¿Vienes a menudo? —preguntó a la mujer.

—Lo haría si supiera que te iba a encontrar a ti, guapo.

—Vosotros no tenéis remedio —murmuró Dana, y luego pasó por delante de un cejijunto Brad para coger la botella. ¡Qué coño, no iba a conducir!

—Bueno, ¿ahora estáis todos cómodos? —Hizo una pausa y bebió un trago de

vino—. Mi llave tiene que ver con la sabiduría o la verdad. No sé si estas palabras son intercambiables, pero ambas o cada una de ellas o una combinación de las dos se relacionan con mi búsqueda.

También hay una conexión con el pasado, el presente y el futuro. Después de darle muchas vueltas y encontrarme varias veces en un punto muerto, creo que es algo personal, algo relacionado conmigo.

—Pienso que estás en lo cierto —intervino Malory—. Rowena ha recalcado que nosotras somos las llaves. Las tres. Y en mi caso fue un tema personal. Si pensamos que se sigue una pauta, lo personal forma parte de ella.

—Estoy de acuerdo. Las personas de sexo masculino que están en este salón son parte de mi pasado y de mi presente. Lo más probable es que siga conectada a ellos de una manera u otra, por lo que también forman parte de mi futuro. Asimismo, sabemos que hay conexiones entre nosotros seis, yo estoy relacionada con cada uno de vosotros, vosotros lo estáis conmigo y todos entre sí. Las pinturas que jugaron un papel tan importante en la búsqueda de Mal también constituyen un lazo de unión.

Como los demás, Dana miró el retrato que Brad había colgado sobre la chimenea. Era otro de los trabajos de Rowena, el que mostraba a las Hijas de Cristal después de sufrir el hechizo que les había robado las almas. Las tres yacían pálidas e inmóviles en sus ataúdes de cristal.

—Brad lo compró en una subasta sin saber lo que iba a pasar después. Del mismo modo, Jordan adquirió otra de las pinturas de Rowena, la del joven Arturo a punto de sacar la espada de la piedra, en la galería en la que Malory trabajaba. También lo compró hace unos años, antes de que supiéramos lo que ahora sabemos. De manera que todo esto nos relaciona con Rowena, con Pitte y con las diosas.

—Y con Kane —añadió Zoe—. No creo que esté bien dejarlo al margen.

—Tienes razón —asintió Dana—, y Kane. Ya nos ha atacado a la mayoría de nosotros y es muy evidente que volverá a hacerlo. Sabemos que es maligno. Sabemos que es poderoso; pero ese poder tiene sus límites.

—Algo o alguien le pone límites. Me causó unas heridas profundas —intervino Jordan—. Después Rowena me envió un ungüento a través de Dana. Ayer visteis cómo estaban las heridas. —Se desabrochó la camisa. Los cortes casi habían desaparecido—. Comenzaron a sanar unos minutos después de aplicar la pomada. El asunto es que lo que Kane había hecho no ha resistido los poderes de Rowena. Y lo que haya hecho Rowena para oponerse no ha llegado a borrar las heridas completamente.

—Ante lo cual podemos deducir —terminó Dana—, que ambos están muy equilibrados en sus poderes.

—Kane tiene debilidades. —Jordan se abotonó la camisa distraídamente—. Ego, orgullo, mal carácter.

—¿Quién ha dicho que sean debilidades? —Dana se dirigió hacia la silla en la que estaba sentado Brad—. De todas formas, hay algo más. Kane no puede llegar hasta nosotros realmente, no puede llegar hasta lo que es humano o mortal. No llega a nosotros como individuos. Roza la superficie, coge nuestras pequeñas fantasías o nuestros miedos, pero no llega de verdad al núcleo, o no lo ha logrado todavía. Así es como Malory consiguió derrotarlo.

—Sí, pero cuando Kane te tiene es difícil ver con claridad, es difícil saber. —Malory sacudió la cabeza—. No debemos subestimarlo.

—No lo hago; pero hasta ahora creo que ha sido él quien nos ha subestimado a nosotros. —Pensativa, Dana estudió el retrato—. Quiere que las Hijas de Cristal sufran simplemente porque una parte de ellas es mortal. Rowena habló de fuerzas opuestas: belleza y fealdad, sabiduría e ignorancia, valor y cobardía. Nos explicó que una sin la otra pierde fuerza. Puesto que Kane es la oscuridad, no se puede tener luz sin oscuridad. Creo que Kane resulta esencial para toda la trama, no es solo una molestia. —Vaciló un momento y luego bebió un trago—. No es ningún secreto que Jordan y yo habíamos sido íntimos. Creo que tampoco es secreto que ahora volvemos a serlo… otra vez.

Jordan esperó un instante.

—No sabía que te cortaras hablando de sexo, Stretch.

—Solo quiero dejárselo claro a… todos. A ti, para que sepas que no me acuesto contigo como un medio para encontrar la llave. Aun cuando tenga algo que ver —siguió diciendo rápidamente—. Porque, como alguien me ha dicho hace poco, el sexo es una magia muy potente…

—Si lo haces bien —la interrumpió Jordan.

—Veamos lo que sabemos —dijo Brad intentando volver al tema—. Nada de esto hubiera sucedido, en el pasado, sin Kane. —Brad estiró el dedo índice de la mano derecha—. Su presencia y manipulaciones influyen en la búsqueda de la llave, en el presente. —Levantó un segundo dedo—. Y no se puede anular el hechizo sin él. —Otro dedo—. Constituye un factor necesario. No hay premio sin trabajo, no hay victoria sin esfuerzo, no hay batalla sin riesgo.

—Es otro elemento típico en una búsqueda —añadió Jordan—: Un mal al que hay que vencer.

—Lo comprendo todo —dijo Zoe—. Y es importante. Pero ¿cómo ayuda esto a Dana a encontrar la llave?

—Conoce a tu enemigo —dijo Brad.

—Eso lo resume todo —aceptó Dana.

—Pero hay más —comentó Flynn—: Se ha derramado sangre. Otra característica típica en una búsqueda. Yo también sé leer —dijo—. ¿Por qué fue la sangre de Jordan? Debe de haber alguna razón.

—Podría ser porque Jordan lo puso furioso, algo que sabe hacer muy bien —dijo Dana—; pero es más probable que fuera porque necesito a Jordan para

encontrar la llave.

—Stretch, tú me necesitas para muchas cosas.

—Ignoremos esta exhibición de ego y sigamos con el tema. —Dana gesticuló con la copa—. La llave es la sabiduría. Algo que sé o que tengo que aprender. Una verdad que debo descubrir entre mentiras. Kane mezcla su verdad y sus mentiras. ¿Qué ha hecho o dicho que sea verdad? Es una perspectiva que estoy investigando. Luego está la última parte de la pista de Rowena: donde una diosa camina la otra espera. Hasta ahora es pura retórica. La diosa de Malory estaba cantando, y Malory recreó ese momento y la llave cuando la pintó. En consecuencia, mi diosa, Niniane, debería estar caminando. Pero ¿dónde?, ¿por qué?, ¿cuándo? ¿Y qué diosa es la que espera? ¿Será la de Zoe?

—Quizá se supone que tienes que escribirlo —sugirió Zoe—. Quiero decir como un cuento. Igual que hizo Malory cuando lo pintó.

—No está mal —reflexionó Dana—. El problema es que nunca he deseado escribir, y Malory sí que quería pintar; pero quizá sea algo que tengo que leer, y bien sabe Dios que no encuentro nada en los seis millones de libros que he examinado hasta ahora. Así que puede ser que deba escribirlo yo antes.

—Quizá sea Jordan quien tenga que hacerlo. —Flynn jugueteó distraídamente con el pelo de Malory mientras pensaba—. Él es el escritor… No quiero despreciar mi propio talento, pero yo soy periodista. Jordan inventa mierdas.

—Mierdas realmente buenas —le recordó su amigo.

—No es necesario que lo diga. Estoy pensando que aunque solo sirva como resumen, Jordan podría escribir toda esta historia. Como si fuera un cuento. Quizá cuando Dana lo lea caigan las vendas de sus ojos, encuentre la llave y podamos hacer una fiesta, con tarta y todo.

—No es una idea totalmente estúpida —apuntó Dana.

—Creo que es estupenda. —Zoe se giró en su asiento para sonreír a Jordan—. ¿Lo harás? Me encanta leer tus libros, y este sería todavía más divertido.

—¿Por ti, cielo? —Le cogió la mano y se la besó—. Haría cualquier cosa.

—Me siento un poco nerviosa. —Dana se palmeó el estómago—. ¿Cuándo tendrás algo que se pueda ver? —preguntó a Jordan.

—Qué bien, ahora te pareces a un editor. Eso me podría provocar una crisis creativa que retrase todo.

—¿De verdad? Es decir, ¿sufres crisis creativas? —A Zoe la idea le parecía fascinante—. Siempre he querido saber cómo trabajan los artistas.

—¡Oh, Dios, ahora le ha llamado artista! —Dana se puso de pie—. Tengo que ir a casa a tumbarme.

Ignorándola, Jordan se concentró en Zoe.

—En realidad no. Es un trabajo, pero muy gratificante. Mi editor, mi editor de verdad —añadió mientras lanzaba una mirada a Dana—, es una mujer con gusto, capacidad y una diplomacia sobresaliente.

—¿Tu editor es una mujer? ¿Cómo lo hacéis? ¿Trabajas con ella todo el rato cuando escribes un libro, o ella te dice lo que quiere que hagas, o…? —Se le fue la voz y sacudió la cabeza—. Lo siento. He caído en el tópico.

—Está bien. ¿Quieres escribir?

—¿Escribir? ¿Yo? —La idea agrandó sus ojos exóticos y la hizo reír—. No. Solo quiero saber cómo se hace.

—Hablando de trabajo, mañana tenemos un día muy atareado.

Malory palmeó la mano de Flynn.

—Esa sugerencia es para mí. Iré yo a pasear a *Moe* para que tengas más tiempo —le dijo Flynn a Dana.

—Se me está acabando la comida para perros. *Moe* come como un elefante.

—Te dejaré otro poco. —Le cogió la cara entre las manos—. Que se quede cerca de ti, por favor.

—No me deja otra opción.

—Flynn, ¿puedes llevar a pasear a Simon también? —Inconscientemente, Zoe empezó a recoger los platos—. Está muy encariñado con *Moe*, así que no te causará ningún problema.

—Por supuesto.

—Será mejor que nosotros nos vayamos también. Voy a ver si este niño se pone a hacer los deberes —dijo Dana señalando a Jordan—. ¿Me puedes sugerir algo, Zoe?

—Sobórnalo. Es mi método.

Brad se acercó y puso una mano sobre la de Zoe, que pegó un bote como si fuera un conejo.

—No te preocupes por los platos.

—Perdón. —Instantáneamente los dejó sobre la mesa—. Es la costumbre.

A Brad le parecía que aquella mujer malinterpretaba cualquier palabra que saliera de sus labios.

—Solo quería decir que no tienes por qué recogerlos. ¿Alguien quiere café?

—Yo.

—No, tú no. —Dana empujó suavemente a Jordan hacia la puerta—. Tienes que trabajar, amigo. Puedes tomar café cuando hayas escrito dos páginas.

—Sobórnalo. —Zoe aprobó con la cabeza—. Nunca falla.

Moe entró de un salto en la habitación: un bulto peludo y salvaje. En su alegría al ver a todos saltó, lamió, barrió las copas de la mesita baja con su cola exuberante y metió el hocico en un plato en el que había un cóctel de gambas antes de que nadie pudiera controlarlo.

—Perdón, perdón. —Con una mano aferrada al collar del perro, Flynn lo arrastró, más bien fue arrastrado por *Moe*, hacia la puerta—. Lo meteré en el coche de Jordan. Hazme saber lo que te debo por los daños. Hasta luego. Zoe, a Simon le faltan unos minutos para terminar su partida. ¡La madre que te parió,

Moe! ¡Quédate quieto!

—Así es mi vida ahora —dijo Malory feliz—. Muy divertida. Gracias, Brad, lo siento por los platos. Zoe, Dana, os veo mañana. Buenas noches, Jordan.

—Tengo que ir a salvar el tapizado de mi coche. —Jordan cogió a Dana del brazo y la condujo a la puerta—. Nos vemos.

—Deja de empujarme. Besitos, Brad. Te veo por la mañana, Zoe.

La puerta se cerró tras ellos y se hizo un silencio absoluto.

Zoe solo pudo pensar que todo había sucedido con mucha rapidez. No había tenido ni la menor intención de ser la última en irse. Era horrible. Espantoso.

Pensó en ir corriendo a la habitación de los juguetes para llevarse a Simon, pero no estaba segura de poder encontrarla. Tampoco podía quedarse allí y llamarlo a gritos. Sin embargo, necesitaba hacer algo.

Se agachó para recoger las copas que *Moe* había tirado al suelo. Justo al mismo tiempo, Brad hizo lo mismo. Sus cabezas chocaron. Los dos se enderezaron rápidamente y luego se quedaron tensos como arcos.

—Ya las cojo yo.

Brad se arrodilló, recogió las copas y las puso sobre la mesita baja. Se encontraba lo suficientemente cerca como para oler el perfume de Zoe. Siempre era diferente, a veces denso, otras sutil, siempre muy femenino.

Pensó que era una de las cosas que le fascinaban de ella. Su variedad.

—¿Café?

—En realidad debería ir a buscar a Simon. Ya casi es hora de que se vaya a la cama.

—Oh, bueno. De acuerdo.

Se quedó de pie mirándola y Zoe sintió un embarazoso calor que le subía por la nuca. ¿Había hecho algo incorrecto? ¿Había olvidado algo?

—Gracias por invitarnos.

—Me alegro de que hayáis podido venir.

Durante la larga pausa que siguió, Zoe tuvo que hacer un esfuerzo consciente para no morderse el labio.

—No sé exactamente dónde está Simon.

—En la habitación de los juguetes. —Brad rio, divertido por la situación—. No sabes dónde está. Ven, te llevaré.

Cuanto más conocía Zoe la casa, más se enamoraba de ella y más se sentía intimidada. Para empezar, había muchos objetos, todos encantadores o sorprendentes, o simplemente bonitos. Pensó que todas las cosas que veía sobre las mesas y las estanterías eran algo más que meros adornos.

Brad pasó bajo la arcada y entró en lo que Zoe imaginó que sería la biblioteca. El techo alto era de madera y daba la impresión de que la habitación estaba abierta al tiempo que conservaba un ambiente acogedor.

—¡Hay tanto espacio!

Se detuvo aterrada, porque se dio cuenta de que había hablado en voz alta.

—Se dice que mi padre empezó a construir y no podía parar: se le ocurrían nuevas ideas y las incorporaba al plano.

—Es una casa maravillosa —dijo rápidamente—. ¡Tiene tantos detalles sin ser recargada! Te encantará haber crecido aquí.

—Así es.

Pasaron a otro cuarto. Zoe escuchó el rugir de los motores, el tableteo de las ametralladoras y el susurro de su hijo: « ¡Vamos, vamos!» .

El videojuego se desarrollaba en una especie de guerra urbana entre coches desplegada sobre una enorme pantalla del tamaño de la pared. Simon estaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas, aunque podría haber utilizado uno de los sillones mullidos que amueblaban el cuarto ideal de cualquier niño.

Una mesa de billar, tres flípers, dos videojuegos. Tragaperras, una máquina de refrescos y una gramola.

El techo estaba artesonado, y en su madera color miel se ocultaban los puntos de luz.

Había otra chimenea en la que ardía un fuego vivo, así como un pequeño bar lustroso y una segunda televisión con un armario entero dedicado a diversos accesorios.

—Madre santa, esto es el cielo en la versión personal de Simon Michael McCourt.

—A mi padre le gustan los juegos. Pasamos mucho tiempo en esta habitación.

—Apuesto a que sí. —Se detuvo detrás de su hijo—. Simon, debemos irnos.

—¡Todavía no, todavía no! —Su cara mostraba una gran concentración—. ¡Esto es *el gran robo del coche número tres*! Estoy muy cerca, muy cerca de provocar que venga la Guardia Nacional. ¡Con tanques y todo! Estoy pegándole una patada en el culo al equipo Swat. Podría conseguir el récord. ¡Diez minutos más!

—Simon, el señor Vane necesita recuperar su casa.

—Al señor Vane le alegra que continúe —la corrigió Brad.

—Por favor, mamá. Por favor. Gracias.

Zoe cedió. En la cara del niño, que no quitaba ojo de la pantalla, no solo descubrió el ardor de la competición. Vio alegría.

Alguien murió en la pantalla con un gran derramamiento de sangre y al escuchar la risa complacida de su hijo supo que era un enemigo.

—Es un poco violento —comentó Brad frunciendo el ceño—. Si no quieres que use este tipo de juegos…

—Simon sabe la diferencia entre la realidad y un videojuego.

—Bien. Bueno, ¿por qué no vamos a tomar un café? —sugirió Brad—. Unos pocos minutos más no suponen mucha diferencia.

—Muy bien. Diez minutos, Simon.

—De acuerdo, mamá. Gracias, mamá. Lo voy a conseguir —balbuceó con la cabeza puesta de nuevo en el juego—, lo voy a conseguir.

—Eres muy amable dejándole jugar con tus cosas —empezó a decir Zoe después de abandonar a Simon en medio de la batalla—. Estuvo días hablando de lo bien que se lo había pasado aquí.

—Es un gran chico. Me gusta tenerlo cerca.

—A mí también.

De pronto, se encontró en medio de la cocina: otra habitación espaciosa y sorprendente. Pintada con un blanco brillante y alegre y amarillos tostados que hacían que pareciera soleada incluso en días lluviosos.

Ambicionó los metros de encimeras, el bosque de armarios que contenían extraordinarios objetos de cristal. Admiró los artefactos modernos que debían de convertir el cocinar en un placer creativo, y no una tarea cotidiana.

Después se acordó de que estaba otra vez a solas con Brad.

—¿Sabes? Debería volver con Simon y dejarte… que hagas tus cosas. Te dejo libre el camino.

Brad terminó de medir el café antes de mirarla.

—¿Por qué crees que no quiero que te encuentres en mi camino?

—Estoy segura de que tienes miles de cosas que hacer.

—No tantas.

—Yo sí que tengo millones de cosas pendientes. Tendría que estar preparada para llevarme a Simon antes de que pierda el control y comience otra partida. Voy a buscarlo y nos marchamos.

—No lo entiendo. —Olvidando el café, Brad se acercó—. De verdad que no lo entiendo.

—¿El qué?

—Te sientes cómoda coqueteando con Flynn y Jordan, pero si pasas dos minutos conmigo no solo te muestras fría, sino que quieres irte cuanto antes.

—Yo no coqueteo. —Su voz se hizo penetrante—. No es eso. Somos amigos. ¡Son los novios de Malory y de Dana, por el amor de Dios! Y si piensas que soy la clase de persona que podría…

—Entonces es eso —continuó Brad con lo que él creía una calma admirable—. La forma en que automáticamente sacas conclusiones, por lo general equivocadas, en lo que a mí se refiere.

—No sé de qué estás hablando. En primer lugar, apenas te conozco.

—No es cierto. La gente se conoce muy rápido en situaciones críticas. Nosotros estamos en una situación de ese tipo desde hace casi dos meses. Hemos pasado tiempo juntos, tenemos buenos amigos comunes y me has preparado la cena.

—Yo no te he preparado la cena. —Zoe levantó el mentón—. Lo que pasó fue que estabas en casa cuando hice la cena. Cenaste, que es algo distinto.

—Ganas este punto —reconoció Brad—. ¿Sabes? Por algún motivo tu actitud hacia mí hace que me comporte como mi padre cuando está enfadado. Tengo su mismo tono de voz, cambio mi lenguaje corporal. Cuando era niño me fastidiaba mucho que me regañara.

—No tengo ninguna intención de fastidiarte: nos vamos.

En la mente de Brad había un momento para las palabras y otro diferente para las acciones. Cuando uno está harto, ha llegado el momento de la acción. Cerró una mano sobre el brazo de la mujer para que no se fuera y observó cómo la irritación y los nervios se manifestaban en la cara verdaderamente espectacular de Zoe.

—Ya está aquí de nuevo —le dijo—. Tu actitud habitual conmigo. Enfado y/o nerviosismo. Me he estado preguntando por qué. Paso mucho tiempo haciéndome preguntas sobre ti.

—Eso quiere decir que tienes mucho tiempo que perder. Bueno, nos vamos.

—Y una de mis teorías es esta —aseguró Brad alegremente.

Puso su otra mano en la nuca de Zoe, la acercó a él y la besó.

Durante semanas había querido besarla. Quizá durante años. Quería tener el gusto de esa mujer en sus labios, en su lengua, en su sangre. «Y sentir su cuerpo», pensó mientras deslizaba un brazo alrededor de su cintura para apretarla contra sí.

La boca de Zoe era muy carnosa y mucho más potente de lo que había imaginado. El cuerpo de la mujer se estremeció cuando se acercó al suyo, no sabía si por la sorpresa o reaccionando. De momento no importaba.

Como tampoco importaba si ese acto era considerado una declaración de guerra o un ofrecimiento de paz. Brad solo sabía que sus ganas de abrazarla le estaban volviendo loco lentamente.

Zoe vaciló, en lugar de rechazarlo. Y ese fue su error, según pensó mucho más tarde, cuando pudo volver a razonar.

Brad fue cálido y firme, y su boca era experta. ¡Cuernos, hacía tanto tiempo que no estaba arrimada a un hombre! Sintió la necesidad que nacía en su interior, desde los dedos de los pies al vientre y la garganta, seguida por un impulso y un aleteo largo y exquisito que volvió a recorrer su cuerpo.

Durante un momento insensato, lo aceptó: la fragancia y el sabor masculinos, la fuerza y la pasión, dejó que la invadieran en una especie de explosión de júbilo.

Era como un carnaval, como una vuelta enloquecida en un tiovivo del que no sabía si saldría despedida de su asiento para volar por los aires.

¿No era fabuloso?

Luego pisó con fuerza los frenos. ¿Qué otra opción tenía? Sabía lo que sucedía cuando se volaba a demasiada velocidad y demasiada altura. Ese no era su lugar, ese no era su hombre. Lo que era suyo —su hijo— jugaba en el otro cuarto.

Se arrancó de los brazos de Brad.

El hombre estaba conmovido hasta las suelas de sus zapatos, pero clavó la mirada en los ojos de Zoe y movió la cabeza con frialdad.

—Creo que he probado mi teoría.

Zoe no era ninguna virgen temblorosa, y estaba muy lejos de ser una presa fácil. No retrocedió, porque hubiera parecido una derrota, sino que permaneció firme y mantuvo su mirada.

—Dejemos esto claro: me gustan los hombres, me gusta su compañía, su conversación y su humor. Lo que ocurre es que estoy criando a mi propio hombrecillo, y quiero hacer un buen trabajo.

Brad pensó que Zoe tenía el aspecto de una enfadada y excitada ninfa de los bosques.

—Lo estás haciendo muy bien.

—Me gusta besar hombres, al hombre adecuado y en las circunstancias adecuadas. Me gusta el sexo, en esas mismas condiciones.

Los ojos de Brad se encendieron con un color gris profundo y brumoso que resultó inesperado y atractivo. Las encantadoras arrugas de su rostro, «demasiado masculinas —pensó Zoe— para llamarlas hoyuelos», se acentuaron. Los dedos de la muchacha ardían de ganas por acariciarlas y esa sensación le advirtió que se encontraba en problemas.

—Me alivia oírte eso.

—Será mejor que comprendas que yo pongo las condiciones en este punto de mi vida. El hecho de tener un hijo sin estar casada no me convierte en una mujer fácil.

El rostro de Brad manifestó una gran irritación.

—¡Por Dios, Zoe! Te encuentro interesante y atractiva, y deseaba besarte. ¿Qué te hace pensar que te considero fácil?

—Quiero dejarlo bien claro, eso es todo. Igual que me gusta aclarar que nadie debe utilizar a mi hijo para llegar hasta mí.

La irritación de Brad se congeló. Sus rasgos se helaron.

—Si crees que eso es lo que estoy haciendo, nos estás insultando a los tres.

Zoe sintió un espasmo de culpa e incomodidad. Cuando iba a replicar, Simon entró corriendo en la habitación.

—¡He ganado! ¡He conseguido más puntos que tú, idiota!

Bailó alrededor de Brad mientras levantaba el dedo índice de cada mano en una especie de danza de la victoria.

Con esfuerzo, Brad controló sus emociones y pasó un brazo por el cuello de Simon.

—Un éxito temporal, te lo aseguro. Alégrate mientras puedas, enano.

—La próxima vez te arrancaré el culo en los partidos de la NBA.

—Eso no ocurrirá nunca. Cuando te humille, vendrás arrastrándote hasta mí

como el gusano insignificante que eres.

Mientras Zoe contemplaba la escena y notaba la forma en que ambos disfrutaban, su sensación de culpa no hizo sino crecer.

—Simon, tenemos que irnos.

—Vale. Gracias por dejarme usarte de felpudo.

—Solo te estoy dejando un poco para que aplastarte sea más gratificante. —Con el brazo todavía alrededor del niño, miró a la madre—. Os traeré los abrigos.

14

Como todos se dieron cuenta muy rápidamente de que Dana no era habilidosa en las tareas de bricolaje que implicaban el uso de herramientas, se la designó pintora en jefe. Lo que significaba, pensó la muchacha algo enfurruñada, que debía pasarse el día pintando las paredes mientras Zoe andaba por todas partes con un pequeño destornillador eléctrico y una taladradora haciendo reparaciones y Malory se afanaba en arreglar la pila de la cocina, que perdía agua.

El hecho de que a Malory, la mujer más femenina de las que Dana conocía, le confiaran una llave inglesa la deprimía.

No es que le molestara pintar tanto, aunque era un trabajo terriblemente aburrido, a pesar de la máquina de pintar. Le hubiera gustado que en su lista de tareas hubiera un poco de variedad.

Sin embargo, le resultaba satisfactorio ver cómo las paredes iban tomando color. Malory y Zoe habían realizado la elección correcta. La librería iba a tener un aspecto no solo acogedor, sino muy elegante.

Zoe juró que una vez que los suelos estuvieran pulidos y barnizados relucirían como espejos.

Dana sabía cómo quedaría todo. Kane se lo había mostrado. Si había utilizado las fantasías de la muchacha para construir esa imagen, estaba bien. Era una fantasía que Dana había decidido hacer realidad.

De pronto una idea surgió en su mente. Se detuvo, apagó la máquina y dejó a un lado el rodillo.

La verdad en las mentiras de Kane. Las fantasías de Dana y la manipulación de las mismas.

¿Y si la llave estuviera allí, como había sucedido en el caso de Malory? ¿Por qué no podía ser así de simple? Kane se lo había mostrado, ¿verdad? Mira lo que puedes tener si cooperas conmigo: la librería de tus sueños, llena de clientes y de libros. En ese momento pensó que no era real, que no era la verdad; pero había algo de verdad. Era lo que ella quería, por lo que quería trabajar. Lo que podría obtener con su esfuerzo y sus cualidades.

Quizá la llave se encontraba allí y solo tenía que verla. ¡Si pudiera descubrirla como había hecho Malory!

Inspiró profundamente, movió los brazos y relajó los hombros, como un

nadador a punto de lanzarse a la piscina desde el trampolín más alto.

Después cerró los ojos e intentó dejarse ir.

Podía oír el sonido de la taladradora de Zoe y la música alegre que salía de la radio de Malory.

¿Qué sonaba? ¿Abba? Joder, ¿no habría una emisora que emitiera música de este milenio?

Enfadada consigo misma, Dana se esforzó por borrar de su mente la imagen de una adolescente reina del baile.

La llave. La bonita llave de oro. Era pequeña, brillante, con un monograma celta serpenteante en la empuñadura. «¿Se llama empuñadura hablando de una llave?», se preguntó. No era una puta espada, así que se llamaría de otra manera. Tenía que buscarlo en el diccionario.

«¡Oh, detente!».

Exhaló nuevamente y se concentró.

El ruido del taladro, el sonido de la música y más allá el rumor amortiguado de los coches pasando por la calle. El murmullo del horno encendido.

Si se prestaba mucha atención, se podían escuchar los crujidos y susurros de una casa vieja que se acomoda sobre sus huesos.

Su casa. La suya. La primera que poseía. Un paso para salir del pasado y entrar en el presente. Una acción única y significativa que cambiaba el trazado de lo que había sido por lo que sería.

Podía oler la pintura fresca, el acta de un nuevo comienzo.

Eso era real, tan real como su carne y su sangre. Esas cosas eran verdaderas.

La llave era real. Solo tenía que verla, tocarla, cogerla.

De repente la vio flotando sobre una pradera azul verdosa, brillando en contraste con ese color tan vivo; pero cuando alargó el brazo, su mano pasó a través de ella como sí esta, o la llave, fuera inmaterial.

«Yo soy la llave. Está hecha para mí».

Haciendo un gran esfuerzo, lo intentó una y otra vez, hasta que unas gotas de sudor cubrieron su frente.

«Es mía —pensaba—. Todo este lugar es mío. Pronto los libros se alinearán a lo largo de esta pared. Sabiduría».

—¡Dana!

Volvió con un sobresalto y se tambaleó. Zoe la cogió por los brazos.

—¿Qué te ha hecho? ¿Qué ha hecho? ¡Malory!

—No, si estoy bien.

—No lo parece. Apóyate en mí. ¡Mal! —gritó de nuevo.

Dana calculó que tendría alrededor de cuarenta kilos apoyados sobre Zoe, pero su amiga consiguió mantenerla derecha y estable.

—¿Qué pasa? ¿Hay algún problema? —Con la llave inglesa en la mano, como si fuera un arma, Malory llegó corriendo. Por alguna razón, al ver a esa rubia

guapa y femenina blandiendo una llave inglesa con su atuendo de fontanera: leotardos negros y un sexy y fino jersey verde, con un lazo en el pelo del mismo color, Dana comenzó a reírse débilmente.

—Ha sido Kane. Kane la ha atacado. Estaba en una especie de trance.

—No, no ha sido Kane. Estoy un poco mareada. Quizá debería sentarme un rato.

Se dejó caer en el suelo y arrastró a Zoe consigo.

—Oh, Dios. ¿Estás embarazada?

—¿Qué? —La conmoción hizo que su cabeza se aclarara y miró a Zoe—. No. Acabo de empezar a hacer el amor otra vez, ¿no os acordáis? Por favor, dejad de mirarme como si estuviera hablando en chino.

—Ten, bebe un poco de agua.

Zoe se sacó una botella de la funda que tenía en el cinturón de herramientas.

—Estoy bien. —Pero bebió con ganas—. Estaba experimentando con un poco de autohipnosis.

—Dame un poco de agua. —Malory cogió la botella y dio un trago largo—. Me has dado un susto de muerte.

—Lo siento. He tenido la idea de que la llave estaba aquí. Como la tuya, por todo eso del pasado, presente y futuro. La tienda, nuestros negocios. Los libros que voy a traer. La verdad en las mentiras. Kane me enseñó este edificio ya reformado y lleno de libros y de clientes que los compraban.

—De acuerdo. Sigo tu razonamiento. —Zoe cogió un pañuelo blanco y rojo y enjugó la frente de Dana—. Pero ¿qué ha sucedido? Cuando he entrado, estabas en el centro de la habitación con los brazos estirados delante de ti. Te balanceabas con los ojos cerrados. Cariño, dabas miedo.

—Estaba intentando hacer que la llave apareciera, ver la llave. Ser la llave. Mierda, suena muy estúpido.

—No, no lo creas. —Malory devolvió la botella de agua a Zoe y reflexionó en voz alta—: Es una buena idea. Podría estar aquí. Joder, podría estar en cualquier parte. ¿Por qué no aquí?

—Una buena idea —coincidió Zoe—; pero creo que no deberías hacer estos experimentos sola. Sería como entregarte a Kane sin nadie a tu lado que te mantenga en equilibrio. Como ocurre con un grupo de control o de apoyo. Realmente parecías desbordada por la situación.

—Tienes razón. —Dana sonrió—. Deja de preocuparte, mamá. —Para aliviar tensiones, pellizcó a Zoe en un brazo—. Estás mucho más fuerte de lo que parece. ¿Haces gimnasia habitualmente?

—Un poco de vez en cuando. Creo que soy así por naturaleza. —Los latidos de su corazón se regularizaron—. Ahora se te ve mejor. Quizá podríamos intentar algo parecido las tres juntas.

—Quizá podamos probar —aceptó Malory.

—Si te sientes con ganas, Dana. Podemos sentarnos aquí y entrelazar las manos. Mal y yo podremos transmitirte nuestra energía de alguna forma.

—Posiblemente recordaréis el pequeño incidente que tuvimos el mes pasado con la tabla de ouija —dijo Dana.

—No es fácil de olvidar. —Zoe sintió un escalofrío—; pero no utilizaremos nada más que nuestra conexión personal. No vamos a mezclarnos con magia negra ni nada por el estilo.

—De acuerdo. —Con los labios fruncidos, Dana miró a su alrededor—. Aunque me parece algo un poco absurdo. Las tres sentadas sobre una manta intentando conjurar la aparición de una llave. Pero… —agarró una mano de Zoe y otra de Malory— estoy lista.

—Mal, quizá puedas darle algún consejo. Cómo lo viviste tú, lo que hiciste.

—No sé si lo puedo explicar. En gran medida fue algo que sucedió sin más. Es como estar en un sueño, pero sabiendo que estás soñando y, al mismo tiempo, que no es un sueño.

—Una gran ayuda. —Dana sonrió y le apretó la mano—. En realidad sé lo que quieres decir. Así me sentí yo también cuando Kane me mostró la librería ya terminada.

—No sé cómo comprendí lo que tenía que hacer, pero de repente lo vi claro. Me concentré en eso sin dejarle a Kane ver que lo sabía. Fue difícil, realmente difícil, en parte porque estaba muy asustada. A mí me ayudó concentrarme en la pintura, en pintar como actividad artística. Los colores, el tono, los detalles. No sé si te sirve de algo lo que te estoy contando.

—Yo tampoco lo sé. Intentémoslo.

—No dejaremos que te suceda nada malo —le dijo Zoe—. Estaremos aquí contigo.

—De acuerdo.

Dana inspiró profundamente y cerró los ojos. Le resultaba tranquilizador sentir otras manos cogiendo las suyas. Como un ancla, supuso, que evitaría que saliera flotando a cualquier lugar al que no debía ir.

Se permitió escuchar nuevamente los sonidos de la casa y su propia respiración suave y regular acoplándose al ritmo de la de sus amigas. Olía a pintura y perfume.

Allí estaba la llave de nuevo, brillante sobre la pradera de colores. Se dio cuenta de que era la pared que acababa de pintar. Su pared, con el color elegido por la mujer que estaba a su lado.

Cuando intentó cogerla con la mente, no pudo acercarse.

Luchó con la impaciencia e intentó imaginar cómo sería la sensación de tener la llave en sus manos. « Suave y fría» , pensó.

No, estaría caliente. Tenía poder. Sentiría el fuego con el que había sido forjada, y cuando la cogiera dentro del puño se adaptaría perfectamente a la

forma de la palma de su mano.

Porque ella estaba predestinada para obtenerla.

El color se desvaneció y en su lugar apareció un blanco fuerte matizado de negro. La llave pareció derretirse en su interior, formó un charco brillante y dorado que goteó sobre el blanco y negro y desapareció.

En su mente escuchó un largo suspiro, un suspiro de mujer. Sintió y oyó una ráfaga de viento que olía como el bosque en otoño.

« Caminaba de noche, y la noche aparecía con todas sus sombras y secretos. Cuando lloraba, lo hacía el día entero» .

Las palabras que se formaron en su mente le provocaron tal dolor que pensó que su corazón quedaría desangrado, como si hubiera recibido una herida mortal. Para defenderse, las borró por completo de su imaginación.

Todo se evaporó nuevamente. Volvió a oler la pintura y el perfume.

Abrió los ojos y vio a sus amigas observándola.

—Cariño, ¿te encuentras bien? —preguntó Zoe suavemente mientras soltaba su mano de la de Malory para acariciar la mejilla a Dana.

—Claro. Sí.

—¡Estás llorando!

Zoe le secó las mejillas con el pañuelo.

—¿De verdad? No sé por qué. Algo me ha dolido, creo. Ya sabéis. —Apretó una mano contra su corazón—. Aquí. No sé dónde está. Todavía no sé dónde está la llave.

Se frotó la cara con las palmas de las manos y les contó lo que había imaginado.

—Camina de noche —repitió Malory—. La diosa camina.

—Sí, me sonó bastante conocido, pero puedo habérmelo inventado. O se podría aplicar a Niniane. Solo sé que me ha puesto terriblemente triste. —Se levantó y se dirigió a la ventana para abrirla. Necesitaba aire—. Está sola en la oscuridad. Así es como me la imagino. Todas están solas en la oscuridad. Si no hago lo necesario, seguirán en la oscuridad.

Zoe se le acercó y apretó su mejilla contra la parte de atrás del hombro de Dana.

—Se tienen a ellas mismas y nos tienen a nosotras. No te des por vencida. Te estás esforzando.

—Yo pienso que estás llegando a algún lado. —Malory se acercó a ellas, bajo la ventana—. No lo digo por ser absurdamente optimista. Estás uniendo las distintas partes de la pista de Rowena. Tu inteligencia las está descubriendo, evaluando, intentando que encajen.

Y creo que en este último intento has comenzado a utilizar tu corazón. No es solo la mente la que debe estar abierta —añadió Malory cuando Dana, asombrada, volvió la cabeza hacia ella—. Tu corazón también debe estarlo. Es

algo que he aprendido. De otra forma no se puede dar el salto definitivo. No estarías preparada para arriesgar lo que está en el otro lado.

No sabía por qué la molestaba tanto como para provocar que se enfadara. ¿Abrir su corazón? ¿Qué significaba eso? ¿Se suponía que debía destapar sus emociones para que cualquiera pudiera presentarse y pisotearlas si lo deseaba?

¿No era suficiente con dejarse el culo trabajando y sufriendo dolores de cabeza por todas las horas que dedicaba a la investigación, a tomar notas, calcular y hacer suposiciones?

Se preocupaba, vaya si lo hacía, pensó mientras entraba en su piso y cerraba la puerta de un golpe. Estaba preocupada por esas tres mujeres jóvenes, mitad diosas mitad humanas, atrapadas durante una eternidad dentro de una prisión de cristal.

Por ellas había vertido lágrimas y derramaría su sangre si fuera necesario.

¿Qué más se le podía pedir?

Cansada, dolorida, irritable, se dirigió a la cocina, abrió una cerveza y la acompañó con una bolsa de galletas saladas. Se dejó caer en una silla del salón y comenzó a beber, masticar y enfurruñarse.

¿Dar el salto definitivo?

Se estaba enfrentando a un hechicero antiguo y poderoso. Había arriesgado casi hasta el último céntimo que tenía para abrir su nueva empresa. Había encargado las estanterías, las mesas, las sillas y los libros. No nos olvidemos de los libros.

También tenía que encargar una cafetera para preparar capuchinos, unas teteras individuales, la vajilla y artículos de papelería, lo que haría trizas su tarjeta de crédito a muy corto plazo.

Lo estaba haciendo todo sin haber calculado los posibles ingresos. Si eso no era saltar arriesgándose, ¿qué era?

Para Malory resultaba fácil hablar de corazones abiertos y saltos definitivos. Ya había cumplido su parte y disfrutaba con Flynn una relación feliz y sin sobresaltos.

« Tienes tu casa, tu perro y tu hombre —pensó Dana con el ceño fruncido—. Enhorabuena por todo» .

Joder, se estaba comportando como una cerda.

Echó la cabeza hacia atrás y contempló el techo.

« Reconócelo, Dana, estás celosa. Malory no solo ha pasado la prueba con honores, sino que se ha ganado todos los premios. Y aquí estás tú, haciendo girar tus ruedas, acostándote con un hombre que ya una vez te rompió el corazón y aterrorizada por el temor de echarlo todo a perder» .

Se puso de pie cuando oyó que llamaban a la puerta y fue a abrir con la

cerveza en la mano.

Moe le metió el hocico en la entrepierna a modo de saludo, y luego entró corriendo para reclamar la cuerda rota que había dejado sobre la alfombra en su última visita.

Volvió a los saltos con las orejas gachas y golpeó la cuerda contra las rodillas de Dana.

—No has venido a por *Moe* —comentó Jordan.

—Me he olvidado.

Se encogió de hombros, luego retrocedió y se dejó caer nuevamente en la silla.

Jordan cerró la puerta detrás de él y arrojó sobre la mesa un sobre de papel manila. Mientras estudiaba la cara de Dana, pensó que ya conocía esa mirada. Estaba enfadada y esforzándose por ponerse furiosa.

—¿Qué te pasa?

—Nada.

Moe estaba intentando subirse a su regazo, y Dana le arrancó la cuerda de la boca y se la tiró a Jordan.

Consiguió el resultado previsible, gratificante para ella: *Moe* se arrojó sobre el joven como un toro que embiste al torero. Así como el torero pega un capotazo, Jordan esquivó la cuerda y la cogió por un extremo. El hombre y el perro jugaron al tira y afloja mientras *Moe* gruñía alegremente y Jordan miraba a la mujer.

—¿Ha sido un día cansado? Iba a acercarme para echaros una mano, pero estaba hasta arriba de trabajo.

—Todo está bajo control.

—Un par de manos extra no os vendrían mal.

—¿Quieres dar un buen uso a tus manos?

—Eso había pensado.

—Bien. —Se levantó de la silla y se dirigió al dormitorio—. Tráelas contigo.

Jordan miró a *Moe* levantando una ceja.

—Lo lamento, amigo, te quedas solo. Creo que voy a jugar a otra clase de juego.

Siguió a Dana al dormitorio y cerró la puerta. Escuchó que *Moe* se tumbaba al otro lado con un enorme suspiro perruno.

Dana ya se había quitado la sudadera y los zapatos, y estaba desabrochándose los vaqueros.

—Quítate la ropa.

—¿Te pica algo, Stretch?

—Así es. —Se quitó los vaqueros y se echó hacia atrás el pelo—. ¿Tienes algún problema en rascarme?

—No se me ocurre ninguno.

Se quitó el abrigo y lo echó a un lado.

Mientras Dana preparaba la cama, Jordan terminó de quitarse los zapatos y la camisa. Se dio cuenta de que se había equivocado sobre el estado de ánimo de la mujer, que ya se había enfadado y ahora estaba buscando un lugar cómodo donde desahogarla.

Cuando Dana levantó los brazos para desabrocharse el sujetador, Jordan se acercó, le cogió las manos y se las retuvo en la espalda, en un gesto erótico. Luego la liberó para rozarle con los dedos la columna vertebral.

—Déjame algo para mí, por favor.

Dana se encogió de hombros y, agarrando a Jordan por el pelo, acercó de un tirón su boca.

Utilizó los dientes y las uñas y mostró sus ganas de hacer el amor con rapidez y ardor, y apenas un vestigio de egoísmo. No buscaba preliminares imaginativos ni caricias suaves, sino sudor y velocidad.

Sintió la instantánea respuesta del cuerpo de Jordan, el martilleo fuerte de su corazón, el relámpago ardiente que salió de él y penetró en Dana. Su boca lamió y mordisqueó, sus manos la recorrieron y sus dedos se clavaron para marcar y magullar.

Dana estaba húmeda y preparada cuando lo empujó a la cama.

Se hubiera colocado encima del hombre y habría terminado enseguida, pero Jordan le dio la vuelta y atrapó su cuerpo debajo de él. Acarició con sus dientes los pechos. Las caderas de Dana hicieron un movimiento brusco, sus manos se aferraron a las del hombre y se pegó a él en una demanda frenética, furiosa.

La visión de Jordan se coloreó de rojo cuando el cruel mordisco del deseo atravesó su organismo. Le arrancó el sostén, paseó la boca por su piel y llevó la mano hasta el centro del ardor de la muchacha. La impulsó brutalmente hacia el clímax.

Dana explotó bajo su cuerpo, se estremeció y se retorció. Después se preparó para otro asalto. Le clavó las uñas y sus caderas lo embistieron hasta que Jordan estuvo tan enardecido como ella.

Rodaron sobre la cama y lucharon en una batalla resbaladiza e irracional, en la que pasaban de un éxtasis a otro. La boca de Dana estaba impaciente y hambrienta; sus manos, codiciosas y hábiles.

Jordan supo que prefería morir peleando con ella antes que vivir en paz con cualquier otra mujer.

Con el aliento entrecortado, Dana se puso sobre él e hizo que la penetrara con una fiera embestida.

El deleite la recorrió por entero, la inundó hasta ahogar toda su ira y sus dudas.

«Esto es real —se dijo—. Esto es suficiente».

Y observó cómo Jordan la miraba mientras lo poseía.

Rápida y ardiente, concentrada en esas dos metas gemelas de placer y alivio. Lo montó con una energía implacable que convirtió su propio cuerpo en un mar de deseo. Por velocidad, por pasión. Por más.

Cuando sintió que los dedos de Jordan se aferraban a sus caderas, cuando vio que esos brillantes ojos azules se quedaban ciegos, echó la cabeza hacia atrás y voló con él hacia el fin del mundo.

Todavía temblaba cuando se deslizó junto a Jordan. Su respiración era tan entrecortada como la del hombre cuando dejó caer la cabeza sobre su hombro. Él logró pasar un brazo alrededor de la mujer y pensó que probablemente en algún momento recuperaría la sensibilidad en las extremidades.

Mientras tanto, le apetecía descansar sobre la cama, magullado, golpeado y feliz.

—¿Te sientes mejor? —le preguntó.

—Mucho mejor. ¿Y tú?

—Sin ninguna queja. Cuando mis oídos dejen de resonar, espero que me cuentes qué ha sido lo que ha hecho que te enfades.

—Nada. —Levantó un poco la cabeza para poner el pelo a un lado y sentir el contacto de su mejilla contra el cuerpo de Jordan—. Solo tengo la sensación de que voy a tientas en casi todo, y luego he recordado que hay algo que hago realmente bien.

—No discutiré en absoluto ese último punto. ¿Qué es lo que haces a tientas?

—¿Quieres una lista? Siento que estoy muy cerca de encontrar la llave, pero no lo consigo. Luego me da la impresión de estar a miles de kilómetros de la llave, y pienso que todo el asunto se va a ir al cuerno. He pasado casi todo el día pintando porque he demostrado muy poca, si no ninguna, aptitud para el bricolaje.

—Entonces no querrás que te mencione que tienes un poco de pintura en el pelo.

Dana exhaló un suspiro.

—Lo sé. Hasta Malory es mejor que yo con un destornillador, y eso que es tan femenina. ¿Y Zoe? Es una completa atleta con pechos. ¿Sabes que tiene un piercing en el ombligo?

—¿De verdad? —Hizo una larga pausa—. De verdad —repitió con suficiente interés masculino como para hacerla reír.

—Así es. —Se puso de espaldas—. Ha pasado todo eso y luego me he puesto a hacer números y me he deprimido porque me he dado cuenta de que todo este asunto me está llevando muy cerca de una quiebra financiera. Todo son gastos y no hay ingresos…, y sin inversión nunca habrá un ingreso. Aun cuando lleguen los ingresos, previsiblemente tendré que hacer juegos malabares durante el futuro.

—Puedo prestarte dinero y darte un poco de aire. —El silencio de Dana fue elocuente—. Será una inversión. Escritor-librería, tiene sentido.

—No tengo ningún interés en un préstamo. —Su voz se había congelado, y justo bajo el hielo había un enfado—. No estoy buscando otro socio.

—De acuerdo. —Lo descartó con un encogimiento de hombros y se puso a jugar con su pelo—. Lo tengo. Puedo pagarte por favores sexuales. Como tú has dicho, lo haces realmente bien; pero tengo que fijar el precio de cada acto en concreto, y creo que debería tener una especie de rebaja; por ejemplo, si compro tres, obtengo uno gratis. Ya lo pensaremos.

Como estaba observando la cara de la muchacha, vio que sus hoyuelos temblaban mientras se empeñaba en reprimir la risa.

—Eres un perverso. —Giró sobre su estómago y se apoyó en los codos—. Te has mostrado muy amable descendiendo a los infiernos para animarme.

—Hacemos lo que podemos. —Le acarició las mejillas con un dedo—. Apuesto a que te viene bien un poco de comida. ¿Quieres que salgamos?

—No quiero salir para nada.

—Bien. Yo tampoco. —Cambió de postura e impregnó de un encanto considerable su expresión—. No creo que tengas ganas de cocinar.

—En absoluto.

—Muy bien. Lo haré yo.

Dana parpadeó, después se sentó y se golpeó la cabeza con la punta de los dedos.

—Perdona, ¿has dicho que ibas a cocinar?

—No te hagas muchas ilusiones. Pensaba hacer algo como huevos revueltos o unos sandwiches calientes de queso.

—Mandemos al diablo al colesterol y comamos ambas cosas. —Se inclinó y le dio un rápido beso—. Gracias. Me voy a duchar.

Cuando volvió, con un cómodo chándal, Jordan estaba en la cocina y ponía los huevos en una sartén pequeña mientras los sandwiches se doraban en otra y el perro comía su pienso molido en un bol.

Dana pensó que le faltaba el delantal de volantes, pero en cualquier caso su imagen resultaba impactante.

—Mirad, el señor hogareño.

—Incluso viviendo en Nueva York, viene bien ser capaz de cocinar una comida de emergencia. ¿Quieres poner los platos?

«Nueva York», pensó Dana mientras abría un armario. No debía olvidar que aquel tío vivía en Nueva York y no le prepararía sandwiches calientes de queso todos los días.

Alejó esos pensamientos, puso la mesa y colocó un par de velas por

diversión.

—Muy rico —dijo dando el primer bocado cuando estuvieron sentados—. De verdad. Gracias.

—Mi madre solía hacerme sandwiches calientes de queso cuando me encontraba indispuesto.

—Te levantan el ánimo: el pan tostado, la mantequilla, el queso caliente y derretido…

—Hum. Mira, si tienes interés porque mis manos hagan algo más que volverte loca de pasión, puedo dedicarte un tiempo mañana.

—Si puedes…

—Hubiera ido hoy, pero tenía deberes para casa.

Señaló el sobre que había traído.

—Lo has escrito todo.

—Creo que he puesto todo. Puedes mirarlo y ver si me he dejado algo en el tintero.

—¡Guay!

Dana se levantó y atravesó corriendo la habitación para coger el sobre.

—¿Nadie te ha dicho que es de mala educación leer cuando estás comiendo?

—En realidad no. —Dana se echó el pelo hacia atrás y se volvió a sentar—. Nunca es de mala educación leer. —Sacó las páginas y se sorprendió al ver la cantidad—. Un chico trabajador.

Jordan batió más huevos.

—He pensado que sería más conveniente escribir todo de una sola vez.

—Veamos lo que tenemos aquí.

Dana comió y leyó, leyó y comió. El trabajo de Jordan la trasladó al principio de todo, a la noche en que había llegado en coche al Risco del Guerrero conduciendo a través de una tormenta. Lo vio de nuevo, lo sintió de nuevo. Todo lo que había pasado desde entonces.

Ese era el don de Jordan: su arte.

Narraba todo como un cuento y cada personaje parecía vívido y real, cada acción tenía unas consecuencias bien definidas, y cuando se llegaba al final se deseaba seguir leyendo.

—Flynn tenía razón —dijo Dana cuando llegó a la última página—. Me ayuda tener todo ordenado de esta forma. Necesito absorberlo, volverlo a leer. Pone todo lo que ha sucedido dentro de un camino serpenteante, en lugar de describir un montón de ramificaciones agolpadas casualmente.

—Necesitaré escribirlo.

—Creía que lo habías hecho —replicó Dana sacudiendo la cabeza.

—No, solo una parte. En el mejor de los casos, la mitad. Me he dado cuenta hoy, cuando estaba ordenando todo. Tendré que volver a escribirlo cuando todo haya terminado y lo convertiré en un libro. ¿Tienes algún problema si lo hago?

—No lo sé. —Pasó los dedos por las páginas—. Creo que no, pero suena un poco extraño. Nunca he estado dentro de un libro antes.

Jordan hizo ademán de hablar, se detuvo y terminó de comerse los huevos. Pensó que Dana no había estado antes dentro de un libro que ella hubiera leído. Bien mirado, era lo mismo.

15

—Mira —dijo Kane— cómo te traicionas durante los sueños.

Dana se hallaba al lado de la cama en la que estaban durmiendo Jordan y ella misma. En un lateral, *Moe* se agitaba inquieto emitiendo sonidos.

—¿Qué le has hecho a *Moe*?

—Lo he sumergido en un sueño feliz e inocuo. Caza conejos en un tibio día de primavera. Estará a salvo y ocupado, porque nosotros tenemos mucho de lo que hablar.

Dana observó cómo la pata trasera derecha de *Moe* se movía como si estuviera corriendo.

—No tengo mucho que hablar con un mirón que se desliza en mi dormitorio por la noche.

—Yo no espío, observo. Me interesas, Dana. Eres inteligente. Respeto la inteligencia. Los intelectuales son tan valorados en mi mundo, en cualquier mundo. Aquí tenemos a la intelectual y al poeta. —Hizo un ademán hacia la cama y señaló a Dana y Jordan—. Se podría pensar que es una buena combinación, pero tú y yo sabemos que no es así.

A Dana le asustaba y le fascinaba ver a la pareja sobre la cama con las extremidades entrelazadas.

—No nos conoces. Nunca podrás. Por eso te venceremos.

Kane se limitó a sonreír. La oscuridad le favorecía, lo envolvía como si fuera terciopelo y seda y hacía que sus ojos brillaran con fuego interior.

—Buscas, Dana, pero no encuentras. ¿Cómo podrías hacerlo? Tu vida es fingimiento, un sueño como el de ahora. Mira cómo te aferras a Jordan mientras duermes. Tú, una mujer fuerte e inteligente que se considera independiente y voluntariosa. Sin embargo, te entregas a un hombre que ya te ha abandonado una vez, y lo volverá a hacer. Dejas que te domine la pasión y eso te debilita.

—A ti también te domina la pasión —replicó la mujer—. La ambición, la codicia, el odio y la vanidad son pasiones.

—Disfruto contigo por estas situaciones. Podríamos entablar conversaciones muy interesantes. Es cierto, las pasiones no son exclusivas del mundo mortal. Pero atraer el dolor solo por amor y por los placeres de la carne… —Sacudió la cabeza—. Eras más sensata cuando lo odiabas. Ahora estás dejando que te utilice

de nuevo.

«Miente. Está mintiendo».

Dana no podía permitirse caer en la trampa de esa voz seductora y olvidar que mentía.

—Nadie me utiliza, ni siquiera tú.

—Quizá necesites recordar con mayor claridad.

Estaba nevando. Dana sentía los copos de nieve suaves, fríos y húmedos sobre la piel, aunque no podía verlos. Parecían estar suspendidos en el aire.

Sintió la mordedura del viento, pero no lo pudo oír y tampoco la enfriaba.

El mundo era una fotografía en blanco y negro. Árboles negros, blanca nieve. Montañas blancas que se elevaban hacia un cielo blanco, y en la altura la silueta negra del Risco del Guerrero.

Todo estaba inmóvil, frío y silencioso.

Un hombre en la acera, más abajo, casi al llegar a la otra calle, despejaba de nieve su portal. Su pala permanecía levantada apuntando al montón de nieve que acababa de impulsar y que flotaba suspendido en el aire.

—¿Conoces este lugar? —le preguntó Kane.

—Sí, tres calles al sur del mercado, dos calles al oeste de Pine Ridge.

—¿Y esta casa?

Una casita de dos plantas pintada de blanco y con las persianas negras. Dos pequeñas lucernas en la segunda planta, cada una para un pequeño dormitorio. Un árbol solitario cuyas finas ramas estaban adornadas por la nieve, y el camino de acceso sorteándolo. Dos coches en la entrada: la vieja furgoneta y el Mustang de segunda mano.

—Es la casa de Jordan. —La boca de Dana estaba seca. Su lengua le parecía gruesa y pastosa—. Es…, era la casa de Jordan.

—Es —la corrigió Kane—, en este momento congelado.

—¿Por qué estoy aquí?

Kane la rodeó, pero no dejó ninguna huella sobre la nieve. El borde de su túnica negra parecía flotar unos centímetros por encima de la superficie blanca.

Llevaba un rubí pulimentado pero sin tallar, un enorme y redondo cabujón, colgando de una cadena que le llegaba casi a la cintura. En ese mundo en blanco y negro brillaba como una gruesa gota de sangre fresca.

—Te hago el favor de permitirte saber que esto es un ejercicio de memoria, y te dejo permanecer conmigo y observar. ¿Lo entiendes?

—Entiendo que tiene que ver con la memoria.

—A la primera de vosotras le he mostrado lo que podía llegar a ser. También te lo enseñé a ti; pero me doy cuenta de que tú eres… más práctica, de que prefieres la realidad. Ahora bien, ¿tienes suficiente valor para ver lo que es real?

—¿Para ver qué?

Ella ya lo sabía.

El color impregnó el mundo: el verde profundo de los pinos bajo la cubierta de la nieve, el brillante azul del buzón de la esquina, los azules, verdes y rojos de los abrigos que llevaban los niños que construían muñecos de nieve y parapetos en los jardines.

Y con el color llegó el movimiento. Los copos volvieron a caer, la paletada de nieve aterrizó ruidosamente sobre el sendero de la esquina y el hombre se agachó para coger otra. Dana escuchó los gritos, que rasgaron el aire con su fuerza y su pureza, de los niños que jugaban y el inequívoco sonido de las bolas de nieve al dar en el blanco.

Se vio a sí misma arropada con una chaqueta a cuadros del color de los arándanos. ¿En qué había estado pensando? Tenía el aspecto de Violeta en *Charlie y la fábrica de chocolate*.

Sobre la cabeza llevaba un gorro de punto y una bufanda se enrollaba alrededor de su cuello. Se movía deprisa, pero se entretuvo en una rápida y enérgica batalla de bolas de nieve con los pequeños Dobson y sus amigos.

Le llegaba el sonido de su propia risa, y sabía lo que había estado pensando, lo que había estado sintiendo.

Iba a ver a Jordan para convencerlo de que saliera a jugar. Llevaba demasiado tiempo encerrado en su casa desde que había muerto su madre. Necesitaba estar con alguien que lo amaba.

Los meses pasados habían constituido una pesadilla de hospitales y médicos, de sufrimiento y pesar. Jordan necesitaba consuelo y un empujoncito suave que lo devolviera a la vida. La necesitaba a ella.

Marchó deprisa por el sendero cubierto de nieve dando fuertes pisotones para limpiarse los zapatos. No llamó a la puerta. Nunca lo hacía.

—¡Jordan! —Se quitó el gorro y se pasó los dedos por el cabello. Entonces lo llevaba más corto; había hecho el experimento de cortárselo como un chico y no le gustaba: todos los días deseaba que le creciera.

Llamó de nuevo a Jordan mientras se desabrochaba el abrigo.

Notó que en la casa todavía persistía el olor de la señora Hawke. No era la fragancia a limón de la cera que utilizaba para los muebles, ni la del café que siempre tenía sobre la cocina. Era el olor de su enfermedad. Dana deseó poder abrir las ventanas y echar fuera lo peor de la pena y el sufrimiento.

Jordan se asomó en lo alto de las escaleras. El corazón de Dana dio un salto en su pecho, como le sucedía siempre que lo veía. Era tan guapo, tan alto y fornido…, con algo peligroso levemente insinuado alrededor de los ojos y la boca.

—Pensaba que estarías en el taller mecánico, pero he llamado a Pete y me ha dicho que no ibas a ir.

—No, no voy a ir.

Su voz sonaba algo ronca, como si acabara de despertarse. Pero ya eran las

dos de la tarde. Había sombras en sus ojos, sombras debajo de ellos que le rompían el corazón.

Dana se dirigió al pie de las escaleras y le dedicó una rápida sonrisa.

—¿Por qué no te pones un jersey? Los niños Dobson han intentado hacerme una emboscada cuando venía hacía aquí. Podemos darles una patada en sus pequeños culos.

—Tengo cosas que hacer, Dana.

—¿Son más importantes que enterrar a los Dobson bajo una lluvia de bolas de nieve?

—Sí. Tengo que terminar de hacer las maletas.

—¿Maletas? —No se había preocupado en ese momento, solo se había sentido confusa—. ¿Vas a algún lado?

—A Nueva York.

Se dio la vuelta y se alejó.

—¿A Nueva York? —Todavía no se alarmó, es más, se sintió excitada y subió la escalera a saltos detrás de él—. ¿Es por tu libro? ¿Te ha llamado el agente ese?

Entró corriendo en su habitación y se abalanzó sobre la espalda del hombre.

—¿Has tenido noticias del agente y no me lo has contado? Tenemos que celebrarlo. Tenemos que hacer algo que no hayamos hecho nunca. ¿Qué te ha dicho?

—Está interesado, eso es todo.

—Por supuesto que está interesado. Jordan, ¡es maravilloso! ¿Vas a entrevistarte con él? ¡Una reunión con un agente literario de Nueva York! —Emitió un graznido de alegría y después percibió las dos maletas: la bolsa de lona y el cajón de embalaje. Lentamente, dando las primeras muestras de alarma, se quitó de su espalda—. Te llevas un montón de cosas solo para una entrevista.

—Me voy a vivir a Nueva York.

No se volvió hacia ella, solo arrojó otro jersey y un par de vaqueros en una de las maletas abiertas.

—No entiendo.

—Ayer puse la casa en venta. Probablemente no la compre nadie hasta la primavera. Un tipo del mercadillo se llevará casi todos los muebles y lo que quede por aquí.

—Vendes la casa… —Sus largas piernas temblaron y se sentó en el borde de la cama—. Pero Jordan, tú vives aquí.

—Ya no.

—Pero… no puedes hacer las maletas e irte a Nueva York así como así. Sé que has hablado de vivir en otro sitio por una temporada, pero…

—He terminado aquí. Para mí, ya no queda nada.

Le pareció que un puño golpeaba su corazón.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Cómo puedes decir que aquí no hay nada que te

ate? Jordan ya sé lo doloroso que fue perder a tu madre. Sé que todavía la lloras. No es un buen momento para que tomes una decisión.

—Ya la he tomado. —Miró hacia donde ella estaba, pero sus ojos no se encontraron—. Tengo que arreglar algunas cosas más y después me iré. Mañana por la mañana.

—¿Así, sin más? —El orgullo hizo que se levantara—. ¿Pensabas contármelo en algún momento, o me ibas a enviar una postal cuando llegaras allí?

En este instante Jordan la miró, pero Dana no pudo ver nada en sus ojos, nada a través del escudo que había levantado entre los dos.

—Pensaba ir esta noche a tu casa y veros a Flynn y a ti.

—Qué amable.

Jordan se pasó los dedos por el pelo con un gesto que ella sabía que significaba impaciencia o frustración.

—Mira, Dana, esto es algo que tengo que hacer.

—No, es algo que quieres hacer, porque no deseas saber nada más de este lugar. Ni de su gente. —Dana hablaba en voz baja, muy baja, pero quería gritar y aullar—. Y ahí me incluyes a mí. En resumen, creo que estos dos años juntos no significan nada para ti.

—No es cierto, y tú lo sabes. —Cerró una maleta—. Te quiero, siempre te he querido. Voy a hacer lo que necesito…, lo que quiero hacer. En ambos casos el resultado es el mismo. Aquí no puedo escribir. No puedo pensar. Y tengo que escribir. Tengo la oportunidad de hacer algo con mi vida, y voy a aprovecharla. Tú harías lo mismo.

—Es cierto, vas a hacer algo con tu vida. Te convertirás en un bastardo egoísta. Hace mucho que planeas este viaje. Me mantenías engañada mientras tú estabas pensando abandonarme cuando te fuera más conveniente.

—No eres tú, sino yo. Quiero salir de esta puñetera casa y de esta maldita ciudad. —Se acercó lo suficiente como para que el escudo se agrietara y Dana viera furia en sus ojos—. No quiero romperme el culo trabajando día tras día en un foso de mecánico solo para pagar las deudas y luego esforzarme en conseguir unas pocas horas para escribir. Es mi vida.

—Pensaba que yo también formaba parte de tu vida.

—¡Joder!

Se pasó nuevamente una mano por el pelo antes de abrir un cajón para coger más ropa.

« Ni siquiera ha dejado de hacer la maleta —pensó Dana— mientras me está rompiendo el corazón» .

—Formas parte de mi vida. Tú, Flynn y Brad. ¿Cómo mierda cambia eso porque yo me vaya a Nueva York?

—Por lo que yo sé, no te has acostado con Flynn ni con Brad.

—No puedo enterrarme en el valle porque tú y yo nos hayamos puesto

cachondos.

—¡Hijo de puta! —Pudo sentir que empezaba a temblar y que los ojos se le llenaban de lágrimas. Haciendo uso de toda su fortaleza, transformó el dolor en rabia—. Puedes degradar nuestra relación, puedes rebajarte a ti mismo, pero a mí no me despreciarás.

Jordan se detuvo, dejó de hacer la maleta y se volvió para mirarla con pena y con algo que podía ser lástima.

—Dana, no es eso lo que quería decir.

—¡No! —Le golpeó la mano cuando él quiso acariciarla—. No vuelvas a ponerme las manos encima. ¿Has terminado con el valle? ¿Has terminado conmigo? Está bien, está muy bien, porque yo también he terminado contigo. Tendrás suerte si aguantas más de un mes en Nueva York con esa mierda que escribes. Así que cuando vuelvas arrastrándote a esta ciudad no me llames. No me hables. Porque has dicho algo que es verdad, Hawke: aquí ya no queda nada para ti.

Pasó delante de Jordan y salió corriendo.

Cuando se observó salir corriendo de la casa se dio cuenta de que había olvidado el gorro. Uno de los chicos Dobson le arrojó una bola de nieve que impactó en medio de su espalda, pero Dana no lo notó.

No sintió el frío, ni las lágrimas que corrían por su cara. No sintió nada. Jordan no le había hecho nada.

¿Cómo había podido olvidarlo? ¿Cómo había podido perdonar?

Entonces no había visto, como tampoco lo vio ahora, que Jordan, apostado detrás de la estrecha ventana, observaba cómo se iba.

La luz del sol de otoño la despertó. Tenía las mejillas húmedas y la piel helada. La tristeza era tan real y tan reciente que se apartó, se hizo un ovillo y rezó para que se le pasara.

No podía ni quería volver a vivir esa situación otra vez. ¿Tanto esfuerzo para olvidarlo y superar su pena y su dolor y ahora iba a abandonarse nuevamente en una relación tan peligrosa? ¿Tan débil y estúpida era?

Quizá, en lo que se refería a Jordan, lo fuera. Quizá fuera así de débil y estúpida. Pero no tenía por qué serlo necesariamente.

Salió de la cama y dejó dormir a Jordan. Se puso una bata, una especie de armadura, y después se dirigió a la cocina a hacer café.

Moe se levantó de los pies de la cama y salió a saltos detrás de Dana. Con la correa entre los dientes, bailó junto a la puerta.

—Todavía no, *Moe*. —Se agachó y hundió la cabeza en el pelo del perro—. Aún no estoy preparada.

Al darse cuenta de que había algún problema, *Moe* gimió y luego dejó caer

la correa para lamer la cara de Dana.

—Eres un buen perro, ¿verdad? Has estado cazando conejos, ¿no? Está bien. Yo también he estado cazando. Ninguno de los dos hemos pillado nada.

Bebió el café sin sentarse y ya se estaba sirviendo otra taza cuando escuchó las pisadas de Jordan.

El hombre se había vestido, pero todavía tenía el aspecto desaliñado de alguien que acaba de despertarse. Gruñó cuando las zarpas de *Moe* le golpearon el pecho y logró coger la taza de la mano de Dana. Bebió con ansiedad.

—Gracias. —Le devolvió la taza y después se agachó para recoger la correa de *Moe*. Esta acción hizo que el perro corriera desesperadamente trazando círculos alrededor de los dos.

—¿Quieres que lo saque?

—Sí. Puedes llevarlo de vuelta a casa de Flynn.

—Bien. ¿Quieres salir a correr antes del desayuno? —preguntó a *Moe* mientras sujetaba su correa—. Sí, por supuesto.

—No quiero que vuelvas por aquí.

—¿Hum? —Levantó la vista y le vio la cara—. ¿Qué has dicho?

—No quiero que vuelvas por aquí. Ni hoy por la mañana, ni nunca.

—Siéntate, *Moe*. —Algo en el tono tranquilo de su voz hizo que el perro obedeciera—. ¿Me he quedado dormido en medio de una discusión o…? ¡Kane! —exclamó, y cogió el brazo a Dana—. ¿Qué ha hecho?

—No tiene nada que ver con él. Esta vez tiene que ver conmigo. He cometido un error al volver contigo. Quiero corregirlo.

—¿Qué mierda ha producido este cambio? Anoche…

—Hacemos muy bien el amor. —Dana se encogió de hombros y se bebió el café—. Para mí no es suficiente. O quizá sea demasiado. De todas formas, no funciona. Ya me has destrozado una vez.

—Dana, permíteme…

—No, ya basta. —Se alejó de Jordan—. No te permitiré nada más. Tengo una vida agradable. Me satisface. No quiero que formes parte de ella. No te quiero aquí, Jordan. No puedo tenerte aquí. Prefiero decirte que te vayas antes de que haya desavenencias graves. Te lo digo cuando todavía tenemos la posibilidad de continuar siendo amigos.

Pasó a su lado rápidamente.

—Voy a ducharme. No quiero verte cuando haya terminado.

Todavía estaba confundido cuando llegó a casa de Flynn. Se preguntó si así era como se sentía Dana. ¿Era eso lo que le había hecho? ¿La había dejado vacía y paralizada?

¿Y qué pasaba cuando desaparecía la parálisis? ¿Había dolor, rabia, o ambas

sensaciones?

Prefería que fuera rabia. ¡Joder, quería encontrar su rabia!

Arrastrando la correa que Jordan había olvidado soltar, *Moe* corrió hacia la cocina y el saludo alegre de Flynn acompañó el sonido de los pasos del perro.

—Un hombre y su perro. —Malory bajaba corriendo las escaleras con un fresco aspecto mañanero, enfundada en unos pantalones color caqui y una sudadera azul marino—. Vuelves muy temprano esta mañana —comentó—. ¿O es que yo voy retrasada? —Se detuvo y miró a Jordan—. ¿Qué te pasa? ¿Hay problemas? —Una burbuja de miedo apareció en su voz—. Dana…

—No, nada. Está bien.

—Pero tú no lo estás. Ven, sentémonos.

—No. Necesito…

—Siéntate —repitió Malory.

Lo cogió del brazo y lo condujo a la cocina.

Flynn estaba frente a una mesa plegable que reemplazaba a la que colocarían cuando se terminara la reforma de la cocina. Habían pintado las paredes con un fuerte color azul verdoso que resaltaba la madera dorada de los nuevos armarios. El suelo estaba levantado, preparado para instalar la tarima que había elegido Malory. Un tablero de madera contrachapada se apoyaba sobre unos armarios bajos y servía de encimera.

Flynn comía cereales, y por el aspecto culpable de su cara y la de su perro se veía que los estaba compartiendo con *Moe*.

—Hola, ¿qué pasa? Si quieres desayunar, tienes quince minutos antes de que lleguen los obreros.

—Siéntate, Jordan. Te prepararé un poco de café.

Flynn observó la cara de su amigo.

—¿Qué pasa? ¿Habéis discutido tú y Dana?

—No ha habido discusión. Me ha dicho que me vaya.

—¿Que te vayas adónde?

—Flynn —dijo Malory mientras colocaba una taza de café frente a Jordan—, ¿cómo puede ser que estés tan espeso?

—Bueno, joder, dame unos minutos para que me ubique. Si no estabais discutiendo, ¿por qué te ha echado?

—Porque no me quiere allí.

—¿Así que te has ido —le espetó Flynn— sin saber por qué se ha enfadado?

—No estaba enfadada. Si lo hubiera estado, hubiera podido manejar la situación. Tenía aspecto de… cansada y triste. Y acabada.

Se pasó las manos por la cara. Así que después de todo no iba a sentir rabia. Solo pena.

—Jordan, debes descubrir qué hay detrás de eso, lo que ella ha sentido. —Malory le dio un pequeño golpe en el hombro—. ¿No significa nada para ti? —

Jordan le lanzó una mirada cargada de emociones. Malory suspiró, se acercó a él y lo abrazó—. Entonces muy bien —murmuró—, muy bien.

—Significa mucho —logró decir Jordan—, por eso no quiero que vuelva a tener ese aspecto nunca más. Quiere que me vaya, y yo me voy.

—Los hombres son tan imbéciles… ¿No has pensado que quiere que te vayas solo porque teme que te vas a ir?

Zoe se reunió con Malory en el portal y la llevó al exterior de la casa.

—Estaba esperándote. Dana está dentro, pintando tu zona. Algo no va bien. Lo percibo; pero no quiere contar nada.

—Lo ha dejado con Jordan.

—¡Oh! Si se han peleado…

—No, es algo más que una simple discusión. Veré qué puedo hacer.

—Buena suerte.

Zoe entró en la casa nuevamente.

—Cambiando de tema, ¿qué es ese ruido?

—Otra complicación más. Bradley está trabajando en la zona de Dana con una pulidora eléctrica. No me deja usarla. Sí, es muy amable por prestárnosla —añadió cuando Malory levantó las cejas—. Yo me siento perfectamente capaz de pulir los suelos. Con Brad aquí, será mucho más difícil que Dana se sincere con nosotras.

—Tú mantenlo entretenido, que yo me encargo de Dana.

—No quiero mantenerlo entretenido. La último vez que estuve a solas con él, solo fueron diez minutos, me tiró los tejos.

—¿Cómo?

Zoe miró por encima del hombro hacia el lugar de donde provenía el sonido de la pulidora.

—La noche que fuimos a su casa, después de que os fuerais todos, yo estaba manteniendo con él una conversación anodina y me besó.

—¿Te besó? ¡Ese maníaco perverso te dio un beso! Trae una cuerda para atarlo.

—¡Oh, ja, ja!

—Está bien. ¿Tuviste que rechazarlo a la fuerza? ¿Fue una experiencia aterradora?

—No, pero… —Bajó la voz, aunque si hubiera gritado nadie podría haberla oído—. Me besó de verdad y me quedé atontada durante un minuto, así que respondí a su beso. En este momento no tengo tiempo para ningún jueguecito de ese tipo. Además, me pone nerviosa.

—Ya. Los chicos guapos que dedican una parte de su tiempo a pulir mis suelos siempre me ponen nerviosa. Escucha, tengo que hablar con Dana. Cuando

me haya ocupado de ella, iré adonde está Brad y si es necesario te salvaré de sus malvadas garras. Excepto, naturalmente, que creas que te las puedes apañar sola.

—De acuerdo. Me has dado un golpe bajo, muy bajo.

—Solo asegúrate de que no se nos acerque mientras estoy hablando con Dana. Corre.

La despidió con un gesto de la mano y luego caminó hacia el otro lado.

Cuando entró en la habitación, lo primero que le pasó por la cabeza fue admirar cómo sus paredes cobraban vida con el pálido y delicado color oro bruñido que había elegido. Quedaba estupendo. Podía imaginar cómo lucirían las obras de arte de su tienda con ese fondo.

A continuación pensó que la cara de Dana expresaba vacío y desesperación mientras pintaba. Le preocupó mucho.

—Queda fenomenal.

Arrancada de golpe de sus pensamientos sombríos, Dana volvió la cabeza.

—Es verdad. Tienes el don de imaginarte cómo quedará un color. Yo pensaba que sería soso, hasta un poco lóbrego. Al contrario, le da un toque de luz.

—Tú sí que no tienes ninguna luz hoy.

Dana se encogió de hombros y siguió trabajando.

—No puedo ser todo el tiempo la alegría de la huerta.

—He visto a Jordan esta mañana. Tampoco estaba resplandeciente. En realidad —añadió mientras se acercaba a Dana—, parecía derrumbado.

—Lo superará.

—¿Lo crees realmente o es que necesitas creerlo porque eso te exime de toda responsabilidad?

—No tengo ninguna responsabilidad. —Miró fijamente la pared mientras pintaba. Oro sobre blanco, oro sobre blanco—. He hecho lo que está bien para mí. No te inmiscuyas, Malory.

—Sí, lo haré. Te quiero. Quiero a Flynn, y él te quiere.

—Somos una gran familia pegajosa.

—Puedes enfadarte conmigo si quieres y si eso te ayuda; pero tienes que saber que estoy de tu lado. Pase lo que pase, estoy de tu lado.

—Entonces tienes que entender por qué he roto, y debes apoyar mi decisión.

—Lo haré si me convences de que es lo que deseas realmente. —Malory pasó una mano por la espalda de Dana—. Lo que te hace feliz.

—Todavía no busco la felicidad. —La caricia de su amiga le dio ganas de sentarse en el suelo y ponerse a llorar—. Me conformaré con un poco de tranquilidad.

—Cuéntame lo que ha pasado entre ayer y hoy.

—He recordado…, con una pequeña ayuda de Kane.

—Lo sabía. —Nada más decir estas palabras, la ira iluminó la cara de Malory—. Sabía que él estaba detrás de todo.

—Espera: Kane me ha llevado en un viaje hacia mis recuerdos. Es un hijo de puta, pero eso no cambia los hechos.

Joder, estaba cansada. Quería que le dejaran pintar las paredes tranquilamente. Trabajar hasta ahogar el dolor y la fatiga.

—No ha cambiado lo que pasó ni lo ha hecho peor. No ha sido necesario. Después de ver todo nuevamente, de sentirlo de nuevo, me he dado cuenta de que estaba cometiendo un error.

—¿Por qué es un error amar a un hombre decente?

—Porque él no me ama. —Se quitó la diadema que le sujetaba su pelo, como si haciéndolo aliviara el dolor de cabeza que hervía en la base de su cráneo—. Porque va a irse tan pronto como termine con sus asuntos. Porque cuanto más estoy con él más me involucro en esta relación y no controlo cómo me siento, a pesar de que creía que sí que iba a poder. Y no puedo estar con él sin amarlo.

—¿Le has preguntado cómo se sentía él?

—No. ¿Sabes por qué? No estaba dispuesta a escuchar la vieja rutina del « te quiero» . Puedes echármelo en cara.

Durante unos instantes, ninguna de las dos habló. Solo se escuchaba el sonido de la trabajosa respiración de Dana, el zumbido de la máquina de pintar y el continuo estruendo de la lijadora al otro lado de la casa.

—Le has herido. —Malory se acercó y apagó la máquina—. Quizá sus sentimientos no sean tan simples y débiles como tú crees. El hombre que he visto esta mañana estaba totalmente destrozado. Dana, si lo que querías era venganza, la has obtenido.

Dana se dio la vuelta bruscamente. Vibraba de furia y temblaba de indignación. El rodillo cayó de sus manos y dejó una mancha dorada sobre el suelo.

—Por todos los santos, ¿por quién me tomas? ¿Piensas que me he acostado con Jordan solo para poder despedirlo de un puntapié y sentirme satisfecha?

—No, no lo creo. Solo pensaba que si buscas el camino de la tranquilidad no puedes encontrarlo arrojando a alguien a una zanja y dejándolo allí para que se desangre.

Dana arrojó al suelo la diadema, pero deseaba tener algo más contundente para arrojar.

—Eres demasiado impertinente.

—Sí, lo soy.

—Es mi vida, Malory. No necesito que tú ni ninguna otra persona me diga a quién debo incluir en ella o a quién dejar fuera.

—A mí me parece que eso es lo que estás permitiendo que haga Kane. Él quería que tomaras un rumbo, y tú lo has hecho. Ni siquiera te has preguntado por qué te ha impulsado en esa dirección.

—¿Así que debo seguir con Jordan a causa de la llave? ¿Me das un sermón

acerca de mi propia vida y mis propias decisiones para no poner en riesgo nuestro pacto?

Malory suspiró profundamente. No era el momento de que ella perdiera los estribos ni de culpar a Dana por haberlos perdido.

—Si crees eso, no me conoces, y lo que es peor, no sabes lo que has acordado hacer. Puedes seguir pintando y felicitándote por evitar todos los escollos del camino, o puedes dejar de portarte como una cobarde y hablar con Jordan. —Frustrada, Malory se dirigió hacia la puerta—. No te será difícil encontrarlo —le gritó—. Le ha dicho a Flynn que hoy por la mañana iría a ver a su madre.

16

Le llevó claveles. Su madre prefería los tulipanes, pero no era su temporada. Le habían gustado más las flores sencillas: tulipanes y narcisos, rosas trepadoras y margaritas. A Jordan le parecía que los claveles eran sencillos y femeninos, de un color rosa suave decadente.

A su madre le hubieran gustado: hubiera armado un alboroto y las hubiera puesto en su mejor florero, el que su propia madre le había regalado en una Navidad ya lejana.

Jordan no había pensado en ningún recipiente donde ponerlos, de manera que tendría que usar el papel de la florista.

Odiaba el cementerio. Todas esas lápidas y piedras que surgían de la tierra como una cosecha de muerte en gris, blanco y negro. Todos los nombres y las fechas inscritos en ellas constituían tanto un recordatorio de que nadie vence al destino como un recuerdo a toda una vida.

Supuso que eran pensamientos enfermizos, pero aquel era el lugar donde tenerlos.

El terreno estaba lleno de malas hierbas y de baches, de forma que el verde se interrumpía aquí y allá con manchas marrones donde había desaparecido y el césped crecía alto y delgado donde no lo habían cortado por estar muy cerca de las lápidas. Otras personas habían traído flores a sus muertos, y algunas de las ofrendas se habían secado o estaban marchitas. Algunos resolvían su recuerdo de la muerte colocando flores artificiales en las losas, pero los colores brillantes le parecieron falsos.

« Más mentiras —pensó— que homenajes» .

En el extremo norte corría mucho viento y hacía mucho frío, sin el cobijo del montecillo de árboles que estaba al este o la ladera soleada del oeste.

Hacía unos años que había reemplazado la lápida por una piedra de granito blanco. Su madre lo hubiera considerado un gasto innecesario, pero Jordan quiso hacer algo.

Ponía su nombre, « Susan Lee Hawke» , y la duración de su vida, esos cortos cuarenta y seis años. Debajo, en letra cursiva, se hallaba el verso que Jordan había parafraseado de Emily Dickinson:

« La esperanza reside en el alma» .

Su madre nunca había perdido la esperanza. Había vivido toda su vida creyendo en el poder de la esperanza, y de la fe, con un toque de trabajo esforzado y duro. Aun cuando la enfermedad había deteriorado su belleza y la había dejado en los huesos, mantuvo la esperanza.

« En mí —pensó Jordan—. Había tenido esperanza en mí, había creído en mí y me amó sin reticencias» .

Se arrodilló para poner las flores sobre su tumba.

« Te echo de menos, mamá. Echo de menos hablar contigo y escuchar tu risa. Echo en falta esa mirada en tus ojos que me decía que me había metido en algún problema. Aun entonces, tú estabas a mi lado. Siempre lo estuviste» .

Miró las palabras grabadas en la piedra. Parecían demasiado formales. Su madre siempre había sido Sue. Sencillamente Sue.

« Sé que no estás aquí. Todo esto es una forma de que se sepa que anduviste por aquí, que te quisimos. A veces te siento, y es una sensación tan fuerte que me parece que si me doy la vuelta te voy a ver. Siempre creíste en esas cosas, en las posibilidades de lo que somos» .

Se puso de pie y deslizó las manos en los bolsillos.

« Me pregunto qué puñetas soy. Lo he echado a perder; no todo, pero sí algo esencial. Tengo lo que siempre he querido, y he perdido lo que no sabía que necesitaría eternamente. Puedo decir que quizá sea justicia cósmica; quizá no se pueda tener todo; pero tú me lanzarías una de tus miradas» .

Contempló las colinas lejanas que su madre había amado siempre y el fuerte azul del cielo por encima de los árboles.

« No sé si podré arreglarlo. La verdad es que no sé siquiera si debo intentarlo. —Cerró los ojos un momento—. Me duele estar aquí. Supongo que tengo que sentirme así. —Se llevó dos dedos a los labios y después los posó sobre la lápida —. Te quiero. Volveré» .

Se dio la vuelta y se detuvo cuando vio que Dana, en el borde del sendero, lo observaba.

« Parece muy triste» , pensó la muchacha. Más que eso, parecía como si la pena lo hubiera despojado de sus defensas y dejara al descubierto sus emociones. Resultaba doloroso verlo tan vulnerable, comprender que los dos sabían que ella lo había sorprendido de improviso en un momento que debía ser íntimo.

Nada segura de lo que iba a decirle, Dana cruzó el césped y se detuvo junto a Jordan frente a la tumba de su madre.

—Lo lamento. No quería… molestarte —empezó a decir—. Por eso estaba esperando en el sendero.

—Está bien.

Dana observó la tumba y las flores frescas esparcidas sobre la hierba. Quizá no supiera qué decir.

—Flynn y yo venimos una vez al año. —Se aclaró la garganta—. Su padre, mi madre… y la tuya. Intentamos venir siempre después de la primera gran nevada. Todo está tan tranquilo, blanco y limpio… Le traemos unas flores. —Levantó la vista de la tumba y vio que Jordan la miraba fijamente—. Pensaba que te gustaría saber que siempre que venimos le traemos flores.

Jordan no abrió la boca, pero sus ojos lo dijeron todo. Entonces se limitó a bajar la frente.

Permanecieron en silencio mientras el viento los rodeaba y hacía flotar los pétalos de las flores.

—Gracias. —Se enderezó lentamente, como si tuviera miedo de que algo en él se quebrara—. Gracias.

Dana asintió y otra vez guardaron silencio mientras miraban hacia las colinas.

—Es la primera vez que vengo desde que he regresado —dijo Jordan—. Nunca sé qué hacer en un lugar como este.

—Has hecho lo que debías. Los claveles son bonitos. Sencillos.

Jordan emitió una breve risa.

—Sí, es lo mismo que había pensado yo. ¿Por qué estás aquí, Dana?

—Tengo algo que decirte, y quizá esta mañana no me he explicado bien.

—Si lo que me vas a decir es que todavía podemos ser amigos, quizá puedas esperar un par de días antes.

—A decir verdad, no. No sé si es el momento ni el lugar adecuado para hablar de esto —dijo Dana—, pero después del sermón que me ha soltado Malory esta mañana, reconozco que tiene razón en algunos aspectos y he pensado que te debía, que debía a ambos, a ti y a mí misma, algo mejor que la manera en que he terminado contigo.

—Te hice daño. Lo he podido ver en tu cara. No quiero hacerte daño, Dana.

—Es demasiado tarde para pensarlo. —Alzó los hombros y los dejó caer—. Fuiste desconsiderado conmigo, Jordan. Fuiste desconsiderado y cruel. A pesar de ello, aunque puedo haber pasado algunas horas felices en el pasado soñando con pagarte con la misma moneda, me doy cuenta de que no es lo que quiero realmente. Por eso, cuando esta mañana me he mostrado desconsiderada y cruel contigo no he obtenido ninguna satisfacción con ello.

—¿Por qué lo has hecho?

—Anoche viajé al pasado por cortesía de Kane. —Juntó las cejas al escuchar la exclamación obscena de Jordan—. Creo que no deberías usar ese lenguaje frente a la tumba de tu madre.

Por alguna razón, el comentario aflojó el nudo en el estómago del hombre.

—Ya lo ha oído antes.

—No importa.

Jordan se encogió de hombros y en el gesto Dana percibió algo del joven que había amado. Lo suficiente para oprimirle nuevamente el corazón.

—¿Adónde has ido?

—He vuelto al día en que estabas haciendo las maletas para mudarte a Nueva York. Lo he vivido de nuevo. Me he observado mientras sucedía. Ha sido extraño, y no ha sido menos horrible a pesar de saber que estaba observando una repetición. Era como estar a los dos lados de un espejo. Observaba, y al mismo tiempo formaba parte de la escena. Todo lo que me dijiste, y lo que no me dijiste, resultó tan doloroso como cuando sucedió realmente.

—Lo lamento.

Dana levantó la cara para mirarlo.

—Creo de verdad que lo lamentas, y por eso estoy aquí en lugar de estar quemando una imagen tuya. Pero me ha hecho daño otra vez. Y tengo el derecho, tengo la responsabilidad, conmigo misma, de impedir que se repita. No estoy dispuesta a poner de nuevo mi corazón a tus pies, y no puedo estar contigo y mantenerlo intacto. Quizá podamos ser amigos, quizá no; pero no podemos ser pareja. Necesitaba explicártelo.

Cuando Dana retrocedió, Jordan le puso una mano en el brazo.

—¿Damos una vuelta?

—Jordan…

—Solo pasea conmigo unos minutos. Ya me has dicho lo que tenías que decirme. Te pido que ahora me escuches tú a mí.

—De acuerdo.

Dana se metió las manos en los bolsillos para calentarlas y además evitar el contacto con el hombre.

—No manejé bien la situación cuando mi madre murió.

—No creo que tengas esa obligación en un momento así. Mi madre está enterrada allí. —Señaló con la mano delante de donde se encontraban—. Realmente no me acuerdo de ella. No recuerdo haberla perdido; pero la echo en falta y a veces todavía me siento estafada. Tengo algunos recuerdos de ella: una blusa que mi padre guardó porque era su favorita, algunas de sus joyas y fotografías. Me gusta tenerlas. El hecho de que no la recuerde, de que fuera demasiado pequeña para recordar que la perdí, no quiere decir que no comprenda lo que significó para ti su pérdida. No me dejaste ayudarte.

—Tienes razón. No dejé que me ayudaras. No sabía cómo podías hacerlo.

La cogió un momento del brazo porque había dado un traspié andando por aquel terreno desigual, y después la soltó y se dirigieron hacia los árboles.

—La quería mucho, Dana. No es algo que sientas todos los días cuando todo es normal. Quiero decir que no me despertaba todas las mañanas pensando que quería mucho a mi madre; pero formábamos una unidad.

—Lo sé.

—Cuando mi padre nos dejó…, bueno, no me acuerdo mucho de él, pero sí recuerdo que mi madre era como una roca. No por fría ni dura, sino por su firmeza. Trabajó como un maldito burro. Tuvo dos empleos, hasta que pagamos las deudas que nos había dejado mi padre. —Incluso cuando lo contaba, Jordan sentía amargura—. Debía de sentirse tremendamente cansada, pero siempre tenía tiempo para mí. No me refiero a tiempo para ponerme la comida sobre la mesa ni para darme una camisa limpia, sino para mí.

—Lo sé. Se interesaba por todo lo que hacías, sin agobiarte con su dedicación. Solía simular que era mi madre.

Jordan la miró.

—¿De verdad?

—Sí. No pensarías que, cuando era una niña, rondaba por tu casa solo para haceros enfadar a Flynn, a Brad y a ti, ¿verdad? Me gustaba estar con ella. Olía como una madre y se reía mucho. Te miraba…, a veces se limitaba a mirarte, y había tanto amor en su cara, tanto orgullo… Yo también quería una madre que me mirara de esa manera.

Le conmovió escucharla, y el débil regusto amargo desapareció.

—Nunca me falló. Ni una sola vez. Nunca. Desde que era niño, leía todo lo que yo escribía. Guardaba muchos de esos cuentos y solía decirme que algún día, cuando fuera un escritor famoso, la gente se asombraría al leer mis primeros relatos. No sé si habría llegado a ser escritor sin ella y la firme y constante fe que depositó en mí.

—Estaría encantada con lo que has logrado.

—No vivió para ver cómo publicaban mis libros. Quería que fuera a la universidad. Yo también quería, pero quería retrasarlo uno o dos años para poder ganar algún dinero antes. Pero ella establecía la ley, y lo hacía muy bien cuando le parecía importante. De manera que fui a la universidad, como ella quería. —Se quedó un momento en silencio y una nube oscureció el sol—. Envié un poco de dinero a casa, pero no mucho. No tenía suficiente para mandar más. No volví a casa demasiadas veces. Estaba muy liado. Tenía mucho que hacer. Después asistí a otros cursos. Pasaron muchos años sin estar con ella.

—Eres demasiado duro contigo mismo.

—¿Lo soy? Yo fui lo primero para ella, siempre. Podría haber vuelto antes, haber ganado un buen sueldo en el taller, haberle quitado un peso de la espalda.

Dana le puso una mano en el hombro para que se diera la vuelta y la mirara.

—No era lo que ella quería para ti. Sabes que no lo era. Estaba entusiasmada con lo que hacías. Cuando te publicaron esos relatos en una revista, tocó el cielo con las manos.

—También hubiera podido escribirlos aquí. Cuando finalmente volví a casa me puse a escribir. Me metí de lleno en un libro. Escribía como un loco por las noches, después del trabajo. Claro, eso cuando no estaba contigo. Iba a conseguir

todo y a tenerlo todo: dinero, fama, una obra literaria. —Comenzó a hablar más rápido, como si las palabras hubieran estado encerradas durante demasiado tiempo—. La iba a sacar de esa casa vieja; le compraría algo hermoso en las colinas. Nunca tendría que volver a trabajar. Podría tener su jardín, podría leer o hacer lo que quisiera. Iba a cuidar de ella. Pero no lo hice. No pude.

—¡Oh, Jordan, tú no tienes la culpa!

—No es una cuestión de culpa. Enfermó. Yo había estado lejos mucho tiempo y cuando volví iba a enmendar mi descuido. Entonces enfermó. Solía decir que estaba un poco cansada, un poco dolorida, que se estaba volviendo vieja. Y se reía. De forma que no fue al médico a tiempo. Escaseaba el dinero y era difícil sacar tiempo del trabajo, de modo que no se hizo una revisión hasta que ya era demasiado tarde.

Incapaz de controlarse, Dana le cogió una mano.

—Fue terrible. Lo que pasasteis los dos fue terrible.

—No le presté atención, Dana. Estaba metido de lleno en mi propia vida, en lo que quería, en lo que necesitaba. No me di cuenta de que estaba enferma hasta que… ¡Joder, me obligó a sentarme y me contó lo que habían encontrado en su interior!

—Es estúpido echarte la culpa por eso. Estúpido, Jordan, y ella te diría lo mismo.

—Probablemente lo haría, desde que murió me he convencido de ello. Sin embargo, durante la enfermedad y después… Sucedió muy rápido. Sé que fueron meses, pero transcurren tan rápidos… Los médicos, el hospital, la cirugía, la quimio. ¡Mierda, estuvo tan enferma durante ese tiempo! No sabía exactamente cómo cuidarla…

—Espera, espera: la cuidaste. Te quedaste con ella, le leías libros… ¡Por Dios, Jordan, la alimentabas cuando no pudo hacerlo sola! Tú fuiste la roca en ese momento, Jordan. Yo misma lo vi.

—Dana, estaba aterrorizado y enfadado, y no se lo podía decir. Lo guardé en mi interior, porque no sabía qué otra cosa podía hacer.

—Apenas tenías veinte años y el mundo se desmoronaba a tu alrededor.

Nada más decirlo, Dana se dio cuenta de que no lo había comprendido en su momento, al menos no completamente.

—Se apagaba frente a mí, y yo no podía detener aquello. Cuando supimos que se moría, que ya no quedaba mucho tiempo (¡sufría tanto!), me confesó que lamentaba tener que irse, que tenía que dejarme. Dijo que no había habido un solo día de su vida en el que no se hubiera sentido orgullosa de mí y agradecida.

» Me desmoroné. Me vine abajo. Entonces se murió. No sé si pude despedirme ni si le dije que la quería. No sé lo que hice ni lo que dije.

Se dio la vuelta y se encaminó otra vez hacia las lápidas que asomaban por encima de la escasa hierba.

—Ella ya lo había preparado todo, así que me limité a respetar sus deseos. Solo había que adelantar un pie y luego el otro. El funeral, el vestido que debía llevar, la música que había querido que se tocara. Tenía un seguro. Todos los meses había estado ahorrando algo para ese momento. Solo Dios sabe cómo lo consiguió. Había lo suficiente para pagar la mayoría de las deudas que se habían acumulado y para darme un respiro.

—Eras su hijo. Quería dejarte algo.

—Lo hizo, de todas las maneras posibles. No podía quedarme aquí, Dana. No en ese momento. No podía vivir en esa casa y estar llorando por mi madre cada vez que respirara. No podía quedarme en esta ciudad, donde me encontraría con gente conocida en cualquier lugar al que fuera.

» Se puede pensar que lo cercano y conocido proporciona consuelo; pero a mí me producía un dolor constante. Sentía que me asfixiaba y al instante siguiente creía que iba a explotar. Tenía que alejarme de todo. Tenía que enterrar parte de esa pena, como la había enterrado a ella.

—No quisiste hablarme de lo que sentías.

—No podía. Si hubiera tenido las palabras, me hubiera atragantado. No digo que haya hecho lo correcto. No actué bien. Pero lo que te he contado es la verdad. Tenía que hacer algo conmigo mismo y no podía hacerlo aquí. O creía que no podría, ¿qué diferencia hay?

—Tenías que irte —murmuró Dana— o no habrías llegado a ser lo que eres.

¿Cómo le había llevado tanto tiempo comprenderlo?

—Odiaba lo que yo era en este lugar y temía lo que llegaría a ser si me quedaba. Me vi trabajando en el taller de coches día tras día, año tras año, echando por la borda todo por lo que mi madre había trabajado, todo lo que había querido para mí, porque no sabía hacer nada mejor. Estaba enfadado y dolido, tan envuelto por la ira y el dolor que me importaba un comino todo lo demás. —Volvió al borde de la tumba de su madre y miró las flores—. No sabía que me amabas. No sé si hubiera sido diferente en caso de haberlo sabido, pero no lo sabía. Siempre me habías parecido tan fuerte, tan segura de ti misma, tan cómoda con todo tal y como era, que no vi más que eso. —Alargó la mano para apartarle el pelo de la cara, y luego la dejó caer—. Quizá no quería darme cuenta. Con todo lo que le había pasado a mi madre, no me quedaba sitio para amar a nadie. Pero te hice daño conscientemente. Porque para mí era más fácil que tú me dejaras. Me avergüenzo de mi conducta y la lamento. Merecías algo mejor.

—No sé qué decirte. Me ayuda lo que me has contado, y sé que no ha sido fácil decírmelo.

—No llores, Dana. Eso me hunde.

—Es difícil superar los problemas sin llorar. —Pero se pasó los dedos por debajo de los ojos—. Éramos jóvenes, Jordan, y los dos cometimos errores. No

podemos cambiar lo que ocurrió, pero podemos verlo con objetividad e intentar ser amigos otra vez.

—Ahora somos adultos y tenemos que seguir con nuestra vida. Si quieres que seamos amigos, lo seremos.

—De acuerdo.

Logró esbozar una sonrisa temblorosa y le tendió la mano.

—Hay algo más que debes saber. —Le cogió la mano con firmeza—. Estoy enamorado de ti.

—¡Oh, Dios!

Su corazón, ya bastante inestable, dio un vuelco.

—Nunca he podido olvidarte. Lo que sentía por ti entonces era como una raíz. El tiempo pasaba. Yo seguía intentando matar esa raíz, pero no lo conseguía. Volvía al valle a ver a Flynn, y si te distinguía a lo lejos o me dirigías la palabra esa raíz tomaba un nuevo impulso y crecía un poco más.

—¡Joder, Jordan, joder!

Aunque le costara mucho, tenía que decírselo.

—Esta última vez, cuando llamé a la puerta de Flynn y abriste tú, era como si esa planta trepadora hubiera crecido dos metros y se enroscara en mi cuello. Estoy enamorado de ti, Dana. No puedo evitarlo, y aunque pudiera no lo haría. Te abro mi corazón y lo pongo a tus pies. Es tuyo, para lo que quieras hacer con él.

—¿Qué piensas que quiero hacer, pedazo de burro? —dijo arrojándose en sus brazos.

Alivio, alegría y placer inundaron a Jordan como una riada imparable, y hundió la cara en el cabello de Dana.

—Esto era lo que esperaba que hicieras.

Lo primero que oyó Dana cuando regresó a ConSentidos fue una discusión. Según su opinión, uno de los elementos esenciales que convertía una casa en un hogar. Prestó atención a lo que se oía en una zona del edificio y pidió silencio con una mano a Jordan cuando entró detrás de ella.

—No me va a pasar nada. Soy perfectamente capaz de manejar una pulidora eléctrica. No quieres que nadie más que tú juegue con ella.

—En primer lugar, no es un juguete. —La voz de Brad mostraba una exasperación tan aguda que Dana tuvo que sofocar un bufido—. En segundo lugar, una vez que haya terminado con esta zona, lo que ya hubiera hecho si dejaras de darme la lata…

—Yo no doy la lata.

Había partes iguales de veneno e insulto en la respuesta de Zoe. Dana pegó un tirón del brazo de Jordan.

—Vete a hacer de árbitro con los Mellizos Irritables —murmuró—. Necesito hablar con Malory.

—¿Por qué no hablo yo con Malory?

—Un hombre de verdad no tendría miedo de…

—Oh, déjalo ya.

Enderezó los hombros, se metió las manos en los bolsillos y se encaminó hacia la disputa.

Dana se pulió las uñas en la chaqueta.

—Siempre funciona.

Después exhaló un suspiro, enderezó los hombros y caminó en dirección opuesta para recibir su ración de gritos.

Las paredes de lo que sería el salón principal de la galería de exposiciones de Malory estaban terminadas. Dana pensó que tenían un aspecto estupendo. Podía escuchar la música de la radio que provenía del cuarto de atrás y a Malory cantando junto a Bonnie Raitt.

Cuando entró, Dana observó que también estaba bailando. Mientras Malory pasaba el rodillo de arriba abajo, sus caderas seguían el saltarín ritmo Delta.

—¿Lo has puesto así de fuerte para bailar o para no oír la tensión sexual que proviene del otro lado del vestíbulo?

Malory se dio la vuelta y dejó el rodillo para descansar los brazos.

—Un poco de cada. ¿Cómo te encuentras?

—¿Qué te parece?

—Que mucho mejor. —Malory la observó más detenidamente—. En realidad, tienes un aspecto formidable.

—Estoy muy bien. Antes de nada, lo lamento. Me sentía desgraciada y me he desahogado contigo. Solo intentabas ayudarme.

—Es lo que hacen los amigos. Se transmiten sus estados de ánimo e intentan ayudarse. Los dos parecíais tan desdichados, Dana.

—Lo estábamos. Teníamos razones para que fuera así. Sean cuales sean los motivos de Kane, me enseñó la verdad. No podía enterrar lo que había pasado antes, todo ese dolor. Tenía que manejarlo, sacarlo fuera, examinarlo. Al final, comprenderlo.

—Tienes razón.

—No, tú tenías razón. —Se quitó la chaqueta y la colocó en el alféizar de la ventana—. No lo podía superar comenzando de nuevo una relación con Jordan, ni terminándola. Tenía todo enterrado en una tumba muy poco profunda. Él también.

—Antes necesitabais pasar un tiempo juntos, conoceros otra vez.

—Tienes razón. Hoy has ganado mil puntos.

—A pesar de que nunca he entendido lo que significa eso exactamente, déjame ver si puedo seguir el hilo. Has ido a ver a Jordan, habéis hablado de todo

el asunto y por fin habéis comprendido que os amáis.

—Así es. Me ama. —Los ojos de Dana se llenaron de lágrimas y Malory se quitó el pañuelo de la cabeza y se apresuró a ofrecérselo—. Gracias. Me ha dicho cosas que nunca me había dicho antes. Que no había podido o no había querido decir. Ahora no importa eso. No estaba preparado, y, si te soy sincera, yo tampoco lo estaba. Lo amaba, pero eso no era suficiente para dejarme ver lo que Jordan estaba pasando y lo que necesitaba. Tampoco lo que necesitaba yo. Estaba ciega, y todo lo que me decía era: « Quiero a Jordan» , y punto. Nunca pensaba lo que podríamos hacer juntos, o ser juntos, lo que cada uno necesitaba hacer por separado para consolidar la relación. Vivíamos el presente, nada más.

—Erais jóvenes y estabais enamorados.

Malory recuperó su pañuelo y ella también se secó los ojos.

—Sí, lo estaba. Lo amaba con todo lo que tenía. Pero ahora tengo más. Resulta realmente sorprendente retroceder un paso y mirar al hombre que ahora es, al hombre que se ha hecho a sí mismo, y darme cuenta de que es mejor. Sé que valió la pena esperar.

—Dana…

Sus ojos húmedos miraron con asombro la cara de Malory, luego parpadeó rápidamente antes de volverse hacia la puerta, donde se encontraba Jordan.

—Estamos hablando de cosas de mujeres.

—Dana…

Pronunció otra vez su nombre y se acercó a la mujer. Dana vio la emoción que brillaba en sus ojos azules antes de que la cogiera en sus brazos. La elevó hasta quedarse de puntillas y su boca selló la de la joven.

—¡Oh!

Emocionada, Malory hundió la cara en el pañuelo.

—Está bien. Solo quería decirte…

Zoe entró como una tromba en la habitación antes de detenerse de repente. Mirando a la pareja entrelazada, se llevó una mano al corazón.

—¡Oh!

Se metió la mano en el bolsillo para sacar el pañuelo, pero Brad apareció a su lado a tiempo de ofrecerle el suyo.

—Gracias. —Se sonó—. Pero tengo el mío.

—Cállate, Zoe.

Como el momento era demasiado precioso para echarlo a perder, se calló.

Jordan se enderezó.

—Hay algo que tengo que hacer.

Las cejas de Dana se levantaron y sonrió, rápida y traviesa.

—¿Aquí? ¿Frente a todos nuestros amigos?

—Tranquila —fue la respuesta de Brad, por la que recibió un codazo de Zoe en el estómago.

—No es momento para pensamientos soeces.

—Siempre es momento.

—Ignóralos —murmuró Jordan y apretó sus labios contra la frente de Dana.

—Ya lo hago.

—Hay algo que tengo que hacer —repitió el joven—. Por eso hoy no puedo echaros una mano aquí.

—Pero…

—Es importante —la interrumpió—. Os lo explicaré esta noche.

—Necesitamos reunirnos todos esta noche y examinar lo que has escrito. Se me está acabando el tiempo.

—¿Por qué no nos reunimos en casa de Flynn? Es la más céntrica. —Miró a su alrededor—. ¿Estás de acuerdo, Malory?

—Por cierto, todavía no han terminado la cocina, por lo que no podremos comer como en casa de Brad. En realidad, incluso con la cocina terminada no comeríamos como en casa de Brad.

—Pizza y cerveza están bien para mí —dijo Dana.

—Esa es mi chica. —Jordan la besó de nuevo—. Te veré allí.

—Nos estás ocultando algo. —Dana entrecerró los ojos—. Lo puedo ver. Si estás pensando en provocar a Kane…

—Kane no tiene nada que ver con esto. Tengo que irme o no llegaré a tiempo. Brad, tú vienes conmigo.

—Todavía no he terminado.

—Te vas. Llévatelo —dijo Zoe señalando a Brad—. Deja la pulidora. Todo saldrá bien.

—No puedes cargar con ese artefacto escaleras arriba.

—No es tan pesada, y yo no soy tan débil.

—No la llevarás escaleras arriba.

—Joder, Vane, súbela tú y terminemos de una vez. —Sonriendo, Jordan pasó un brazo por los hombros de Dana—. ¿No sabes cómo tratar a una mujer?

—Bésame el culo.

Brad se dio la vuelta y se fue.

—Puedo hacerlo yo misma… —empezó a decir Zoe.

Resplandeciendo en el fulgor del amor redescubierto, Dana sacudió la cabeza.

—Zoe, deja de portarte como una estúpida.

—No lo puedo evitar. —Zoe levantó las manos y las dejó caer de nuevo—. Brad saca la estúpida que hay en mí. —Lo oyó maldecir en voz baja mientras llevaba la pulidora hacia la escalera, y cruzó los brazos sobre el pecho—. No voy a decir nada. No voy a hacer nada.

—Buen plan. ¿Por qué no coges un rodillo? —sugirió Malory—. Podemos terminar con esta parte y luego seguir arriba.

—¿Puedo deciros que estáis haciendo un trabajo estupendo en este edificio?

—¿Lo veis? —Encantada, Zoe se dirigió a Jordan y le dio un ruidoso beso en una mejilla—. He aquí un hombre seguro que respeta las habilidades de las mujeres.

—Totalmente de acuerdo. No hay nada más sexy que una mujer autosuficiente.

—Disfruta de tu éxito, Hawke. —Dana lo apartó con el codo—. Busca a tu compañero y vete. Tenemos que trabajar.

Esperó a que Jordan y Brad salieran y luego corrió a la ventana para espiarlos.

—¿Qué está tramando? Ya, ya. Brad le está preguntando qué pasa. Lo puedo ver. Pero Jordan no responde. No responde porque sabe que los estoy observando. ¡Joder! —Se echó hacia atrás con una carcajada cuando Jordan miró directamente a la ventana—. No le puedes pillar ni una vez. Dios, eso es lo que me gusta de Jordan.

—Me siento tan feliz por ti. —Malory suspiró—. Y si no tenemos cuidado, vamos a comenzar otra sesión de llanto.

—Puesto que ya he vertido más lágrimas hoy que durante todo el año pasado, pongámonos a pintar. —Dana se volvió y flexionó de forma exagerada sus bíceps —. ¿Sabéis qué? Jordan tiene razón: estamos haciendo un trabajo estupendo en este edificio.

Estuvieron trabajando en la planta baja hasta que terminaron de pintar las paredes. Luego hicieron un descanso para tomar café y se sentaron en el suelo para admirar su trabajo.

—El suelo de la zona de Dana necesita que le pasen una fregona húmeda. La superficie tiene que estar limpia antes de dar el barniz.

—No tengo ni idea de cómo se hace esa parte.

—Es fácil —le dijo Zoe—. Te enseñaré. Una vez que el suelo está barnizado y el barniz se ha secado y endurecido, se puede comenzar a poner los muebles.

—¡Guau! —Como su estómago pegó un bote, Dana se lo presionó con la mano—. Cada día se vuelve más real. He pedido las estanterías. Si llegan cuando me han prometido, junto con el resto de cosas que he encargado y las primeras cajas de libros, debería estar todo listo en un par de semanas. Quizá menos. Y ya tengo una empleada en potencia.

—No nos habías contado nada. —Zoe le dio un suave puñetazo en el hombro —. ¿Quién es?

—Es una mujer que conocí cuando trabajaba en la biblioteca. Me la he encontrado en el supermercado y una cosa ha llevado a la otra. Es simpática, con buena presencia, le gusta leer, quiere un empleo y no espera un gran sueldo.

Vendrá uno de estos días para echarle un vistazo al local. Si no sale corriendo, creo que me he conseguido una ayudante.

—Zoe, ¿cuándo crees que puedo empezar a traer la mercancía? —preguntó Malory.

—Probablemente la semana que viene. —Zoe se bebió su café y miró alrededor de la habitación—. Todo está saliendo muy bien. No quiero gafarlo, pero creo que la próxima semana podrás traer lo que quieras. A mí me llevará más tiempo. En un salón de belleza hay que preparar más cosas. Además, tenemos que reemplazar algunas de las ventanas viejas. Habrá una larga lista de tareas extenuantes para hacer.

—Me encanta cuando habla como los hombres —comentó Dana—. Ahora vayamos arriba a jugar con la pulidora.

—En primer lugar —dijo Zoe imitando el tono más pijo de Brad—, no es un juguete.

—¡Ja! —Dana se rio mientras se ponía de pie—. Me matáis.

17

—¿Estás seguro?

Brad examinó el rubí tallado en ángulos rectos que Jordan tenía en la mano.

—Sí. Creo que sí. Le gustará más que el tradicional diamante.

—No me refiero al anillo, sino a las razones que tienes para comprarlo.

—Estoy seguro. Algo inquieto, pero seguro.

—No me ofenderé —comentó Flynn—. Podría sentirme ofendido porque te provoque inquietud pedirle a mi hermana que se case contigo, pero no lo haré.

Jordan sonrió un poco cuando giró el anillo bajo la lámpara. Quería que sus dos amigos estuvieran con él al dar ese paso. Una especie de círculo, supuso, del mismo modo que el anillo era un círculo. No podía jurar que los dos se iban a sentir encantados cuando los llevara de improviso a Pittsburgh y allí a una joyería, pero se lo tomaron bien. Siempre le demostraban su amistad.

—Creo que este es el adecuado. Sé que lo es. —Le ofreció el anillo a Brad—. Sabes más sobre esta materia que nosotros. Dame tu opinión sobre la piedra.

Detrás del mostrador, el joyero empezó a emitir sonidos.

—Sí, sí. —Jordan lo hizo callar con un gesto de la mano—. Conozco el rollo. Prefiero escuchar lo que mi amigo tiene que decir.

—Puedo asegurarle que la piedra es de una excelente calidad: un rubí birmano de tres quilates, engastado en oro de dieciocho quilates. El fino trabajo de…

—¿Por qué no me consigue una lupa? —sugirió amablemente Brad—. Este hombre va a comprar un anillo de compromiso. Solo será un momento.

El vendedor no estaba contento, pero lo ocultó, y la perspectiva de una venta le hizo aparecer con una lupa que entregó a Brad.

Representando su papel, Brad silbó y lanzó exclamaciones de satisfacción antes de colocar el anillo y la lupa sobre la almohadilla de terciopelo negro.

—Estás comprando una piedra extraordinaria —dijo—. Tiene todas las cualidades: color, tallado y pureza, y en tres quilates sustanciales que se complementan muy bien. Dana estará encantada.

—Sí, es lo que había pensado. Envuélvalo —le dijo al joyero.

—Ahora iremos a tomar una cerveza, ¿verdad? —Flynn miró con recelo los demás anillos colocados en una caja de cristal—. Y Jordan debería comprar, en

un gesto simbólico de… ¡Al diablo con todo esto! Quiero una cerveza.

—Todo a su tiempo, cariño. —Jordan sacó de su cartera la tarjeta de crédito —. Tenemos que hacer otra parada en el camino de regreso.

Tal y como lo había planeado, iba a ganar todas las bazas. Obtendría una serie de triunfos en una sola partida. Tenía la mujer y había comprado el anillo. Mientras atravesaba la verja del Risco del Guerrero pensó que ahora vería si podía obtener la casa.

—Es una locura —dijo Flynn desde el asiento trasero, donde *Moe* roncaba a su lado, exhausto tras la excitación de viajar en coche—. Con esta noticia me he quedado de piedra.

—Sí, es una gran locura —admitió Jordan—, pero la verdad es que siempre he querido vivir aquí. Desde que era un niño.

—Está bien, antes de entrar y hacerles una oferta desmesurada, repasemos nuevamente las desventajas. —Brad se movió en el asiento—. Déjame que te señale, una vez más, que es una casa enorme.

—Me gusta grande.

—Está aislada.

—Me gusta la tranquilidad.

—Ni siquiera le has preguntado a Dana si quiere vivir aquí arriba.

—No necesito hacerlo. Sé lo que piensa al respecto.

—Es como hablar con una piedra —murmuró Brad—. Vale, si estás decidido a seguir con esto, al menos quita de tu culo ese cartel que dice: « Soy un perfecto gilipollas con mucho dinero» .

—Son dioses, tío. —Jordan aparcó y abrió el portón—. No creo que cambie nada por poner cara de jugador de póquer.

—No sé por qué crees que te van a vender la casa —dijo Brad—. La han comprado hace solo dos meses. Dioses o no, están esas cuestiones menores como el patrimonio neto, los impuestos o las ganancias del capital.

—Escuchemos al experto.

Flynn sonrió mientras *Moe* pasaba por encima de él para salir del coche.

—Cállate. Tú te habías quedado de piedra, ¿no te acuerdas? Son veinte minutos largos los que se tarda en ir desde aquí hasta el valle —siguió argumentando Brad.

—Tal y como tú conduces, sí —murmuró Jordan en voz baja.

—Te he oído. Veinte minutos —remarcó Brad— para un adulto responsable que respete los límites de velocidad. Eso si hace buen tiempo. A ti te conviene porque puedes quedarte en casa y escribir en calzoncillos. Dana va a abrir una tienda en la ciudad y tendrá que desplazarse seis días a la semana.

—¿Seis? —Jordan, que estaba observando la casa, se giró hacia Brad—. ¿Por

qué sabes que van a abrir seis días?

—Me lo dijo Zoe en medio de una de nuestras discusiones. El problema es que Dana tendrá que trasladarse casi todos los días. Y en invierno…

—Le compraré un coche, un puñetero Humvee. Deja de preocuparte.

—Espero que te pongan una camisa de fuerza por lunático.

Rowena abrió la puerta y empezó a reír cuando se agachó para saludar a *Moe*.

—¡Bienvenidos! ¡Qué alegría! Tres hombres guapos con un perro también guapo.

—Si dices que este perro es guapo —comentó Jordan—, es porque estás enamorada de él.

—Así es. —Se enderezó y les dedicó una sonrisa deslumbrante mientras miraba a Jordan a los ojos—. Así es. Entrad.

Moe no necesitó una segunda invitación. Entró corriendo y resbaló en las baldosas, chocando contra la arcada que había en su camino hacia el salón. Cuando lo alcanzaron, se encontraba tumbado en un sillón y apoyaba el mentón en el reposabrazos de terciopelo mientras golpeaba el asiento con la cola.

—¡Hey! Baja del sillón, que eres un maleducado.

Cuando Flynn se dirigió a él con la intención de hacerle bajar, los grandes ojos marrones de *Moe* miraron a Rowena. Su cola golpeó con más fuerza.

—No, por favor. Déjale que se quede en el sillón. Después de todo —se apresuró a añadir—, es un huésped.

—Es un sinvergüenza.

—Sí. —Le acarició las orejas gachas—. Y además…, ¿cómo se dice? Me tiene tomada la medida. No pasa nada. ¿Qué os puedo ofrecer? ¿Té, café…? —La comisura de sus labios tembló cuando miró a Flynn—. ¿Quizá una cerveza fría?

—¿Lees la mente o se me nota que me estoy muriendo por una cerveza?

—Un poco de ambas cosas. Por favor, seguid el ejemplo de *Moe* y sentaos. Poneos cómodos. Vengo en un momento.

—¿Está Pitte en casa? —preguntó Jordan.

—Sí. Le diré que venga.

Brad esperó hasta que Rowena dejó la habitación y después se volvió hacia Jordan.

—De acuerdo, no puedo aguantarme. Por favor no digas de buenas a primeras que quieres comprarles la casa ni que siempre la has querido, ni ninguna estupidez por el estilo.

—¿Te parece que acabo de caerme de un guindo?

—¿Alguna vez has comprado una casa?

—No, pero…

—Yo sí. Eres un escritor de éxito con un buen número de libros entre los más

vendidos. Saben que tienes dinero. Si a eso le añades que esta casa es el sueño de tu infancia, ya estás listo para que te despellejen.

Jordan se sentó.

—¿Sabes? Estoy empezando a entender porque Zoe se enfada tanto contigo.

Brad lo miró por encima del hombro.

—No se enfada conmigo, se pone nerviosa. El enfado es solo un efecto colateral de su nerviosismo.

—Sí. A mí también me está sucediendo eso —comentó Flynn dejándose caer en un sillón, como había hecho su perro. Se enderezó cuando Rowena entró con una bandeja en la mano—. Hey, déjame echarte una mano con eso.

Flynn se puso de pie y cogió la bandeja con las cinco jarras de cerveza.

—Gracias. Por favor, servíos. Pitte llegará enseguida. —Rowena se sentó en el sofá, dobló las piernas y ofreció a Flynn una sonrisa amable cuando él le acercó una de las jarras—. Hoy es un día importante.

Sintió que su estómago se encogía cuando ella le miró.

—Sí que lo es.

—Es admisible que te sientas un poco descentrado. Es humano. Ah, aquí está Pitte.

—Buenas tardes. Rowena me ha dicho que teníamos que hablar. —Se sentó en el sofá al lado de la mujer y cogió una cerveza—. ¿Estáis bien?

—Parece que sí —respondió Jordan—. Quizá deba comenzar contándoos lo que ha sucedido.

Les relató primero cómo Kane había hecho que Dana regresara a su pasado.

—Es interesante. —Pitte observó su cerveza y reflexionó—. Ha sido más directo de lo esperable.

—Un método adaptado a su víctima —comentó Rowena—. Muy astuto por su parte. No ha intentado hacer trampas ni engañarla. Al contrario, le ha dicho exactamente lo que está haciendo, permite que le vea, y sin embargo Dana lo sufre igual. Sí, es una táctica muy buena.

—Podía haber funcionado. Casi lo consiguió. Creo que no nos encontraríamos donde estamos, al menos no en este momento, si Malory no nos hubiese dado un empujón.

—Vosotros seis formáis parte de un todo. Vital e individual —añadió Rowena —, pero más fuerte cuando estáis unidos. ¿Cómo habéis resuelto ese lío con Dana?

—¿Tengo que contártelo? Incluso yo mismo puedo ver la orla de corazoncitos que rodea mi cabeza.

—De todas formas, me gustaría oír lo que os habéis dicho y cómo.

Jordan complació su petición. Rowena, asintiendo con la cabeza, cogió una mano de Pitte.

—Es difícil —dijo— saber qué guardar y qué descartar. Me alegro por los dos

de que continuéis con vuestra relación.

—Yo también, por razones puramente personales; pero también influye sobre los demás, ¿verdad? —Jordan observó la cara de Rowena y deseó poder descifrar lo que pensaba—. Forma parte de la búsqueda.

—En un bordado, cada hebra tiene importancia. La longitud, la textura, el matiz. Kane ha querido separaros y no se lo habéis permitido. La hebra que os une es larga, hermosa y fuerte.

—¿Por qué es tan importante para Kane separarnos?

—Estáis más juntos que separados. Tú lo sabes.

—No es eso solamente. —Se inclinó para acercarse a ella—. Ayúdame a que yo ayude a Dana.

—La has ayudado y seguirás haciéndolo. Estoy segura de ello.

—Casi se ha agotado su plazo.

—Habéis recorrido más camino del que pensáis. Tened cuidado, porque Kane hará todo lo que esté en sus manos para cortar la hebra.

Jordan se volvió a recostar en su asiento.

—No la romperá. Hay otra razón por la que he venido. Estoy empezando a pensar que puede formar parte del bordado también. Quiero comprar esta casa.

Brad ahogó con dificultad un sonido gutural, que provocó que Pitte le lanzara una mirada risueña.

—¿Quieres un poco de agua?

—No, no. —Brad suspiró y bebió un trago de cerveza—. No.

—El importante hombre de negocios que se sienta ahí se figura que yo debería dar unos pasos de claqué y que luego jugaríamos a negociar durante una o dos horas. No veo ninguna razón para hacerlo. No sé que planes tenéis para este edificio una vez completada la tarea, pero si estáis dispuestos a venderlo, yo quiero comprarlo.

«¿Por qué no les da un cheque en blanco? —pensó Brad—. ¿Por qué no les permite acceder a su cuenta corriente y les da las escrituras de su piso de Nueva York?».

—Tu amigo con mente de empresario posee algunas razones excelentes. —Pitte reconoció a Brad sus esfuerzos con un movimiento de cabeza; luego hizo girar el vaso de cerveza—. Durante años he hecho interesantes negocios. Me gusta…

Lanzó a Rowena una mirada interrogativa.

—Trapicheos.

—Sí. Son un pasatiempo entretenido. Esta propiedad, además de adaptarse a nuestras necesidades en este período, es muy apetecible. Un edificio de este tamaño construido con estos materiales, con su historia y su ubicación, que incluye sesenta y seis hectáreas entre terreno libre y arbolado, además de un garaje para seis coches, piscina cubierta, baño de vapor y…

—Una bañera de hidromasaje —apuntó Rowena soltando una carcajada—. Disfrutamos muchísimo con la bañera de hidromasaje.

—Sí. —Pitte le cogió una mano y le mordió los nudillos—. Además de gran cantidad de detalles y comodidades…

—Perdona. —Incapaz de contenerse, Brad levantaba la mano para intervenir —. Las comodidades y su solera forman parte de su encanto, desde luego, pero se encuentra a treinta y cinco kilómetros del valle…

—Treinta kilómetros y doscientos metros —le corrigió Pitte suavemente.

—Por una carretera estrecha y sinuosa —siguió diciendo Brad—. Seguro que cuesta una fortuna poner calefacción y aire acondicionado. Si la pones mañana en venta, tendrías suerte si consigues una oferta seria en la próxima década.

Pitte estiró las piernas y cruzó los tobillos. Jordan pensó que, desde que se habían conocido, era la vez que veía a Pitte más relajado.

—Me encantaría hacer negocios contigo —le dijo a Brad—. Quizá en alguna ocasión tengamos oportunidad. Creo que sería muy estimulante.

—Ahora es conmigo con quien estás haciendo un trato —le recordó Jordan.

—Sí, es cierto.

La mirada de Pitte se dirigió a Jordan.

—Antes yo quiero preguntar algo. —Rowena palmeó el brazo de Pitte para indicarle que esperara y después miró a Jordan—. ¿Por qué quieres esta casa?

—Siempre la he querido.

Brad alzó los ojos al cielo.

—Ten piedad de él.

—Te he preguntado por qué.

—Me… habló. Figuradamente, quiero decir.

—Bien. —Rowena asintió con la cabeza—. Te comprendo. Sigue.

—Cuando era un crío, la miraba y pensaba: « Esa es mi casa. Está esperando a que crezca» . Recuerdo haberle dicho a mi madre que un día se la compraría, para que viviera en la cima del mundo. —Se encogió de hombros—. Cuando me hice mayor, venía a menudo en coche, miraba la mansión y me decía que un día pasaría por la verja y entraría por la puerta principal. Es hermosa, es fuerte, y aunque haya que recorrer un largo camino para llegar a ella, forma parte de lo que hace que el valle sea como es. No pude regalársela a mi madre. Quiero dársela a Dana. Quiero que construyamos nuestra vida aquí y criar a nuestros hijos. Quiero poder mirar hacia el valle y saber que todos formamos parte de algo sólido, verdadero e importante.

—Puedes quedártela.

Los ojos de Pitte se oscurecieron.

—¡Rowena!

—Al precio que la tase una inmobiliaria —continuó Rowena, y apuntando a su amante mientras agitaba el dedo añadió—: Y ni un céntimo más.

—Me ofendes, *a ghra*.

—No le cobrarás los trámites legales, ni la escritura, ni la transferencia. Pagarás al notario y la…, ¿cómo la llaman? —preguntó a Brad.

—Plusvalía. —Tuvo que sofocar una carcajada—. Creo que quieres decir plusvalía.

—Sí, ninguna de esas cosas. —Pensó durante un momento—. Creo que eso es todo.

Pitte lanzó un suspiro.

—Las mujeres son un calvario para un hombre. ¿Por qué no envuelvo la casa, le pongo unas cintas y se la regalo?

—Porque Jordan no lo aceptaría. —Se inclinó para besar la mejilla de Pitte, que fruncía el ceño—. Siempre ha sido suya —añadió—. Lo sabes tan bien como yo.

—Que sea como tú quieres. —Tamborileó con los dedos sobre la rodilla—. Tú y yo ya ajustaremos los detalles sin que haya mujeres andando alrededor.

—Como quieras.

—Sella el acuerdo con un apretón de manos, Pitte. —Rowena le dio un codazo—. Con las condiciones que acabamos de decidir.

—¡Joder! —Se puso de pie y alargó la mano—. Será mejor que lo haga o me volverá loco.

Jordan estrechó la mano de Pitte y sintió una leve sacudida. Podía ser energía o simplemente frustración. Resultaba difícil saberlo cuando se estaba cerrando un trato con un dios.

—Gracias.

—Deberías agradecérmelo de verdad. Tu amigo sabe que en el mercado podría obtener un precio mucho más alto que el de una tasación inmobiliaria.

—¿El apretón de manos es un compromiso formal? —preguntó Brad.

—Lo es.

—Sin una inspección completa de la propiedad, yo diría que, como mínimo, podrías obtener el diez por ciento más de lo que fije la tasación.

—El quince por ciento más bien —opinó Flynn, que había guardado un escrupuloso silencio mientras duraba la transacción—. Cuando editas el periódico local, sabes de estos temas. Un hombre de negocios del sector hotelero quiso comprarla para convertirla en un complejo turístico. Estuvo a punto un par de veces —continuó diciendo—, pero siempre había algo en el último momento que estropeaba el acuerdo. Tuvo mala suerte.

Rowena observó su mirada tranquila y sonrió.

—Efectivamente. ¿Te gustaría ver parte de la casa ahora, Jordan?

Antes de que pudiera abrir la boca, Flynn señaló su reloj.

—Tenemos poco tiempo.

—Ah, bien. Deprisa, entonces. —Cogió la mano de Jordan y se la apretó—.

Debes examinarla y fijarte en las vistas que hay desde las terrazas, el balcón y el parapeto.

—Me encanta la idea. Vendré con Dana y…

De pronto se quedó callado observando a Rowena, su forma de estar. Delgada, quieta, algo apartada del resto…

Entonces reconoció a la mujer que había visto de pie sobre el parapeto bajo una luna reluciente, con su oscura capa flotando al viento.

—Eras tú. Hace muchos años te vi.

—Yo te vi a ti. —Le tocó una mejilla con una mano muy suave—. Un chico guapo y muy joven, tan preocupado, tan lleno de pensamientos. Me preguntaba cuándo te acordarías de mí.

—¿Por qué te vi yo y los demás no?

—No lo necesitaban.

No estaba seguro de su significado, y Rowena le había dejado pensativo. Jordan, cuando entraba en el piso de Dana, pensó que necesitaba tiempo para poner un poco de orden en sus pensamientos.

Quizá debería ponerlos por escrito, como había hecho con la sucesión de acontecimientos. Se sentaría frente al ordenador de Dana y dejaría que fluyeran.

Pero cuando entró en el dormitorio escuchó el ruido de la ducha. No se había dado cuenta de que el coche de Dana estaba aparcado frente al edificio, lo que significaba que tenía puesta la cabeza en otro lado. Se asomó al cuarto de baño para que supiera que estaba allí.

Cuando descorrió la cortina de la ducha, el aullido que escuchó podría haber demolido una casa de ladrillos.

Con una mano sobre el corazón y la otra sosteniendo el cabello que goteaba, Dana intentó recuperar el aliento.

—¿Por qué no pones un poco de música con un violín estridente y terminas el trabajo?

—Vamos, que no llevo puesto un vestido ni tengo un cuchillo en la mano. Quería avisarte de que había llegado para que no te asustaras cuando salieras de la ducha.

—Ya, es mejor asustarme ahora que estoy mojada, desnuda e indefensa.

Jordan apretó los labios. Dana siempre tenía buen aspecto cuando estaba mojada y desnuda.

—¿Indefensa?

—Bueno, indefensa quizá no. —Alargó la mano y lo cogió de la camisa—. Entra, chaval.

—Me atrae la idea, me atrae mucho, pero necesito hablarte de algo y luego tenemos que ir a casa de Flynn.

—Hablaremos después, ahora hagamos el amor envueltos por el vaho y el agua caliente.

—Es difícil oponerse.

Se quitó los zapatos.

Dana esperó hasta que Jordan entró en la bañera a su espalda y le ofreció el jabón y una invitación sobre el hombro.

—¿Me enjabonas la espalda?

—Puedo comenzar por ahí.

—¡Hum, me pondré… resbaladiza y… limpia y…! Eso no es mi espalda.

Jordan deslizó sus manos enjabonadas por el trasero.

—Está en la parte de detrás, así que tiene que ser lo mismo. —Inclinando la cabeza, le mordisqueó un hombro—. Tienes un cuerpo increíble. ¿Te lo he mencionado antes?

—Quizá una o dos veces, pero no me importan las repeticiones en determinadas circunstancias. —Echó la cabeza hacia atrás cuando las manos de Jordan le acariciaron el torso y se deslizaron por sus pechos—. Como en las actuales.

—Entonces me arriesgaré a repetirme. —Le hizo darse la vuelta—. Te amo. —Puso sus labios sobre los de Dana—. Estoy muy enamorado de ti.

Con una exclamación de placer y alegría, la mujer le echó los brazos alrededor del cuello y lo atrajo hacia sí.

Estaban bajo el agua de la ducha y el vapor salía en nubes ascendentes. Los cuerpos se frotaban uno contra el otro y las manos se deslizaban haciendo cosquillas y excitándose. Los labios besaban y mordisqueaban, y después empezaron a desear más.

El corazón de Dana estaba tan henchido de felicidad que temió que estallara y la habitación temblara.

—Es diferente. —Besó a Jordan en la boca y en el cuello—. Ahora es diferente, después de saber que me quieres. —Le cogió por el cabello y lo apartó unos centímetros—. Es diferente ahora que puedo decirte que te amo.

—Entonces siempre será diferente, porque nunca dejaré de quererte.

Sus bocas se encontraron de nuevo.

Era diferente. Toda caricia, todo beso, toda ansia estaban enmarcados por una sensación de pertenencia. El agua seguía cayendo cuando Jordan la inmovilizó y se deslizó en su interior. La belleza del gesto proporcionó a Dana mil dolores dulces.

Ahora era suyo, suyo. Y ella le pertenecía a él.

Lo mantuvo apretado contra sí y acompañó cada embestida del hombre.

Las emociones lo abrumaron, las sensaciones lo inundaron y solo podía ver a Dana. Sus ojos oscuros, su pelo liso, su boca carnosa y el agua que le caía por la cara como lágrimas. Dana lo poseía en cuerpo y alma. Jordan se dio cuenta de

que siempre había sido así.

La sintió temblar, sintió que su aliento se hacía más irregular y que sus ojos se tornaban hermosos y opacos al acabar. La muchacha se apretó contra él y unieron sus bocas. Jordan se entregó a ella.

Después, mucho tiempo después, seguían abrazados.

—Es muy hermoso, Jordan. Verdaderamente hermoso.

—Sí.

—Aunque el agua se esté quedando fría. Me siento muy perezosa y somnolienta. Desearía que pudiéramos meternos en la cama en vez de tener que vestirnos para ir a casa de Flynn.

—Si estás demasiado cansada para ir…

—No es eso. Quiero estar en la cama contigo.

Jordan se apartó.

—No me parece mala idea.

—Pero nos vestiremos e iremos a casa de Flynn, porque estaría mal quedarnos en la cama. —Lo besó suavemente—. ¡Joder, qué fría está el agua ahora!

Jordan alargó un brazo y cerró el grifo.

—Podríamos ir, volver temprano y meternos en la cama.

—Un buen plan. —Salió de la bañera y cogió una toalla—. Dime, ¿en qué misteriosa misión has estado metido hoy?

Se envolvió el pelo con una toalla y después cogió otra.

Jordan estiró un brazo creyendo que se la traía a él, pero Dana comenzó a secarse las piernas con ella. El hombre sacudió la cabeza y consiguió otra toalla.

—Hablaremos de eso después.

—¿Qué hay de malo en que lo hagamos ahora?

—Estamos en el cuarto de baño desnudos. No es la situación adecuada.

—¡Qué tontería! Otras veces hemos charlado estando desnudos. En realidad, hemos mantenido conversaciones muy interesantes desnudos. ¿Adónde has ido y por qué necesitabas que te acompañaran Brad y Flynn? Porque sé que se han ido contigo. Tengo mis métodos para obtener información de esa clase.

Cogió un bote de loción corporal y se echó un poco en la mano.

—Te lo diré después. Me agradecerás que lo hablemos en un contexto más apropiado.

—Vamos, me estás volviendo loca. —Se untó con la loción—. Me obligas a interrogarte. Te has ido durante horas. ¿Adónde has ido? ¿Qué has hecho?

—Hemos ido a un topless y hemos bebido cerveza de la barata mientras unas mujeres con fascinantes pechos prefabricados se deslizaban por estrechas columnas largas y brillantes.

—Te crees que vas a conseguir que me enfade y que te voy a dejar solo, pero te equivocas. —Se quitó la toalla de la cabeza y se peinó con los dedos—.

Personalmente, no tengo problemas con los tíos que acuden a clubes de striptease y se portan como idiotas. Así que no te libras de decirme la verdad.

—Bien. Aquí y ahora, entonces. —Cogió sus pantalones y sacó del bolsillo el estuche del joyero. Se lo ofreció abriendo la tapa con el pulgar.

—¡Madre santa! —exclamó Dana, y se dejó caer sobre la tapa del inodoro.

—¡Qué romántico! ¿Te gusta o no?

Dana tuvo que tragar.

—Eso depende.

—¿De qué? —Jordan frunció el ceño y dio la vuelta al estuche para estudiar el anillo. Pensó que tenía un aspecto formidable, pero con las mujeres nunca está uno seguro—. Creía que te gustaría más que un diamante tradicional, pero si lo prefieres lo cambiaré.

Dana comenzó a tiritar, pero no sentía frío. Para nada.

—Entonces esto es un anillo de compromiso.

—¿Qué puñetas piensas que es? ¿Quieres ponerte de pie? Esta situación es demasiado grotesca.

—Perdón. —Se puso de pie—. No estaba segura de lo que significaba.

—Significa que quiero que te cases conmigo, Dana. —Tuvo que echarse hacia atrás el pelo empapado—. Significa que te amo y que quiero que pasemos toda la vida juntos. Quiero que tengamos niños y hacerme viejo contigo.

Dana había creído que su corazón estaba ya henchido de felicidad, pero no había sido así. Todavía cabía más, había mucho espacio para Jordan.

—Bien, eso aclara por completo la situación. Es un anillo hermoso. Es el anillo más hermoso que he visto nunca. Solo te has equivocado en una cosa.

—¿En qué?

—No me importan el momento ni el lugar, Jordan. —Lo miró con una sonrisa radiante—. No me importan en absoluto. En verdad, si me lo pones en el dedo, quiero que sea lo único que lleve puesto durante unos minutos. —Alargó la mano y retuvo el aliento—. Me encantará llevar ese anillo. Me encantará casarme contigo y todo lo demás.

Jordan sacó el anillo del estuche, que puso a un lado, y después levantó la mano izquierda de Dana.

—Es un nuevo comienzo para nosotros.

—Espero que haya muchos más.

Jordan le puso el anillo en el dedo. Sintió una pequeña ola de calor y luego una agradable calidez donde el oro rodeaba el dedo.

—Es hermoso. Hasta me sienta bien.

—¿Sí? Nadie sabía el tamaño adecuado, así que me alegro. —Le movió la mano y observó cómo brillaba la piedra—. Te queda muy bien.

Dana se puso de puntillas y lo besó.

—¡Estás lleno de sorpresas!

—En eso tienes razón. Tengo otra más para ti. He comprado…, estoy comprando… el Risco del Guerrero.

Dana parpadeó solo una vez, muy lentamente.

—Perdona, me ha parecido oír que estás comprando el Risco.

—Es verdad. Quiero que vivamos allí. Quiero que formemos una familia en esa casa.

—Tú… —Aunque sus rodillas flojeaban, no cedió y no se sentó de nuevo—. ¿No vuelves a Nueva York?

—Por supuesto que no volveré a Nueva York. —En la cara se le reflejó el desconcierto—. Dana, ¿cómo diablos voy a estar casado contigo y vivir en Nueva York si tú tienes una tienda en el valle?

—Creía… Es donde vives.

Le cogió el mentón sin saber si estaba impaciente o divertido.

—¿Has pensado que iba a pedirte que te vinieras conmigo a Nueva York y que dejaras la tienda antes de inaugurarla? De todos modos no tenía pensado volver a vivir allí, pero si lo hubiera pensado, esto lo cambia todo.

—¿No vas a volver?

—No. Hubo un tiempo en el que necesité irme. Ahora es el momento en que tengo que regresar. Necesito estar aquí. Necesito estar junto a ti.

—Me hubiera ido contigo —alcanzó a decir Dana—. Quiero que lo sepas.

—No vamos a mudarnos a ninguna parte. Si el Risco no te gusta, podemos…

—Ahora eres tú quien hace méritos. —Emocionada, se rio y lo abrazó—. Sabes que sí que me gusta. ¡Joder, es estupendo! Es fantástico. Pero, por favor, dime que era la última sorpresa. La cabeza me está dando vueltas.

—Eso es todo por ahora.

—Vamos a vestirnos y nos vamos a casa de Flynn. —Unió las palmas de las manos y se miró el anillo—. No puedo esperar para contárselo a todos.

—Flynn y Brad ya lo saben.

—¡Hombres! —Los descartó con un ademán y entró en el dormitorio—. No entienden nada. ¡Joder, joder! ¡Espera a que Malory y Zoe vean este anillo! Tengo que ponerme algo muy elegante y que llame la atención.

—Me gusta como estás ahora.

Lo miró por encima del hombro antes de zambullirse en el armario de la ropa.

—¿Lo ves? Los hombres no entienden nada.

18

Cuando Flynn entró en la casa arrastrado por *Moe*, escucharon un alarido, solo uno, de tono muy agudo. *Moe* mostró los dientes y Flynn hizo lo mismo, y ambos corrieron hacia la cocina preparados para luchar.

Malory estaba en el centro de la habitación con las manos cruzadas sobre el corazón y riendo como una idiota.

—¿Dónde está? ¿Qué ha hecho? ¡Hijo de puta!

—¿Quién? —Malory esperaba recibir el salto cariñoso de *Moe*, pero no estaba preparada para que Flynn la levantara del suelo—. ¿Qué?

—Estabas gritando.

—¡Oh! Bueno… Baja, *Moe*. Flynn, déjame en el suelo. Estoy bien, completamente bien. —Se sonrojó, molesta, e intentó controlar la risa—. Pensaba que estaba sola.

Flynn comenzó a reaccionar y se quedó sin aliento. Dejó a Malory en el suelo con cierta brusquedad y sus brazos temblaron.

—¿Te metes en la cocina y aúllas cuando crees que estás sola?

—Bueno, normalmente no. Pero ¡mira! ¡Fíjate! —Dio un pequeño paso de baile que terminó con una grácil pirueta.

Desconcertado, Flynn lo intentó de nuevo.

—¿Te has dado cuenta de que quieres cumplir un sueño infantil y convertirte en una estrella de la danza en el teatro y el cine?

—¡No! —Con una carcajada, hizo girar a Flynn en un círculo, provocando que *Moe* se pusiera a saltar de nuevo—. Mira, tenemos suelo. Un hermoso y maravilloso suelo de madera.

Ejecutó lo que Flynn pensó que sería una especie de zapateado.

—Suena a madera de verdad.

—Ya no pisaremos ese horrible linóleo. ¡Y mira esto! —Se alejó de Flynn bailando y abrazó la reluciente nevera nueva con la pasión de una mujer que recibe a su amante nada más regresar de la guerra—. ¿No es maravillosa? ¿Ves como pega con todo?

Flynn observaba todo mientras giraba sobre sus pies.

—Está tan hermosa. —Ahora canturreaba—. ¡Tan brillante y limpia! Y todo funciona. He probado todos los botones y los reguladores, ¡y funcionan! Te

aseguro que estoy ansiosa por cocinar algo. He entrado, lo he visto todo y no he podido evitar soltar un grito. Han puesto el suelo, Flynn, y han traído los electrodomésticos. ¿Has visto el nuevo microondas?

—Es muy sexy.

—Lo es. —Comenzó nuevamente a bailar, y esta vez probó con una rumba—. Y tenemos preciosos armarios nuevos con unas bonitas puertas de cristal. Voy a llenarlos de hermosos platos y brillantes copas. Es una cocina, una verdadera cocina.

Flynn empezaba a comprender, y le encantaba ver la alegría de Malory. De la rumba, había cambiado a…, no estaba seguro de qué era aquello; pero daba una imagen muy mona.

—¿Y qué era antes?

—No hay nombre para lo que era antes. Soy muy feliz. Estoy muy agradecida. Eres el hombre más maravilloso del mundo. —Le cogió la cara entre las manos y lo besó—. Y yo soy una persona horrible.

—¿Por qué? No creo lo que has dicho de que soy una persona maravillosa, pero ¿por qué eres tú una persona horrible?

—Porque antes de que hicieras la reforma no quería venirme a vivir contigo. Lo de la cocina era una especie de intercambio. «Remodela la cocina y me vendré a vivir contigo». He sido egoísta. Ha funcionado —añadió mientras le cubría la cara de besos—, pero he sido egoísta. Haces todo esto por mí. Sé que había dicho que no me mudaría hasta que no estuviera terminada y que incluso hice comentarios cáusticos sobre las lámparas del dormitorio.

—Algo acerca de que no eran apropiadas ni para alumbrar una cueva habitada por murciélagos y arañas ciegas.

—Sí, uno de mis comentarios fue ese. De todos modos, ¿me perdonas?

—De acuerdo.

—Sé que no está completamente terminada. Todavía faltan las encimeras y los protectores de cerámica y, ¡oh!, algunas otras cosas; pero no quiero esperar más. Me trasladaré mañana y podremos empezar a vivir juntos oficialmente.

—Yo no quiero que vivamos juntos.

Malory se quedó de piedra.

—¿Qué?

—Lo siento, Mal. —La agarró por los hombros—. No quiero que vivamos juntos.

—Pero… tú me habías pedido hace solo unas semanas que me viniera a vivir contigo. Me lo pediste media docena de veces.

—Esto…, bueno… —Se encogió de hombros—. He cambiado de idea.

—¿Has cambiado de idea?

—Así es. —Como por casualidad, abrió la nevera nueva—. ¡Guau! Mira todo este espacio. ¡Y cómo brilla!

Malory no pudo hacer más que mirarlo fijamente. Su estómago se le había caído a los pies, y esos pies ya no querían bailar.

—No lo comprendo. No puedo entender que, de un día para otro, cambies de idea en un tema como este y te quedes tan tranquilo.

—Yo tampoco. En realidad no creo que haya cambiado de idea. Lo que creo es que me he dado cuenta de que no era lo que quería.

—Te has dado cuenta de que no me querías. —Había demasiada sorpresa, demasiado enfado como para que el dolor pudiera hacerse espacio. De tal forma que Malory manifestó su sorpresa y su enfado, y se adelantó unos pasos para darle una fuerte bofetada—. Está bien.

—No he dicho que no te quiera. He dicho que no quería que viviéramos juntos.

—Puedes quedarte con tu cocina nueva y llenarla de cosas. Si no eres capaz de mantener una relación comprometida y adulta, entonces no puedes tenerme a mí.

—Otra vez estamos en lo mismo, nos encontramos en el mismo punto. Una relación comprometida y adulta. —Sacó el estuche del bolsillo y lo abrió—. ¿Esto es suficientemente adulto para ti?

Malory se quedó boquiabierta, y Flynn pensó que nunca había estado tan guapa como cuando bajó la vista y vio asombrada el anillo de diamantes.

—Seamos adultos de verdad, Malory: casémonos.

—¿Quieres casarte conmigo?

—Sí que quiero. Ya lo ves, sé cómo convencerte. —Le sonrió—. Te has quedado un poco pálida. Lo consideraré una buena señal. El joyero ha dicho que es un anillo clásico, y Brad ha dado su visto bueno. —Flynn retiró el anillo de su estuche—. Solitario, tallado como un diamante, bla, bla, bla, y todo lo demás. A ti te gustan las joyas clásicas, ¿verdad?

Tenía un nudo en la garganta que le impedía hablar, pero Malory consiguió responder:

—Sí.

—Mira, tú también sabes qué decir. —Le cogió la mano, que estaba como muerta, y le deslizó el anillo antes de que Malory dijera nada más—. Te queda bien. No creía que fuera a acertar, porque tienes unos dedos muy delicados, pero parece que, después de todo, no habrá que modificarlo.

Malory sintió la oleada de calor y la tibieza que emitía el oro rodeando su dedo. «Sí, me queda bien», pensó ilusionada. Parecía que estaba hecho para su dedo.

—Es hermoso, verdaderamente hermoso.

—Ahora podrías decir «sí».

Malory elevó la vista y lo miró a los ojos.

—La vida será una montaña rusa contigo. Las montañas rusas me asustaban,

porque nunca sabes qué va a suceder al instante siguiente. Ya no me dan miedo.

—Di « sí» . Me desharé de las lámparas.

Emitiendo un sonido que era entre un sollozo y una carcajada, saltó a sus brazos.

—Sí. Tu sabes que sí, hasta con esas lámparas horribles.

—Te amo.

—Yo también te amo. —Con la mejilla apretada contra la de Flynn, levantó la mano en la que tenía el anillo y observó el brillo del diamante—. ¿Cómo puede ser que el mismo hombre que ha comprado un anillo tan fabuloso haya comprado también esas lámparas espantosas?

—Son las distintas facetas de Flynn Hennessy.

—¡Qué suerte para mí! —Oyó que se abría la puerta delantera y se movió casi con la misma rapidez que *Moe*—. ¡Oh, ya vienen! Tengo que presumir de anillo. —Se alejó de Flynn dándole un empujón y luego se volvió para darle un beso—. Tengo que enseñárselo a alguien.

Corrió hacia la entrada principal al mismo momento que Dana corría hacia el interior de la casa con Zoe pegada a sus talones.

—¿Qué pasa? —preguntó Zoe.

—Tengo que enseñaros algo a las dos enseguida. ¡Joder, tengo noticias para vosotras! —dijo Dana cuando Malory corría hacia ella.

—Sea lo que sea, no será una noticia mejor que la mía. ¡Es una bomba!

Zoe se hizo sitio entre las dos.

—Bueno, que alguien diga algo a alguien antes de que explote.

—Yo primero —dijeron Dana y Malory a la vez mientras las dos enseñaban la mano izquierda.

Hubo muchos gritos, seguidos por una explosión de palabras ininteligibles. Al menos eran ininteligibles para los tres hombres y el niño que contemplaban la escena.

Simon vio a su madre y a sus dos amigas saltar y aullar como hacen las niñas en el recreo de su colegio. Frunció el ceño y miró a Brad.

—Es uno de los muchos misterios de la vida, muchacho.

—Las chicas son tontas.

Llamó al perro, que se había unido espontáneamente al éxtasis femenino, y se agachó para acariciarlo.

Flynn miró a Jordan.

—¿Cerveza? —preguntó.

—Cerveza —aprobó Jordan, y soslayó la locura para buscar una relativa cordura en la cocina.

—¡No puedo creerlo! —Zoe apretó las manos de Dana y Malory y saltó sobre la punta de los pies—. ¡Os vais a casar las dos! Estáis comprometidas. Al mismo tiempo. Parece magia. Los anillos son estupendos. ¡Oh, vaya!

Se metió la mano en el bolsillo para buscar un pañuelo de papel.

—Vamos, mamá, contrólate.

Zoe lanzó a su hijo una mirada feroz.

—Ya te daré yo a ti control.

Simon resopló, y rodó por el suelo con un *Moe* encantado.

—¿Vamos a comer pizza o qué?

—¿Por qué no vas a la cocina y le preguntas a Flynn?

« Con educación» , añadió cuando el niño se puso de pie.

—Tengo que enseñaros la cocina —recordó Malory—. Pero antes… —Cogió la mano de Dana nuevamente para admirar el rubí—. Es fabuloso. Es perfecto para ti.

—Eso dice Jordan. Esperad a que os cuente como me ha pedido que nos casemos.

—Lo mío es mejor —replicó Malory.

—¿Estabas desnuda?

—No.

Dana se chupó un dedo e hizo como que anotaba en un marcador imaginario.

—Yo gano.

—¡Mamá! —gritó Simon desde la puerta de la cocina—. Los chicos dicen que si las tres queréis pizza tenéis que elegir los ingredientes, porque si no os comeréis la que hagan.

—Os voy a decir algo. —Zoe pasó un brazo por los hombros de sus amigas—. Cuando no estemos rodeadas de unos tíos que lo embarullan todo, me tenéis que contar, las dos, todos los detalles. Mañana haremos una pequeña celebración en ConSentidos.

—Estoy de acuerdo —coincidió Dana—. Me muero de hambre y no quiero que me arruine la pizza un puñado de cebollas y champiñones.

Una hora después, Dana estaba terminando su tercera porción de pizza. Se tumbó en el suelo al lado de Simon y *Moe*, y dijo:

—¡Uf!

—Que esa exclamación —apuntó Flynn— sirva de comienzo para hablar sobre la búsqueda de la llave.

—Simon, ¿por qué no vas arriba a leer tu libro? Puede subir, ¿verdad? —le preguntó Zoe a Flynn.

—Por supuesto. Ya sabe el camino.

—Podéis subir tú y *Moe*. Ya os avisaré cuando sea el momento de irnos.

—¿Por qué no podemos quedarnos aquí mientras vosotros habláis de esos temas mágicos?

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Zoe—. Simon, ¿has estado

escuchando a escondidas?

—¡Vaya, mamá! —Le lanzó una mirada enfurruñada y ofendida—. No necesito estar escuchando detrás de las puertas, me basta con tener oídos. —Se cogió las orejas con las manos y las agitó—. ¡Mira, tengo dos!

—Hablaremos de tus oídos después. Vete arriba, a esa horrible cárcel con televisión y perro. Mañana puedes redactar una nota de protesta a la Administración.

—¡Ostras! —Aunque sus labios temblaban, puso los ojos en blanco por pura formalidad y después los abrió y observó lo que Brad tenía en la mano—. ¡Dios bendito! ¡WWF Smackdown!

—A lo mejor quieres que te lo preste para jugar unos asaltos.

—¿De verdad? ¡Smackdown! ¡Cómo mola! —Se contuvo antes de lanzar una exclamación que habría puesto las cosas muy difíciles con su madre—. Mola de verdad. Gracias.

—Sin problemas. Así, cuando juguemos un mano a mano y te humille no podrás argumentar que no habías practicado lo suficiente.

—Ya veo. Tienes razón. —Simon cogió el CD del videojuego—. Es muy guay. Muchas gracias.

Llamó a *Moe* y salió de la habitación llevándose la bolsa de los libros.

Zoe dobló las manos sobre su regazo.

—Eres muy amable.

—Quizá Simon no piense lo mismo cuando le dé una paliza la próxima vez que echemos una partida.

—No quiero que te sientas obligado a…

—No me siento obligado en absoluto —dijo Brad interrumpiéndola fría y firmemente. Después se dirigió a Dana—: ¿Quieres que empecemos ya con el tema?

—Sí, si puedo comenzar manteniendo esta posición supina. Como ya habíamos hablado, Jordan ha puesto por escrito la sucesión de los acontecimientos.

—Me ha dado una copia —la interrumpió Malory—. Y yo he hecho copias para todos. Ahora las traigo.

—Es un portento, ¿verdad? —comentó Dana cuando Malory dejó la habitación—. Nuestra particular Señorita Detalles. Como Mal ya lo ha leído, y el resto lo haréis enseguida, me limitaré a decir que expone todo lo que ha ocurrido con un orden global y coherente. Resulta de mucha ayuda ver cómo se ha desarrollado todo hasta el momento en el que estamos. Malory, Zoe y yo recibimos una invitación para ir al Risco del Guerrero y allí nos encontramos por primera vez. Conocemos a Rowena y a Pitte y nos cuentan la leyenda de las Hijas de Cristal. No sabíamos que se llamaban así hasta que apareció Flynn.

—Así fue como Flynn conoció a Malory y entró a formar parte de la

búsqueda —siguió Jordan—. Vosotras teníais problemas relacionados con vuestros empleos.

—Teníamos « serios problemas» relacionados con el empleo —le corrigió Zoe—. Por eso que aquella noche nos ofrecieran veinticinco mil dólares por aceptar buscar las llaves resultaba tan tentador, aunque no creo que ninguna de nosotras pensara que esas llaves existían realmente.

—Es más que eso. —Malory entró en la habitación y distribuyó sobres manila etiquetados prolijamente con sus nombres—. Estaba el incentivo económico, por supuesto; pero también flotaba una sensación de frustración que era común, la sensación de estar cambiando constantemente, de no saber qué íbamos a hacer acto seguido. Y conectamos casi instantáneamente entre nosotras. Jordan lo ha captado muy bien cuando ha escrito esa parte.

—Añadid cómo se extendieron los tentáculos —siguió diciendo Dana—, cómo involucraron a Jordan y a Brad. Se conectaron con nosotros, con la búsqueda, con Rowena y Pitte, y con las Hijas de Cristal. Creo que es un punto importante. Cada uno de nosotros juega un papel, todos somos importantes para que esto continúe.

—También está Kane. —Malory sacó su copia del sobre—. La forma en que lo escribes, Jordan, es tan espeluznante…, y exacta. Como si lo hubieras visto a través de mis ojos.

—Fue suficiente verlo con los míos. Creo que tenemos que considerarlo algo más que el coco o el enemigo. Es un elemento más de la búsqueda.

—Estoy de acuerdo. —Brad asintió con la cabeza—. Es esencial en esto, como todos nosotros. Al final, creo que no consistirá en ser más listos que él, que fue como Malory lo venció, ni en usar su juego a nuestro favor, como hasta ahora está haciendo Dana. Al final lo que habrá que hacer será destruirlo.

—¿Cómo se destruye a un dios? —preguntó Zoe.

—No lo sé; pero lo primero es creer que se puede hacer.

—Quizá, pero en este momento me conformaría con poner mis manos sobre esa llave. —Dana se sentó—. Apenas me quedan unos días. Esto es lo único que sé. Aunque tengo que encontrar la llave yo sola, Jordan es esencial en esta búsqueda. Kane ha intentado separarnos, y no porque no quiera que seamos felices. En cambio, lo que consiguió fue unirnos mucho más. Eso no le gustará. —Alargó el brazo, cogió un trocito de la pizza de *pepperoni* y lo mordisqueó—. Se equivocó cuando me mostró el pasado. Era un paso que yo tenía que dar, y no lo hubiera hecho, al menos no tan decisivamente, si Kane no me hubiera impulsado. Pasado, presente y futuro. He resuelto y aceptado el pasado, he hecho las paces con el presente y… —alzó la mano con el anillo— me hace ilusión el futuro. Se trata de algo importante, no solo para mí personalmente, sino para lo que debo hacer. Una de las constantes de esos tres marcos temporales es Jordan.

—Gracias, Stretch.

—No te des bombo todavía: algunas situaciones se dan por casualidad. Ahora, si lees algo de este escrito… —dijo mientras cogía una copia de manos de Malory—, comienzas a sentirlo, a verlo, aunque no hayas participado en ese acontecimiento concreto. Se obtiene un panorama claro y comprensible. Mirad: «Esa niebla azul que invadió ConSentidos produjo un frío que llegaba a los huesos. Tenía una luz, un color y una textura muy extraños. Comienzas a sentir cómo se desliza por tu piel».

—Habilidades de escritor —dijo Jordan.

—Ya, y tú las utilizas muy bien.

—¿Perdón?

Algo enfadada por la interrupción, Dana levantó la vista y vio que la estaba mirando con una especie de intensidad concentrada que hizo que se sonrojara.

—He dicho que eras bueno, ¿qué pasa?

—Entonces… hay una primera vez para todo. Necesito otro trago —dijo, y salió de la habitación.

Dana se movió y lanzó un suspiro.

—Haremos un corto receso —anunció, y siguió a Jordan hasta la cocina.

—¿Cuál es el problema?

Jordan sacó un refresco de la nevera.

—No hay ningún problema. —Abrió la botella y se encogió de hombros—. Tú nunca…, bueno, desde que me fui a Nueva York nunca me has dicho nada bueno sobre mi trabajo.

—Estaba enfadada contigo.

—Sí, lo entiendo.

Empezó a beber y luego dejó la botella. «La verdad», pensó. No importaba cómo se la expondría, pero tenía que haber verdad entre ellos.

—Dana, lo cierto es que me importaba. En lo que a literatura se refiere, no hay opinión que respete o valore más que la tuya. Por eso me importaba lo que pensabas de mis libros.

—¿Quieres saber lo que pienso de tu obra? ¿Mi opinión de verdad?

—Sí, seamos sinceros.

—Bueno, me has comprado este anillo estupendo, así que puedo decirte la verdad. —Cogió el refresco, bebió unos tragos y se lo devolvió—. Tienes un talento asombroso. Tienes un don, y es obvio que tú lo cuidas y lo aprecias. Cada vez que he leído uno de tus libros me he asombrado con la amplitud y variedad de vocabulario, con tu habilidad con el lenguaje. Aun cuando te odiaba, me sentía orgullosa de ti.

—¡Qué me dices! —logró decir Jordan.

—No lamento haberte criticado antes. Quizá eso te haya hecho trabajar más duramente.

Tuvo que sonreír.

—Quizá ha sido así.

—¿Ahora estamos en paz?

—Mucho mejor que eso.

—Entonces volvamos, porque no he terminado. Y me interesa mucho saber lo que piensas de lo que voy a decir a continuación.

Volvió al salón y se tumbó en el suelo nuevamente.

—De acuerdo —dijo elevando el tono de voz para que se la oyera sobre las conversaciones—, se ha terminado el recreo. Lo que quería explicaros es que aunque Jordan pueda ser muy capaz, esto es algo más que el punto de vista de un escritor. Se trata de algo más que de una serie de sucesos entrelazados para formar un relato ameno. Al leerlo se aprecia la frecuencia con que Jordan se ha visto relacionado con esos sucesos, y es uno de los más involucrados de entre nosotros. En realidad, hace años fue el primero que vio o sintió algo…, bueno…, sobrenatural relacionado con el Risco. Pensó que había visto un fantasma allí.

Se paró a observar con una sonrisa a Malory, que cogía un rotulador del cajón de embalaje y comenzaba a marcar en la copia de Flynn los párrafos de los que iban hablando.

—Jordan fue el primero de nosotros que vio, y poseyó, una de las pinturas de Rowena —continuó diciendo Dana—. Flynn es mi hermano, Brad es mi amigo, pero Jordan dejó de ser una especie de hermano, dejó de ser mi amigo, y se convirtió en mi amante.

—Te rompió el corazón. —Malory señalaba meticulosamente con un amarillo fluorescente las palabras impresas—. La destrucción de la inocencia. Perdón —le dijo a Jordan—, pero hay una clase de magia muy fuerte en ello.

—Y Kane vertió la sangre de Jordan. —Haciendo a Malory un gesto con la cabeza, Dana sonrió—. Es aquel que abandonó su hogar, huérfano, solo, joven, para iniciar una búsqueda. Y volvió —concluyó mirando a Jordan a los ojos— para culminarla.

—Tú crees que yo tengo la llave. —Fascinado, Jordan se reclinó en su silla—. Sigo la lógica y los pilares fundamentales de tu teoría, Dana, pero ¿dónde?, ¿cómo?, ¿cuándo?

—No puedo saberlo todo. Pero tiene sentido. Las piezas encajan. Todavía no he descubierto todo. Está ese asunto de las diosas que caminan y esperan. ¿Hacia dónde caminan? ¿Qué esperan? Luego está la imagen que vi cuando estuve intentando entrar en trance.

Algo empezó a resonar en la cabeza de Jordan, pero desapareció al oír la última frase de Dana.

—¿Cuándo hiciste qué?

—Un experimento. Como la meditación. Intenté poner la mente en blanco, ese tipo de cosas, y ver lo que aparecía. Vi la llave, que daba la impresión de

flotar sobre una pradera azul verdosa. Probablemente fuera la pared de mi local en ConSentidos, que era lo que había estado mirando. Parecía que era posible alargar la mano y tocarla; pero no pude. —Con el ceño fruncido, recordó y se imaginó todo de nuevo—. Luego la pradera se transformó. Se hizo blanca con unas líneas negras borrosas que lo cruzaban. Y escuché palabras en mi cabeza.

—¿Escuchaste voces? —le preguntó Brad.

—No exactamente, pero entendía las palabras. Esperad un minuto, dejadme que piense para repetirlas igual. « Caminaba de noche, y la noche aparecía con todas sus…, con todas sus sombras y secretos. Cuando lloraba, lo hacía el día entero» .

—Entonces, ¿no tiene sentido que sea la diosa, quienquiera que sea? Esa tiene que ser una de las últimas piezas que hay que encajar en su sitio.

—Puedo ponerla en su sitio —dijo Jordan—. Es mía. Yo la escribí en *El vigía fantasma*.

Hubo un momento de silencioso asombro, y luego todos empezaron a hablar al mismo tiempo.

—¡Un momento! —Brad se puso de pie y levantó las manos—. ¡He dicho que un momento! No perdamos el hilo. Primero hay que eliminar toda posible coincidencia. Dana, ¿habías leído el libro?

—Sí, pero…

—¿Lo habías leído?

Dana miró a Jordan con los ojos en blanco.

—No voy a prestarme a otra sesión de valoración de tu ego creativo. Sí, lo había leído, pero eso sucedió hace años. Ni yo me acuerdo de todas las frases de todos los libros que he leído. Cuando la oí, no la reconocí.

—Yo lo leí también. —Zoe levantó la mano como una colegiala en clase e inmediatamente la bajó, mortificada—. El libro era estupendo —le dijo a Jordan —; pero la mujer, la que describiste caminando de noche, no era una diosa: era un fantasma.

—Buen razonamiento —comentó Brad—; pero no deja de ser interesante que Jordan escribiera ese libro sobre el Risco del Guerrero y que creara ese fantasma, inspirado porque una noche creyó ver a esa mujer.

—¿La viste? —preguntó Zoe—. ¡Qué guay!

—Brad, Flynn y yo fuimos allí de acampada. Brad consiguió… confiscar algunas cervezas y cigarrillos.

Ahora Zoe se dirigió a Brad.

—¿Ocurrió así?

—Teníamos dieciséis años… —murmuró Brad.

—¡Cómo si eso fuera una justificación!

—Ríñele más tarde —le pidió Dana—. Hay que llegar al final de esta pista.

—La vi caminando sobre el parapeto —siguió diciendo Jordan—. A la luz de

la luna. Bañada de luz y sombras, con su túnica flotando a un viento que no había. Pensé que era un fantasma, y cuando la describí en mi libro di eso por sentado. Solitaria, atrapada en la noche y llorando por el día. Sin embargo, no era un fantasma.

Dana le puso una mano sobre la rodilla.

—Era una diosa.

—Era Rowena. Lo he comprendido hoy, cuando he ido a verlos en el Risco. No sabía lo que significaba hasta ahora.

—Fuiste el primero que la vio —dijo Dana suavemente—. Y escribiste sobre ella, de alguna manera. Le diste otro tipo de sustancia, otro tipo de mundo. Ella, la que tiene la llave. La llave está en el libro. —Su mano tembló cuando vio todo claro—. La pradera blanca atravesada por líneas negras… ¡Las palabras en una página! Y la llave desapareció en ella, en la página. ¡El libro! —Se puso en pie de un salto—. Flynn, tú tienes un ejemplar.

—Sí. —Miró alrededor del cuarto—. No sé exactamente dónde está. Todavía no he desembalado todo.

—¿Por qué ibas a hacerlo? Solo llevas viviendo aquí casi dos años. Bueno, encuéntralo —le pidió Dana.

Flynn le dirigió una mirada de cansancio y después se levantó.

—Iré arriba a ver.

—Tengo uno en casa —intervino Zoe—. Una edición de bolsillo. En realidad tengo todos tus libros, pero mi presupuesto no me permite otro tipo de ediciones —añadió disculpándose.

Jordan se acercó y se llevó la mano de Zoe a los labios.

—Eres la cosa más dulce que conozco.

—Puedo ir a buscarlo. Soy capaz de traerlo antes de que Flynn encuentre el suyo.

—Dadle un poco de tiempo. —Malory miró al techo e imaginó a Flynn en la planta superior buscando entre cajas de cartón—. Yo también tengo un ejemplar, y mi casa está más cerca. —Se quedó callada y, levantando el dedo índice de cada mano, exclamó—: ¿Qué os apostáis a que todos tenemos en casa *El vigía fantasma*?

—Bueno, yo sí que tengo uno —dijo Jordan.

—Y yo —confirmó Brad.

—Sí: clink, clink, clink —dijo Dana—. Ese es el sonido de los eslabones que forman la cadena. Vamos, Flynn, ¿cómo puede ser tan difícil encontrar un libro?

—¿Cuándo es la última vez que has subido a esas habitaciones con cajas? —preguntó Malory.

—Buena pregunta. —Comenzó a caminar de un lado a otro—. Está ahí. Está ahí. Lo sé. Voy a subir y lo encontraré yo misma.

Se dirigió a la puerta justo en el momento en que Flynn bajaba corriendo las

escaleras.

—Ya lo tengo. ¡Ja! Estaba en una caja que ponía: « Libros» . No sabía que tenía una caja con esa etiqueta: « Libros» .

Le dio el libro a Dana. La mujer pasó un dedo por la cubierta, como si esperara una especie de señal, y estudió la silueta del Risco del Guerrero, que destacaba bajo la luna llena. Lo abrió, hojeó sus páginas y percibió el olor a papel y polvo.

—¿Dónde está esa frase, Jordan?

—Es el final del prólogo.

Dana pasó las primeras páginas, leyó mentalmente las palabras y luego las dijo en voz alta. Esperó.

—No siento nada. ¿Debería sentir algo, Malory?

—Un darse cuenta, una clase de sabiduría. Es difícil de explicar.

—Pero lo sabría si lo sintiera —dijo Dana—. Y no siento nada. Quizá tenga que leerlo, hacerme la imagen completa. Igual que tú tuviste que pintar todo el cuadro antes de llegar a la llave.

—Me pregunto… —Zoe vaciló—. Bueno, estoy pensando que quizá no esté en ese libro porque ese libro en concreto no es el tuyo. Jordan lo escribió, así que de alguna forma todas las copias del libro son suyas. Pero solo uno es el tuyo. Y tú eres la llave, por lo que creo que tiene más sentido que sea el ejemplar que tienes tú.

Dana la miró fijamente y después sonrió.

—Zoe, eres tremendamente brillante. De acuerdo, toda la tropa a sus caballos. Llevemos todo a mi casa.

—Voy en un momento. —Zoe cogió el bolso—. Antes tengo que llevar a Simon a casa y le pediré a mi vecina que se quede con él.

—Déjame deshacerme de estas cajas, Zoe. Envolveré la pizza que ha sobrado para que se la lleve Simon.

« La vida —reflexionó Dana— no se detiene. Ni siquiera por unas llaves mágicas ni por unos hechiceros malvados. ¿No es precisamente por eso por lo que es vida?» .

—Reuníos con nosotros cuando hayáis terminado con esos asuntos domésticos. —Cogió la mano de Jordan y se dirigió a la puerta—. También podríais envolver un poco de pizza para mí, ya que os ponéis.

19

—¿Has leído el libro o lo has dicho por decir? —preguntó Jordan cuando iban en coche al piso de Dana.

—¿Por qué se me iba a ocurrir decir que lo había leído si no lo hubiera hecho?

—Ni idea, pero tú dijiste el otro día que no aparecías en ningún libro. Por eso pensaba que no habías leído *El vigía fantasma*.

—Me he perdido.

—¿Has leído el libro?

—Que sí, joder. Odio ese libro. Es muy bueno, y yo quería que fuera una mierda. Quería poder decir: «¿Veis? No es gran cosa»; pero no pude. Iba a arrojarlo a la basura; hasta por un momento pensé en quemarlo.

—¡Ostras, estabas muy enfadada!

—Tío, déjame que te cuente. Por supuesto que no podía quemar un libro. Mi alma de bibliotecaria se marchitaría y moriría. Tampoco lo podía tirar, por las mismas razones. Y no me convencía donarlo a la librería de libros usados ni regalarlo.

—No he visto ningún libro mío en tu piso.

—No podías. Están camuflados.

Jordan apartó la vista del camino para tomarle el pelo a Dana.

—Sal del coche.

—No quería que la gente supiera que tenía tus libros. Yo misma no quería reconocer que tenía tus libros; pero debía tenerlos.

—Así que has leído *El vigía fantasma*, pero no has reconocido a Kate.

—¿Kate? —Hizo memoria—. ¿La protagonista? Ah…, muy inteligente pero un poco arrogante. Voluntariosa, con fe en sí misma, cómoda en su propia compañía, que es la razón por la cual hace esas largas caminatas y termina tan fascinada por el Risco; el Observatorio, debería decir. —Trató de recordar más y dejó que se formara una imagen—. Es deslenguada. La admiro por ello. Tiene tendencia a malhumorarse, en especial con el protagonista, pero no se la puede culpar. Él se lo merece. Es una chica pueblerina, y feliz de serlo. Trabaja, según recuerdo, en una pequeña librería de libros antiguos, que es lo que la coloca en el punto de mira del malo de la novela.

—Así es mi protagonista.

—Tiene una actitud saludable respecto al sexo, lo cual me gusta. Demasiadas mujeres de ficción están descritas como vírgenes o putas. Usa la cabeza, es muy sensata, pero eso, unido a una veta testaruda, la mete en un lío.

—¿No te recuerda nada? —preguntó Jordan después de un momento.

—¿Recordarme? No. —Un destello de asombro hizo que se quedara mirándolo con la boca abierta—. ¿Me estás diciendo que ese personaje se basa en mí?

—En algunos aspectos, en muchos. ¡Joder, Dana, si hasta tiene tus ojos!

—Mis ojos son marrones. Los de ella eran…, algo poético.

—« El color del chocolate, profundo y amargo» , o algo parecido.

—No soy terca. Solo confío en mis decisiones.

—Ji, ji.

Se detuvo frente al edificio de Dana.

—No soy arrogante. Solo tengo poca paciencia con las mentes estrechas y la conducta prepotente.

—Ya.

Dana salió del coche.

—Ahora comienzo a recordar. Esa Kate podía llegar a ser un coñazo.

—Algunas veces. Es lo que la hace interesante, real y humana. En especial, porque también puede ser generosa y amable. Tiene un gran sentido del humor y es la clase de mujer que puede reírse de sí misma.

Con el ceño fruncido, Dana abrió la puerta.

—Quizá.

Cuando entraban, Jordan le dio una palmada amistosa en el trasero.

—Me enamoré perdidamente de ella. Por supuesto, si tuviera que describirla hoy…

Empujó a Dana contra la puerta y puso sus manos a ambos lados de la cabeza de la mujer.

—¿Sí?

—No cambiaría ni una coma. —La besó—. Estaba seguro de que leerías el libro, te verías reflejada e intentarías contactar conmigo. Como no lo hiciste, pensé que nunca lo habías leído.

—Quizá entonces no estaba preparada para verme reflejada, pero puedes estar seguro de que lo leeré otra vez. En realidad, es el único de tus libros que no he leído más de una vez.

Con una pequeña carcajada, Jordan retrocedió.

—¿Lees varias veces mis libros?

—Ya puedo ver cómo te hinchas de orgullo, así que voy a alejarme un poco para que nadie salga herido si revientas.

Pasó por debajo del brazo de Jordan y se dirigió a su biblioteca.

—A la mujer que perdí. A la mujer que encontré. A la única mujer que he

amado. Qué suerte tengo de que las tres sean una sola.

Dana lo miró mientras alargaba un brazo.

—¿Qué es eso?

—Es la dedicatoria que acabo de escribir en mi imaginación para el libro que estoy escribiendo ahora.

Dana dejó caer la mano.

—Joder, Jordan, me voy a derretir. No solías decirme cosas como esa.

—Solía pensarlas, pero no sabía cómo decirlas.

—El libro que estás escribiendo, del que he leído un pasaje, aborda el tema de la redención. Espero con impaciencia poder leer el resto.

—Y yo espero con ilusión poder escribirlo para ti.

Observó que Dana cogía un libro de la estantería y le quitaba la sobrecubierta exterior para revelar lo que se ocultaba debajo.

—*El vigía fantasma* —leyó—, de Jordan Hawke. Con la cubierta de… —soltó una carcajada—… *Cómo exterminar las plagas de la casa y el jardín*. ¡Qué bueno, Stretch!

—Me sirvió. Tengo otro libro tuyo forrado con la cubierta de una novela llamada *Comedores de perros*. Un libro sorprendentemente aburrido e insípido a pesar del título. Luego está… Bueno, no importa. Variaciones sobre el mismo tema.

—Entiendo.

—Te voy a decir algo. —Cubrió la mano de Jordan con la suya—. Cuando terminemos con esto, tú y yo celebraremos un ritual en el que quitaremos esas cubiertas y, luego, yo colocaré, con algún tipo de ceremonia, tus libros en el lugar que merecen en las estanterías.

—Me parece bien. —Miró el libro y después a Dana—. ¿Esperamos a los demás?

—Yo no puedo esperar. —Dana se imaginaba que Jordan ya habría supuesto que no esperaría—. Estoy demasiado nerviosa. Además creo, y siento, que esto es algo que tenemos que hacer nosotros. Tú y yo.

—Entonces, adelante.

Como había hecho con el ejemplar de Flynn, Dana pasó los dedos sobre la cubierta, sobre la ilustración del Risco.

Pero esta vez sintió… algo. ¿Cómo lo había llamado Malory? Un darse cuenta. «Sí —pensó Dana—, exactamente eso».

—La encontramos, Jordan —susurró—. La llave está en el libro.

Con manos firmes, lo abrió.

«Enfoca —se dijo—. Concéntrate. Está aquí». Solo le faltaba verla.

Jordan observó cómo recorría con los dedos la portada, rozando con suavidad su nombre. La respiración de Dana se aceleró.

—¡Dana!

—La siento. Es tibia. Está esperando. Ella está esperando.

Pasó las páginas lentamente, luego emitió un sonido ahogado y el libro cayó de sus manos. Jordan la llamó nuevamente y la cogió en sus brazos cuando se desmayó.

Sorprendido y asustado, la colocó sobre la alfombra. Dana respiraba, oía su respiración, pero estaba pálida y fría como el hielo.

—Vuelve en ti, Dana. Joder, vuelve en ti.

En un impulso de pánico, la sacudió. La cabeza de la chica se quedó ladeada.

—¿Adónde te la has llevado, hijo de puta? —Jordan comenzó a levantarla y su mirada se posó sobre el libro caído, que había quedado abierto sobre el suelo —. ¡Oh, Dios mío!

Cogió a Dana y la abrazó contra su cuerpo para calentarla y protegerla. Escuchó voces en la entrada y atinó a abrir la puerta antes de que Flynn llamara.

—¡Dana! —Flynn intentó agarrarla y le pasó las manos por la cara—. ¡No!

—Kane la tiene —dijo Jordan con desprecio—. El hijo de puta la ha metido en el libro. Está atrapada en el maldito libro.

Dana sintió que él la atrapaba. Kane había querido que lo sintiera, lo supo inmediatamente. La había atrapado, con dolor para que supiera que podía hacerlo. Arrebató la conciencia de su cuerpo con la alegría con que un niño malvado arranca las alas a una mosca.

Después del dolor, sintió frío. Un frío amargo y brutal que le llegó directamente a los huesos, que parecieron hacerse frágiles y finos como cristal.

La había alejado del calor y la luz y la había arrojado al frío y al dolor por medio de los húmedos y espantosos dedos de esa niebla azul que parecía enroscarse alrededor de Dana inmovilizando sus brazos y piernas, y estrangulándola hasta que le faltó el oxígeno y anheló al menos un poco de ese aire helado que cuando lo respiraba era como estar inhalando cuchillas de hielo.

Después la niebla desapareció y Dana se quedó temblando, sola en la oscuridad.

Primero llegó el pánico y quiso acurrucarse, hacerse pequeña y gemir. De pronto olió… a pino, a otoño. A bosque. Se apoyó en los pies y las manos y sintió agujas de pino y hojas caídas. Cuando cesó la primera sensación de miedo, vio el resplandor de la luna filtrándose a través de los árboles.

En ese momento no hacía tanto frío. No, hacía fresco, como suele ser una clara noche de otoño. Podía escuchar los sonidos de los pájaros nocturnos, el ulular largo, muy largo, de la lechuza, la música apagada del viento susurrando entre los árboles.

Algo confusa, Dana apoyó una mano en el tronco de un árbol y casi lloró de alivio al sentir la textura de la corteza rugosa. Era tan sólida, tan normal…

Sufrió un mareo e intentó superarlo. Se puso de pie y después se apoyó contra el árbol, mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad.

Se dijo a sí misma que al menos estaba viva. Estaba entera. Un poco mareada, un poco temblorosa, pero entera. Tenía que encontrar el camino de regreso a casa, y la única forma de llegar era moverse.

Hacia dónde, esa era la pregunta. Decidió confiar en su instinto y caminar hacia delante.

Las sombras eran tan profundas que le pareció que si tropezaba caería para siempre. La luz que se filtraba a través de los árboles tenía el color de la plata, el tono opaco de las espadas sin bruñir.

En su mente se formó, de forma casual, la idea de que había demasiadas hojas en los árboles para ser finales de octubre.

Pisó una ramita y al romperse bajo su pie sonó como un disparo, lo que la asustó y provocó que diera un traspié.

—Está bien, todo está bien.

Su propia voz le llegó como un eco y apretó los labios para no hablar otra vez.

Miró al suelo para andar con cuidado y se quedó mirando fijamente, asombrada por el calzado que llevaba. Tenía puestas unas fuertes botas marrones de caminar, y no los elegantes zapatos con tacón de piel negra que se había calzado esa noche.

Había querido vestirse elegantemente porque… Los pensamientos iban y venían en su mente hasta que consiguió fijarlos. Se había vestido así para lucir su anillo. Sí, quería estar estupenda para lucir su anillo de compromiso.

Pero cuando levantó la mano vio que no tenía el anillo.

Su corazón dio un salto y todos los demás temores se desvanecieron ante la idea de perder el anillo que le había regalado Jordan. Se dio la vuelta y corrió de regreso a través del bosque, intentando encontrar el lugar donde había aparecido.

¿O se había despertado allí?

Mientras corría buscando en el suelo un destello dorado, oyó el primer crujido ahogado a su espalda y sintió un agudo escalofrío que le recorría la columna vertebral.

Estaba equivocada: no estaba sola.

Corrió, pero no sintió un pánico cegador. Corrió en línea recta para escapar y sobrevivir. Lo sintió venir por detrás, demasiado seguro de sí mismo como para darse prisa. Demasiado convencido de que ganaría esa carrera.

Dana se prometió a sí misma que no sería así. Perdería, porque ella no iba a morir en ese lugar.

Con una respiración sibilante, salió a la carrera entre los árboles y se encontró con la luz brillante y blanca de la luna llena.

Era la luna equivocada. Parte de su mente lo percibió mientras corría a través de la hierba dando grandes zancadas. No debería haber luna llena. Debería estar

en cuarto menguante, disminuyendo de tamaño hasta convertirse en luna nueva, lo que marcaría el fin de sus cuatro semanas.

El fin de su búsqueda.

Pero en ese instante la luna estaba llena y nadaba en un cielo de cristal negro sobre la sombra del Risco del Guerrero.

Disminuyó el ritmo de sus pasos y se apretó con una mano el costado para aliviar una punzada.

No estaba la bandera blanca con el emblema de la llave flameando en lo alto de la torre. No había luces de brillo dorado en las ventanas. Pensó que la mansión estaría vacía, a excepción de las activas arañas y de los ratones que se deslizaban por el suelo.

Porque así lo había escrito Jordan.

Estaba en el libro, caminaba por las páginas de su libro.

—Eres muy testaruda.

Se dio rápidamente la vuelta. Kane estaba detrás, justo al borde del bosque.

—Esto es falso. Es solo otra fantasía.

—¿Lo es? Tú conoces el poder de la palabra escrita, la realidad que se crea en las páginas. Este es el mundo de Jordan, y resultaba real para él cuando lo creó. Yo solo te he traído aquí. Me preguntaba si tu mente lo resistiría, y ya veo que sí. Me complace que así sea.

—¿Por qué te complace? Estoy mucho más cerca de la llave.

—¿Eso crees? ¿Recuerdas lo que sucede a continuación?

—Sé que esto no estaba en el libro: tú no estabas en el libro.

—Hay unos pequeños cambios —dijo levantando el brazo en un gesto elegante—, que conducirán a un final distinto. Puedes correr si quieres. Te daré ventaja.

—No puedes mantenerme aquí.

—Quizá no. Quizá encuentres la forma de salir. Por supuesto, si te vas, pierdes. —Se acercó un paso y levantó una mano que sostenía una larga bufanda blanca—. Si te quedas, mueres. Tu hombre trajo la muerte al vigía fantasma.

Kane señaló con un gesto la mansión que Jordan había llamado en su novela el Observatorio.

—¿Cómo iba a saber que sería tu muerte?

Dana se volvió hacia el Observatorio y corrió.

—Tenemos que conseguir que vuelva.

Desconsolado, Flynn frotó las manos frías de Dana entre las suyas. La habían acostado en la cama y la habían arropado con mantas.

—Si se suponía que debía hacer algo así —comentó Brad—, no debería tener que hacerlo sola.

—No va a estar sola. —Como no veía otra opción, Jordan se puso de pie—. No logramos que vuelva. No sirven las caricias, ni que la llamemos, ni que estemos aquí. Nada de eso hace que regrese. Brad, necesito que vayas a buscar a Rowena y que la traigas aquí rápidamente.

—Tardará una hora. —Zoe, que estaba a los pies de la cama, se movió a un lado—. Una hora es demasiado tiempo. Malory, Rowena vino a nosotros una vez. Tenemos que intentar que venga a nosotros nuevamente. No debemos dejar a Dana sola. Eso es lo que hace Kane: nos separa y nos aísla. No debemos dejar que se salga con la suya.

—Podemos probar. Somos más fuertes cuando estamos juntas —Malory alargó el brazo por encima de la cama para coger la mano de Zoe y mantuvo la otra mano agarrada a la de Dana—. Le pediremos a Rowena que venga.

—No. —Zoe apretó los dedos y la luz del combate brilló en sus ojos—. Esta vez se lo ordenaremos.

—¿Cómo vais a ordenar a una diosa que os visite? —preguntó Flynn.

Brad le puso una mano sobre el hombro.

—Todo saldrá bien, Flynn. La traeremos de vuelta.

—Se parece al retrato. —Se le hizo un nudo en la garganta cuando miró la cara de su hermana, una cara blanca y vacía—. Como la Hija de Cristal de tu retrato. Después…

—Vamos a traerla de vuelta —aseguró Brad con más firmeza—. Mira, me voy ya mismo y subiré hasta el Risco. Traeré a Rowena o a Pitte, o a los dos, aunque tenga que hacerlo a punta de pistola.

—No será necesario.

Rowena estaba en la puerta, con Pitte detrás.

Dana corrió hacia el edificio, voló hacia él con la esperanza de que la piedra y el cristal le ofrecieran alguna protección.

¿Qué pasaba en el libro? ¿En qué capítulo había caído? ¿Controlaba sus acciones o ya estaban escritas?

«¡Piensa! —se ordenó—. Piensa y recuerda». Cuando había leído un relato, este pasaba a formar parte de ella misma. Estaba en su memoria. Solo tenía que dominar el miedo para recordar.

Estaba tan asustada… Una lechuza ululó y su corazón le latió muy fuerte en la base de la garganta. Una niebla fina y blanca, con los bordes azules, comenzó a cubrir el suelo. Se hizo espesa y parecía hervir alrededor de sus pies, hasta que prácticamente caminaba sobre humo.

La niebla ahogaba el sonido de sus pasos acelerados. Y el de los de Kane. ¡Dios, y el de los de Kane!

Si pudiera llegar al edificio, solo eso, podría encontrar algún lugar donde

esconderse hasta recuperar el aliento. Podría encontrar un arma para defenderse.

Porque Kane tenía intención de matarla, tenía intención de atar la larga bufanda blanca alrededor del cuello de Dana y apretar, apretar mientras ella luchaba por respirar, mientras sus ojos giraban frenéticamente, mientras sus venas explotaban.

Porque Kane estaba loco, y Dana había percibido su locura demasiado tarde.

No, no. Esos eran los pensamientos de Kate. Los pensamientos de un personaje de ficción en un mundo de ficción. No era un asesino imaginario quien la perseguía en ese momento. Era Kane.

Si pudiera, cogería algo más precioso que la vida de Dana: le arrebataría el alma.

En el último momento se apartó de la puerta. Recordó su última oportunidad y su última batalla. Kate había perdido un tiempo precioso golpeando la puerta, aporreándola con los puños y pidiendo socorro antes de aceptar que no había nadie para ayudarla.

« Borremos ese último tramo» , pensó Dana, y, apretando los dientes, rompió el cristal de una ventana con el codo. Ignoró el fuerte dolor que le causaron los trozos de vidrio que la herían, pasó el brazo por la abertura y descorrió el pestillo. Con un gruñido levantó la ventana, saltó al alféizar y se introdujo en la casa.

Aterrizó con un golpe tan fuerte que sintió que sus huesos vibraban, y se quedó tumbada, confusa y dolorida, mientras se esforzaba por ver a través de esa nueva oscuridad.

El aire era rancio y estaba húmedo, y sus manos resbalaban sobre el polvo acumulado cuando intentó ponerse de pie. Habían desaparecido el suelo brillante, los candelabros y las fabulosas antigüedades, y el fuego no crepitaba en la chimenea.

Al contrario, la habitación estaba helada y olía a cerrado, cruzada por telas de araña y el aliento de los fantasmas.

No se trataba del Risco de sus sueños, sino del Observatorio de Jordan. Se puso de pie, sostuvo el brazo derecho herido con el izquierdo y cojeó a través del cuarto sobre planchas de madera que crujían y gruñían.

« ¡Hawke, qué buen trabajo hiciste describiendo el ambiente! —pensó mientras se esforzaba en recuperar el equilibrio—. Construiste una casa encantada de clase A. El lugar perfecto para que nuestra protagonista luche con el maníaco homicida» .

Con un gesto de dolor, se agachó para frotarse una rodilla dolorida. Recordó que Kate también se había golpeado una rodilla, pero eso no la había detenido.

Retuvo el aliento cuando llegó al vestíbulo de entrada y vio las sombras desvaneciéndose con los rayos de la luz de la luna que penetraban por las sucias ventanas.

Dana pensó que aunque no hubiera nada que le gustara tanto como sumergirse en un buen libro, lo que le estaba pasando en ese momento era peor de lo que esperaba.

Cerró los ojos por un instante y evaluó la situación. Se había hecho daño en la rodilla, se había golpeado el hombro y tenía heridas en un brazo. Estaba asustada, tan asustada que le dolía respirar.

Pero estaba previsto que eso sucediera, se lo podía permitir. Podía estar herida y asustada. Lo que no se podía permitir era que la invadiera el pánico y tampoco se podía permitir rendirse.

«Veremos al final quién cuenta esta historia, capullo. Esta puñetera exbibliotecaria te dará una patada en el culo».

Escuchó el apagado sonido de cristales triturados bajo unos pies y salió corriendo hacia las escaleras. Hacia el espectacular final.

—¡Has venido! —Zoe soltó la mano de Malory y con más dificultad la de Dana—. Haz algo.

Rowena se adelantó y tocó suavemente con sus dedos la muñeca de Dana, como si le tomara el pulso.

—¿Qué ha pasado?

—¡Tú eres la diosa! —gritó Flynn—. Tú eres quien tiene que decírnoslo. Y tráela de vuelta. Tráela de vuelta ahora.

Jordan empujó a Flynn a un lado y se colocó entre ambos.

—¿Por qué no sabes lo que ha pasado? —le preguntó a Rowena.

—Kane puede limitarnos algunos poderes.

—¿Tú también puedes ponerle límites a él?

—Sí, por supuesto. No tiene el alma de Dana —dijo suavemente a Flynn.

—Sea como sea, tráela de vuelta. —Flynn se adelantó apartando a un lado la mano de Malory. Lanzó una mirada fría y dura a Pitte cuando este se acercó para ponerse al lado de Rowena—. ¿Crees que me asustas en un momento como este?

—Pierdes tiempo al temer por tu hermana.

—Está fría. Su piel está como el hielo. Apenas respira.

—Kane la ha sumergido en el libro —dijo Jordan, y la atención de Rowena se dirigió inmediatamente hacia él.

—¿Cómo lo sabes?

—Lo sé. —Jordan cogió el libro que había colocado sobre la mesilla de noche—. Lo abrió y entró en este estado.

Rowena cogió el libro de sus manos.

—Se ha ido. La llave se ha ido de aquí. No tenía que suceder de esta forma —murmuró—. Kane ha cruzado demasiadas líneas, ha roto demasiados pactos.

¿Por qué nadie lo detiene? Excede sus poderes de tentación, intimidación y hasta de amenazas. —Se volvió hacia Pitte y un destello de miedo brilló en sus ojos—. Kane ha cambiado el terreno y de alguna manera ha trasladado la llave.

—¿Estaba en el libro? —la interrumpió Jordan.

—Sí. Ahora, de alguna manera, Kane la ha llevado al relato, y a Dana también. No se le debería permitir que lo hiciera.

—Dana está a solas con él. Ya sea por el argumento del libro, ya sea por Kane, su vida se encuentra en peligro. —Jordan cogió una mano de Dana—. Sacadla de ahí.

—No puedo traer lo que Kane se ha llevado. Está más allá de mis poderes. Kane debe liberarla, o Dana tendrá que hacerlo sola. Solo puedo darle calor —añadió Rowena.

—A la mierda con eso. —Jordan le arrancó el libro de las manos—. Envíame con ella.

—No es posible.

Se alejó de Jordan y se inclinó sobre Dana para acariciarle suavemente la cara.

Con un taco, Jordan le cogió un brazo y la obligó a mirarlo.

—No me digas que no es posible.

Sintió una sacudida, un choque que le subía por el brazo hasta el hombro, pero siguió agarrándola con firmeza.

—No pongas tus manos sobre mi mujer —dijo Pitte en voz muy baja.

—¿Qué vas a hacer? ¿Me vas a pegar? Mi mujer está tumbada aquí, inerme y pasando quién sabe qué horror porque os dio su palabra. ¿Y os quedáis ahí sin hacer nada?

—Kane ha hecho aparecer el mundo al que ha llevado a Dana. Es su poder lo que la mantiene allí. —Con un inusual gesto de agitación, Rowena se pasó la mano por el pelo—. No hay forma de saber lo que ha hecho ni lo que sería de ti si intento trasladarte. No se me permite que te lleve más allá de tu propio mundo. Si lo hiciera violaría el voto que hice cuando vine a este lugar y me hice cargo de las llaves.

—Yo creé ese mundo. —Jordan retrocedió y arrojó el libro sobre la cama, al lado de Dana—. Es mi mente la que está allí, mis palabras, y tengo un grave problema con un dios egoísta que ataca a la mujer que amo, y para hacerlo plagia uno de mis libros. No me importa cuántos votos incumples, no la dejarás allí sola. Envíame en su busca.

—No puedo.

—Rowena —tomándola por los hombros, Pitte hizo que lo mirara—, tiene derecho. Escucha —insistió cuando Rowena quiso hablar—: Un hombre no puede quedarse solo, atado de pies y manos, cuando su mujer está luchando. Fue Kane quien rompió un juramento, y al hacerlo se situó más allá de todos los derechos y

deberes del honor. Se suponía que no iba a quitarle la vida. Se suponía que no iba a tocar la llave ni con sus manos ni con la mente, ni con hechizos. Ahora es otro tipo de batalla. O luchamos con sus condiciones, o perdemos.

—¡Mi amor! —Lo cogió de los brazos—. Si lo hago, aun si tengo éxito, ya sabes lo que puede costarnos.

—¿Podemos vivir en esta prisión y no hacer nada?

Un suspiro salió del pecho de Rowena cuando inclinó su cabeza y la apoyó sobre el corazón de Pitte.

—Te necesito.

—Me tendrás. Siempre.

Rowena asintió con la cabeza, exhaló un profundo suspiro y después miró a Jordan con unos ojos que parecían arder.

—Puedes estar seguro de que si lo hago la vida de Dana, la tuya y la de todos estarán en peligro.

—Hazlo.

—Envíanos a todos. —Zoe cogió nuevamente la mano de Dana—. Envíanos a todos. Dijiste que juntos éramos más fuertes, y es verdad. Tenemos más oportunidades de traerla de vuelta si vamos todos.

—Valiente guerrera —Pitte sonrió—, esto no es para ti. Pero si los dioses lo desean, tendrás tu turno.

—Dadle un arma —pidió Brad.

—No puede llevar nada, excepto su mente. Túmbate a su lado —le ordenó Rowena a Jordan. Después cogió el libro. Había cerrado los ojos y empezó a resplandecer—. ¡Ah, sí! Ya lo veo. Cógele la mano.

—Ya está.

Rowena abrió los ojos. El extraordinario azul parecía casi negro en contraste con el blanco puro de su piel. Su cabello parecía levantarse por causa de un viento intangible.

—¿Estás listo?

—Sí, lo estoy.

—Tráela de vuelta. —Flynn atrajo a Malory hacia sí mientras miraba a Jordan—. Tráela a casa.

—Puedes estar seguro de que lo haré.

Sintió que un viento rápido y cálido pasaba a través de su cuerpo. Sintió que giraba en el tiempo, en el espacio, a través de lustrosas cortinas de plata que se abrían con un sonido como de mar. Y se encontró en la noche iluminada por la luna, mirando los picos y las torres negras del Observatorio.

Salió corriendo hacia la mansión y percibió la niebla espesa y el ulular de una lechuza. Un perro podría estar ladrándole a esa luna llena enorme, y sintió una curiosa satisfacción cuando el eco de un ladrido resonó en la noche.

Se dio cuenta de que era el último capítulo, y lo confirmó cuando vio la

ventana rota.

Pensó que era el momento de hacer una pequeña inspección, y se encaramó a la ventana evitando los cristales rotos.

20

—¿Qué podemos hacer? —Malory se aferró a Flynn—. Debe de haber algo que podamos hacer, aparte de permanecer aquí y esperar.

—Manteneros juntos —le aconsejó Pitte.

—Quizá se pueda hacer algo más. —Rowena se sentó sobre un lado de la cama, con el libro sobre el regazo—. Ya hemos roto nuestro voto —le dijo a Pitte —. Si hay un castigo, no cambiará nada porque hagamos algo más.

—Entonces estemos atentos. —Se sentó al lado de Rowena—. Pero merecen la oportunidad de ganar solo con sus propios méritos. Lee. —Puso una mano sobre los hombros de la mujer y unió su poder al de ella—. Así los demás también pueden estar informados.

Ella asintió y abrió el libro por el último capítulo.

« Subió las escaleras a la carrera y cojeando, y el miedo la rodeaba, confundido con las sombras del Observatorio» .

En el rellano, Dana giró hacia la derecha. Había docenas de habitaciones, cientos de sitios donde esconderse. Pero ¿por cuánto tiempo?

Kane la encontraría. La oscuridad no lo detendría.

¿Iba a matarla? ¿Podía hacerlo? Kate se había salvado al final, pero había luchado contra un hombre de carne y hueso, como ella.

¿Cómo podía saber cuál era el mundo de Kane y cuál el de Jordan? ¿Cuánto era de su propia creación, ayudada por los fragmentos que recordaba del libro y alentada por su propio miedo?

En la planta inferior sonó un ruido y se dio la vuelta para ver la sombra de Kane y la larga bufanda blanca brillando con un tenue resplandor azul a la luz de la luna.

Y vio la niebla, ahora fría y azul, que comenzaba a reptar por los escalones, subiendo hacia ella.

—Te encontraré, Kate. —Canturreó—. Siempre te encontraré.

« Las palabras del asesino» , pensó Dana. Escuchó que la respuesta salía de su boca sin pensarla conscientemente:

—No te lo pondré fácil. No será como con los demás.

Se dio la vuelta en el rellano y emprendió la subida de otro tramo de escalera.

Frenéticamente, pensó que necesitaba poner distancia de por medio. Suficiente distancia como para conseguir el tiempo necesario para poder aclararse. El miedo la confundía y le hacía difícil separar su persona y sus acciones de las del personaje de la novela.

Quitó con las manos las telarañas que le impedían proseguir y gritó cuando se le pegaron a la cara y se le enredaron en el pelo; pero de alguna manera el asco que sentía, tan humano y natural, hizo que recuperara la cordura.

Recordó, mientras su aliento formaba nubes de vapor, que tenía que encontrar la verdad en las mentiras de Kane.

—¡Yo soy Dana! —gritó—. Soy Dana Steele, capullo de mierda, y esta vez no vencerás.

La risa de Kane la persiguió a lo largo del amplio pasillo, donde las puertas se abrían y cerraban con estruendo. La niebla se deslizaba furtivamente por el suelo y añadía un horrible resplandor al hielo oscuro que rodeaba sus pies. El sudor que corría por su espalda y sienes se volvió pegajoso y frío. Corrió tambaleándose por un laberinto de pasillos.

Sin aliento, giró en círculos. Había docenas de corredores, y cada uno parecía extenderse kilómetros, como en un sueño disparatado.

Se dio cuenta de que Kane estaba cambiando la historia. Agregaba sus propias florituras para confundirla. Con mucho éxito.

—Tú eliges. —Su voz resonaba dentro de la cabeza de Dana—. Elige mal y harás equilibrio en el borde del mundo o correrás hacia un pozo de fuego. Pero si te detienes, solo con detenerte y rendirte, esto no será más que un sueño.

—Mientes.

—Corre y arriesgarás tu vida. Ríndete y la salvarás. Tú eliges —dijo de nuevo, y Dana sintió la seda tibia de la bufanda enroscándose alrededor de su cuello.

Horrorizada, clavó las uñas en la tela y se arañó la piel con movimientos frenéticos. Se asfixiaba y peleaba contra la ilusión de la bufanda que la estrangulaba mientras la sangre retumbaba en su cabeza.

Entonces, de repente, se sintió libre y sola en el pasillo que conducía a la última escalera.

Corrió hacia ella con los ojos llenos de lágrimas. Subió los escalones arrastrándose y agarrada a la barandilla, porque la rodilla dolorida no soportaba bien el peso de su cuerpo.

Se abalanzó contra la puerta y probó a abrir el pomo con manos resbaladizas. El aliento entrecortado surgía de sus pulmones ardientes y pasaba por la garganta dolorida cuando salió a trompicones hacia la luz plateada de la luna.

Estaba en lo alto del Observatorio, por encima del valle, donde la luz brillaba contra el cielo. Pensó que la gente se encontraría cómodamente en sus hogares.

A salvo y resguardada. Conocía a esas personas y ellas la conocían. Amigos, familiares, su novio.

Todos estaban tan lejos en ese momento, tan lejos de ella, tan lejos de su mundo…

Estaba sola y no quedaban sitios adonde huir.

Cerró la puerta de un golpe y buscó en el parapeto de piedra algo para bloquearla. Si conseguía mantener al asesino al otro lado de la puerta hasta que saliera el sol…

No, al asesino no. A Kane. Era Kane.

Ella era Dana, Dana Steele, y lo que la perseguía era peor que un asesino.

Apoyó la espalda contra la puerta, usando su peso para mantenerla cerrada. Entonces vio que se había equivocado: no estaba sola.

La figura embozada en una capa caminaba a la luz de la luna y una mano, con su brillo de anillos, se deslizaba por la baja pared de piedra. La capa flotaba por efecto de un viento que no producía el menor sonido.

« El vigía fantasma» , pensó, y cerró los ojos para tener un momento de paz. El fantasma. El fantasma que había visto Jordan.

—Ya viene. —Le asombró que su voz sonara tan tranquila con un dios vengador o un asesino demente a su espalda y un espíritu de los muertos delante de ella—. Viene a matarme o a detenerme, o a arrebatarme el alma. Al final, todo significa lo mismo. Necesito ayuda.

Pero la figura no se volvió. Se limitó a quedarse quieta mirando hacia abajo, hacia el bosque en el que doscientos años atrás el amor la había matado.

—Tú eres una creación de Jordan, no de Kane. En el libro tú me ayudabas y esa acción te liberaba. ¿No quieres ser libre?

Pero el fantasma no contestaba nada.

—El diálogo de Kate —murmuró Dana—. Necesito las palabras de Kate. ¿Cómo decía?

Mientras intentaba recordarlo, la puerta se abrió de golpe y la lanzó contra el parapeto.

—No puede ayudarte. —Kane acarició la bufanda según entraba—. Es solo un accesorio teatral.

—Todo son accesorios. —Retrocedió con dificultad, como si fuera un cangrejo—. Todo son mentiras.

—Sin embargo sangras. —Señaló con un gesto el brazo de Dana y su garganta—. ¿El dolor es una mentira? ¿Tu miedo lo es? —Su sonrisa se amplió mientras se acercaba—. Has resultado una oponente estimulante. Posees una mente aguda y una voluntad de hierro. Eres lo suficientemente inteligente y voluntariosa como para haber cambiado algunas pequeñas piezas de mi escenario. Imaginar las escaleras y la puerta que conduce a este lugar requería una fuerza considerable. Traerla aquí —señaló la figura embozada—, más fuerza

todavía. Te felicito.

La boca de Dana tembló y se abrió; luego se cerró nuevamente. ¿Se lo había imaginado todo, la ruta, la puerta? ¿Había traído a la vida al fantasma con su voluntad? No, no creía que lo hubiera hecho. Ella había estado girando en medio de la confusión.

Jordan. Era el libro de Jordan, un hombre con una mente aguda y una voluntad de hierro. De alguna manera estaba tratando de ayudarla. Por nada del mundo lo defraudaría.

Se recordó que era Dana. Y que era Kate, la Kate de Jordan. Ninguna de las dos se echaría atrás al final.

—Quizá me limite a imaginar que te caes de ese muro y encuentras una muerte sangrienta y sucia ahí abajo.

—Bufas como un gato acorralado. Puede ser que yo también me limite a dejarte aquí, dentro de un libro. Deberías darme las gracias, ya que los libros constituyen uno de tus placeres. —Kane agachó la cabeza cuando la mujer se puso de pie haciendo una mueca de dolor—. O tal vez me retire y deje que el asesino entre en escena. Será interesante ver cómo luchas con él, aunque en mi versión puede ser que no venzas. De cualquier manera, será divertido. Sí, creo que disfrutaré con esa representación. —La bufanda blanca desapareció de sus manos—. ¿Recuerdas cómo oye Kate los pasos inseguros que suben por la escalera y lo que siente cuando comprende que no tiene escapatoria?

La respiración de Dana se volvió entrecortada nuevamente al escuchar unos pasos acercándose lentamente.

Recordó que Kane no podía obligarla a hacer nada. Solo podía engañarla psíquicamente.

—¿Recuerdas cómo el miedo le estrujó las entrañas cuando comprendió que había corrido exactamente hacia el lugar al que él había querido que fuera? Y abajo su amor la ve de pie a la luz de la luna, ve al fantasma más atrás y al asesino cuando se dirige al parapeto. Y la llama por su nombre con terror y desesperación, porque sabe que no llegará a tiempo.

—Seguro que puede llegar. Todo lo que tiene que hacer es volver a escribir esa parte.

Kane se giró violentamente y vio a Jordan entrar de un salto.

—¡No tienes nada que hacer aquí!

—Este es mi lugar.

Con toda su rabia, Jordan lanzó un puñetazo a la cara de Kane. Le quemó como si hubiera puesto la mano en el fuego. A pesar de ello, tomó impulso para golpear otra vez. Y algo lo levantó en el aire y lo tiró hacia atrás.

—Muere aquí, entonces.

Una espada apareció súbitamente en la mano que Kane tenía levantada. Dana se puso de pie de un salto y embistió contra él. Pegada a su espalda,

luchaba con uñas y dientes y una furia arrolladora. Escuchó un aullido y se dio cuenta, al sentir que su garganta se abría nuevamente, de que el sonido provenía de ella.

Kane se la quitó de encima con un golpe brutal dado con el revés de la mano, y salió volando hacia Jordan. Vio que Kane tenía sangre en la cara, por las heridas que tanto Jordan como ella le habían causado.

Su corazón se alegró.

—¡Conocerás el dolor! —le gritó. Los ojos de Kane brillaron cuando levantó la espada.

—Tú lo pasarás peor. Tu sangre te atará a este lugar.

Pero cuando hizo el ademán de golpear, su mano estaba vacía.

—Veamos si los dioses vuelan —dijo Jordan.

Él y Dana se abalanzaron sobre Kane.

Dana sintió que sus manos lo tocaban y después pasaban a través de Kane, que desapareció.

Surgió una espiral de humo y un destello de luz azul. Después nada más, excepto la luna y las sombras.

—¿Lo he conseguido yo? —Dana tenía que esforzarse para hablar—. ¿O has sido tú?

—No lo sé. —La cogió cuando las piernas le fallaron y los dos se tumbaron sobre el suelo de piedra—. No me importa. Coño, tienes cardenales por todo el cuerpo y estás sangrando. Pero te tengo. —La cogió con fuerza en sus brazos—. Te tengo.

—Y yo a ti. —Desfalleciendo, hundió la cara en el pecho de Jordan—. ¿Cómo has llegado hasta aquí? Kane no te ha traído. No te esperaba.

—No es el único dios que anda por el valle estos días. —Levantó la cabeza y la besó en una mejilla y en las sienes—. Tenemos que encontrar el camino de regreso, Dana. No me importa sumergirme en un relato, pero esto es demasiado.

—Escucho sugerencias.

« Resiste —se ordenó—. Resiste hasta que todo termine» .

—Esto es el final de la historia. La protagonista lucha contra el malo del libro, y con una pequeña ayuda del fantasma, que de todos modos no fue de gran ayuda, gana la pelea y lo arroja por el muro justo en el momento en que el protagonista irrumpe en escena para salvarla. Besos, besos, explicaciones frenéticas y declaraciones de amor. Después observan cómo desaparece el fantasma de la mansión, liberado por su acto final de solidaridad.

—Te acuerdas muy bien para haberlo leído hace seis años.

La ayudó a ponerse de pie y luego miró hacia el final del parapeto. La figura embozada estaba allí, observando el bosque.

—No desaparece —dijo Jordan.

—Quizá necesite más tiempo. —Se apoyó sobre la rodilla y el dolor hizo que

sus ojos se llenaran de lágrimas—. ¡Ay! Mierda. Quizá puedas incluir en tu novela un poco de hielo para esta rodilla.

—Espera. —Ensimismado, se adelantó unos pasos—. ¡Rowena!

—Su nombre no era Rowena. Era… No lo recuerdo bien, pero no era… —Se detuvo y sus ojos se agrandaron cuando la mujer embozada se dio la vuelta y sonrió—. Sí que es Rowena.

—No podía enviarte solo. No podíamos dejar que Kane os arrebatara la vida. ¿Vas a terminar la búsqueda? —preguntó a Dana.

—No he llegado hasta aquí para abandonar ahora. Estaba por… —Se interrumpió otra vez—. Ya no está en el libro. No está en una página blanca con letras negras. Ahora está aquí. Dentro de la novela, como nosotros.

—Ya he hecho más de lo que se me permitía. Solo puedo preguntaros si vais a terminar la búsqueda.

—Sí. La terminaré.

La figura se desvaneció, no entre humo y luces, como Kane, pero parecía que nunca hubiera estado allí.

—¿Qué coño hacemos ahora? —preguntó Jordan—. ¿Volvemos, de alguna manera, al comienzo del libro y empezamos a buscar? Las frases que recordabas eran del prólogo.

—No, no necesitamos volver atrás. Primero descansaré un minuto. —Se dirigió al muro y respiró profundamente—. El humo del otoño está en el aire —canturreó—. La forma en que la luna, un balón perfecto, está grabada en el cielo. Todo, los árboles, el valle… Mira, se puede ver el río y la luz de la luna reluciendo en el agua de aquel recodo. Todo está aquí, todos los detalles.

—Ya, bonito panorama. Terminemos con esto y vayamos a verlo desde nuestro propio mundo.

—Me gusta tu libro, Jordan. No quiero vivir aquí, pero se trata de un lugar fascinante para visitarlo. Es exactamente como yo lo imaginé. Escribiste una historia estupenda.

—Dana, no puedo seguir así. No soporto recordar el estado en el que te encuentras en casa. Estás tan pálida, tan fría… Pareces…

—Niniane, en el retrato de Brad. Una camina. —Hizo un gesto hacia donde había estado Rowena—. Otra espera. Esa debe de ser Niniane o, pensándolo bien, soy yo. —Se volvió y extendió una mano—. Necesito la llave, Jordan.

El hombre la miró fijamente.

—Cariño, si tuviera la llave te la habría dado mucho antes.

—Siempre la has tenido, solo que no lo sabías. Yo soy tu llave, y tú eres la mía. Escribe para mí, Jordan. Ponla en mi mano y vayámonos a casa.

—Está bien.

Intentó concentrarse en el tema. Después tocó la cara de Dana y se permitió ver.

—Permanecía bañada en la luz de la luna. Diosa y amante, con ojos profundos y oscuros, llenos de verdades. Puede ser que él hubiera nacido ya amándola, no estaba seguro. Pero sabía, sin lugar a dudas, que moriría amándola.

» Ella sonrió —siguió diciendo mientras los labios de Dana se curvaban—, y le dio la mano. En la palma brillaba un objeto pequeño y simple: la llave que estaba buscando, por la que había luchado. Era antigua, pero brillante de promesas. Una fina barra de oro rematada con un adorno de círculos conectados en un símbolo tan viejo como el tiempo.

Dana sintió su peso y su forma en la palma de la mano. Cerró el puño y ofreció a Jordan la mano libre.

—Nos llevará de regreso —dijo—, para el epílogo.

Abrió los ojos, parpadeó ante el mar de caras y después se fijó en su hermano.

—Pareces tía Em.

—Joder, Dana.

La cogió, la abrazó contra su pecho y la meció.

—¡Ay! —Pero se reía a pesar de que la abrazaba tan fuerte que iba a romperle las costillas—. Cálmate. Ya tengo demasiados chichones y moratones.

—¿Estás herida? ¿Dónde te duele?

—Si puedes soportar apartarte un momento de ella, yo me ocuparé —dijo Rowena tocando el hombro de Flynn.

—Tengo la llave.

—Sí, lo sé. ¿Me la vas a dar ahora?

—Por supuesto. —Sin vacilar, puso la llave en la mano de Rowena. Abrazó a Jordan y sonrió a sus amigos—. ¡Qué viajecito!

—Nos has dado un susto del copón. —Malory intentó controlar sus lágrimas —. Los dos nos lo habéis dado.

—Tienes la cara magullada. ¡Su cara está magullada! —exclamó Zoe—. El brazo está sangrando. ¡Oh, cómo tiene la garganta! ¿Dónde están las vendas?

—No las necesitará, madrecita —afirmó Pitte con calma.

—Me he cortado el brazo con unos cristales cuando entraba en el Risco, o en el Observatorio, debería decir. Y mi rodilla parece que tiene el tamaño de una sandía. Aunque todo ha sido espeluznante y extraño, tengo que admitir que también ha estado muy guay. Yo estaba… —Se interrumpió y miró con sorpresa la rodilla que le había dolido hasta que Rowena le había puesto las manos encima.

—¡Guau, qué bien! Me siento mucho mejor.

—Quizá sea así, pero apuesto a que esto también te viene muy bien. —Brad le colocó una copa entre las manos—. Recuerdo dónde guardas el coñac —le dijo. Luego se agachó y le dio un beso—. Bienvenida a casa, cielo.

—Es bueno estar de vuelta. —Tomó un trago de coñac y le pasó la copa a

Jordan—. Hay mucho que contar.

—¿Prefieres quedarte aquí y descansar o te sientes con fuerzas para venir esta noche al Risco y abrir la cerradura de la Urna de las Almas con la llave?

Dana observó a Rowena, que le acariciaba la mejilla magullada.

—¿Podrías esperar?

—La elección es tuya. Siempre lo ha sido.

—Bueno, iremos. —Miró el reloj y se sorprendió—. ¿Las nueve? ¿Cómo pueden ser solo las nueve? Me parece que he estado fuera varios días.

—Sesenta y ocho minutos de los más largos de mi vida —le dijo Flynn—. Si quieres hacerlo esta noche, iré contigo.

—Tengo que llamar a la canguro. —Zoe se ruborizó cuando todas las cabezas se volvieron hacia ella—. Sé que suena ridículo teniendo en cuenta las circunstancias…

—No hay nada ridículo en querer estar segura de que tu hijo está bien atendido. —Rowena se puso de pie—. Pitte y yo llevaremos la llave y os esperaremos.

—Si hay algún problema con la canguro —dijo Brad—, puedo ir a cuidar a Simon. Tú tienes que estar con las demás en este asunto.

—Bueno. —Nerviosa, se dirigió hacia la puerta—. Estoy segura de que a la señora Hanson no le importará quedarse hasta más tarde. Pero gracias. Voy a llamarla.

—Nos iremos tan pronto como Zoe esté lista. —Dana se giró para mirar a Rowena, pero ella y Pitte ya se habían ido—. ¡Joder, cómo aparecen y desaparecen!

—Nos hubieran ahorrado una hora de conducir, entre el viaje de ida y el de vuelta, si nos hubieran llevado con ellos. —Jordan rozó con suavidad la mejilla de Dana y continuó la caricia hasta el cuello. Los cardenales y rasguños habían desaparecido—. ¿Estás segura de que quieres ir?

—No solo estoy segura, es que me muero de ganas. Os contaremos todo lo que ha pasado cuando estemos en el Risco del Guerrero. Me sentiré mejor cuando la llave esté en la cerradura.

En el salón de los retratos les convidaron a tomar un café exquisito y pequeños pasteles dulces, mientras Dana y Jordan se turnaban para relatar lo sucedido en esos sesenta y ocho minutos.

—Has sido muy lista —comentó Zoe—. No sé cómo has conseguido mantener la cabeza fría.

—Ha habido momentos en que no era así. Estaba confusa, o asustada, o Kane me cambiaba el guión. Me ha ayudado mucho darme cuenta de que Jordan estaba allí, o al menos que él manipulaba la situación también. Ha sido muy

importante que me liberara de ese laberinto que Kane había creado guiándome hasta la puerta correcta.

—No me importan las modificaciones que Kane ha hecho en mi libro. —Jordan cogió la mano de Dana y se la besó, justo encima del rubí—. En este caso, he decidido que el protagonista desempeñara un papel más activo en el desenlace.

—De eso me alegro.

—¿Crees que lo has matado —preguntó Malory— cuando lo has empujado desde encima del parapeto?

—No, creo que no. Desapareció. —Dana sacudió un dedo señalando a Rowena y a Pitte—. Como vosotros.

—Pero le hemos herido —apuntó Jordan—. No solo en su orgullo. Le ha dolido cuando le he soltado un puñetazo, y también le ha dolido cuando Dana le ha arañado en la cara. Ha sangrado. Si puede sangrar, también podemos matarlo.

—No completamente. —Los anillos brillaban en las manos de Rowena cuando sirvió más café—. La muerte es diferente para nosotros, y una parte de lo que somos permanece. En los árboles, en las piedras, en la tierra, el agua o el viento.

—Pero es posible derrotarlo —insistió Jordan—. Puede ser… vencido.

—Podría ser —dijo Rowena suavemente—. Quizá suceda alguna vez.

—Kane retrocedió. —Brad levantó su taza de café—. Desapareció porque no podía luchar con vosotros dos al mismo tiempo.

—Podría habernos liquidado con esa espada que surgió del aire. Creo que debemos a Rowena el habernos salvado en ese momento —dijo Dana.

—Kane no podía verter sangre humana ni arrebatar vidas humanas. Nunca se le debería haber permitido. No sabemos por qué ahora ha sido posible. Ya que ha sucedido una vez, haremos todo lo posible para evitar que ocurra de nuevo.

—¿Qué precio tendrá eso para vosotros? —preguntó Brad.

—La responsabilidad es nuestra —dijo Pitte simplemente—. Como lo es el precio.

—Es posible que no podáis volver, ¿no es así? —Se le había ocurrido mientras intentaba alejar de su mente el miedo que sentía por sus amigos—. Habéis roto vuestro juramento y, por ello, aunque se encuentren las tres llaves y se abran las cerraduras, aunque se liberen las almas de las Hijas de Cristal, quizá no podáis volver. Os quedaríais atrapados aquí, en esta dimensión. Para siempre.

—No es justo. —Cuando Zoe descubrió reflejada en la cara de Rowena la verdad de lo dicho por Brad, se puso de pie—. Es una injusticia. No está bien.

—Los dioses no siempre son justos; a veces, más bien son lo contrario. —Conmovida por la defensa de Zoe, Rowena se levantó—. Fue nuestra elección. Nuestro momento de la verdad, podría decirse. Y ahora, ¿terminaréis con el vuestro?

Extendió una mano y ofreció la llave a Dana.

Dana pensó que era extraño que le temblaran las rodillas justo en ese momento. En cualquier caso, se puso de pie y se acercó a Rowena.

—Cualquier juramento o regla que hayáis incumplido, lo habéis hecho para salvar vidas. Si os castigan por ello, si esa es la forma en que funciona vuestro mundo, quizá estéis mejor en el nuestro.

—No existirían las llaves si hubiéramos cuidado mejor a las Hijas de Cristal. Son inocentes, Dana, y sufren porque yo fui débil.

—¿Cuánto tiempo tenéis que pagar por ello?

—Tanto como ellas, y más aún si esa fuera la ley. Toma la llave y abre la segunda cerradura. Les darás esperanza, y a mí también.

Pitte levantó la urna de cristal, donde bailaban luces azules, y la sacó del arcón. Colocó la Urna de las Almas con gran cuidado sobre una mesa y luego se puso a un lado en posición de alerta, como un guerrero, mientras que Rowena se colocó al otro lado.

Al observar las luces, Dana sintió dolor en su corazón.

Quedaban dos cerraduras, y ella deslizó la llave dentro de una de ellas. Sintió la calidez del oro sobre su piel y vio cómo una luz atravesaba la barra de la llave y subía por sus dedos cuando la hizo girar.

Oyó un suave clic, una especie de suspiro, y luego las tres luces dieron un salto compulsivo. Con un destello, tanto la llave como la cerradura desaparecieron.

Quedaba una sola cerradura en la prisión de cristal.

Rowena se adelanto y besó a Dana en las dos mejillas.

—Gracias, por tu visión.

Se dio la vuelta y sonrió a Zoe.

—Parece que ahora me toca a mí.

Como la taza de café temblaba sobre el plato, la puso a un lado.

—¿Podéis venir las tres a las siete de la noche anterior a la luna nueva?

—¿La noche antes de la luna nueva? —repitió Zoe.

—El viernes a las siete —aclaró Brad.

—¡Oh, sí! Está bien.

—¿Vas a traer a tu hijo? Me encantan los niños y me gustaría conocerlo.

—¿A Simon? No quiero correr riesgos con él.

—Yo tampoco —le aseguró Rowena—. Me gustaría conocerlo y hacer lo que pueda para mantenerlo a salvo. Haré todo lo que esté en mi mano para evitar que sufra ningún daño. Te lo prometo.

Zoe asintió.

—Le molará este sitio. Nunca ha visto nada parecido.

—Me hace ilusión que venga. Dana, ¿podemos hablar un momento en privado?

—Por supuesto.

Rowena extendió una mano y cogió la de Dana para conducirla fuera de la habitación.

—¿Te he comentado alguna vez lo mucho que me gusta lo que habéis hecho con este edificio? —Dana recorrió con la vista los coloridos mosaicos del suelo, las paredes sedosas, los muebles relucientes—. Ahora me cautiva aún más, después de haber visto su aspecto en circunstancias más adversas.

—Pronto será tuyo.

—Me resulta difícil hacerme a la idea.

—Desde hace tiempo he querido enseñarte esta habitación en concreto.

Rowena se detuvo frente a una puerta pequeña de dos hojas y la abrió. Dana entró a lo que podría ser una versión del cielo para cualquier amante de los libros. Se trataba de una biblioteca en dos niveles. Una balaustrada preciosa rodeaba el piso superior. El fuego ardía en una chimenea de granito rosa y su luz y las de una docena de lámparas se reflejaban en la madera pulida del suelo.

En lo alto, un fresco pintado sobre la bóveda del techo. Vio docenas de figuras salidas de los cuentos de hadas más románticos. Rapunzel derramaba su pelo dorado desde una torre, la Bella Durmiente acababa de despertarse con un beso, Cenicienta metía el pie en un delicado zapato de cristal.

—Es increíble —murmuró Dana—. Más que increíble.

Sillones anchos y profundos, sofás amplios y mullidos tapizados en piel del color del buen vino de Oporto. Había más pequeños tesoros en forma de mesas, alfombras, en arte; pero con lo que Dana se había quedado boquiabierta era con los libros. Cientos, quizá miles de libros.

—Sabía que te iba a fascinar —dijo Rowena soltando una carcajada—. Tienes el aspecto de quien va a recibir las caricias de un amante habilidoso.

—¿Sabes? Que seas una diosa y todo eso necesariamente me impresiona, pero es que esta habitación me deja sin habla. Me inclino ante ti.

Encantada, Rowena se sentó sobre el brazo de un sillón.

—Cuando Malory terminó su búsqueda, le dejé elegir el regalo que quisiera. Ahora te ofrezco a ti lo que desees, siempre que esté en mi mano conseguirlo.

—Hicimos un trato. Las dos hemos mantenido nuestro compromiso.

—Lo mismo dijo Malory, o algo bastante parecido. Le regalé el retrato que había pintado cuando estaba en poder de Kane. Pareció satisfecha. Me gustaría ofrecerte estos libros, todo lo que hay en esta habitación. Espero que te complazca cuando seas la propietaria de este lugar.

—¿Todos los libros?

—Sí, todos —repitió soltando otra carcajada—. Todo lo que hay dentro de esta habitación. ¿Lo aceptas?

—No necesitas retorcerme el brazo para que acepte. Gracias. —Se dirigió hacia uno de los estantes y se detuvo—. No, si empiezo, no saldré de aquí en los

próximos dos o tres años. Cuidaré muy bien de ellos. Esta habitación será mi tesoro —le dijo—. Todo lo que hay en ella.

—Sé que la cuidarás bien. Ahora, dejemos que tu novio te lleve a casa. Deja que esta noche te haga el amor como quiere hacerlo.

—Le dejaré. Ya me habías dado un regalo —dijo cuando salían del cuarto—. Me devolviste a Jordan.

—Tú lo has aceptado de nuevo. Es muy distinto. —Hizo una pausa cuando llegaron a la puerta del salón de los retratos—. Es muy guapo tu guerrero.

—Sí. —Dana lo estudió, observó la forma en que doblaba la cabeza, en que sus ojos buscaban los de ella y sostenían la mirada, mientras sonreía lentamente.

—¿Ves esa mirada? —preguntó a Rowena en voz baja—. Es la que me convierte en gelatina. Si lo supiera, la usaría conmigo cada vez que quisiera salirse con la suya.

—¿Por qué estabais sonriendo Rowena y tú cuando habéis entrado? —preguntó Jordan.

—Es nuestro pequeño secreto. —En lugar de abrir inmediatamente la puerta del coche, dio unos pasos y se volvió para mirar hacia el Risco del Guerrero—. Va a ser nuestro. Todavía estoy intentando hacerme a la idea. Vamos a vivir aquí, Jordan.

Jordan se colocó a su espalda, le pasó los brazos alrededor de la cintura y la atrajo hacia sí.

—Aquí seremos felices. Este edificio quiere felicidad.

Con un suspiro, Dana ladeó la cabeza y le besó en una mejilla.

—Yo ya soy feliz.

Se alejaron del Risco y ninguno de los dos vio la figura embozada que se encontraba en el parapeto iluminada por la tenue luz de la luna creciente.

Los miró irse. Les deseó suerte.

Y se dio la vuelta cuando su guerrero le tocó un hombro. Acercó la mejilla a su pecho y lloró por lo que pasaba, y por lo que podría pasar.



NORA ROBERTS. Seudónimo de Eleanor Wilder. También escribe con el pseudónimo de J. D. Robb. Eleanor Mari Robertson Smith Wilder nació el 10 de Octubre de 1950 en Silver-Spring, condado de Montgomery, estado de Maryland. En su familia, el amor por la literatura siempre estuvo presente. En 1979, durante un temporal de nieve que la dejó aislada una semana junto a sus hijos, decidió coger una de las muchas historias que bullían en su cabeza y comenzó a escribirlas. Así nació su primer libro: *Fuego irlandés*. Está clasificada como una de las mejores escritoras de novela romántica del mundo. Ha recibido varios premios RITA y es miembro de *Mistery Writers of America* y del *Crime League of America*. Todas las novelas que publica encabezan sistemáticamente las listas de los libros más vendidos en Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania. Como señaló la revista *Kirkus Reviews*, « la novela romántica con suspense romántico no morirá mientras Nora Roberts, su autora megaventas, siga escribiendo» . Doscientos ochenta millones de ejemplares impresos de toda su obra en el mundo avalan su maestría.

Nora es la única chica de una familia con 4 hijos varones, y en casa Nora sólo ha tenido niños, por eso describe hábilmente el carácter de los protagonistas masculinos de sus novelas. Actualmente, Nora Roberts reside en Maryland en compañía de su segundo marido.